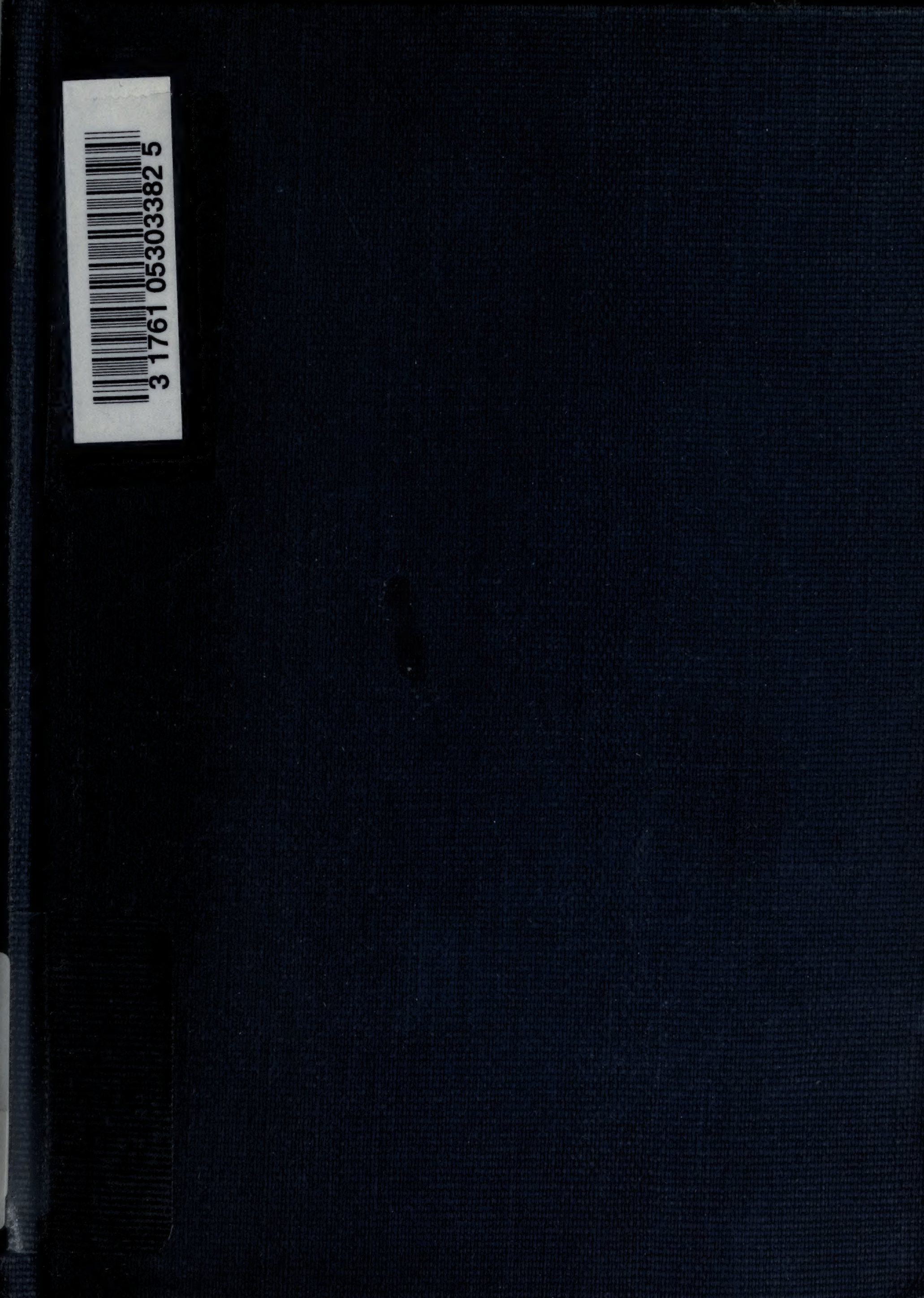

3 1761 05303382 5

MI DIARIO

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural. Esbozos contemporáneos, 2a. edición, Guatemala, 1889. . . 1 vol.

Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892. . . . . 1 vol.

Impresiones y Recuerdos, A. Moen, editor, Buenos Aires, 1893. . . . . . . 1 vol.

Suprema Ley, V. de Ch. Bouret, editor, París-México, 1896. . . . . 1 vol.

Metamorfosis, Guatemala, 1899. . . . 1 vol.

Santa, R. de S. N. Araluce, editor, Barcelona-México, 1903 (9,000). . . 1 vol.

Reconquista, E. Gómez de la Puente, editor, Barcelona-México, 1907. . 1 vol.

TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta "Mamz'lle Nitouche," México, 1888. . . . . agotada

La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville "Le fiacre 117," Guatemala, 1889. . . . . agotada

La Ultima Campaña, comedia original, en tres actos y en prosa, México, 1894; segunda edición, Guatemala, 1900. . . . . 1 vol.

Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894. . . . . 1 cuad.

La Venganza de la Gleba, drama en prosa, original, 3 actos, Wáshington, (E. U. de A.), 1904. . . . . . 1 vol.

A buena cuenta, drama en prosa, original, 3 actos, San Salvador, 1907. 1 vol.

PROXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario. Intimidades, Literatos y Literatura, 1a. serie. . . . . 2 vol. más

EN PREPARACION:

LA LLAGA

Todas estas obras se hallan de venta en las principales librerías; para pedidos al por mayor, dirigirse á la casa editorial del Sr. D. Eusebio Gómez de la Puente, calle de Nuevo México núm. 1, en la ciudad de México, ó calle de Bailén núm. 107, en la ciudad de Barcelona.

FEDERICO GAMBOA
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MI DIARIO

PRIMERA SERIE—I

«........mis escritos no buscan
«la aprobación de un ministro, ni
«mi pluma se guía por miras perso-
«nales; no aspiro más que á la ver-
«dad, y escribo como escribían los
«antiguos: con el fin único de ase-
«gurar á mis pensamientos una
«existencia duradera.»

A. Schopenhauer

«To you:
«Stranger! if you, passing, meet
«me, and desire to speak to me,
«why should you not speak to me?
«And why should I not speak to
«you?»

Walt Whitman

GUADALAJARA
IMPRENTA DE «LA GACETA DE GUADALAJARA»
Independencia 977 y 983

1907

PARA MI HIJO,

CUANDO SEPA LEER

Nunca, lo que se llama nunca,—según podrás cerciorarte con la lectura de «Mi Diario,»—me preocupé del público para mis actos ó para mis escritos; primero, porque como interrogaba Larra: «¿Quién es el público y dónde se encuentra?», y segundo, porque cuando infortunadamente se tropieza con alguno ó algunos de los que se diputan ¡y á muchísima honra! por representantes suyos, piérdese una ilusión y se gana una desesperanza.

Verás, pues, que mis escritos y mis actos siempre obedecieron á mis propias inspiraciones; por lo que en actos y escritos, más que los buenos abundan los malos. Y por mucho que todos los hombres produzcamos lo mismo: más malo que bueno, somos poquísimos los que lo confesamos.

Ignoro si saldrás literato; confío y deseo que salgas artista. De cualquier modo, jamás conoceré tu juicio respecto de mi obra; pero sí quiero conocerlo—aunque ya me haya muerto—respecto de mis obras.

Mi obra ha venido siendo juzgada por propios y extraños, casi desde que imprimí la primera línea que dió suelta á mi primer pensamiento; hánme llamado desde ignaro hasta maestro—¡toda la gama de la censura y del elogio!—y yo, sin amedrentarme ni crecerme, he continuado sembrando mis pobres libros á la

buena de Dios, con pausado ademán de obrero imperfecto, por los contrarios caminos de mi vida. Á la fuerza, las páginas de los más habrán sido pisoteadas y á polvo reducidas, cual tantas hojas secas que á cada otoño caen y se olvidan; mas, algunas, habrán prendido en la tierra, cerca ó lejos de mí ¡que sé yo! y florecido un día, un minuto, un siglo,—en razón de la savia que contuvieran y no obstante el tiempo y la distancia,—en inteligencias que con la mía simpatizaron y en amigos espíritus remotos.

Por lo que á mis obras mira, el asunto varía: he sido malo.

¡Oh! un malo normal, con mis tropiezos y caídas, con mis ascensiones y triunfos, como todos. No me tengo por arquetipo de bondad ni de maldad, y así me he sentido bien, completo, humano, hombre en fin!

Escucha, ahora, á lo que atribuyo mi maldad.

Desde luego, á mi temperamento, y á quién sabe qué leyes de herencia,—¡métete á averiguar si en mí resucitaron debilidades y vicios ancestrales! . . . . . . Después, á que yo perdí á mi madre siendo muy niño, y aunque tu abuelo—á quien quise más que á mi madre en razón á que más lo traté—se esmeró en suplir aquella falta, no pudo lograrlo; que no se ha descubierto hasta hoy ni paréceme fácil que nunca se descubra un substituto de nuestra madre, especialmente cuando fué como la mía, una mujer virtuosa y santa.

Por ser yo hijo de hombre honrado, y pobre consiguientemente, en uno de los tantos tumbos que le imprimió la suerte, con él fuí á playas de Nueva York y en ellas desembarcaron, de bracero, mi temperamento y mi orfandad. Observador por instinto, precoz por latino y amoroso por dicha mía, ahí me tienes mordiendo á plena boca, á destiempo, en Cosmópolis tan corrompida é inmoral, todos los frutos del Arbol de la Vida; encaramándome en todas sus ramas; ajando todas sus hojas; gustando de sus frutos en sazón y de sus frutos en

flor aún, los permitidos y los prohibidos ¡todos! . . . . De mis labios corrió en ocasiones la sabrosa miel de alguno de los primeros, y de mis ojos de adolescente, escapáronse á las veces, las lágrimas con amargo dejo que los otros ¡los más! nos proporcionan. . . . .

A poco, á los dieciocho años, quedé huérfano del todo, sin Rey ni Roque que obedecer, pero también ¡ay! sin canas amadas que respetar, sin dolorosa experiencia en que aprender y acurrucarme, sin sabios y desinteresados consejos que seguir . . . . Nada eran la soledad de mi persona y la de mi cuerpo, si á la interna de mi alma en formación comparábalas. E imagina mis tristezas de sentir por compañeros únicos y por únicos guías, dentro de mí, recuerdos de recientes ternuras perdidas para siempre, amotinamiento de buenos y malos instintos, una voluntad pequeñina, tirando á enferma, balbuceante, torpe, y una ausencia total de dineros, de ropa, de casa, ¡teniendo que alimentar y que vestir á toda una juventud libre! . . . .

En mis noches, oía yo la descomunal pelea, que no duró mucho, nó; pues al igual de lo que en el mundo acontece, también dentro de mí vencieron los malos á los buenos. ¡Es la ley!

¿Hubieras visto los efectos de la rota?...ni la de Maratón, á pesar de las tropelías de Darío que la sucedieron. Los vencedores, impusieron tremendas condiciones á mis humildes vencidos, y éstos, desertaron mi corazón juvenil y mi despierto cerebro—¡su patria antigua! —vacilantes y sin consuelo. Fué un exilio trágico.

Presa de los malos, me abandoné á todos los oleajes y probé de todas las espumas. Hánme doblegado muchos huracanes y sin piedad me han azotado no menos tempestades..... Muy de cuando en cuando, los alisios buenos han oreado mi alma......

Por mi ventura, te apareciste en mi vida; á partir de aquí, mi espíritu serénase y confía; pues tu aparecimiento, que con ansia tanta esperaba asomado á la

de mi Arca, para saber si se «HABÍAN CERRADO LOS MA-«NANTIALES DEL ABISMO», *me indicó que* «LAS AGUAS HABÍAN «CESADO DE CUBRIR LA TIERRA», *y que era ya tiempo de que yo edificara* «MI ALTAR AL SEÑOR».

Sólo una parte publico ahora de este «Mi Diario» que por entero te pertenece y que á tí únicamente interesará en su totalidad. Cuando yo muera, haz del resto lo que mejor te cuadre; desde leerlo á la ligera y olvidarlo, hasta sacarlo á la luz, íntegro, y defenderlo si es atacado. Hoy por hoy, de antemano me alzo de hombros con que la parte que se imprime agrade ó nó, con que la tachen de vacua, de insoportablemente egotista, ET SIC DE COETERIS..... *Quédome tan tranquilo como siempre me quedé al venir al mundo mis demás libros. ¡Bah!.....*

Juzga tú de mí, sólamente tú, y dentro de tu criterio de hombre.—cuando lo seas,— condéname si crees que lo merezco. Pero atiende esta súplica: si el hombre me condena, que el hijo me absuelva!

Después de que te hayas penetrado de mi fisonomía moral, anda á mi sepulcro, si, conforme á mis anhelos, duermo «EL SUEÑO DE LA PAZ» *en nuestra tierra de México; si no, anda á tu memoria,—que, calculo yo, la memoria de un hijo ha de ser el más dulce sepulcro de un padre,—y en la manera cómo poses tus flores filiales sobre la tumba que encierre mis despojos para casi todos olvidados, ó en la manera cómo en mí pienses, lo que hay en mí de inmortal, adivinará tu fallo, y sea éste el que fuere, seguirá velando por tí y bendiciéndote ¡á pesar de la muerte! cual ahora velo y bendigo, ángel mío, tu inteligente cabecita rubia.*

FEDERICO GAMBOA

Wáshington: 21 de marzo de 1903

MI DIARIO

BUENOS AIRES

1892

7 de mayo—Visito esta noche á una señora que vive con un amigo sin estar casados. Es ella una persona de aspecto distinguido, joven y linda, italiana, y creo que hasta noble. Tomo el té con ellos, y noto que en medio de su exquisita amabilidad, en medio del gran cariño que demuestra por M... hay en ella un fondo de dulce y acentuada melancolía; me complazco en llamarla "señora," y me parece que avalora mi delicadeza.

La llamo así, porque para mí lo es. Hace mucho tiempo que soy indulgente para con las locuras de amor. ¿Por qué no llamarla "señora," si tal vez lo merece de veras?.....

9 de mayo—Acompaño á un conocido mío á la Seción 2a. del Registro Civil, para hacer la presentación de su recién nacida. Voy de testigo. Al preguntarme por mis generales, olvídanse, ó aquí no se estila, de inquirir mi nacionalidad y mi profesión.

La oficina, igual á las de todo el mundo: mezquina, apestando á colillas de cigarro, á polvo y al fastidio de los empleados, más altivos mientras más subalternos. El portero parece el jefe; lee un diario, fuma y suministra informes de mala gana.

No me gusta la estadística, aunque reconozco

su utilidad.... relativa. Es triste cosa, por ejemplo, hundir á los que nos vienen y á los que se nos van, en esos abismos talonarios. De la amante categoría de seres queridos, pasan á la de guarismos positivos ó negativos.

10 de mayo—Hace ya un año que tengo á mi servicio á una francesa de los Vosgos, que me ha salido inmejorable. Entrada en años, no hay peligro de que inspire tentaciones á mi celibato. Algunas noches, cuando me sirve el café, después de la comida, la hago charlar; me encanta, por tosco que sea, el buen sentido del pueblo. Esta noche me cuenta que Napoleón III mandó envenenar á Cavour, porque éste, en lugar de repartir unos dineros entre los mutilados de la campaña de Italia de Napoleón I, guardóse aquéllos para su provecho. Muy convencida me lo dice todo, y me obliga á reir por su manera de denominar á Napoleón III: lo llama **"l'Empereur III."** ¿Dónde habrá oído semejante fábula?

Los martes en la noche, reúnense en mi casa varios literatos. Rafael Obligado, cuya mejor biografía es mencionarlo; Calixto Oyuela, á quien fundadamente se compara a Marcelino Menéndez Pelayo, por su inmensa erudición, rectitud de criterio y exaltado catolicismo; Joaquín V. González, el aplaudido autor de "La Tradición Nacional" y de "Mis Montañas;" Domingo D. Martinto, poeta y sobre todo sonetista casi impecable. En ocasiones, también vienen Juan J. García Velloso, escritor y educacionista español, y Carlos Vega Belgrano, uno de los más altos espíritus que me ha sido dado encontrar por el mundo.

Con objeto de vernos durante la semana entera, hemos fijado nuestras reuniones en la siguiente

forma: Los martes, en mi casa; los miércoles, en la de Oyuela; los viernes, en la de Martinto, y los sábados, en la de Obligado. Hablamos de cuanto nos ocurre, y de literatura muy especialmente; llegando á librar verdaderas batallas en "ismo." Obligado y González, con su americanismo; Oyuela, con su clasicismo; Martinto, con su escepticismo, y yo con mi naturalismo.

Justo es consignar que la reunión de Obligado, religiosamente mantenida de lustros atrás, y por la que han desfilado todos ó casi todos los argentinos y extranjeros, amantes correspondidos ó rechazados de las letras, era la pricipal y más frecuentada. En ella conocí y traté al Buenos Aires intelectual y artístico de mi tiempo, y á diversos chilenos ilustrados, como de la Barra, Juan Agustín Barriga y Guillermo Puelma Tupper. Débese principalmente, tal importancia, á que Rafael Obligado tiene el raro privilegio de darse á querer de cuantos se le acercan. A pesar de ser, además de millonario en talento, millonario también en dinero, es la modestia andando, y en su gabinete de trabajo, atestado de libros y de unos bustos de yeso muy feos, se olvida uno de que arriba, el hogar del poeta, es un palacio, donde suelen darse (y no empleo "suelen" en el sentido de " acostumbrar,") fiestas de tono con los refinamientos y requilorios de rigor en las grandes casas. En el gabinete, flota una atmósfera de simpatía; se siente uno á gusto hasta para lanzar la paradoja más descabellada, la más disolvente teoría, con la certeza de que Rafael, por más que se supone honradamente un creyente convencidísimo, no ha de enfadarse ni de poner mala cara; á lo sumo, y víctima de sus nervios,—que lo traen siempre inquieto,—abandonará el asiento, encenderá dos ó tres cigarrillos á la vez, y paseándose en la estancia, envuelto en humo, rebatirá con energías lo que acaba de manifestarse. A las 11, que sirven el té, hay tregua.

Digo que Rafael se supone un creyente, y así me temo que suceda, pues más parece un pagano inteligente que maneja el verbo á su antojo, creando cuadros paganos por sus cuatro costados y por sus cuatro costados soberbios. Pero él asegura que es creyente, y no hay que disgustarlo, es tan bueno!

14 de mayo—Leo en los periódicos que nos vienen de México, que los Estados Unidos nos darán las banderas que nos arrebataron cuando la guerra del 47, á cambio de las suyas que nosotros les quitamos en nobilísima lid. Ignoro lo que haya resuelto el Gobierno, y le pido á Dios que se niegue. ¿Qué haríamos con ellas? No es afrentoso el haberlas perdido en el campo de batalla; y en cambio, ahora, nos llegarían mancilladas por su permanencia entre extraños, pobres vírgenes que en un asalto de encrucijada cayeron, contra su voluntad, en manos de brutales salteadores. No regresarían lo mismo que salieron. Si nos las devolvieran, yo las quemaría delante del Ejército, y guardaría la ceniza dentro de una urna, en el centro de la Rotonda consagrada á guardar los restos de los hombres ilustres de México; allí, donde reposa lo que "fué" nuestro y "ya no lo es."

José María Miró, el novelista argentino que bajo el pseudónimo de **Julián Martel** publicó hace poco una novela sociológica, "La Bolsa," que alcanzó un gran éxito, almuerza conmigo y me acompaña toda la tarde. Acaban de licenciarlo en el regimiento de voluntarios á que pertenecía; concurrió á las maniobras habidas últimamente y cojea un poco. Es un guapo mozo, de unos veinticinco años, lleno de ilusiones y deseos, no obstante el indiferentismo de que presume.

19 de mayo—Concluyo esta noche de copiar mis manuscriptos de "Apariencias." Pienso, al concluir, en la labor que un libro simboliza; en las contrariedades y dolores que nos cuesta; en el amor que nos inspira; en el temor en que nos sume, durante su elaboración, de que la muerte nos sorprenda y deje trunca la obra. Pienso, asimismo, en lo que le espera cuando lo compren; en los lectores que por $1 ó 2 que pagan, se erigen en autoridades críticas, y allí donde uno se esmeró, en la frase rebelde al principio y que al fin creemos haber vencido, en la teoría noble y levantada, en el efecto artístico, allí ceban su ignorancia vanidosa, alí nos hieren con sus sedimentos de burgueses hipócritas y viciosos. Sin contar á los que le llaman á uno "inmoral," plegando desdeñosamente los labios; ni á las personas graves que declaran sólo leer los libros serios y nunca novelas! ....

22 de mayo—Después de almorzar, Belisario J. Montero me hace acompañarlo á visitar á sus hijas en el convento de la Divina Providencia. Muy abrigados, que el frío se explica, nos lanzamos en tranvía hasta la calle de Cochabamba.

Salen sus tres hijitas, las abraza, las besa, y nos sentamos á conversar en un banco del jardín, junto á la farmacia. Un sol de invierno baña la fachada del edificio, penetra por sus ventanas y puerta principal y acaricia castamente una que otra toca de las "hermanas" que asoman de tiempo en tiempo. Por el jardín se pasean algunas educandas, acompañadas de sus familias. De repente, nos dejan solos. Una campana reclama á las alumnas, y las hijas de Montero corren á incorporarse á sus divisiones respectivas; todas éstas desfilan por delante de nosotros, que permanecemos respetuosamente de pie. Las seguimos y nos instala-

mos en la capilla. Se da principio al servicio divino: primero, una plegaria rezada; después, un **armonium**, abajo, con los cantores, y arriba, en el coro, un segundo **armonium** invisible. Mirado el grupo como yo lo miro: las niñas vestidas de negro, con una pluma azul en el sombrero, y resguardadas por las Hermanas de la Caridad, cuyas inmensas tocas se mueven blandamente á cada movimiento de la cabeza, arrodilladas todas, las niñas me parecen tórtolas, gaviotas las hermanas; aquéllas, temblorosas y débiles; éstas, vigilantes, fuertes, blancas... Baja del coro un canto, que, en su sencillez, me remueve muchas reminiscencias empolvadas,—¡hace tanto tiempo que no frecuento templos!—las notas que escucho me incitan á la ternura:

—¿Quién canta?—pregunto.

—¡Les huérfanas!—me responden.

Y yo, que adoro á los niños, al saber que cantan niñas y niñas huérfanas, no puedo más. El órgano me arrulla, el incienso me desvanece, y esas vocecitas me retrotraen á mi infancia, á mi madre, al santuario de Guadalupe—donde ella me llevaba—y salgo de la iglesia con lágrimas en los ojos, que hay que ocultar como una mala acción.

24 de mayo—Asisto esta noche al Té que da en Palacio el Presidente Pellegrini. Muy concurridos los salones, pero en la caldeada atmósfera, por entre las cortinas, espejos y luces eléctricas, hasta en las faces sonrientes de los invitados, ese fastidio vago que informa todas las fiestas oficiales del mundo entero.

El Ministro de Chile me presenta al General Canto, el héroe vencedor de la última revolución chilena, de tránsito aquí en su viaje á Europa. A pesar de que se cuentan de él hazañas en los campos de batalla, y de que ha muerto á mucha gen-

te, habla con voz reposada y agradable, sonríe á menudo, y sólo el labio inferior, que de una manera especial contrae de cuando en cuando, así como la mirada acerada y penetrante que por excepción se le escapa, lo obliga á uno á pensar que, en efecto, debe de ser un hombre bravo al frente de sus tropas.

25 de mayo—De uniforme desde temprano. A la 1 de la tarde, al **Te Deum**, en la catedral, para conmemorar la Independencia argentina. No apruebo estas solemnidades "político-religiosas." La presencia de los altos funcionarios, de los militares, del Cuerpo diplomático, de los soldados cubiertos y con armas, ofenden al culto. Es indispensable y es moral que todos los pueblos tengan alguna religión; los gobiernos no debieran tener ninguna. En el templo, sólo debemos orar.

En seguida del **Te Deum**, y en regular procesión, nos encaminamos al Palacio, para presenciar desde sus balcones la parada militar. Un regimiento de caballería, que pasa al trote, lleva varios dragones fuera de filas; y el Ministro de Relaciones, que se halla explicando la revista á la esposa de nuestro decano, dice en són de broma:

—Esos son los dispersos.

31 de mayo—Concurridísimo mi "martes" de hoy. Vienen Joaquín V. González, Rafael Obligado, Soto, Domingo D. Martinto, un pintor bonaerense Schiaffino, premiado con diploma y medalla en París; Calixto Oyuela, Belisario J. Montero y Juan J. García Velloso. Pídenme la lectura de lo que llevo escrito en este "Diario," y Rafael Obligado, al enterarse de que consigno la broma del Ministro de Relaciones, relativa á los dragones que iban atrasados en la formación del día 25, salta de

su asiento, acciona, se pasea por la estancia; asoma su patriotismo exagerado, el insigne cantor de "Santos Vega" me amenaza con la horca.

—El ejército que pintas podrá ser el ejército de la luna, pero nunca el libertador de un mundo, el que mandaba San Martín, el que cruzó los Andes! Pon al fin de la hoja, una nota que diga: "Al oir esto, Rafael Obligado protestó."

2 de junio—Conozco en la casa del Duque de Licignano, Ministro de Italia y decano del Cuerpo diplomático, al celebrado pintor de marinas Eduardo de Martino. Es napolitano, de Sorrento, y aunque lleva diecisiete años de vivir en Londres no ha perdido el sello de su nacionalidad: gesticula y grita cuando habla; menciona á todos los monarcas europeos, á quienes ha pintado uno ó más cuadros; cita á dos princesas que visitaron su taller; nos declara que ha de encontrarse en Londres, á la fuerza, para el próximo 6 de agosto. No hay forma de privarlo del uso de la palabra. Charla, charla con un lenguaje pintoresco y fogoso, soltando frases en dialecto que hacen reir mucho á los que las entienden, y que él traduce luego "in lingua toscana."

Concluye ofreciéndome una tarjeta grabada artísticamente en Inglaterra, para que pueda yo concurrir á una exposición de cuadros, de breve duración, que abrirá aquí dentro de poco.

4 de junio—Conozco á otro pintor, Ballerini, quien, á pesar de haberse pasado en Italia media vida, suspira aún por volver allá y pasarse la otra media, no obstante que es argentino. Esta atracción eterna que Italia ejerce en cuantos la conocen—especialmente entre los artistas é intelectuales—es elocuentísima; demuestra que es el último

reducto de lo bello; la nación que más se defiende de esta oleada invasora que ahoga á los antiguos dioses; que sus ciudades no transigen con lo que representa el ideal de las ciudades modernas y nacientes, en las que el templo se llama "Bolsa," y los monumentos, "Hipódromos."

7 de junio—Pocos concurrentes á mi tertulia semanaria de esta noche: Martinto, Schiaffino y Montero.

Mal dispuestos, sin duda, sólo á censurar nos dedicamos:

Yo censuro—y todos me dan la razón—la costumbre que se observa en el cementerio de la Recoleta de esta ciudad, para las inhumaciones. Aquí no entierran (propiamente hablando); hay unas bóvedas subterráneas de fácil acceso, donde se depositan los ataúdes; el dueño del sepulcro puede ver á sus muertos cuando le parezca, con sólo abrir la tapa del cajón.... Aparte la ofensa á la higiene, encuentro irrespetuosa y horrible la facultad de ir á presenciar los progresos de la descomposición. Por fortuna, nadie lo hace, que yo sepa; limítase todo el mundo, según entiendo, á depositar flores sobre los cajones mismos, sin siquiera moverlos de sitio.

Hay bóvedas que encierran cincuenta y sesenta ocupantes.

Les narro, entonces,—y certifico la autenticidad del ofrecimiento,—que cierto individuo me dijo en una ocasión en que por enfermo yo, él me visitaba:

—"Si á Ud. le sucediera una desgracia por acá, le aseguro y ofrezco un lugar en la bóveda de mi familia."

¡En todas partes le ofrecen á uno algo!....

9 de junio—Acompañado de Martinto—á quien están imprimiéndole sus "Poesías" en la casa de Peuser,—voy por segunda vez hasta los talleres de la imprenta; y mientras Martinto, con la debilidad imprescindible en todo autor, se extasía, y con razón, ante los cuadernos concluídos que de su libro le muestran, yo elijo el papel especial para los ejemplares de lujo del mío. Llena la mente de ideales y de libros nuevos, que apenas se diseñan en la atmósfera y que nos comunicamos á medias Martinto y yo, abandonamos los talleres y seguimos á pie á lo largo de la avenida de Montes de Oca, en donde codeamos numerosos grupos de obreros, que, la pipa en los labios y la chaqueta abotonada sobre la blusa, debido al mucho frío que hace, se encaminan á sus hogares sin hablar entre sí, con ese silencio meditativo y triste que origina en ellos su ruda labor. Y nosotros, charlamos, charlamos, mientras Venus, allá arriba, en el fondo de un cielo invernal y despejado, dice adiós á la tarde que se muere y parece que sonriera á nuestros libros que nacen.

De vuelta á mi casa, encuéntrome una carta acabada de llegar del Brasil, de mi jefe Sánchez Azcona. Al final me narra cómo murió el Doctor del V... en Río de Janeiro; y es el asunto tan patético, hácele tanto honor á del V...., que quiero consignarlo aquí.

Era del V.... inspector de sanidad, y comisionado por el Gobierno argentino pasó á Río de Janeiro, hará un mes, después de haber estado desafiando con bravura la temible fiebre amarilla en los lazaretos y estaciones cuarentenarias de este puerto durante todo el verano pasado. Había traído de Europa á una muchacha francesa, que, por seguirle abandonó cuanto tenía. Se adoraban, al punto, que ella vivía con él á bordo de un lazareto flotante estacionado á mitad de la bahía exterior de Buenos Aires. De consiguiente, ni quien pensa-

ra en separarse cuando le ordenaron á él pasar al Brasil. Juntos siempre, instaláronse en un barrio perdido y antihigiénico de la homicida capital fluminense (¡el verdadero amor se halla contento en cualquier parte!) y del V.... dió en el consulado argentino un domicilio supuesto para que no fueran los extraños y los indiferentes—las personas de buena moral!—á enturbiar su dicha. Cumplía concienzudamente con su peligroso deber; de súbito, faltó un día, y faltó cinco. Búscanle donde dijo que vivía y no lo encuentran; ni de nombre lo conocían ahí.... Un desconocido preséntase á pedir la correspondencia del doctor del V....; se le pregunta por la dirección de éste, la suministra, y el cónsul no da con ella. A los dos días, un agente de policía comunica al cónsul que en determinado sitio ha muerto un argentino; van á ver quién era, y resultó ser del V....

Los acontecimientos acaecieron de la siguiente manera: La amante de del V.... cayó con la fiebre amarilla, muriendo de ella en cinco días; por eso se ausentó él del consulado. La atendió como enamorado, sin separársele ni un instante, y al encajonarla, le cortó los cabellos para guardarlos como reliquia. En seguida, cayó él con la fiebre también, porque continuó durmiendo y cubriéndose con las sábanas que á ambos cobijaron, á pesar de la enfermedad y de la muerte!.... Enteramente solo, sin nadie que le diese una gota de agua, murió á su vez, á las cuarenta y ocho horas.... Al descubrir su cadáver, encontraron que oprimía entre sus labios exangiies la trenza de cabellos de su amada....

Opina Sánchez Azcona que es éste un gran argumento de novela, aunque la tal parecería demasiado romántica, y nadie quizás creería posible el hecho: esa caricia de ultratumba.

Yo, yo no opino nada; quédome bendiciendo al amor que tamaños prodigios engendra!

14 de junio—Paseando por la calle de Florida —que es el **boulevard** de esta ciudad,—tengo una grata sorpresa: en la vidriera de un repertorio de música no se ven más que ejemplares y ejemplares del vals mexicano "Sobre las olas," de Juventino Rosas. Y aunque el incidente, en sí, no sea sobrenatural, ni mucho menos, á mí me lo parece. Pégome al cristal y tarareo mentalmente las harmonías de la pieza que me sé de coro; en tropel asáltanme recuerdos de mi tierra, ecos de risas que amo, aroma de días de campo, en San Angel, de noches de baile á que concurrí; siento que la vidriera, no obstante su mutismo, me sonríe y acaricia, y no resisto, penetro en el establecimiento:

—¿De dónde le ha venido á Ud. este vals?

—De Alemania.

—¿Sabe Ud. ya que es mexicano?

—¡Sí, señor!

—Y ¿qué tal? ¿se vende? ¿agrada?

—Comienza á venderse; lo conocen apenas. ¿Ud. viene de México?

—Hace tiempo que vine, pero soy de allá,—digo con orgullo, cual si se tratara de probar que soy compatriota de Wagner....; con todo, querría yo comunicar á Juventino Rosas que su composición ha llegado hasta el Plata, algo es algo!

No obstante ser martes, nadie viene por la noche. Hállome á solas, encerrado en mi saloncito, junto á la chimenea en que arde un sabroso fuego. Sé que es pueril escribir lo que pienso en estos momentos, mas ¿qué importa, si las obras de la índole de "Mi Diario" no son, en definitiva y en la mayoría de sus páginas, sino puerilidades y egotismos?.... la chimenea me tiene encantado, porque es mía! las que hasta ahora me calentaron en los Estados Unidos y en Europa, por ser de hospede-

rías, nunca me satisficieron lo que ésta me satisface.

Bien sabido es que toda chimenea—se ha dicho y escrito tánto—concluye siempre por imponer silencios momentáneos en los que la rodean, así sean muchos, y por monopolizar todas las miradas, que convergen hacia las brasas, aunque en realidad se vuelvan al pasado ó se aventuren al futuro de cada cual. La despótica atracción, á mí me halaga esta noche. Clavo mi vista en los carbones encendidos y miro lo que mejor me parece: mi hogar esfumado en las brumas de la distancia y de la ausencia; rostros caros, familia, niños que me tutean y se me encaraman porque me saben su pariente consentidor; una virgen enamorada cuyos ojos yo sé que me buscan en las negruras de la separación; y luego, algunas facciones de mujeres que me quisieron, alternando con otras de las que me quieren ahora. Todo mezclado, confuso; y yo avivo el fuego, lo atormento y atenaceo, como para que cumpla mi evocación ó para que con su flama la desvanezca y evapore....

15 de junio—En la catedral, á visitar el monumento del general San Martín. Bastante bueno; con una ligera imitación en su urna superior al sarcófago de Napoleón el Grande, en los Inválidos.

Figuran en el zócalo los escudos de las tres naciones á las que San Martín dió vida independiente y propia: Argentina, el Perú y Chile.

Siéntese respeto,—yo, á lo menos, lo sentí,—cerca de estos restos; las glorias de Hispanoamérica nos pertenecen á todos los hispanoamericanos. San Martín, para mi modo de ver, es mucho más grande en su célebre entrevista de Guayaquil, que en todas sus victorias de armas, juntas, al resignar el mando en jefe del ejército libertador en Bolívar, —ese otro astro americano de primera magnitud,—

San Martín, entonces raya en lo sublime; resulta, á más de guerrero egregio, patriota y filósofo! Prescinde de una gloria vana, doma sus ambiciones personales, las que como hombre y como general ha de haber poseído fatalmente, realiza la más grande y difícil de las victorias: ¡vencerse á sí mismo!!! á todo renuncia en ahorro de peligros incalculables para sus países (¡que después de lo ejecutado, no sólo era argentino, era también chileno y peruano!) y manca su obra, y va y muere, solitario, expatriado ¡él, que había derramado patrias! en Boulogne-sur-Mer....

Su vida, su obra y su muerte, enciérranse en dos palabras:

Pro patria!

A la noche, en casa de Oyuela, conozco á Martín Coronado, el aplaudido autor dramático de la Argentina. Manifiéstame su asombro por el movimiento literario que ha encontrado en Buenos Aires, después de cinco años de ausencia. Se marchó al campo, á vivir, con la resolución firme de no escribir más para el teatro. Y ahora ha vuelto, tiene un nuevo drama casi concluído, que hará representar dentro de poco; antes ha de leérnoslo.

18 de junio—En la estación del "Central," á las 7 de la mañana, transido de frío y con una escopeta en mi equipaje.

Parto á una cacería, invitado por el Dr. D. Ernesto Frías, Ministro Plenipotenciario del Uruguay. Vamos con él, Bernard Bedout, Secretario de la Legación de Francia, y yo.

El viaje en el camino de hierro, sin ningún interés; inmóviles nueve horas dentro de un compartimento "reservado." En un punto que se llama Mercedes, almorzamos.

Lleva el Dr. Frías un finísimo **pointer**, que me atrae por lo obediente y cariñoso.

A entrambos lados de la vía herrada, la Pampa, con poblados y casas intermitentes.

Aguárdannos en el paradero con un carruaje de la "estancia," en la que vamos á alojarnos. (Las "estancias," en la Argentina, equivalen á nuestras "haciendas" en México; aquí se denomina "hacienda" al ganado.)

Ya es de noche, por lo que no me entero ni jota del aspecto de los contornos que vamos atravesando. Llegados á la "estancia," nos sale al encuentro un mayordomo excesivamente urbano, que nos muestra nuestros respectivos aposentos y en seguida nos hace pasar al comedor, en el que se nos sirve improvisado refrigerio. A los postres,—es un decir, ¡qué postres ni qué hojarascas!—manifiesto yo mis viejos deseos de conocer, para con las de mi tierra compararlas, lo más que se pueda de faenas y costumbres campesinas; y mi mayordomo, solícitamente, en cuanto se levantan los manteles, preséntame á un genuino y legítimo "gaucho," que armado de guitarra, cántanos una infinidad de tonadas nacionales: "cifra," "giieya," "gato," "milonga," "baile de dos," qué sé yo cuánto más...

Es este gaucho un tipo soberbio de hombre, físicamente hablando: alto, fuerte, moreno, con buena barba y muy expresivos ojos; con un detalle que siempre me ha seducido en los hombres que lo poseen: mira á su interlocutor con simpática altanería. Su pergeño es el clásico, el que se halla á punto de perderse para siempre, á pesar de lo pintoresco y de lo característico que es: sombrero de fieltro, pequeño y portado un tanto hacia la coronilla, **cranement**; despeinado el luengo cabello que cubre la nuca, medio oculta las orejas y se junta á la barba sedeña, descuidada y neptuniana; chaqueta recia y camisa deshilada; alrededor del cue-

llo, las sueltas puntas desempeñando oficios de guías de corbata, un anudado pañuelo de seda; á la cintura, el "tirador," que es idéntico en el corte y en lo ancho, y en los bolsillos que esconde, á los cinturones de cuero que gastan nuestros arrieros á la antigua,—salvo la profusión de monedas que esmalta el "tirador:" (de plata por lo común,) pesos duros y medios pesos; en ocasiones, oro, doblones, onzas, centenes, si el dueño es adinerado; en la cintura, por atrás, el "facón," que es término medio entre daga y machete, corto para machete y largo para daga, el cual, es fama, sabe el gaucho manejar con rara destreza; los pantalones, amplísimos, tirando á pantalones de zuavo y llamados "chiripá," recogidos á la mitad de la pantorrilla por la bota de potro, que no estila suela ni costuras, que se amolda por desecación al pie y á la pierna —á los que abriga y defiende á maravilla,—desde que se calza por primera vez, cuando se sacrificó el potrillo recién nacido, ó antes, hasta que por inservibles se desechan. La inseparable y necesaria espuela, de ancha rodaja, aunque mucho menor que la de nuestros vaqueros y charros, suele ser de plata. Embrocado ó al hombro, el poncho de vicuña, impermeable, terso, abrigador y á un solo color, por lo general claro, con grandes flecos. Raramente, la manta, de vicuña también, pero más angosta que el poncho y sin bocamanga. En la muñeca, el rebenque, un azote de verga, de plateada empuñadura homicida, rellena de plomo. Por extraordinaria excepción,—la regla es cargarlas á caballo,—las "boleadoras" á la cintura, sobre el "tirador;" tremenda arma arrojadiza, que lo mismo "manea" una res, un caballo, un avestruz, que mata á un hombre; el arma legendaria de los "mazorqueros" de Rosas; uno de los prodigios de la habilidad humana cuando bien se maneja.

Si son como éste todos los gauchos que aún persisten en vivir, deben ser, en efecto, cautivante

tipo masculino de una raza que se va, si no se ha ido ya....

A renglón seguido del gaucho, un hermano del mayordomo, Polinisio de nombre,—¡en serio!—coge la guitarra y nos regala con canciones criollas; nos canta una "milonga" patriótico-narrativa de la revolución del 80. Obligámosle á que la repita por lo que ha gustado á los oyentes aborígenes; la letra les hace cosquillas,—á pesar de lo medianeja que es,—en el inquieto sitio en que nos duele á todos los que de godos descendemos: el sitio de las revoluciones y pronunciamientos:

"..... revolcándose en su sangre,
"antes de expirar, decían:
"—¡Viva, viva Buenos Aires!...."

A los pocos instantes, en que Bedout y yo nos alistamos para acostarnos, confiésame Bedout que no ha entendido ni palabra de lo conversado, cantado y reído:

—Et, pourtant, ça avait l'air d'étre trés drole, pas?....

Doyle por respuesta apagar la vela y aconsejarle que se emboce hasta los ojos. En la habitación reinan las tinieblas y el frío del Polo!

Bedout ha pasado cinco años en el Japón, de secretario diplomático también, é instigado por mí comienza á charlarme sobre aquel interesantísimo país. Cuéntame muchas cosas que yo ignoraba, y muchas que ya sabía, por ejemplo: que nadie toma á mal el que los individuos de las legaciones extranjeras vivan en pequeño serrallo de japonesas: dos, tres ó más, según sus posibles respectivos. Después, háblame con entusiasmo del arte japonés, en el que me parece bastante versado; luego, de los terremotos y de los siniestros que los acompañan. Con espeluznantes detalles nárrame uno, que se tragó varios kilómetros de superficie; gente, ani-

males, árboles, edificios, todo desaparecía dentro de las fauces del enloquecido gigante Atlas. El, Bedout, durante sus cinco años de permanencia, padeció más de ¡¡¡ciento y cincuenta!!!....

Y oir narración semejante al través de las densas sombras del aposento, teniendo que adivinar el rumbo de donde parte la voz que horrores tamaños me cuenta, mientras afuera, en la Pampa inconmensurable, silba huracanado viento y un rumor imponente y ronco de caballos en carrera lejana y salvaje, estremece la tierra, prodúceme un pavor artístico, cual si viera yo, con fantástica luz iluminadas, las obras de Edgard Allan Poe, ilustradas por un Gustavo Doré imposible....

19 de junio—(Estancia de "El Dorado.") Levantado desde muy de mañana, bajo una temperatura que haría honor á Irkutsk y sin otros medios para combatirla que los abrigos que hemos traído y el ejercicio corporal á que nos entregaremos luego; de chimenea ó estufa, ni asomos! Los habitantes de la casa, habituados á los extremos de su clima, entran, salen, discurren por el jardinillo cual si se encontrasen dentro de un invernadero, y opinan que la mañana "está fresca." ¡Vaya si está fresca!

Invítanme á desayunar una carne que llaman "churrasco," y renuncio; nunca he podido tomar nada con grasa en las mañanas temprano; reclamo una taza de té.

A poco, instalados en rústico **break** y diz que en traje de carácter, partimos á la cacería.

Voy resuelto á no cazar, porque no sé y porque **a priori** me ha repugnado siempre el noble y feudal ejercicio, que, se me antoja, propio exclusivamente de crueles y primitivos, legado de nuestros excelentes choznos, los moradores de cavernas, y

á quienes yo, sin embargo, les beso las manos....
De repente, detiénese el carruaje:

—¡Ahí están las perdices!...—gritan nuestros guías y acompañantes.

Hay unos segundos caóticos; confundidos, nos precipitamos Frías, Bedout, yo, las escopetas y el **pointer** "León;" éste último corre frenético, la nariz rozando la hierba, volviendo el rostro hacia su amo.... á unas cuantas varas, párase rígido, sin apartar ya su mirar del amo, inquieta la cola, en el aire la mano derecha, flexionada; una postura inteligente y primorosa. Azúzale Frías, vuela una ave azorada, suenan dos disparos, cae herida la perdiz y "León" viénese á depositarla á nuestros pies sin causarle daño, entre las fauces abiertas, con delicadezas de **nurse** britana ó de dogo de San Bernardo. Yo he permanecido inmóvil, con mi escopeta cargada; asegúranme los demás que la cacería ha principiado y que el día promete ser magnífico.

No tardan dos perdices más en ver interrumpido su vuelo libre por otros tantos disparos certeros; continúo sin tirar. Entonces Bedout aconséjame, atenta mi virginidad cinegética (ay! la postrimera virginidad que me queda!.....) que ensaye yo tirando primero á alguno de los pajarracos de rapiña que por cima de nuestras cabezas rondan las perdices que vamos sacrificando. Me echo el fusil á la cara, disparo, y en lugar de doblar pajarraco alguno ¡por poco me mato!... Inexperto en estos achaques, he disparado simultáneamente los dos cañones de la escopeta.

Resuélvese que nos despleguemos en tiradores, y tócame en suerte el ala derecha; Frías, con su perro, queda en el centro, y Bedout parte por la izquierda. Benito, criado de Frías y caballero en menguado rocín, es comisionado para recorrer la línea y atendernos en lo que ofrecérsenos pueda....

Miro, á lo lejos, pacer ganado vacuno, é infórmome con el mayordomo que nos acompaña de si no ofrecen peligros vecindades semejantes.

—No, ninguno; están acostumbrados á ver gente!

—Al hombro, armas! y adelante.

Camino, camino mucho, hollando césped y sin vislumbre de perdices.

Hállome en medio de la Pampa y me siento impresionado.

La Pampa, sobre todo en el primer momento, es majestuosa, severa, infinita; por doquier crece la yerba con ondulaciones y rumores casi poéticos. La vista se asombra ante la verde inmensidad de la llanura, el horizonte queda á distancia y mi cerebro piensa en cosas gigantescas, grandiosas: aquello es un océano de tierra! Luego, el asombro cede el puesto á la tristeza.... ni un árbol, ni una mata, ni un cerro, ni una casa; nada, nada, nada....! A lo sumo, puntos negros y movedizos: es el ganado que pace ó se recuesta. Y lo que al principio me entusiasmó, ahora me amilana; viénenme ideas de persecuciones horrendas, de tormentos inquisitoriales; la sombra misma de Rosas y de su "mazorca," como que aún cruzara por allí, acompañada de la desolación y del espanto. Hasta el césped, que gracias al viento que lo acaricia y doblega, inclínase hacia un lado, parece que conmigo opinara y que asintiera á cuanto voy pensando....

De improviso, descubro una perdiz hambrienta y confiada, que picotea cerca de mí en el pasto seco y enhiesto. Vienen por tierra mis humanitarios propósitos, algo raro experimento que me impele á destruirla; apúntole contra toda regla, sin aguardar á que alce el vuelo, y tan á boca de jarro le disparo, que sólo sus plumas la sobreviven, revoloteando por los aires. La he deshecho, y reconózcome bárbaro y salvaje. Sigo avanzando, y otra

perdiz, en circunstancias idénticas, sáleme al paso. Vuelvo á empuñar mi arma, estoy más lejos, disparo y la derribo. Oficiando de perro, aproxímome á levantarla pues la creo bien muerta, y nó, está agonizante, con un ronquido débil que coge el alma, sus ojillos tristísimos vueltos á la altura. Mi mano izquierda la sirve de lecho mortuorio, allí expira, mirándome con dulce mirar de bestia inofensiva y pequeña que no comprende lo que le sucede ni por qué le sucede.... ¡me juro no cazar más perdices!

Después del almuerzo en la estancia, salimos de nuevo al campo en busca de venados, armados nosotros de rifles en esta vez.

De veras gozo con este género de cacería, llena de emociones y en la que no se presencian los resultados inmediatos de los disparos. A cada rato hay que correr á pie, á caballo, en carruaje; los venados, heridos, se levantan, caen, huyen, lo dejan á uno sin consuelo y no se asiste á su agonía. Frías ha dado muerte á un venado y á una gama; casi al partir de la tarde, yo le rompo una pierna—á honrosísima distancia—á un venado de tres años, según rezan sus astas. Van á traerlo los de á caballo, y cuando el mayordomo lo degüella, procuro no hallarme junto al bicho que llora y patalea, y mucho menos degollarlo yo en persona como me lo aconsejan los circunstantes, por ser de ritual, á lo que parece, que el que dobla á una pieza la ultime por mano propia. Todos me felicitan, mas al notar mi ningún entusiasmo opinan que no serviré para cazador.

Estamos en el instante más solemne de la Pampa: el crepúsculo vespertino! Con la tarde que se va, domínanos una sensación extraña: respeto, piedad y recogimiento; hasta paréceme que todos hablamos en voz baja, temerosos de romper la harmonía grandiosa del conjunto físico é indescriptible. La mística hermosura nos subyuga, aunque—

por lo que á mí respecta—la tristeza de por la mañana sube de punto. Ganas me entran de pedir socorro, de llorar mucho ó de ejecutar una acción buena; véome pequeño y abandonado.

Cargados con nuestros trofeos, tornamos á la estancia; ya es de noche.

Comemos, y en seguida pasamos á la cocina, al "fogón criollo," á cuyo alrededor la peonada de la finca, reunida, bailará, cantará y tomará su bebida predilecta: el mate. Es ésta una galante sorpresa con que nos obsequia el mayordomo.

Un cuarto rústico, con las paredes negras de humo y el piso, de ladrillos, sucio y polvoriento; en sus interiores, una mesa, dos bancos y un brasero de campana, por todo mobiliario; en el centro de la habitación, han encendido una fogata que nos ilumina y alegra con su chisporroteo. Hay que sentarse muy abajo, para que el humo no lo ciegue á uno; los asientos son de madera, ó de cabezas de res, disecadas. Seremos los de la tertulia unos veinte. Parten de un rincón los primeros gemidos de una guitarra que tañe un "tocador" de profesión; comienza á comunicarse el contento; los semblantes sonríen, escúchanse voces sonoras, y el "mate amargo" circula profusamente.

Esto del "mate" reclama especial mención por ser una costumbre que tiende á desaparecer, de Buenos Aires sobre todo.

"Mate" es una yerba que produce el Paraguay, y no sé si también la Argentina, entiendo que sí. Dícese que es antiséptica; lo que yo puedo garantizar es que no agrada á los que nunca la cataron, y que la forma en que tiene uno que apurarla resulta detestable y poco limpia. En una raíz hueca, muy semejante á nuestros "guajes" mexicanos, se echan la yerba, agua hirviente y azúcar, y por medio de una bombilla de plata se chupa el mixto, hasta apurarlo. No está aquí lo grave, sino en que sin lavar la bombilla ni cambiar la yerba, pa-

sa el trasto nuevamente cargado de agua hirviente y azúcar, á otra boca, y luego á otra, y á otra, y á todas las de los asistentes á una velada urbana ó rural. Excusado decir lo que beberá el último: la saliva y los humores de una muchedumbre campesina,—cuando como hoy en el campo nos obsequian,—no siempre estricta en su aseo.

Para halagar á los "paisanos" (léase campesinos) trasiego á mi estómago de extranjero dos "mates amargos" ó sin azúcar. Escucho los mismos cantos que la víspera, y veo bailar un "gato." Bedout, alarmado cuando le alargan un "mate," declara que no lo probará y se pega á Frías, para que lo salve.

20 de junio—(Estancia de "El Dorado.") Por la mañana, cazan Frías y Bedout; yo me limito á oxigenarme y á matar sin escrúpulo, una de las muchas lechuzas que toman el sol, echadas en el pasto ó posadas en los cercados, volviendo á cada rumor su cara antipática y casi humana.

La tarde pásomela en la cama, leyendo y dando á mi cuerpo poco hecho á estas recias fatigas, el descanso de que há menester.

Bedout y Frías regresan al obscurecer cargadísimos de perdices muertas.

21 de junio—De visita en una estancia vecina, que pertenece á una sociedad belga. Más **comfort** en la vivienda, estufa y puertas cerradas .El almuerzo mejor condimentado; no nos dan tanta carne como en "EL DORADO," pero, en cambio, dánnos legumbres y una suculenta sopa. Me conformo con esta "caza mayor," y, resignado, acompaño á los demás en su excursión devastadora.

Hásenos incorporado Pepe Caro, tercer Secretario de la legación de España, y el cazador más im-

penitente que haya yo visto; principia por despojarse, para gran alivio mío, de un magnífico capote de monte, que me salva de la congelación. Lo que no suelta, á nadie ni por ningún dinero, es su escopeta, una Greener legítima que, nos afirma, estima cual á una querida fiel.

Mientras todos andan á tiros con las "martinetas"—una variedad de la perdiz, grande como una gallina y exclusiva, á lo que alcanzo, de esta privilegiada República—yo descabezo un sueñecico dentro del carruaje.

....y me despierta lo más formidable que pudiera imaginar: el incendio en extensión grandísima de la yerba de la Pampa, seca á causa de los hielos. Crece la llama, se enrosca en el vacío y se encara con el mismo sol, á pesar de que éste la derrota y humilla... El automedonte asegúrame,—es oriundo de estos contornos,—que tales incendios, de noche, siembran el pánico en hombres y animales y los hacen huír en tropel de catástrofe, despavoridos y sin consuelo. . . .!

Al atardecer, emprendemos la vuelta por la desierta y dilatada Pampa. Aumenta nuestra velocidad, porque dos potros brutos que tiran el carruaje en unión de caballos adiestrados, se desbocan y arrastran tras de sí á éstos. (Esta costumbre de primitivos de poner potros salvajes con caballos "hechos," está muy generalizada en la Argentina; en las diligencias,—que aquí se denominan "galeras,"—siempre se ayunta á los caballos mansos los que aún no lo son, con gravísimo riesgo para los pasajeros; como nadie se queja, la costumbre persiste y sólo va desapareciendo conforme desaparece la diligencia, aventada al polvo y al olvido por los ferrocarriles. Nada advertímos nosotros, y mientras volamos cosa de dos kilómetros, Caro dormita y Frías nos escucha á Bedout y á mí que canturreamos el **"Si tu m'aimais. . . ."** de Alfredo de Musset.

Notificados del desbocamiento de los potros que tiran de nuestro **break**, por precaución mudamos de bestias en la "chacra,"—léase ranchería,—de la finca, y estamos tan de malas, que, á poco andar, nos extraviamos en la inmensa sabana. Frías se apea dos veces, para orientarse, y cual si llamara á un perro, pregunta sin cesar:

—"Júpiter! ¿dónde está Júpiter? ¿Estará con Venus?"....

Los astros buscados no parecen, pero nuestro buen humor aumenta; reímos á voces de cuanto hay, hasta de un holandés campesino á quien por el ruido de sus suecos y por la obscuridad de la noche y de la Pampa, lo declaré uno de los potros desbocados.

Por fin, á eso de las 8 arribamos á la estancia de "El Dorado," cuyos huéspedes principiaban á alarmarse á causa de nuestra tardanza.

22 de junio—Hasta Buenos Aires, adiós estancia!

... al mirarme en mi casita, con mi vieja francesa que me prepara el té y horrorizada esconde la cabeza de venado que le entrego; al acariciar á mi perro, que me salta loco de contento; al estirarme en mi cama limpia y tibia, suspiro de satisfacción y me prometo no tornar jamás á otras cacerías.

24 de junio—Por tercera vez, en la elegante morada del acaudalado literato chileno Alberto del Solar, que los viernes recibe á gente de pluma. Los de siempre, más algunos argentinos que no son de nuestro grupo.

26 de junio—No sé si por habérseme abierto

antiguas heridas ó por causa diversa, vengo á parar en esta conclusión:

—Los celos son una dolorosa sensación física!

29 de junio—En casa de Calixto Oyuela. Nos lee su drama Martín Coronado; tres actos románticos y un tanto pesados; la acción arrástrase perezosa ó cándida; de cuando en cuando, un chispazo de verdadero talento, del bueno que Coronado posee de sobra, y luego, aquello decae de nuevo. Casi á la media noche concluye la lectura.

Coronado, sonriente, aguarda la censura, que no tarda en asomar por varias bocas. Y según las críticas desmenuzan, las críticas embozadas y poco francas de "compañeros de arte," la sonrisa de Coronado se transmuta en mueca de disgusto, para terminar en gesto de dolor que en vano trata de disimular. De todo corazón lo compadezco, porque también yo, con muchos capítulos de mis "Apariencias" pasé por calvario idéntico en la casa de Rafael Obligado.

Trabo conocimiento con Juan Antonio Argerich, literato argentino, partidario de la independencia literaria más absoluta. Tiene actualmente una polémica epistolar por la prensa con don Juan Valera.

1o. de julio—En la casa de del Solar, un señor lee, á propósito del "Quijote," un estudio sobre el Fuero Juzgo, que podrá ser todo lo erudito y estimable que se quiera, pero al que no le hallo contacto con la obra inmortal de Cervantes; sin embargo, se lo aplauden á rabiar.

4 de julio—A bordo de la cañonera norteame-

ricana "Bennington," surta en este puerto de Buenos Aires, en el dique número 3.

El Ministro de los Estados Unidos, Mr. Pitkin, celebra en ella el **"Glorious Fourth."**

Hay bastantes invitados y no escasas señoras. Cuando llegamos, en comitiva, el capitán y la oficialidad del barco recíbennos en la plancha, á los acordes del himno yanqui **"Hail Columbia;"** la infantería de marina, de uniforme de lujo, presenta armas, y toda la marinería, formada á dos filas compactas, saluda llevándose las manos á la frente. La "Bennington" reluce de limpia, adivínase que para recibirnos se lavó bien la cara.

Después de las presentaciones de rigor, suena un clarín, contéstale un tambor y la tripulación se aglomera por bajo de la cubierta en que nos encontramos nosotros. Mr. Pitkin va á hablar, y cual si para singular combate se apercibiese, despójase de gabán y sombrero—mal grado el invernal céfiro que riza las ondas del Plata,—se tira los puños de la camisa, carraspea y se arranca:

—**"Dear Countrymen, Ladies and Gentlemen**. . . . . . ."

Y durante media hora nos dispara su arenga con declamatorio tono y descompasados movimientos, con ese no sé qué vago y grotesco que toda solemnidad sajona—las inglesas y yanquis muy particularmente—encierra en el fondo: una mezcla de Barnum, de **ministrel** y de pastor protestante. A cada período, lo interrumpen los aplausos; al concluír, los tres **"Heep, heep, heep, hurra!"** de ordenanza, vuelan por el aire.

Me abstengo de aplaudir.

Conozco el secreto de la ovación y la causa de los aplausos: no aplauden al orador, aplauden á los 65.000,000 de individuos que representa!

Luego, nos brindan un **"luncheon"** que acusa la largueza y no desmentida hospitalidad de los anfitriones. En seguida, en el dique, hay cuatro asal-

tos de pugilato con guante. Ocho prójimos (?)—para nosotros los mexicanos sí que lo son, con ortografía anticuada: **próximos**......—se propinan cada bofetada que tiembla el misterio. . . Cuando la gente principia á bailar, me retiro á pie; llevo en mis oídos el chasquido de los golpes certeros que suenan á mortal agravio al colorear la faz del que los recibe, y me huelgo de ser latino, á ojo cerrado me quedo, aunque no sean de mi gusto, con las riñas de gallos y las corridas de toros.

Por la noche, visita mi casa el barón Manoel de Salzberg, Ministro Plenipotenciario de Austria-Hungría, á quien tengo invitado á comer, en atención á que él, desde que me conoció, me ha colmado de amabilidades y atenciones, entre otras, invitarme á su vez por cuatro ocasiones. Es un mundano de refinada educación,—como todos los austriacos decentes,—y, lo que nunca está de más, **un charmant convive.**

Procuro esmerarme en hacerle grata su permanencia en mi casa, y mi cocinera,—identificada con mi diplomacia,—secunda mis planes admirablemente. Bedout come con nosotros.

Creo que es Salzberg el primer ministro austriaco que come en la casa de un representante de México, desde hace muchos años. ¿Será que el tiempo lo borra todo? ¿que á Salzberg y á mí nos acerca una simpatía puramente personal ó que no fué un crimen, como pretenden algunos, la ejecución de Maximiliano, allá en Querétaro?....

5 de julio—En mi casa,—es martes,—Carlos Vega Belgrano, que ha vivido catorce años en Europa, nos afirma que Carlos Calvo no es sino una solemne y descarada mistificación; que su obra, tan respetada en el mundo científico, no es de él, es de un español tronado que le vendió los manus-

criptos en días de miseria. Llega á llamarlo, en el calor de la controversia que con los demás argentinos sostiene Vega Belgrano á causa de su valiente afirmación, un ignorante y un vulgar!....Ante mi amenaza de que consignaré en este "Diario" mío sus palabras, se crece y entusiasma:

—"Dígalo Ud.,—exclama,—la verdad antes que la patriotería! y agregue que yo sostengo lo siguiente: **¡Carlos Calvo podrá ser un nombre pero nó un hombre!"**

8 de julio—Como esta noche en la casa de una dama italiana, que, á los postres y por vía de pasatiempo, obséquiame con decirme la buena ventura, leyendo en la palma de mi mano las líneas de la vida. . . Resulta que moriré, allá por los cincuenta años, y que á los cuarenta y cinco, más ó menos, un suceso anormal y grave pondrá mis días en serio peligro. . . Todos reímos de la predicción ¿quién cree en esas cosas?.... pero en el fondo, en ese fondo infantil y medroso que todos poseemos por ignorantes é imperfectos, yo creo algo en la profecía y quedo preocupado, con malestar menos físico que moral, en el resto de la mundana velada.

9 de julio—Segunda y última fiesta anual argentina; hoy es el aniversario de la consumación de su independencia.

Por continuar de Encargado de Negocios, asisto en unión de Adolfo Mujica y Sáyago,—segundo secretario,—al **Te Deum** en la Catedral y á presenciar desde los balcones de la Casa de Gobierno el militar desfile.

Por la noche, al teatro de la Opera, en el palco del Presidente de la República.

El espectáculo da comienzo con el himno nacio-

nal argentino que todo el público escucha de pie, mientras lo cantan los artistas en traje de hugonotes!—porque en seguida cantarán la partitura de este nombre. No transijo con ese disfraz que en mi sentir amengua la solemnidad del himno. ¿Qué tienen que hacer unos hugonotes convencionales con la epopeya suramericana, que el himno argentino ensalza en su música y en sus versos? E infórmanme que esta costumbre es ya inveterada; los artistas entonan siempre el himno nacional vistiendo el traje de que han de echar mano para cantar la ópera anunciada, sea la que fuere.

No muy bien dispuesto de ánimo, con nadie hablo en el palco y distraído escucho la partición de Meyerbeer; las mismas señoras y señoritas que adornan el local con su presencia, atractivos personales y galas, no me halagan la vista como en otras veces; en cambio, despiértanme estrafalarias ideas. Desde hace tiempo que las grandes agrupaciones femeninas de cualquiera parte,—no obstante mi idolatría ciega por ese sexo,—me inspiran algo que no es precisamente repugnancia, aunque mucho se le asemeje; sin quererlo, pienso en las miserias de todos órdenes á que se hallan sujetas, y ocúrreseme que sólo debiéramos adorarlas como á las obras maestras (ninguna hay comparable con la mujer) de los museos: con la vista y á distancia! . . . .

Cuando las bailarinas aparecen en el escenario, y que los anteojos, encendidos casi, convergen á él traicionando la rabiosa concupiscencia de los masculinos, yo no imito á mis congéneres, los observo, porque nunca he encontrado artístico ni siquiera provocativo un cuerpo de baile. Las piernas nervudas y deformes de las **étoiles**, por causa de su gimnástico ejercicio profesional; los corpiños y enagüillas, que nada ocultan; los movimientos dislocados y funámbulescos á que se entregan, disgústanme sobre manera. Prefiero á los orienta-

les; tumbados sobre cojines, miran bailar mujeres vírgenes ó poco maltratadas por las refriegas de amor, de intachables formas, que una gasa, á la vez muestra y oculta, como en los sueños!... Luego, á una señal, las poseen en el misterio perfumado del harem, mientras los eunucos insensibles cuidan de su señor, y con algo de nostalgia por el placer que desconocen, sonríen, sonríen de que la materia á las bestias nos equipare. . . .

De pronto, en el palco, hace irrupción un coronel británico, de uniforme. Ignorante de que haya en Buenos Aires fuerzas de la Gran Bretaña, pregunto quién es:

—Es el coronel Goldschmidt, antiguo edecán del príncipe de Gales y actual representante del barón de Hirsh, el que coloniza con judíos.

Y me huele el palco á libras esterinas amasadas con lágrimas.....

12 de julio—Muy concurrido mi martes literario. Algunos nuevos, entre ellos un francés, Alfredo Ebelot, establecido en la Argentina hace veintidós años. Siempre fué literato y republicano; estuvo mucho tiempo de secretario de redacción en la conocidísima "Revue des Deux Mondes," de París; es autor de varios libros; el último es "La Pampa," en castellano, con el que personalmente me obsequia poniéndole afectuosa dedicatoria. Va á ser mi crítico en la "Revista" de Carlos Vega Belgrano; ha leído mi "Del Natural" y juzgará "Apariencias."

Es simpático y parece franco; ya es de alguna edad. Carlos Vega Belgrano me lo encomia como ilustrado y competente.

16 de julio—En casa de Rafael Obligado; somos pocos.

A media noche retíranse los concurrentes y me quedo yo á solas con el poeta, en un momento de expansión íntima. Me lee versos suyos, de los viejos; confiésame que está enamorado de su composición intitulada: "Las quintas de mi tiempo," y después, nos comunicamos mútuamente nuestras debilidades artísticas, esos cultos momentáneos por tal ó cual detalle de la obra en el yunque, los deleites solitarios ante una estrofa harmónica ó una página terminada á gusto. Confiésame luego, que es perezoso para la labor literaria; hasta se me manifiesta un tanto escéptico; y al separarnos ¡qué efusivo nuestro apretón de manos, tuteándonos siempre, unidos y bien unidos por una corriente de recíproca simpatía! Lo quiero mucho.

17 de julio—En una reunión de confianza conozco al hermano de Balmaceda, el presidente de Chile que se suicidó cuando el triunfo de la reciente revolución del partido parlamentario en aquella República.. Disimuladamente interrogo al hermano del muerto sobre la tremenda y recién apagada lucha, y me la narra toda, con detalles horribles, sus recuerdos muy vivos aún, sus heridas sin esperanza de cicatrizar. Díceme que aunque su hermano nunca fué partidario en teoría del suicidio, él sí creyó que se mataría al verse derrotado; que era un hombre de gran carácter, encumbrado gracias á sus méritos y propios esfuerzos.

Estos chilenos, en sus luchas, son más implacables y crueles que el resto de los hispanoamericanos,—que ya lo somos de sobra!—¿Será por lo mucho que de araucanos conservan?...

18 de julio—Con el Ministro de Austria, barón de Salzberg, de visita en el estudio transitorio del célebre de Martino, en la calle del General Lava-

lle. Nos muestra algunos cuadros al óleo,—dos de ellos magníficos!—y muchas acuarelas. Salzberg, al fin, compra una de ellas, y de Martino me ofrece de regalo un boceto suyo que me pintará en una tarjeta; exígeme que á ésta le ponga yo marco.

Tiene un momento de intimidad; nos enseña los retratos de su esposa y de sus hijos, asegurándonos que Romeo, su único varón, está saliéndole artista, un artista que superará al padre. Luego, nos comunica que se halla por terminar su gran obra: la Vida de Nelson! Lleva ya siete cuadros, sólo tres le faltan, y cuando los concluya podrá retirarse á vivir tranquilo de sus rentas y de sus triunfos.

También él lleva un "diario;" nos lee una de las últimas hojas, el naufragio de la "Rosales"—el buque de guerra argentino perdido hace poco,—y en cada línea asoma su temperamento de viejo marino que se conmueve ante uno de estos siniestros, y que á su pesar, se acuerda de los peligros conjurados, de los compañeros muertos, de las borrascas y averías, de los esponsales con la muerte que todo marino celebra al embarcarse; esponsales que en la mayoría de las ocasiones, quedan por cima de la novia, de la madre, de la esposa, de los hijos, de la patria...

Después de una hora, salimos del estudio; de Martino nos acompaña hasta la puerta y en ella nos despide con su pintoresco acento napolitano:

—Ciao, carissime, ciao! Tornate pronto.

Comencé y concluí el prólogo de mis "Impresiones y Recuerdos." Conozco, sin embargo, que hé menester de dos á tres meses de reposo

19 de julio—Tristísimo aniversario el del día de hoy! No puedo consagrarle todos mis recuerdos,

22 de julio—A bordo del "Equateur," rumbo á Río de Janeiro, con las molestias y trastornos consiguientes á todos los viajes. Por escasez de agua en el puerto, se pospone la partida hasta las 5 de la madrugada.

Al obscurecer comemos, en la mesa del comandante, mi secretaria de legación,—no yo!—y frente de ella, dos religiosas francesas que se persignan al principiar su sopa. Luego de comer, bajo á caminar en tierra firme; decididamente, la tierra nos atrae por más que maldigamos de ella. Resuelto á acostarme, vuelvo al "Equateur" en donde me avisan que un oficial de la marina chilena me espera hace rato. Hablo con él, lo envía Adolfo Guerrero, el Ministro de Chile en la Argentina, desde el derrocamiento de Balmaceda por el parlamentarismo, para que vaya yo á conocer el acorazado "Presidente Pinto," entrado en el puerto esta misma tarde. Y á lo largo de la dársena negra, con sus "pescantes" gigantescos, sus embarcaciones atracadas como inmensos pulpos que en las sombras y á medio salir de las aguas acecharan su presa, caminamos el oficial y yo, hablando apenas. Cruzamos, primero, la cubierta de un vapor carbonero; en seguida, una insegura tabla nos da acceso al "Presidente Pinto."

Preséntame Guerrero al capitán y á la esposa de éste que por excepción lo ha acompañado de Europa acá; y consignándome después á otro oficial de á bordo, visito de arriba á abajo el flamante acorazado chileno.

Lo hallo odioso, como odiosas resúltanme todas las perfeccionadas máquinas modernas de destrucción humana; mientras más terribles son, más antipáticas se me antojan, así sean mexicanas ó extranjeras. Todo el respeto que me infunde el pacífico y civilizador vapor mercante, truécase en inquina al contemplar estos mónstruos hambrien-

tos y homicidas que denominamos buques de guerra.

Mas como yo no he de corregir el mundo, de declarar tengo que el "Presidente Pinto" reúne cuanto á este respecto se ha descubierto y mejorado; es una maravilla de. . . crueldad! Lo visito íntegro; lo mismo la torre de combate que los cañones de tiro rápido y de 15 centímetros de diámetro; los sitios en que yacen, erectos, los rifles Manlicher, los revólvers y los sables de abordaje, que la sala en que conversan y ríen los Guardias-marinas; los camarotes de la oficialidad, (con retratos de mujeres algunos, retratos que no pueden determinarse en la rapidez de la visita pero que reparten un perceptible perfume del amor femenino en todas sus manifestaciones, desde el de la madre —el más santo!—hasta el de la prostituta—el más espantoso y temible! Lo mismo visito,—decía,—esos camarotes que el lugar en que duerme la tripulación, abajo, (¿entrepuente?), ciento y cincuenta individuos que parecen amortajados dentro de las suspendidas hamacas que ahora mecen sus sueños y que, durante las travesías, han de oscilar con encrespamientos. A la escasa luz con que yo diviso el cuadro, antójaseme éste un flotante cementerio egipcio; y si no mirara de vez en cuando el pie desnudo de alguno de los durmientes ó un torpedo en su forma de desarrollada anguila, ni oyera ronquidos vigorosos, la ilusión sería completa.

Luego, en la cubierta, los proyectores eléctricos lanzan sus rayos luminosos é inquisidores, hasta cinco millas de distancia. Y por unos instantes, aquello es fantástico: los dos chorros de luz tan pronto se posan en las cofas—erizadas de ametralladoras,—como azotan el río; tan pronto sorprenden las apiñadas casucas ribereñas, como alcanzan un buque que se marcha lentamente en las negruras de la noche; tan pronto se cuelan por las

calles de Buenos Aires, como se estrellan en las cúpulas de los templos metropolitanos. . . Bajamos; el 2o. comandante manda servir una botella de Champagne, y, ya al despedirnos, observo en los departamentos del comandante en jefe—puesto con gran lujo—un piano y una gorra de chiquillo.

—¿Trae usted niños, comandante?

—Sí, á mis hijos que fueron conmigo á Europa á recibir el barco; por eso también viene la señora.

Los cuatro niños durmiendo en el acorazado ¡la vida junto á lo que siembra la muerte! me hacen augurarle al "Presidente Pinto" que se muera de polilla y vejez en algún puerto de su patria; que estos niños que en su vientre conduce, lo libren de nunca mancharse con sangre humana.

23 de julio—(A bordo del "Equateur," de las Mensajerías Marítimas.) Encallados desde esta mañana á las 8, á unas millas de Buenos Aires. Nada particular. Por la noche, las luces del puerto nos proporcionan un lindo panorama. Cree el capitán que partiremos mañana, ora descargando un poco, ora á fuerza de remolcadores.

A pensar, en mi silla.

¿Se habrán puesto á la venta mis "Apariencias"?..... Amohíname no haberlo presenciado; ¡qué diantre! no en balde un libro nuestro nos hace gozar y sufrir quince meses largos. . . . querríamos darle los últimos consejos y las recomendaciones postrimeras, apercibirlo para el combate, estimularlo:

—"Parte, hijo mío, y sé fuerte! Ve á divertir al público, el grueso público torpe é indispensable porque tiene el criterio en el bolsillo; porque sin dinero, nadie, ni los literatos viviríamos, y el dinero él lo posee y reparte á su capricho; él, esa masa cruel, hipócrita, anónima, múltiple, que inun-

da y domina el universo; los ignorantes, las medianías, los impotentes, los analfabetas y las mistificaciones; alguno que otro honrado é inteligente, vale decir, la excepción confirmando la regla, excepción que sin embargo es la amada de los autores aunque no la conozcan, quizás precisamente por eso!.... Puesto que ello es preciso, salúdalos, pero también, desprécialos si se ofrece!... Pocos te entenderán, menos han de querer entenderte, y menos todavía habrán de amarte!... Si los más te entendieran, leerían lo que en invisibles caracteres escribí entre tus renglones:—El único consuelo del literato de verdad en Hispanoamérica enciérrase en dos cosas: en el placer inefable del engendramiento, todos los detalles y naderías que embriagan y acarician nuestro propio temperamento; y en la satisfacción íntima y un tanto vanidosa de sentirnos superiores al público—¡oh, el público!—por cima de lo común y lo grosero—aunque nosotros hayamos caído y no podamos volver á levantarnos; ya nos hemos levantado antes, ya hemos hecho obra (privilegio del que no todos disfrutan por mucho que lo intenten y deseen!)—por cima de los interlecutores que hay que sufrir, á los que sin equivocarnos calificamos **in pectore** con el solo calificativo á que son acreedores:

—¡¡¡GANSOS!!!...."

24 de julio—(A bordo del "Equateur.") Varados todo el día y la noche toda, mascando el fastidio, fumando el fastidio, respirando el fastidio.

25 de julio—(A bordo del "Equateur.") A las 6 y ½ de la mañana salimos al fin de la varadura, aunque para cargar de nuevo las mercancías de que ayer nos aligeramos, volvemos á detenernos. Es hoy el tercer día que perdemos en el puer-

to; hasta las 9 y 5 minutos de la noche no emprendemos la marcha.

Lo que nunca me imaginé, ocúrreme sin embargo: simpatizo tanto con las religiosas que en el barco viajan, que charlamos á menudo, en la mejor harmonía. Encantado estoy, porque me representan un tipo que me era totalmente desconocido y que estudio lo mejor que puedo. Los Goncourt, —de cuya compañía impresa vengo disfrutando,— estudiaron en su **Soeur Philoméne** á la hermana de la caridad en el hospital; mas las religiosas de que yo me ocupo, mis compañeras de travesía, pertenecen á la clase de "educatrices," de conductoras de la niñez femenina y acomodada, en esos vastos planteles modernos que son tan admirab'es en. . . . . su exterior!

Bien pudiera ser que me trajeran, con su trato, el argumento de una novela que hace tiempo me inquieta el cerebro, en la que figuraría mucho un convento, un corazón en agonía, la muerte de una monja y el nacimiento de una mujer.

La hélice me está invitando á ir á la cama; voy á acostarme, á no pensar. Comienzo á disfrutar de vacaciones mentales, las que necesitaba después de "Apariencias."

La ociosidad de los viajes es beneficiosa para los que trabajamos con la cabeza.

26 de julio—(A bordo del "Equateur.") Anclados todo el día, frente á Montevideo. A las 8 de la noche las levamos; estamos ahora en pleno océano.

30 de julio—(A bordo del "Equateur.") Horriblemente mareado hasta hoy, medio muerto, sin ideas, ni movimiento, ni nada, maldiciendo de este viejo é irresponsable mar.

Acabamos de entrar en el puerto de Río de Janeiro; nos hallamos anclados en este instante en medio de su bahía maravillosa; el panorama es incomparable! Surge una porción de lucecitas de las playas vecinas, la luna argentea el conjunto, y, con espasmos, se baña muy blandamente en las olas inquietas. ¡Con cuánta razón es este puerto el primero del mundo, después de los Dardanelos! ¡todo él es belleza y belleza grandísima! Lástima que sea tan malsano; sin sus enfermedades, sería un paraíso. Pero siempre los contrastes amargos, siempre la vida ofreciéndonos cuanto de más ideal apetecemos, para otorgarnos, en cambio y al fin, un dolor ó la muerte. . . .

Dos ocasiones van con ésta que contemplo de noche el oriental espectáculo de Río de Janeiro, desde su bahía, y las dos me han producido impresión idéntica: el secreto deseo de arrodillarme frente á belleza tanta; belleza que hace enmudecer, pensar en el Divino Artífice, oculto allá. . . ¿en dónde? . . . . . ¡quién sabe si no dentro de nosotros mismos, en nuestra alma, la renegada de los necios y de los que se animalizan! . . . . .

Los espectáculos de esta magnitud tienen que volver creyentes aún á los incrédulos más honrados, y por eso, por su misma honradez, más desventurados.

La propia naturaleza grita que cree.

Es el ¡¡¡CREDO!!! elocuente y mudo de las cosas grandes!

Antes de recogerme en mi camarote, realizo una tentación. En los W. C. de á bordo, hay un pobre viejo encargado de mantenerlos aseados, es decir, con el último de los oficios posibles. Su única distracción, su sola amiga—allí donde él se conserva, sin obtener más que una que otra mirada indiferente de los que entran y salen,—es una pipa de

madera que chupa con delicia cuando nadie lo observa y que oprime entre sus manos cuando alguien se aproxima. . . Pobre viejo! ¡Cuántas confidencias no le hará al tenerla entre sus labios, al esconderla, al cargarla con un puñado de tabaco que le significa un sacrificio!... Y pienso en su niñez,—que él ha de divisar muy esfumada en sus recuerdos,—cuando poseía padres y afectos y dicha. Quizá tenga familia; una familia miserable en algún rincón de su patria lejana, la cual, sin embargo, ha de trocar en día de fiesta el día de sus regresos, unos regresos incoloros, sin regalos, sin dinero, sin propinas ¿quién ha de obsequiarlo con éstas ni por qué?

Lo pillo en un buen momento, está dormitando, su pipa siempre entre las manos. Lo despierto, y al contemplarme, azorado por mi actitud,—creerá que voy á exigirle mayor aseo,—le regalo un franco....... Nada puede decirme al pronto, mirando la moneda; mientras, yo me escurro por los corredores. Tiene tiempo de serenarse; alarga el cuello, y su voz temblona y conmovida me halaga, me premia, la escucho acostado aún:

—Merci, mon cher Monsieur, merci....!

31 de julio—Después del almuerzo, á bordo, despedida del comandante y oficialidad del "Equateur;" de los compañeros de viaje, que á veces no nos encontraremos nunca más, que á veces son el preludio de amistades posteriores y duraderas.

En ligero remolcador cruzo la bahía, que parece temblar de voluptuosidad extrahumana con las caricias de este sol, paradisiacamente recostado en toda ella.

¡Cuadro admirable!

Hay efectos de luz y claro-obscuro; hay infinidad de islas llenas de palmeras y bordadas de casitas como gaviotas que descansaran; edificios que ríen

y sin cesar se miran en las ondas que los besan y besan con castos besos rumorosos.

En la orilla, tomo un tren especial que me conduce hasta Petrópoli; dos horas de continua ascención en camino de hierro empinadísimo, de cremaillére, como los de Suiza; vegetación tropical y exuberante, muy parecida á la de nuestro camino de Veracruz en su parte tórrida, una vegetación que se cuela por los ventanillos de los coches; el ambiente, impregnado de aromas, la tierra de savia, las plantas, congestionadas de vida y de colores.

Al saltar del tren, para disfrutar de la tarde, encamínome á pie al hotel de "Bragança," costeando el río artificial que serpea por la ciudad y la embellece.

De sobremesa, en el "Bragança," charla íntima, con mi jefe y su esposa, que sazonamos con cigarrillos turcos y cerveza alemana.

Y ahora,—cerca de la media noche,—estoy plumeando en el propio cuarto que ocupé el último septiembre, cuando mi primer viaje al Brasil. Cierro el "Diario," porque abajo, en el salón, unos portugueses cantan un flamenco, que ni en. . . . Flandes se aguantaría.

2 de agosto—Recibo y copio:

"No. 12, Rua de Olinda. (Botafogo.)

"Mon cher ami:

"J'apprends avec un vif plaisir votre arrivée et "vous prie de me laisser savoir si vous comptez ve- "nir prochainement á Rio et pour combien de temps.

"Outre le désir de vous voir et de vous présen- "ter á quelques uns de mes amis, j'ai á m'entretenir "avec vous d'un sujet qui m'occupe en ce moment "et pour lequel j'espére vous me serez utile avec

"votre expérience littéraire et votre connaissance "de nos pays d'Amérique.

"Croyez moi tres sincerement.

"Bien a vous.

"Joaquim Nabuco."

Explicar quién es Joaquín Nabuco, parecería ocioso á los suramericanos que más cerca le quedan, como argentinos, "orientales" ó uruguayos, sus compatriotas los brasileños, y uno que otro, salteado, de los que á las letras se dedican en la América meridional ó septentrional..... Sin embargo, la explicación no huelga, pues, desdichadamente, nos hallamos muy lejos los unos de los otros,—mucho más en lo intelectual y literario que en lo geográfico, que ya es bastante!—en esta América nuestra; fuera de los países vecinos inmediatamente (á pesar de la vecindad inmediata ignoran todavía más de una cosa que debieran saber de como!), los demás no nos conocemos ni siquiera al través de la garrulería de nuestros diarios ó de la nebulosidad presuntuosa de nuestras revistas blancas, azules, modernas ó precursoras. ¡No sabemos nada!... Lo que es peor ¡¡¡no queremos saberlo!!! Que se nos hable de Europa y cosas europeas,—lo que no queda á nuestro alcance ni por educación ni por otra infinidad de capítulos—y entonces aplaudimos, llegamos al pasmo **bouche beante** de los salvajes que se deslumbran por baratijas cuyos reflejos y mecanismos desconocen; pero hablar de América, de América española, de nuestra América!.... vamos, hombre, que no tienen perdón de Dios ni el que habla ni el que escucha... ¡No quite usted el tiempo, no sea usted cursi, ni "cargoso"!....

Y el Alma de Hispanoamérica continúa vagando desolada y sin consuelo por nuestras esterilidades espirituales, por nuestros solitarios bosques vírge-

nes, por encima de nuestras ciudades abigarradas y por entre los renglones de nuestras producciones imitativas y reflejas, en su gran mayoría.

Digo, pues, que Joaquín Nabuco es una de las más interesantes figuras contemporáneas de la América latina. Su intelectualidad, cultivadísima, descuella en la oratoria, es un verdadero príncipe del verbo; y uno de sus mejores triunfos en esa línea es nada menos que haber contribuído, poderosísimamente, á la abolición de la esclavitud en el Brasil! La gratitud nacional **¡rara avis!** lo ha premiado bautizando con su nombre, desde entonces justamente ilustre, una de las principales calles de Río de Janeiro. Es, además, un letrado de real mérito y lo que los brasileños denominan un "polígrafo."

Es de un comercio agradable y modesto, en ocasiones instructivo sin petulancia; en físico es casi tan agradable como en su comercio: moreno, alto, elegante, de palidez tropical y de modales refinados; habla varias lenguas, el francés con maestría.

Yo lo conocí y traté en las reuniones semanarias de Rafael Obligado; y me felicito íntimamente de haber recibido carta tan cordial suya, con la cual se demuestra que no me engañé entonces, al suponer que la gran simpatía que supo inspirarme, él me la corresponde.

7 de agosto—(Petrópoli.) Una semana incolora, en el colmo de la higiene; con sensaciones físicas en lugar de ideas, montando á caballo, haciendo inmensas caminatas á pie, tratando de robustecer mi bestia.

He ido por dos veces á Río de Janeiro y me ha causado la impresión mismísima que me causó el año pasado: horror invencible, profundo, irracional por lo enorme. Me parece que aquello no es un si-

"votre expérience littéraire et votre connaissance "de nos pays d'Amérique.

"Croyez moi tres sincerement.

"Bien a vous.

"Joaquim Nabuco."

Explicar quién es Joaquín Nabuco, parecería ocioso á los suramericanos que más cerca le quedan, como argentinos, "orientales" ó uruguayos, sus compatriotas los brasileños, y uno que otro, salteado, de los que á las letras se dedican en la América meridional ó septentrional..... Sin embargo, la explicación no huelga, pues, desdichadamente, nos hallamos muy lejos los unos de los otros,—mucho más en lo intelectual y literario que en lo geográfico, que ya es bastante!—en esta América nuestra; fuera de los países vecinos inmediatamente (á pesar de la vecindad inmediata ignoran todavía más de una cosa que debieran saber de como!), los demás no nos conocemos ni siquiera al través de la garrulería de nuestros diarios ó de la nebulosidad presuntuosa de nuestras revistas blancas, azules, modernas ó precursoras. ¡No sabemos nada!... Lo que es peor ¡¡¡no queremos saberlo!!! Que se nos hable de Europa y cosas europeas,—lo que no queda á nuestro alcance ni por educación ni por otra infinidad de capítulos—y entonces aplaudimos, llegamos al pasmo **bouche beante** de los salvajes que se deslumbran por baratijas cuyos reflejos y mecanismos desconocen; pero hablar de América, de América española, de nuestra América!.... vamos, hombre, que no tienen perdón de Dios ni el que habla ni el que escucha... ¡No quite usted el tiempo, no sea usted cursi, ni "cargoso"!....

Y el Alma de Hispanoamérica continúa vagando desolada y sin consuelo por nuestras esterilidades espirituales, por nuestros solitarios bosques vírge-

nes, por encima de nuestras ciudades abigarradas y por entre los renglones de nuestras producciones imitativas y reflejas, en su gran mayoría.

Digo, pues, que Joaquín Nabuco es una de las más interesantes figuras contemporáneas de la América latina. Su intelectualidad, cultivadísima, descuella en la oratoria, es un verdadero príncipe del verbo; y uno de sus mejores triunfos en esa línea es nada menos que haber contribuído, poderosísimamente, á la abolición de la esclavitud en el Brasil! La gratitud nacional **¡rara avis!** lo ha premiado bautizando con su nombre, desde entonces justamente ilustre, una de las principales calles de Río de Janeiro. Es, además, un letrado de real mérito y lo que los brasileños denominan un "polígrafo."

Es de un comercio agradable y modesto, en ocasiones instructivo sin petulancia; en físico es casi tan agradable como en su comercio: moreno, alto, elegante, de palidez tropical y de modales refinados; habla varias lenguas, el francés con maestría.

Yo lo conocí y traté en las reuniones semanarias de Rafael Obligado; y me felicito íntimamènte de haber recibido carta tan cordial suya, con la cual se demuestra que no me engañé entonces, al suponer que la gran simpatía que supo inspirarme, él me la corresponde.

7 de agosto—(Petrópoli.) Una semana incolora, en el colmo de la higiene; con sensaciones físicas en lugar de ideas, montando á caballo, haciendo inmensas caminatas á pie, tratando de robustecer mi bestia.

He ido por dos veces á Río de Janeiro y me ha causado la impresión mismísima que me causó el año pasado: horror invencible, profundo, irracional por lo enorme. Me parece que aquello no es un si-

tio adecuado para gente culta (y sin embargo, la hay, y mucha; los brasileños son inteligentes en su gran mayoría,) sino única y exclusivamente para negros y aventureros de ambos sexos. Sus calles tortuosas, sucias, calcinadas por un sol de fuego, me dañan; es una ciudad que me produce el efecto de una pesadilla; me deja adolorido el espíritu y necesito, para curarme, pasar á otro medio, proponerme el no volver aquí nunca más. Hasta el idioma se me atraviesa; tengo que recordar á cada paso que Camoens existió, á fin de no declarar jerga lo que oigo hablar á mi alrededor.

Petrópoli es todo lo contrario, es un pueblo floreciente, pintoresco, simpático, con una vaga melancolía que contribuye á hermosearlo en su fisonomía moral (la fisonomía moral que todas las ciudades presentan;) esa misma tristeza lo hace á uno vivir dentro de sí, poner en orden recuerdos y anhelos....

8 de agosto—Paso el día en Río de Janeiro y recibo una carta de Buenos Aires, un anónimo que en forma de efeméride maligna me anuncia que el 29 de julio fueron puestas á la venta mis "Apariencias." Esta pequeñez, de que me habría reído en cualquiera otra parte, y el no haber podido sacar mi pasaje de regreso, pónenme mústio y mal dispuesto; hasta la incomparable bahía, que cruzo á la tarde rumbo á Petrópoli, me desagrada, me sugiere ideas de cautiverio, y la semana que aún tengo que permanecer aquí antes de marcharme, calcúlola eterna.....

9 de agosto—**(Petrópoli)** Termino la lectura de la "Historia de María Antonieta" de los Goncourt. Un primor el libro éste; me ha hecho detestar la Revolución y convencídome de que el fondo del pueblo

francés es cruel y sanguinario. Los hermanos geniales llegan á llamarlo, al hablar del 10 de Agosto, un "pueblo de asesinos"... Y lo peor es que tienen razón en el desnudo calificativo.

La indignación que tal lectura me causa, está demostrándome que no es "mi mundo" la pseudodemocracia de nuestras repúblicas; no odio á la pobre gente ordinaria—que es maleable y capaz de todas las enmiendas si se la lleva por el buen camino—odio á la canalla, odio á la patulea que se encumbra en muchos puestos culminantes de "nos pays chauds"—porque ésta sí que es maleante é incapaz de nunca regenerarse ni enmendarse... Concluyo, como siempre: riéndome de mi indignación, de nuestras clases **directrices** (?) y de mí mismo; de mí mismo más que de nada ni de nadie.

15 de agosto—A bordo del "Congo," de las Mensajerías Marítimas.

Mi última impresión del Brasil, es desagradable: un infeliz, atacado de fiebre amarilla, que no admiten en nuestro vapor y que regresa á tierra, sin protestas, con la desgarradora pasividad que la tal fiebre trae consigo; va rígido, dentro de un remolcador, sobre sus rodillas su hato; en una mano, sus economías presas en sucio bolso pequeño; con la otra mano defendiendo su sombrero de los embates de la brisa cálida de este puerto-horno.... y hay mucho de macabro en ese paseo veloz por la bahía congestionada de sol, de un hombre congestionado de muerte....

Me afirman que esta es la buena estación....

19 de agosto—Arribo á Buenos Aires.

Impaciente por ver mi libro, lo primero que hago es ir á la librería donde me lo encuentro de punta en blanco, prometiéndome mil cosas soñadas mientras

acaricio el lomo de los ejemplares de lujo y hojeo los ejemplares ordinarios. . . .

Magníficas noticias: el libro se vende!

Pídeme el primer ejemplar de lujo, Peuser, el editor, y se lo dedico de buena voluntad; se lo ha ganado.

Luego, á pie, recorro la calle de Florida, deteniéndome en las librerías que lucen mi obra en sus vidrieras:

—"¡¡Novedad!! APARIENCIAS, por Federico Gamboa.

Inefable dicha la de estos momentos, que premia mis afanes; paréceme la ciudad más bella, generosa la vida, tratables y enmendados mis semejantes. . . .

. . . . ahora, á trabajar el libro nuevo, el que comienza su existencia interno-cerebral.

21 de agosto—Dan principio los desencantos y amarguras peores, los que hay que devorar fingiendo una filosófica indiferencia. "El Diario," de ayer tarde, publica la primera crítica sobre "Apariencias;" resultó exuberante y **soberanamente aburridor**.

23 de agosto—Aunque no he comunicado á nadie que me hallo de vuelta, determino no salir de casa esta noche por ser martes. Al concluír de comer, llega Domingo D. Martinto, el sonetista que á mi arribo á la Argentina se ocupó con elogio de mi "Del Natural" en uno de los diarios de esta capital porteña. Háblame de "**Apariencias**" en compungido tono, cual si me hiciese visita de pésame. En los cuantos minutos que me consagra, sólo me habla de que "La Nación" llamó á "Apariencias:" **triste realidad de más de seiscientas páginas**; y cuando no repite este para mí inesperado **pous-**

se-café, con calor grandísimo encomia "La Débacle" de Zola. . . despídese, asegurándome que leerá mi libro y escribirá algo acerca de él.

Llegan después, García Velloso (un ibero bien intencionado que mucho estimo,) Vega Belgrano y Ernesto Quesada, (este último ha escrito una crítica sobre "Apariencias," que aún no se publica,) y naturalmente es mi obra el principio de la conversación. Con el arribo del pintor Eduardo Schiaffino, se charla de otras cosas, hasta las doce y media de la noche.

¿Por qué me gana un invencible desaliento á causa de la frialdad del público para con mi novela?... ¿Por qué creí en el entusiasmo que provocaron algunos capítulos cuando su publicación en los periódicos?... Y yo mismo trato de explicármela; achácola á mi reciente viaje al Brasil, al conflicto constitucional argentino de estos últimos días que tanto ha absorbido la atención pública, á los defectos en que el libro ha de abundar y que yo, ¡ay de mí! no he advertido y quizás nunca advierta.... Hasta que por remate, voy á dar con la verdadera causa, la cuestión eterna en Hispanoamérica: el profundo desdén con que se mira y considera todo lo que á literatura se refiere. . . Por vía de consuelo, pienso en que los "Cantos" de Calixto Oyuela, los "Recuerdos Literarios," de Martín García Mérou, y el "Quilito" de Ocantos, cayeron en el vacío á pesar de ser los tres autores, argentinos esclarecidos—Oyuela sobre todo!—Pienso que en Centro América la cosa es peor aún; pienso en mi México, donde á poquísimos individuos importa que aparezca un libro ó que desaparezcan mil. Pienso en la misma España.—la patria madre!—en los puñados de años que Pérez Galdós vivió incógnito no obstante ser el autorazo que es; y por final, pienso en los Goncourt, en lo que lucharon y sufrieron; en la miseria de Zola; en que Flaubert, si no es á causa del imbécil

proceso que le intentaron por su maravilla de "Mme Bovary," sus bárbaros paisanos lo habrían ignorado qué sé yo cuántos lustros!... Y aunque á nadie me compare en mis soliloquios—¡no calza tales puntos mi egolatría!,—pensamientos semejantes afiánzanme una melancolía acre que me invade en la cama y me ahuyenta el sueño, como si hubiera pensado en la muerte de alguna persona que quisiera mucho.......

30 de agosto—Han principiado á aparecer críticas serias sobre mi libro: una, de Ernesto Quesada, y otra, de Joaquín V. González. Anúncianse más del mismo carácter. Por cierto que me hacían buena falta para borrar la mala impresión de hace ocho días; las críticas serias,—aun cuando censuren,—compensan de los largos períodos ignorados de labor, son indispensables para estimularnos á quedar en la brecha.

A propósito de la racha por que atravieso de profundo y legítimo **spleen**, ocúrreme esta pregunta:

—¿Cuándo podrá uno consultar, con probabilidades de alivio, á especialistas de enfermedades del espíritu?... Nuestro decantado progreso los reclama ya, y, sin embargo, no existen todavía.

2 de septiembre—Dos buenas noticias: sigue vendiéndose mi libro, y, sobre todo, es el asunto y la conversación del día. ¿Al fin?....

6 de septiembre—Muy animado mi martes literario, que se prolonga hasta la 1 y 30 de la madrugada.

Pídenme para un álbum un pensamiento sobre la felicidad, y escribo el que sigue:

—"La felicidad es un **bibelot** de los tiempos "prehistóricos; perdióse el molde, y ahora sólo "conseguimos falsificaciones á precios muy subidos."

Hoy apareció en la "Revista Nacional" la crítica sobre mi libro, de Alfredo Ebelot. Déjame muy satisfecho.

11 de septiembre—Continúan los pedidos de "pensamientos." Trátase ahora de un señor Monner Sans, publicista español, que solicita mi colaboración para el número-único que acerca de Cristóbal Colón dará á la estampa el día 1o. de octubre próximo. Allá va, aunque dudo que me lo entienda nadie; **tant pis!** no he de variarlo ni de aclararlo:

—"La América debe á Colón el mayor de los bienes y el mayor de los males:

"Es aquél, la vida de la humanidad, y es éste, "la **humanidad** de la vida."

16 de septiembre—Sin novedad han transcurrido la noche de ayer y el día de hoy, aniversario de la independencia de mi país. Continúo, interinamente, representando á México.

Esta noche recibo por escrito una propuesta que me aturde: un literato francés, Albert Bloch, solicita mi permiso para traducir "Apariencias" y publicar su traducción en "Le Temps," de París. Llama á mi novela **originale et forte**, y la considera (allá él. . . .!) entre alguna de Tolstoi y las "Mensonges" de Paul Bourget.

Más he tardado en leer la carta que en contestar que acepto ¡ya lo creo que acepto!. . . y póngome á hacer votos porque la cosa se lleve á cabo. ¡Qué ideal! ¡qué realización de mi más bello ensueño literário: ser leído en París!!!

17 de septiembre—Recibo de Rafael Obligado, autógrafa, la tarjeta que en seguida transcribo:

"RAFAEL OBLIGADO

Mi querido Federico:

"Nunca es tarde para transmitir latidos de[l]
"corazón. Ayer fué el aniversario de la indepen-
"dencia de nuestro México, y Rafael Obligado, e[l]
"argentino amado de los tuyos, no fué á abraza[r]
"en tí á tu noble patria. ¡Ella y tú perdónenm[e]
"porque los amo mucho!

"T|C. Setbre. 17 de 1892.

Charcas 634."

¿Tendré que agregar que esta felicitación es l[a] que más me ha halagado, por venir de quien vie[ne] y por los términos en que viene?

19 de septiembre—Carlos Vega Belgrano m[e] invita á comer en su casa.

Este Carlos, que cada día me cautiva más, tien[e] en su vida algunos rasgos honrosísimos.

Llamándola "mi esposa" me presenta á su Gret[chen], quien, sin embargo, es sólo su querida; un[a] querida de más de doce años de vida marital, [á] quien trata y considera cual si realmente fuese s[u] mitad legítima. Se conocieron en Alemania, des[de] que él llegó allá de estudiante, y de entonces [á] la fecha no se han separado. Estoy cierto de qu[e] "la sociedad" ha de tenerlo por inmoral y corrom[pido]; á mí, por este simple hecho, me parece to[do] un caballero.

Otro rasgo: Vega Belgrano es joven y es ric[o], descendiente de próceres, y en lugar de comprars[e] carruajes ó ropas londinenses, ha comprado l[a] "Revista Nacional" que amorosamente dirige co[n]

érdida de dinero; en lugar de jugar y charlar en os clubs sociales, ha escrito dos tomos de "Penamientos;" en lugar de alhajas, posee una biblioeca de 2,000 volúmenes y un par de perros que stima más, y con razón, que á muchísimas persoıas.

.... después de comer, mientras Gretchen maıotea en el piano de su saloncito, nosotros, en la iblioteca, fumamos. Los perros de Carlos,—uno le los cuales es una especie de fiera,—échanse á ıuestros pies, y Carlos me lee fragmentos de una bra suya, en proyecto, á la que piensa denominar: 'Mis Mujeres." De pronto, se interrumpe, y á proósito de las novias, exclama, tristísimo:

—"¡Yo nunca conoceré ese paraíso!... la niña que udo ser mi novia, está casada ahora; pero aún uponiendo que ella misma viniera á ofrecérseme, o la rechazaría... prefiero quererla á grandísina distancia, más por mí que por ella... ¡Yo neesito de ideal para vivir!"

20 de septiembre—Joaquín V. González asoma n la puerta de mi comedor,—es martes,—con ın número de "El Oeste," diario de nueve años le edad que se publica en la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires, y con la declaración iguiente:

—Le hacen á Ud. un robo que ha de alegrarlo..

—¿ ?...

—Están publicando "Apariencias" en el folleín de este periódico.

En efecto, sin pedir permiso á Dios ni al diablo, 'an ya en la parte II de mi novela, en el folletín ıúmero 37.

¿Serán los folletines de diarios provincianos el ndicio de la popularidad?...

21 de septiembre—Deseando para mis adentros que el asunto pase á los tribunales, á fin de darle resonancia al libro, le llevo á mi editor Peuser el número de "El Oeste" salteador. Ni siquiera se inmuta don Jacobo, antes me declara que no sería cuerdo ni económico entrar en un litigio, aunque de nuestra parte se encuentre Themis.

—Suframos el despojo—añade—y para endulzarlo, sepa Ud. que de todas las librerías de la ciudad me han pedido más ejemplares de la novela; la venta marcha.

Encamínome á visitar á Eduardo Schiaffino, en su taller.

Siempre me han encantado los talleres de los pintores, cuando, como en el caso actual, se trata de un pintor de talento. Encuentro algunas visitas, me muestra él sus últimos trabajos, y charlamos toda la tarde.

Frente á la puerta del estudio y recibiendo luz del techo, cuelga el cuadro que le valió la medalla de bronce en la exposición de París del 89; es una mujer completamente desnuda, acostada en su flanco derecho sobre un diván de felpa y dando la espalda á quien la contempla; de consiguiente, no puede vérsele la cara, sólo el peinado, una soberbia mata de cabellos negros. La figura absorve mi atención, impídeme oír la plática de las visitas; es que, con algunas variantes en la forma, le encuentro un parecido que me enloquece con la mujer que hasta hoy más he adorado en mi vida; y la circunstancia de que la pintura tenga vuelto el rostro, ayuda á mi fantasía á suponerle otro de mi entero gusto.

¡Oh, amarga y tierna poesía de los recuerdos...!

Al fin nos quedamos solos Schiaffino y yo; es la hora clásica en un taller, la hora vesperal! Ya no hay luz suficiente para estimar detalles y sí hay, en cambio, voluptuosa media tinta que des-

vanece los cuadros, las telas, las armas y las curiosidades, que blandamente agranda las sombras de nuestro espíritu; que nos hace confundir los contornos de las cosas suspendidas en los muros, con los contornos de los acontecimientos suspendidos en nuestra memoria; que evoca rostros muertos, fechas empolvadas y personas que idolatramos: término medio delicioso y único entre lo que somos y lo que quisiéramos ser ó haber sido. . . . .

... Me habla Schiaffino de una querida que tuvo en París, tres años, á la que retrató en todas las posturas y á la que quiso de todas las maneras.... Y yo, predispuesto á las confidencias y á las expansiones, pienso, pienso mucho....

Por fortuna, Schiaffino enciende el gas, sin prevenirme, y la transición es tan brusca, que me lastima en mi interior; mis sentimentalismos y quimeras han huído en desesperada fuga; imposible alcanzarlos hoy.

A la noche, el prestigiado Joaquín V. González escribe en mi álbum de autógrafos:

"Es esta la primera vez que voy á escribir con "temor en un álbum. Sucédeme como al pisar los "umbrales de un templo de creencias amadas: "siento la respiración suspendida, el alma turbada "y un leve temblor en todo mi cuerpo, cual si "entrase á confesarme de veras, sin ocultarle na- "da al sacerdote ni á Dios. . . Pero ya estoy "adentro, y el corazón, creyéndose solo en una "inmensidad, se escapa por las salidas de su cár- "cel con inquietudes é impaciencias de niño pri- "sionero.

"Yo soy así; creo en los sentimientos puros, in- "visibles, que en la humanidad son sueños y en "las religiones misticismos; los llevo dentro de "mí como si yo fuera un enviado de un mundo an- "terior para comunicarlos á otro por venir, con el "encargo de ocultárselos al presente, porque ó ha

"de escarnecerlos ó ha de crucificarlos; los llevo "en un seno recóndito de mi sér, cuidando que no "les llegue una vislumbre, ni el más vago rumor "del mundo externo, pues, como ciertas flores le- "vísimas, hijas de la noche y del rocío, se enne- "grecen al contacto, siquiera sea imperceptible, "del más ténue rayo del sol.

"Pero á veces los siento rebelarse, engrandecer- "se, tomar vigor y empujar sus murallas con ex- "traña fuerza, y me advierto incapaz de guardar "el secreto; y esto me acontece cuando entre el "confuso rodar de mis semejantes pasa junto á "mí alguno de esos raros espíritus que despiden "luz interna, de la que se filtra á través de los "muros más espesos, y sin quererlo yo, y aún es- "forzándome por evitarlo, sus claridades penetran "en mi escondida urna, y la iluminan, y delatan "lo que en ella llevo oculto para todos y á veces pa- "ra mí mismo. Me pasa con estos séres privilegia- "dos del talento y de la armonía, lo que á ciertos "instrumentos de cuerda, que, sin pulsarlos na- "die, mientras reposan sobre un mueble ó cuel- "gan de un árbol, se ponen á desprender sonidos "y melodías espontáneas, como si dedos encanta- "dos posasen sobre ellos rozándolos apenas con la "tenuidad de las alas de una mariposa.

"¡Oh, dueño feliz de este libro! Mía no es la "falta si mi secreto ha sido revelado; culpa es de "la lumbre traviesa que los sorprendiera, de la ar- "monía comunicativa y evocadora que hizo des- "pertar á esta nota que yo mantenía encadenada "en el fondo sombrío de mi alma, porque cuando "la tuve en libertad, me hizo pensar como un "loco, soñar con cosas imposibles, amar lo que no "había nacido ó estaba agonizante, y creer en lo "que este mundo no imagina ó no comprende; y "siempre nubló mis ojos con una lágrima para ver "lo que giraba en mí alrededor, sí, por eso la ten- "go prisionera y por eso adviértese su existencia

"sólo cuando la sorprenden la luz ó la armonía.

"Ahora que ha asomado, ha dicho una sola pa-
"labra, me ha hecho ver en tí ¡oh amigo! un es-
"píritu digno de amor, aunque siempre envuelto
"en una niebla, sonrosada, sí, pero viajera... Allá
"va tras de tí, no obstante, siguiendo tus rumbos
"inciertos... Ese es su destino: amar lo que ha
"muerto, lo que no ha nacido, ó lo que pasa..."

Como yo he ido leyendo por sobre su hombro, al concluír él, nos dámos la mano, satisfechos ante el descubrimiento mútuo de esta nuestra amistad con la que ninguno de los dos contábamos.

22 de septiembre—De visita en casa de Rafael Obligado, llega Carlos Guido y Spano, el venerable bardo argentino dueño de una de las testas más bellas y artísticas que conozco; las canas de su cabeza y de su barba son tántas y tan blancas, que parece que despidieran luz. Luego, su traje especial, sus méritos, sus actitudes valientes y su palabra múltiple é inteligente tórnanlo en un viejo encantador.

En su cariño por México, Rafael Obligado insta á Guido á que lea su composición á mi tierra, escrita cuando nuestra guerra contra la Intervención.

—Léale Ud., maestro, que Federico forma parte principal de la legación de ese país, actualmente en la Argentina. . .

Guido accede, se instala en el canongil sitial de Rafael, y da comienzo á la lectura con entonaciones de rápsoda y ademanes de patriarca; lee noblemente, lentamente....

Concluye, y á causa de nuestros aplausos, lee otra composición, contra Napoleón III, una de cuyas estrofas me acaricia, me produce una mezcla de orgullo patrio y de orgullo personal.

"... temió que ya cadáver, al pie de su corcel,
"Las águilas de México dejando sus montañas,
"Vinieron á roerle voraces las entrañas,
"Llevándose en las garras su manto de oropel..."

26 de septiembre—Invitado por el Ministro de Chile á un banquete campestre que ofrece en el "Tigre Hotel" al doctor Uriburu, que era plenipotenciario de este país en Chile y ahora es el Vicepresidente electo de la República Argentina.

En tren especial nos conducen hasta la estación del Tigre, y de ahí al hotel, embarcados en lanchas de vapor, remontamos el Paraná bellísimo, tranquilo y aprisionado por sus propias riberas verdes esmaltadas de **cottages** y **chalets.** Dicen que somos 150 invitados entre damas y caballeros, no me importa; lo que sí afirmo es que la belleza de las porteñas se halla deliciosa y abundantemente representada.

Preséntame nuestro decano, el duque de Licignano, al futuro Presidente argentino don Luis Sáenz Peña, y al mismo señor Uriburu.

Después del almuerzo pasamos á un vaporcito empavesado. Durante el embarque, prodúcese un accidente sin mayores consecuencias por fortuna: una señora cae al agua y en ella se debate unos segundos, los que tarda en tirarse al río el caballero que la salva... Los demás, revelan sus temperamentos: escucho risas que no pueden contenerse, miro rostros que demuestran interés, aflicción, y otros que no acusan absolutamente nada.

¿Quiénes son los buenos y quiénes son los malos?

27 de septiembre—Con la siguiente carta me devuelve hoy Rafael Obligado mi álbum de autógrafos:

"Septiembre 27 de 1892.

"Sr. Federico Gamboa.

"Querido Federico:

"Ahí va, en tu álbum, mi ofrenda al amigo y "á su patria. Es una trova en que he dejado latir "el corazón. No es digna sin duda de tu noble tie- "rra ni de la encendida gratitud que le debo, por- "que al fin y al cabo no son más que versos: pero, "en lo humano, el amor se expresa siempre así: "con el beso, cuando se trata de la mujer; con la "palabra cuando de hombres ó pueblos. Sólo que "el beso ó la palabra nada significan cuando no "van envueltos en llamas.

"Tuyo afmo.

"Rafael"

Y el autógrafo para mi álbum, canta:

"Al Mexicano Federico Gamboa:

"Cuando regreses allá,
"A tu México querido,
"Llévale el canto aprendido
"En mi hermoso Paraná;
"Llévale el grito que está
"Resonando en el pampero,
"El que se vuelca guerero
"Con los torrentes andinos;
"Todos himnos argentinos
"Que no entiende el extranjero!

* * *

"Dile que, noble y ufana,
"La tierra de mis abuelos
"A la patria de Morelos
"Saluda de hermana á hermana;
"Cuéntale cómo se afana
"Por llegar á toda cima,

"Cómo la enciende y anima
"De tu Juárez la proeza,
"Cómo entienden la grandeza
"Los de Maipo, los de Lima!

* * *

"Y en cuanto á mí, por favor,
"Por cuanto adores, te ruego
"Que esta trova, toda fuego,
"Que es gratitud y es amor,
"Que es la esencia, lo mejor,
"Lo más hondo de mi vida,
"Diga á tu patria querida
"Que ante ella, valga ó no valga,
"No hay en mi ser cosa hidalga
"Que no se postre rendida.

* * *

"Ensueño heróico y hermoso
"Cruzó una vez por mi mente,
"Y fué ver de la esplendente
"Cima del Andes glorioso,
"Descender sobre el coloso
"Que hoy nos befa y nos fulmina,
"La inmensa raza latina,
"A la sombra soberana
"De tu enseña mexicana
"Y mi bandera argentina.

* * *

"La profecía es siniestra
"Pero fatal, y la suerte
"Se jugará en duelo á muerte
"En esta América nuestra.
"¡Dios proteja en la palestra
"A la gran descubridora,

"A la raza vencedora,
"Sabia, audaz, noble, valiente,
"Que de Oriente al Occidente
"Fué derramando la aurora!

"Rafael Obligado.

"Buenos Aires, 1892."

¿Quién creerá que una de las cosas más dulces para mi oído es que el gran poeta argentino haya hecho público el afectuoso tuteo que desde hace muy poco ha venido á rematar el abrazo que nuestros espíritus se dieran al conocerse?...

Continúa enriqueciéndose mi álbum de autógrafos. Casi simultáneamente me llegan hoy los dos que siguen: la prosa de Calixto Oyuela, el eruditísimo letrado y crítico argentino, á quien alguien ha llamado ya el Menéndez y Pelayo americano; y la poesía de Martín Coronado, el hondo y talentoso autor dramático de Buenos Aires, tantas ocasiones ovacionado, y tan sencillo y modesto, tan partidario del campo, tan enemigo de todo lo falso y ruidoso, principalmente, de las grandes ciudades.

"Querido Federico:

"Bien sabe Dios que quisiera desprender de mi "alma una perla negra para ofrecértela en gaje "de mi admiración por tu talento literario y de la "simpatía que me inspiran tus bellas prendas de "carácter. Por desgracia, cuando, rompiendo la "corteza que en el alma cría el mundo exterior "desciendo dentro de mí mismo, hoy ya sólo en-"cuentro en las íntimas regiones de mi espíritu "las siempre frescas huellas de un dolor real, pro-"fundo, irremediable, y sólo escucho el eco de

"una vocecita triste y angélica que me llama perpé-
"tuamente desde los abismos del cielo. (1).

"Pero si no puedo ofrecer joya alguna al artista "eximio, me es dulce y me basta llamarme con "verdad tu amigo, uniendo mi voz al coro de vi-"vísimas simpatías que has sabido hacer brotar á "tu paso entre nosotros y que te acompañarán á "los más remotos climas hasta el último día de tu "existencia.

"Tienes el dón más envidiable de cuantos se "conceden al hombre sobre la tierra: el de unir "las almas de tus amigos á la tuya con broches de "oro.

"Cuando tornes á tu noble patria, dile que has "realizado el milagro de hacerte argentino sin me-"noscabo del santo amor que la debes ni de tu dig-"nidad de diplomático, adquiriendo perpétua carta "de ciudadanía en nuestros corazones.

"Calixto Oyuela.

"Buenos Aires, 1892."

* * *

"Fuí tu amigo desde el día
"que á la tierra de mi hogar
"le trajiste de la tuya
"el saludo fraternal;
"que quien siente sus grandezas
"y la viene á visitar,
"tiene siempre en nuestras almas
"homenaje de amistad.
"Después, quizo la fortuna
"que se echaran á volar
"tus anhelos y los míos
"en abierta intimidad;

(1) Calixto Oyuela acaba de perder por estos días á una niña encantadora que idolatraba.

"y si amante de mi patria
"te quería como á tal,
"cariñoso compañero,
"hoy te quiero mucho más.
Sé que tienes noble el alma,
"que es tu lema la lealtad,
"que ambicionas como altivo
"y es de cumbres tu ideal.
"De esa altura y esa talla
"son aquellos que me dan
"con el nombre del amigo
"el calor de la amistad.
"A un amigo,—tú comprendes,—
"no se deja así no más,
"con las alas siempre inquietas
"como un pájaro en el mar.
"Yo he pensado y he buscado
"el remedio de este mal,
"y aquí pongo el voto mío,
"que lo puede remediar:
"—Quiera Dios que una porteña
"de inquietante vecindad,
"te cautive y te asegure
"en la trampa del imán;
"y te quiebre por el eje
"en las gradas de un altar
' y te dé su amor por cárcel,
"y te obligue, por final,
"á escribir contra APARIENCIAS
"las MEMORIAS DE UN PAPÁ!

"Martín Coronado.

"Buenos Aires, Septiembre 27-1902."

29 de septiembre—Luego de romper el prólogo que ya tenía yo escrito para mi nuevo libro, varío de rumbos, y hoy termino el capítulo I de "Impresiones y Recuerdos."

11 de octubre—Carlos Vega Belgrano, con motivo de mi duelo frustrado,—y no por causa mía ¡conste!—ofréceme esta noche una comida en los salones altos del Café de París; unos dieciséis comensales que cordialmente permanecemos de sobremesa hasta después de las 11.

Dos grandes júbilos significame el fracaso de mi duelo: el que no se haya llevado á cabo—por lo que lo repugna en principio mi temperamento, y mi criterio, y la idea que yo guardo de la vida;—y el haber adquirido en la persona de Vega Belgrano,—uno de mis padrinos,—algo muy grande y muy raro: un amigo!

12 de octubre—Presencio una ceremonia trascendental: el cambio de poderes argentinos. Un presidente de esta República que termina su período, y su sucesor que inaugurará el propio. A unos cuantos pasos los veo, muy cerca el uno del otro, Pellegrini entregando las insignias, y Sáenz Peña, recibiéndolas.

Es sencillo y es enorme!

Improvisa cada cual brevísima arenga; ambos hállanse conmovidos; sellan la ceremonia dándose un abrazo.

Eso ha sido todo, pero cuánto es!

Ha habido un hombre que en el pináculo del poder, de él prescinde y tan sereno torna á ocupar su puesto humilde en la múltiple entidad ciudadana....

La República, la Virgen desventurada debe haber sonreído satisfecha!

13 de octubre—Carlos Vega Belgrano, que no obstante haber sido quien organizó la comida de antenoche en mi obsequio, se rehusó á decir una sola palabra á los postres, escribe hoy en mi ál-

bum, con la entereza que le es peculiar, este cariñoso brindis:

"En la comida del 11 de octubre, si hubiera do-
"minado la simpatía, te habría dicho estas pala-
"bras:

"Gamboa:

"Te saludo amigo, caballero, artista de la pa-
"labra y ciudadano de una gran nación, haciendo
"votos porque tu corazón viva siempre en el amor,
"tu inteligencia en la luz y tu patria cubierta de
"laureles.

"Concluyo haciendo un voto más:

"—Que todos nosotros vivamos en tu memoria!

"Carlos Vega Belgrano.

"Buenos Aires, á 13 de octubre |92."

14 de octubre—Mal momento el en que me ha ocurrido leer á Enrique Heine, cuando estoy que aullo por mi conflicto sentimental...

21 de octubre—Llega á mis oídos la opinión de Juan Carlos Belgrano acerca de mi individuo, y la encuentro exacta, fotográfica casi. Dice que soy un ATORMENTADO.

Termina mi interinidad como Encargado de Negocios de México; vuelvo á ser lo que era, soy y dejé de ser momentáneamente: primer Secretario de legación. El cambio viene á tiempo, pues ya iba acostumbrándome al papel de jefe:

—**Memento homo**....

22 de octubre—Con palpable mejoría en mi pobre ánimo, enfermo de amor venenoso y envenenado, á la 1 y ½ de la mañana concluyo el capítulo II de "Impresiones y Recuerdos."

24 de octubre—Un triunfo inesperado: una señora (de verdad!) que vive en **irregular** situación, socialmente hablando, se confiesa conmigo y por remate me espeta:

—"¿Sabe usted por qué lo hago? Por eso—y me señaló un ejemplar de "Apariencias,"—hay pocos hombres que como usted conozcan el corazón de la mujer."

No me opongo, ni lo niego; pero daría mi ciencia íntegra porque el corazón de **una** mujer se dejara leer por mí, pues mucho dudo, á pesar de sus juramentos, que sea mío para siempre según me lo aseguraron sus enloquecedoras caricias de hoy...

27 de octubre—Una observación directa, y triste como todo lo que es cierto, me confirma en lo que muchos han dicho antes que yo, por más que yo lo supiese ya por propia experiencia:

—La mujer no nos ama mientras le somos fieles; necesita mirarse, ó sospecharse, engañada, para reaccionar.

Por eso los matrimonios en que el marido no practica contrabandos, momentáneos y fugaces siquiera, disfrutan de una dicha gris, desabrida, letal. El amor reclama el aguijón, sin él se aburre.

30 de octubre—En un funeral encuéntrome con la persona que debió haberse batido conmigo, á quererlo. Delante de un grupo se me acerca, me coge una mano, me la oprime:

—Olvide Ud. todo,—me dice.

Y ante mi silencio agrega:

—Todo lo pasado, olvídelo.

Correspondo á su apretón de manos y olvidando de veras lo agrio del altercado que tuvimos, en el fondo le agradezco lo que hace. Al fin y al cabo es un viejo y yo no.

Negocio concluído.

7 de noviembre—De comida en la casa de Vega Belgrano. Pasamos juntos la noche entera, hasta la 1.

Es extraordinaria la cantidad de puntos de contacto que mútuamente nos descubrimos y nos acercan.

En la intimidad, tiene Carlos, á veces, condensaciones adivinatorias de la vida moderna, que me pasman; verdaderas clarividencias.

Hoy me deja grabados estos dos pensamientos que á él le vinieron en la conversación, naturalmente:

—"Lo actual es una montaña que nos ahoga."

—"El hecho consumado nos hastía."

12 de noviembre—Termino el capítulo III de "Impresiones y Recuerdos," escrito sin esfuerzo y muy conmovido á su final; como si mi memoria, en una entrevista con el corazón, le haya hecho sus confidencias y contádole una porción de cosas que yo creía olvidadas.

Quizás el libro interese, pues va á resultar la historia íntima de todo aquel que ha vivido algo y sufrido mucho.

14 de noviembre—Continúa mi colección de autógrafos y yo continúo trasladándolos á estas páginas que alguna vez han de ver la luz, no obstan-

te que con ello acredítome de egotista y de ególatra; bien sabe Dios, sin embargo, que no me guía la inmodestia de que adolezco en un grado no mayor ni menor que cualquier otro **plumitif** militante, nó, guíame otro móvil que, por noble, no quiero consignar; el despierto lector que lo adivine, no me ha de censurar, y el torpe que no dé con él, no me preocupa, me resultan igualmente inútiles y vanos sus aplausos que sus censuras.

Hoy transcribo el autógrafo de Antonio Atienza y Medrano, el inteligente madrileño que aquí dirige "La Ilustración Sud Americana."

"Querido Gamboa:

"Permítame que no le señoree, y que le salude "llamándole Gamboa, sin otros requilorios ni ve-"neras.

"Así nombramos todos á Pereda y á Pérez Gal-"dós; y si á Valera le decimos don Juan, lo hace-"mos por consideración á sus canas, que no en ho-"menaje á su ingenio.

"Somos usted y yo amigos desde ayer; pero á "mí me ha parecido desde nuestro primer encuen-"tro que lo somos de toda la vida, y no acertaría á "darle tratamiento, que perdería en cariñoso lo "que pudiera ganar en quilates de ceremonioso y "cortesano.

"¿Cómo explicar esta simpatía é íntima adhe-"sión de mi parte hacia su persona?

"La cosa es llana como la palma de la mano y "clara como la luz del sol.

"En sus hermosas producciones literarias y en "los rasgos espontáneos de su amena conversación, "palpitan puros y nobles sentimientos que tienen "la virtud de despertar los míos, como evocados "por el eco misterioso de dormidas reminiscencias.

"Ha probado un sabio alemán por medio de ex-"perimentos muy curiosos, que al herir las cuer-"das de un instrumento y producir ciertos sonidos,

"conmuévense otras cuerdas, como rozadas por las "alas de un ángel invisible, y exhalan ténues notas "que se unen en amoroso concierto con aquéllos.

"¿Por qué no ha de ser este vínculo misterioso "de los acordes musicales, fiel y poética expresión "de la nativa simpatía que une las almas?

"Usted, además, querido Gamboa, siente los "amores, y sobre todos, el amor de la patria co-"mo lo sienten pocos, entre los cuales tengo la di-"cha de contarme; y en medio de su legítimo or-"gullo de americano, y á través de la inmensa pa-"sión que le inspira la tierra en que ha nacido, ha "sabido conservar, fundiéndolo en los grandiosos "elementos de esta nueva vida, el santo aire de fa-"milia, el genio de la raza, y es usted—¡con cuán-"to júbilo lo declaro!—UN AMERICANO MUY ES-"PAÑOL.

"Una confidencia para concluir. No le maraville "ni le choque que firme en su álbum, como lo ha-"go donde quiera, con mis dos apellidos. Mi madre, "á quien perdí muy niño, me recomendaba que "así lo hiciese, desde que en la escuela emborrona-"ba mis primeras planas, para que siempre al es-"cribir su nombre, me acordara de ella.

"Antonio Atienza y Medrano.

"Buenos Aires, 12 de Nov. 92."

15 de noviembre—Paso toda la tarde en el estudio de Schiaffino, que hoy comienza á pintar mi retrato con el que va á obsequiarme. Este obsequio es la realización de uno de mis deseos de literato: tener mi retrato al óleo ejecutado por un pintor bueno; y Schiaffino está enamorado de su arte,—condición **sine qua non** para que un artista produzca algo notable.

Aunque sólo trabaja con el carboncillo en esta

primera **pose**, al levantarnos me veo ya en la tela, sin parecido aún, en contorno, en una postura escogida por él.

—¿Qué clase de retrato piensa usted pintar?—le pregunto.

—Retrato que sea "cuadro" y que llame la atención.

15 de noviembre—En mi "martes" de hoy, preséntanme al crítico que en "El Diario" me llamó **exuberante** y **aburridor.** Lo de siempre: muchas disculpas, que se arrepiente de escribir lo que escribió, que lo hizo á la ligera.

Me apena oirlo.

25 de noviembre—Quinta **pose** en casa de Schiaffino. Ya me veo retratado, éntranme ganas de saludar á mi efigie.

El cuadro de la mujer desnuda y vuelta de espaldas, continúa atormentándome por los recuerdos que me evoca. ¡Lo que yo daría por perderme con **ella** en el último confín del mundo!

Después de tres horas de "quietismo" salgo del taller y regreso á casa por el boulevard del Callao, pensando en mi libro. Y aunque á mis lados pasan gentes, tranvías, carruajes, los miro sin verlos, únicamente preocupado con la revista interna de acontecimientos pasados. Fórmolos en la memoria y desfilan todos: á la vanguardia, las ilusiones, con bandera azul; luego, los desengaños, enlutados, silenciosos, infinitos.

1o. de diciembre—Termino el capítulo IV de "Impresiones y Recuerdos," y, sin descansar, hoy mismo doy principio al capítulo V. Está sucediéndome lo que al que abre un baúl viejo de objetos

antiguos. No me canso de revisar lo que fué mío. Al más olvidado de mis guiñapos le quito el polvo, cariñosamente; algunos me enternecen, y todos van saliendo, en las cuartillas manuscriptas.

2 de diciembre—En el "Odeón," en que actúa la compañía de Emanuel, veo el drama de donde nació la célebre partición de Mascagni: "Cavallería Rusticana."

Impresióname casi tanto como la ópera; salgo meditabundo.

4 de diciembre—Invitado por Ernesto Quesada —uno de los más distinguidos y ameritados intelectuales argentinos,—paso el día en su estancia de S. Vicente, á una hora en camino de hierro de Buenos Aires.

Una instalación lindísima, á la moderna, con más de un detalle de arte, algún cuadro, armas, curiosidades.

Su esposa, que nos hace los honores á mí y á otros invitados, paréceme inteligente y buena, como nuestras legítimas damas hispanoamericanas.

La biblioteca es preciosa, con obra de 10,000 volúmenes en sus anaqueles y estantes, amplia, decorada con gran gusto, envidiable. Por sus ventanas claustrales entra á chorros una luz franca, que ha de convidar al trabajo de la inteligencia; de cuando en cuando, entran también ráfagas bravías de aire oxigenado, oliente á montañas y á campo, y rayos de sol que alegran hasta los lomos de los libros alineados y prisioneros; desde lejos viene á morir á nuestros oídos mugir de ganado. . . .

Entre los comensales, se encuentra el novelista argentino Don Carlos María Ocantos, cuya cuarta novela: "Entre dos Luces," ha aparecido ayer.

Es joven y más bien silencioso; confiésase nostálgico por España,—en donde ha vivido algunos años de Secretario de la legación de su país,—y aunque se las da de escéptico respecto de sus libros, no sabe disimular el júbilo que le origina encontrarse en la mesa de Quesada, la novela suya recién nacida.

11 de diciembre—Conozco al pintor argentino Eduardo Sívori, domiciliado en característica morada suburbana de su propiedad, en medio del campo, sobre el polvoriento camino de Gauna, en plenas afueras de Buenos Aires.

Viejo es, por mucho que aparente más años de los que en realidad lleva á cuestas; de fisonomía marcadamente italiana, inteligente y vivaz; abundante de palabra y no parco de ademanes descompasados y nerviosos; simpático en extremo.

En traje de taller nos recibe, y, sucesivamente, muéstranos su heredad, sus primores artísticos,—en cuenta, un reloj Primer Imperio, un armario de comedor (**credénce**) Henry II, y un pastel ¡firmado! de Puvuy de Chavannes; luego, ascendemos al taller, en el que nos enseña varios de sus trabajos: un paisaje criollo.—admirablemente "visto" y tratado,—dos retratos y dos estudios. Todo ello con su franqueza afable, sentándose en el vivo suelo, mientras nosotros examinamos ó admiramos, y gozando lo indecible con que se le encaramen y rasguñen ó laman un gato y una perrita faldera.

Está encantado con la luz argentina, prefiérela á la europea, no obstante que en Europa se ha gastado más de media vida.

Schiaffino ha sido quien nos lo ha hecho conocer á Vega Belgrano y á mí.

Tomamos té, abajo, en el salón; algunos manotean y canturrean, junto al piano, y un hermano de Sívori quiere convencerme de que la perrita su-

fre y llora cuando advierte una disonancia musical.

Después salimos á caminar los cinco, más un médico llegado tras de nosotros. Nos escolta la perrita que no consiente desafinaciones, y un perrazo enorme, de sólo nueve meses de edad y de la raza de los mastines, ó lo que sean, de Bismark, que aterroriza á los transeuntes y apenas demuestra aprecio á los llamados á gritos de Sívori:

—¡Loulou!... ¡Loulou!!!....

Tarde nos separamos, con cordial despedida.

Dejo á Schiaffino y á Carlos en la nueva casa de este último,—casi un palacio,—y monto para regresar á la mía, en un tranvía, cuyo recorrido ignoraba, que me lleva hasta la plaza de Lavalle.

Convénzome una vez más de la inmensidad de Buenos Aires y de los múltiples aspectos que la informan y ella funde en uno solo: el suyo!

13 de diciembre—En mi "martes" de hoy, lee Calixto Oyuela su crítica sobre mis "Apariencias." Para comenzar, me dice:

—Hágase usted de cuenta que no nos conocemos. . .

Y durante una hora, lee su trabajo, en el que me trata con mucha dureza.

Así es la opinión: hace ocho días recibía de Madrid en la "España Moderna" otra crítica en que me ponen por las nubes.

¡Vaya Ud. á saber quién tiene razón!

17 de diciembre—Después de comer en el "Café de París" ocho miembros del Cuerpo diplomático, terminamos la velada en la casa de Bedout, actualmente Encargado de Negocios interino de Francia. Es una velada original; se charla, se bromea, se ríe. Nos atiende y sirve su camarero japonés,—traído del Japón por Bedout,—vistiendo su traje

nacional; con su amo habla aquel idioma, mientras éste nos muestra algunos **bibelots** maravillosos de por allá.

Para que nada falte, para demostrar por la **céntieme** que la Europa ha sido y es la maestra del Japón, se organiza una partida de **baccara** y el camarero nos contempla, nos escancia cerveza, en tanto que sus ojillos vivos y tristes, diríase que sonrieran admirados de nuestro rasgo de. . . . cultura occidental!

Hemos de parecerle demasiado modernos y civilizados!

22 de diciembre—Cumplo 28 años de edad. Físicamente represento más de 30; moralmente, he encanecido.

23 de diciembre—Doy fin al capítulo V de "Impresiones y Recuerdos."

1893

1.° de enero—Un nuevo año!
¿365 amigos ó enemigos?
Allá veremos.

2 de enero—Comida en la casa de un anciano argentino, de más de 70 años; entre invitados y miembros de la familia seremos una veintena. Los hombres tomamos el café en el vestíbulo, para fumar, y allí nos llega el eco de las risas y de las voces de las señoras que charlan en el salón.

El dueño de la casa pónese á conversar conmigo, y en el curso de la conversación me hace sus confidencias, me afirma que ha engendrado veintitantos hijos, desde una condesa, en Italia, hasta el propietario de un almacén de ultramarinos, aquí. Durante media hora háblame sin parar, brillantes los ojos, iluminada la cara cual si la lumbre de sus recuerdos, ahora, en el ocaso de su vida, le comunicara fuerza para de nuevo comenzar sus hazañas. Alguien viene á interrumpirnos, y él, para finalizar me sopla al oído:

—Si yo escribiera mis memorias, saldrían más interesantes que las de Casanova. . . pero hay mucha señora casada de por medio, muchas familias, y prefiero gozar de mi pasado, así, á solas, ó con persona que lo comprenda y paladee.

De veras que el amor, aún después de extinto, realiza prodigios; he aquí á este buen señor pu-

diendo morirse cuando mejor le parezca: ha sido un sabio.

5 de enero—De reunión en casa de Bedout, con el Ministro de Austria; el Secretario de la legación de España en la Argentina, Pepe Caro, y el de la de España en el Brasil, Careaga; el de la de Italia, el de la de Suiza, y un señor Pennano.

A media noche y conducidos por el cónsul de Suecia y Noruega, llegan el príncipe ruso Youriewsky y tres oficiales de la marina de guerra rusa, que pertenecen al crucero de 1a. clase "Rynda," entrado en el puerto anteayer. El príncipe éste es hijo morganático del czar Alejandro II, y, por consecuencia, hermano del czar actual. Es un mocetón imberbe y rubio, de unos veinte años, muy afable; habla un francés **boulevardier** puro.

Pasamos al comedor, y resultamos trece en la mesa. Los rusos y el Ministro de Austria, protestan atemorizados; Caro se sacrifica y se sale á tomar el aire en un balcón. Anímase la improvisada cena, el champagne circula.

El oficial ruso que tengo al lado parece inteligente; lo interrogo acerca de Tourgueneff y de Tolstoi; me cree poeta. Hablamos de política; él, al pronto no quiere franquearse, hasta que al fin, con algo de profético en la mirada, exclama:

—Rusia no teme la guerra futura; somos una potencia colosal. La Europa entera nos odia, pero quizás podamos devorar á la Europa entera.

Arrepiéntese de su vaticinio, lo echa á la broma, al champagne. . . . Me invita á visitarlo á bordo de su barco.

Nos retiramos á eso de las 3 de la madrugada, y á solas conmigo mismo, dentro de un "simón," no ceso de pensar en el otro vaticinio, el conocidísimo del Emperador:

—¡La Europa será republicana ó cosaca!

10 de enero—A bordo del crucero ruso "Rynda."

He ido con Bedout y paso una tarde primorosamente exótica.

Al pie de la escalera, nos reciben el 2o. comandante y cuatro oficiales más; el 1er. comandante, nos aguarda á las puertas de su saloncito. Es joven y es distinguido; estuvo en la última guerra ruso-turca del 77; ha mandado el yate imperial.

Un marino garrido aparece con una bandeja coronada de copas servidas de champagne. Ofrécenoslo con tal ademán de sumisión,—ese hombrazo capaz de triturarnos á los tres juntos,—que me entristece; tengo que recordar que en su país, (**hélas!** . . . . y en otros que mucho cacarean de libertad, también!) existe aún el **knout** y existen los siervos, mal grado su emancipación escrita.

Durante nuestra charla, muéstranos el comandante los retratos del czar, de la czarina y del emperador de Alemania, con autógrafos, y una condecoración, regalo de éste último, cuajada de brillantes. Pregúntole, inocentemente ¡mi palabra de honor! si el czar es amable con sus inferiores, y se me amosca:

—Más que muchos presidentes de repúblicas americanas!—me contesta.

—¿Pues cuántos conoce usted, comandante?—vuelvo á preguntarle, para deslindar la alusión.

Y todo sofocado, tiene que confesarme que, hasta ahora sólo conoce la Argentina. Es decir, conoce sus costas y el puerto de Buenos Aires; al Presidente, nó.

¡Hé ahí la fama de nuestros presidentes volando por el orbe!

Después visitamos al crucero, que es idéntico, **matutis mutandis**, á todos sus congéneres contemporáneos.

Nos llevan al **carré** de los oficiales. Están completos, una cincuentena, van á comer y toman antes, de pie, **la chále** ó aperitivo ruso, una ensalada

de arenques remojada con el célebre aguardiente moscovita que se apellida **Vod'ka.** De improviso, suena la banda, sobre cubierta; ha de ser algún aire patrio, pues los oficiales lo cantan entusiasmados.

Resulta un cuadro tanto hombre rubio y atlético, vestido con el uniforme de estío, descubierto de la cabeza y rondando las mesas servidas, con la mayor alegría y fraternidad, en la mano la copa, mientras un pope de luenga barba gris y neptuniana, de blanco revestido, dobla la cabeza sobre las manos, en un ángulo del **carré** y salmodia las plegarias de la tarde.

A la tercera copa de **Vod'ka** comienzo á sentirme demasiado eslavo y propongo á Bedout una honrosa retirada.

Nos dejan ir con pena; no hay idea de la franca hospitalidad de los rusos,—en el "Rynda," á lo menos.

Y mi última visión, á la salida, es la de algunos marineros encaramados en las vergas y jarcias; marineros que simulan prófugos de alguna boreal leyenda.

En la dársena, una colosa y compacta multitud nos contempla con envidia. ¿Por qué?

13 de enero—Termino el capítulo VI de "Impresiones y Recuerdos" y leo una elogiosa crítica sobre "Apariencias," aparecida en un número de la "Ilustración Artística," de Barcelona.

18 de enero—Encantado tres días con la lectura de las correspondencias de Stendhal y de Gustavo Flaubert, respectivamente. Son hombres que estimulan; lecturas como ésta debiéramos hacerlas de tiempo en tiempo los que por una ú otra

causa, nos hemos dado á la envenenada carrera de las letras.

Contraste. Voy por la noche al teatrillo de la "Comedia," á conocer al tan renombrado actor cómico madrileño, Julio Ruiz, cuatro meses há desembarcado en Buenos Aires.

Las peti-piezas en que trabaja, perfecta y totalmente sosas; y él, no me parece que pase de una medianía en su género.

22 de enero—Asisto al **meeting** del teatro de Onrubia, organizado para protestar contra la actitud del Gobierno nacional en el conflicto provinciano de Corrientes.

Muy importante como reunión política; habrá unas cuatro mil personas. Los resultados, son negativos; los gritos é interrupciones pueden más que los oradores.

Mientras permanezco dentro del teatro, en donde no cabe ni un alfiler, pienso con horror en lo que sucedería si alguien gritara "¡fuego!" ó un exaltado disparara un tiro.

Más tarde, miro desfilar la procesión por la calle de Florida; y aquí, lo mismo que en el resto del mundo, reviste la tal manifestación popular un sarcasmo manifiesto, una ironía sangrienta! Por delante, va el pueblo con su música, sus gritos, sus banderas, creyéndose libre de veras. . . Atrás, y diz que para mantener el orden, va la policía de á caballo, la que me hace el efecto de pastores arreando el ganado; de ayas que sin perder de vista al rorro, le consienten que haga solo sus primeros pininos sin consecuencias.

Más tarde aún, en la esquina de las calles de la Victoria y de Bolívar, miro un fragmento de tumulto que me obliga á buscar refugio, por su violencia, en el club de Residentes Extranjeros. Un individuo, que se hallaba á mi lado con aires de fu-

gitivo, en la saliente del portal, es agredido por un corpulento cabo de vigilantes, que al fin lo derriba, después de propinarle, brutalmente, dos ó tres golpes con el puño de su rebenque,—es de advertir que estos puños son de plomo, ó de hierro, vestido de cuero,—en donde le caen: cabeza, espalda, brazos. El cruel azote hiende los aires junto á mi rostro, oigo materialmente sus silbidos de crótalo enfurecido!... La gente huye, arremolinada; escúchanse chillidos de mujeres, imprecaciones masculinas, rumor de garrotazos, de riña, de galopar de caballos; los tranvías, que no interrumpen su curso pero sí aminoran sus andares, arrojan la destemplada nota lastimera de los cuernos de sus mayorales, y son asaltados por racimos de manifestantes que escapan de la quema. Vivas al partido radical ¡ilusos!.... Los cafés, defienden sus vidrieras, apresuradamente, y yo, en cuanto me es dable intentarlo sin riesgo de que me toque un estacazo no obstante mi fuero diplomático (?), márchome á casa, tristemente convencido de que ni las latitudes ni las razas se diferencían gran cosa para ciertos negocios; en todas partes es la misma humanidad.

Por la noche, nada; parece un asunto terminado el principio de revuelta.

Concluyo la lectura de Schopenhauer.

26 de enero.—Doy término al capítulo VII de "Impresiones y Recuerdos."

30 de enero—Invitado á comer por Pennano, un caballero milanés con quien he hecho muy buenas migas en la legación de Italia. Es un hombre de edad provecta, viudo y exageradamente monarquista.

Encuentro en su casa á dos personas que no co-

nozco é invitadas también. A poco, llega Pennano, y para excusarse del retardo, nos lo explica: á las 4 de esta tarde se le ha muerto una sirvienta que treinta años llevaba de acompañarlo; ha tenido que salir á diversos arreglos funerarios.

Propongo que nos vayamos á comer á la fonda, pero Pennano se opone y los otros dos invitados lo apoyan.

Nos instalamos en el comedor, y el hallarme á unos pasos de la humilde muerta, amárgame la comida; en la conversación general, hablamos casi por lo bajo y reímos con esfuerzo. Estoy seguro de que los demás experimentan algo análogo á lo que yo experimento. En cuanto acabamos de comer, nos echamos á la calle todos, el dueño de casa inclusive; y el resto de la noche, persiste en mí una fúnebre impresión desagradable.

1.° de febrero—¿Y cómo no indignarse contra los criticastros que nos diputan falsificadores de la verdad, de la vida real,—á los que con mayores ó menores dotes la retratamos en nuestros libros,—cuando en esta vida real tenemos sorpresas del género máximo, del género que yo he tenido una hoy?....

Muéstrame un amigo, exigiéndome, y con razón, la reserva más absoluta, cinco cartas anónimas que le endereza un pederasta, que por él está que se perece de lujuria nauseabunda... Un verdadero emético la tal lectura, indecente, indecente; aquello es de un enfermo que se revuelca en el limo pestilente de una perversión genésica!..... Mi amigo, que sospecha quién es él, un pseudo-señorito de buen origen, consúltame si deberá dar parte á la policía. Opino por la afirmativa, desde luego, agregando que no vendría mal al depravado mocito, una señora paliza previa.

Queda en contarme lo que resulte.

¿Si uno lo dijera en sus libros, qué fallaría la crítica sensata y desapasionada (¡!)?...

Pues, diría lo que siempre dice: que inventamos esas monstruosidades por propios desequilibrios morbosos!

Y eche usted terminajos diz que científicos.

3 de febrero—Acabo el capítulo VIII de "Impresiones y Recuerdos."

Debido á una malísima noticia llegada ayer á la legación, tengo que violentar la terminación de mi libro: desde el próximo 1o. de julio, queda suprimida, por economía, la legación de México en la América del Sur.

¿A dónde me enviarán?...

Es incalculable el trastorno que esto me significa: pierdo editor, amigos, y quién sabe cuánto más. . . . Si el cambio pudiera decirme al menos algún alivio para mi enfermedad de espíritu que empeora día á día! . . . . . A veces, pregúntome si no sería mejor renunciar á mi dicha, ¡mi envenenada dicha!, no realizar el ensueño, sino hundirme en la prosa, vivir la vida de la mayoría, dejando en la memoria una especie de reservado parque al que fueran á pasear de tiempo en tiempo mis anhelos de hoy! . . . Quizá fuese el remedio, pero siéntome tan sin fuerzas para intentarlo, que todo lo prefiero al absoluto y completo renunciamiento.

8 de febrero—Almuerza en mi casa un amigo de sesenta y nueve años, teutón y viudo, que conserva vivísimo culto por su esposa muerta. En las expansiones de la sobremesa, llega á iniciarme en muchas de sus desvanecidas intimidades conyugales, y como para justificarlas, díceme esta frase, que, por lo gráfica, me encanta:

—"La quería yo mucho, muchísimo, hasta los huesos!"

Decreto adjudicármela para algún futuro libro mío.

9 de febrero—Concluyo el capítulo IX de "Impresiones y Recuerdos."

Llégame de Guatemala, una crítica halagüeña sobre "Apariencias;" y de México, que es lo que más me interesa, nada aún.

11 de febrero—A las 8 y ½ de la noche dentro de un coche-dormitorio del ferrocarril del Sur, en marcha para Mar del Plata.

Una pequeñez origíname envidia muy grande: el sirviente del coche, ostenta en la gorra el título de su empleo, pero osténtalo en español, como debe ser; leese "camarero," no se lee "**Porter**," como en los ferrocarriles mexicanos internacionales. Y nadie protesta allá!

12 de febrero—A las 8 de la mañana y con un frío de invierno, desembarco en el paradero de Mar de Plata. En ómnibus hasta el **Bristol Hotel**, un edificio en forma de cabaña suiza y con una suficiente capacidad para muchos centenares de huéspedes.

Excursión en carruaje, hasta la gruta natural, formada nadie sabe cómo, en la playa misma, y que resultaría más interesante sin los anuncios mercaderes toscamente pintados en los graníticos muros. El interior, recibe luz por una claraboya, natural también, un hueco caprichoso que permite al sol iluminar la cavidad y descubrir en ella una banqueta de piedra y un columpio formado de disformes huesos de ballena. Afírmame el co-

chero que se puede comer allí, al ruidoso compás de las olas que á las veces llegan á penetrar en la caverna.

—Yo he traído á varios,—añade el auriga, y luego de reflexionarlo un momento, termina sonriente;—pero han sido siempre parejas solitarias.....

Antes del almuerzo paseo por la Rambla. Elegantes del uno y del otro sexo, en una ociosidad que ha de aburrirlos soberanamente á pesar de sus esfuerzos por disimularlo. Algunos bañistas, muy pocos; una dama que recorre el inmenso trayecto de la playa á las casetas de madera, en traje de baño, empapado, que se adhiere á su cuerpo soberbio, con indiscreciones rufianescas, detallando los encantos ocultos.

Almuerzo en el gran comedor, que es un salón soberano. Muchas caras desconocidas; sensación de absoluto aislamiento.

Una tarde, **cretinizante**: de mi cuarto, á los billares; de los billares, á la playa; de la playa, á la peluquería. . . . No comprendo la existencia de los **mundanos**, inspíranme, y siempre me la han inspirado, una compasión sin límites por su pulcritud en el pergeño, por la vacuidad de sus charlas y por el mal empleo de su tiempo. El tipo es universal,—con las variantes de medio y de idioma,—lo propio es el de Europa, que el de México, ó que el de aquí: mucho exterior, el interior desocupado!

Por unos minutos, me apoyo en la balaustrada de la Rambla, frente al Océano. Esto alíviame; veo, en la playa, niños que juegan con arena y con sus pocos años; á cierta distancia, el mar, presentando una línea de espuma, arremolinada y blanca; y el mixto rumor de las olas y de las vocecitas de los niños, el crepúsculo que empieza, recompénsanme del fastidio de todo el día.

En la comida, los masculinos de frac ó **smoking,**

y las señoras con elaborada **toilette**; ellas y ellos apercibidos para el baile con que noche á noche obsequia á sus huéspedes la empresa del hotel.

Veo bailar dos "lanceros," un vals, y me doy por bien servido; es lo enteramente invariable: hombres que se suponen irresistibles, mujeres que sonríen, que coquetean, que deben gozar, sin manifestarlo, con la confianza libidinosa de la momentánea **étreinte.**

Al subir á acostarme me asomo en la sala de juego: dos mesas de ruleta, concurridísimas por padres y maridos, tranquilamente alejados de sus femeninas propiedades y que siguen absortos el desenfrenado correr de la mágica bolilla de marfil.

Asústese usted, luego, de que acaezcan ciertas cosas. . .

13 de febrero—Más camino de hierro, rumbo al Tandil, á conocer su célebre piedra movediza. A fin de amenizar las nueve horas que dura el viaje, apelo á un buen compañero: los "Etudes et Portraits" de Paul Bourget. Y caigo precisamente en uno de los viajes á Inglaterra, en el que se ocupa, á propósito de los lagos, de De Quincey, el artista británico comedor de opio, y heredero del "cottage" que en famoso se tornó por haberlo vivido también el bardo Wardsworth ¡Cuánto sufrió De Quincey y cuánto amó! Hay un pasaje en que una tal Annie, querida suya,—una mujerzuela de lo último,—lo salva de una muerte por inanición con unas cuantas gotas de vino de Porto que en la boca le vierte con delicadeza de hermana de la caridad.... (¡Qué diferencia entre estas **mujerzuelas** y tantas **señoras** que perpetran adulterios diz que por pasión, pero sin comprometerse!)... Años después, De Quincey se casa, tiene ya de qué vivir, y se echa en busca de Annie, para premiarla. Pero, hallar á una mujer en las

calles de Londres, no es fácil empresa; no la encuentra nunca, y entonces, bendice la tos de tísica de su querida, anhela que la haya muerto,—contrariamente á los tiempos de antaño en que se aterraba de oírsela,—y libertádola para siempre de rufianes y **souteneurs**...

A las 6 de la tarde, arribo á Tandil. Es lunes de Carnaval y el lugar encuéntrase animado de sobra.

Acuéstome humedecido por un cartucho de agua que me dispararon en la calle, conforme á la bárbara y tradicional costumbre de los carnavales argentinos: empapar al prójimo, llenarle de papelitos de colores; **embromarlo**,—según por estas tierras se denomina el hecho de reventarlo á uno con esto ó con aquello.

11 de febrero—(Martes de Carnaval.) Gasto la mañana en recorrer el pueblo, que, por sus adentros, escaso interés ofrece; en retorno, su temperatura es deliciosa.

Después de almozar, parto en un vehículo que ha de ser muy cercano pariente de las tartanas, á visitar la piedra movediza.

Salimos con que el cochero es oriundo del lago de Como, jovial y parlanchín.

Dieciocho años há que reside en la Argentina, vino muy granuja; y mientras trepamos la cuesta de la sierra, habla sin descanso, ríe, azuza los jamelgos y chasquea el látigo.

Al cabo de unas cuantas curvas, apeámonos en la falda misma del promontorio, en la vivienda de unos colonos tudescos, que nos reciben principescamente: nos brindan con una sonrisa y con un vaso de agua!

Por una fementida escalera á medio tallar en la viva roca, principia la ascensión, que es fatigosísima; hay que detenerse de cuando en vez

para tomar resuello; que ayudarse con las manos; que afirmar el pie, hasta que una cima, también de roca, lisa y ancha, permite descansar...

Ya estamos junto á la piedra y mi primer impulso es retroceder algunos pasos. El monolito inmenso, por un prodigio de equilibrio inexplicable á primera vista, le hace creer á uno que va á precipitarse en el abismo,—tan diminuto es el punto de apoyo! Disipada la sorpresa, entra la admiración, una admiración muda, de espíritu humano y, por consiguiente, inferior. Luego, acércome, para saciar mi curiosidad de ignorante, y toco la piedra en diversos puntos. Sobre la propia meseta, hay fragmentos de muy regular tamaño, que un rayo le arrancó al monolito; y en una tercera piedra, hállase enclavado un pararrayos, que lo defiende de nuevos mordizcos destructores. Por doquiera, se leen nombres de visitantes, monogramas, fechas,—grabados ó dibujos.

Nosotros hemos traído una botella vacía, con objeto de palpar la maravilla: el cochero, agazapado, colócala donde debe colocársela, y al impulso suyo, sumado al mío y al de un oficioso, la piedra principia á oscilar muy lentamente, y á hacer astillas la botella, que cruge y gime cual si de veras sufriese con la tortura. . . El enorme peñón no pierde su centro de gravedad. . .

¡Pura y sencillamente asombroso!

Si Europa ó los Estados Unidos lo poseyesen, disfrutaría ya de una reputación universal y sería objeto de incesantes peregrinaciones de ignorantes y sabios.

Hacia abajo, contémplanse los campos sembrados del valle; las arboledas de los huertos y, un poco más lejos, el caserío del pueblo y las torres de su templo, blancas, recibiendo de plano la despedida del sol poniente.

En marcha para "El Manantial de los Amores," un nombre bello y sugerente, ¿no es cierto?.....

Pues el sitio en que se encuentra es más bello y sugerente todavía.

Perdido en el centro de un bosquecillo de sauces, sin conocérsele sus orígenes, con ligeros aumentos y disminuciones en su caudal, el hilo de agua brota todo el año, una agua fresca y cristalina, que, con rumor de lejano beso, cae en un lecho de flores y de hojas secas; después, por entre los árboles que le prestan sombra, serpentea á su capricho y va á perderse á distancia grandísima...

Quiere una leyenda,—narrada por mi cochero en tanto me escancia del agua aquella,—que en este rincón tuvieran diaria cita dos amantes del pueblo. De pronto, ella dejó de concurrir, él, inconsolable, la llamó, llorando, una vez y otra vez, un día y otro día, y murió al fin, junto al chorro de agua que tanto acariciaba los desnudos pies de la amada, bajo las ramas que cobijaron la dicha de ambos, y, discretas, temblorosas, tanto escucharon los juramentos y las promesas....

La idílica narración en castellano macarrónico, póneme, sin embargo, pensativo. En efecto, este es un sitio que se diría hecho á propósito para el amor: soledad, silencio, césped, follaje, la luz tamizada, el aire bien oliente, y el agua que cae y cae con rumor de beso lejano...

Pero ¿acaso hay en el mundo lugar ninguno en que el amor perdure? ¿no la mujer siempre nos abandona cuando se siente idolatrada? ¿no hacemos los hombres exactamente lo mismo? ¿no el amor exige para su siempre efímero vivir, que haya un verdugo y una víctima?.... Y alzo el rostro, á ver los sauces "llorones" que con sus ramas caídas simulan, en verdad, un perpétuo lloro por las horrorosas y postreras desventuras del muerto enamorado de la tradición.

—¿Por qué tan triste? ¿se ha puesto malo?—pregúntame el cochero.

—No, estaba yo soñando...

—¡Soñando con los ojos abiertos!....—añade.

Y rompe á reír, á carcajadas, se sube al pescante, empuña las riendas y durante buen rato, continúa su risa, como para demostrarme que es amigo de bromas.

Mucho que lo envidio ¡ojalá que sólo soñáramos cuando dormimos!

15 de febrero—Sobre mi escritorio, y á mi regreso á Buenos Aires, encuéntrome una carta de México, de una hermana mía, enviándome los retratos de sus dos hijitos, y en el texto, un mundo de recuerdos de nuestra infancia; borrados algunos renglones, con el llanto que ha de haber vertido al evocarlos.

Una nadería para muchos, una dulcísima nota para mí.

18 de febrero—Tercer carnaval que paso en Buenos Aires.

Decido ir á conocer cómo son los bailes en sus teatros. Visito el "Politeama" y la Opera; desagradable impresión en ambos; rameras más ó menos alhajadas y bien vestidas, es decir, bien desnudas, y troneras señoritos y sin señoría. Sin pizca de gracia, igual á México, obsceno bailar, borrachera, riñas.

¿Por qué me habrá invadido retrospectiva tristeza de haber sido, años atrás, elemento de tales fiestas? Entonces me perecía por ellas, ahora parécenme detestables, ¿cuándo habré estado en lo justo, entonces ú hoy?...

Los bailes de aquí se diferencian de los de México en que los teatros bonaerenses son en su casi totalidad limpios y decentes, y los nuestros, en su totalidad, indecentes y sucios.

En el "Politeama", había bastante gente ordi-

naria. La Opera, ya de suyo suntuosa—uno de los mejores teatros que conozco—se hallaba con lo mejor de la sociedad porteña (capítulo de masculinos, se entiende!) y presentaba un deslumbrador golpe de vista.

De todos modos, me quedo con los bailes de carnaval de los clubs, como el del "Progreso," á que concurrí el año pasado; pues en ninguna otra parte del mundo, que yo sepa, hay la deliciosa costumbre que aquí impera en esos bailes: los caballeros no van con disfraz sino de frac; las damas, sí, y conservan la careta; al principiar la diversión, se invierten los papeles, son las señoras las que solicitan á los hombres para bailar, y tiene Ud. el derecho de que le rueguen, hasta de desairar.

21 de febrero—Anda por estas tierras un pobre mexicano endiantradamente vicioso. Es tipógrafo y ha vivido en España, trabajando como tal. Acudió á mí hace tiempo y le procuré un buen puesto en una de las mejores imprentas de Buenos Aires. En vez de ir á ganarse el pan, se recetó una borrachera máxima para festejar su adquisición de empleo, tan máxima, que paró en el hospital. El exceso alcohólico le recrudeció males viejos, á los que llamó por su verdadero nombre, sin eufemismos, en una carta medio romántica que me escribió desde el asilo: ".... en el lecho del dolor... tierra extraña... solo en el mundo.... un ataque de sífilis!...."

De entonces acá, me ha perdido el respeto; búscame con frecuencia, lo mismo en su juicio que en las viñas del Señor, con muchos gritos de "¡Viva México!", "¡Viva Don Benito Juárez!"; y aunque yo lo regañe con dureza, es inútil, no puedo rehusarle dinero. Parece, pues, cosa convenida que él acuda á mí y que yo lo auxilie.

Hoy se me presenta borrachísimo; ha leído que

retiran nuestra legación y me anuncia,—¡oh, lo sabe de buena tinta!—que el Gobierno argentino no me dejará salir, sino que me colocará ventajosamente en su administración. Apeándome el tratamiento, me pide un peso y me participa que piensa irse á Nueva York. Baja las escaleras con el peso en la mano, descubriendo con el brazo curvas inconscientes, y repitiéndome:

—¡Gamboa, Dios lo haga feliz muchos años!...

Es particular, siempre me impresionan estos conjuros de los borrachos y de los mendigos. Soy un supersticioso, y creo que los que verdaderamente sufren, tienen clarividencias de adivinos.

22 de febrero—Concluído el capítulo X de "Impresiones y Recuerdos."

2 de marzo—En la casa del Encargado de Negocios de Francia; los de siempre. Cenamos á las 2 de la mañana, y el principal asunto de nuestra charla es la noticia, llegada hoy por cable, de un asalto armado á la legación de la Gran Bretaña en Guatemala. Con este motivo, el Secretario de la de Alemania aquí, nos cuenta que el actual Embajador de su país en * * *, cuando era Consejero de la legación alemana en Constantinopla, hace muchos años, salió á pasear con su mujer, por el campo, muy recién casados. Ya en despoblado, los sorprendieron unos turcos, que, tras breve lucha, violaron á la esposa delante del marido, y, luego, ¡¡¡violaron al marido delante de la esposa!!! "Por pudor"—agrega el Secretario—el gobierno de Alemania no quiso intentar una reclamación diplomática"...

5 de marzo—Continúo bastante enfermo del

espíritu. Esta noche me sucede lo que no me había sucedido nunca: la idea fija, la amatoria obsesión me roba el sueño; hasta las 5 y ½ de la mañana no logro adormecerme.

Tristísimo, pasarse toda una noche á solas con un gran dolor!

6 de marzo—Termino el capítulo XI de "Impresiones y Recuerdos."

12 de marzo—Termino el capítulo XII de "Impresiones y Recuerdos."

17 de marzo—A comer esta noche en mi casa, los duques de Licignano, decanos del Cuerpo diplomático en la Argentina y distinguidísima pareja sorrentina de viejos cautivantes y cultos.

19 de marzo—Dos amigos argentinos me llevan al campo, á almorzar á la casa de una familia uruguaya venida á menos, que ha puesto un plantel de gallinas, patos, etc.

Nos reciben con grande amabilidad, la madre, que es húngara y viuda de húngaro, y los dos hijos que la acompañan, un par de mocetones bien simpáticos por cierto, de un rubio parecido al del vino de la tierra de sus padres. Por más agasajarnos, la señora guisa y nos ofrece un almuerzo, sin pretensiones, muy superior al de tres ó cuatro restaurantes porteños de alguna fama.

La desnudez de las habitaciones y la escasez de trastos, están gritando la situación precaria de los dueños. Nos sentamos á la mesa, luego de evacuado el negocio que traía á mis amigos, y llamaron mi atención en el conjunto de pobreza, unos cu-

biertos de lujo, escapados del naufragio y urna de qué sé yo cuántos recuerdos familiares, á juzgar por los miramientos con que los manejan la viuda y los dos huérfanos.

Los tales cubiertos, con su monograma de plata, grabados, frente al mantel zurcido y la porcelana ordinaria arrojan claridades tristes, forman un poema doloroso.

27 de marzo—Termino el capítulo XIII de "Impresiones y Recuerdos."

28 de marzo—Hace mucho tiempo que no concurro al Ateneo Argentino,—del que en lo oficial y por mi calidad de extranjero, soy sólo socio correspondiente, aunque en realidad sea socio fundador.

La noche de hoy es noche de reunión reglamentaria.

Recojo de Carlos Vega Belgrano y de Rafael Obligado, la halagüeña opinión de que me he emancipado de Zola mi maestro (¡y á muchísima honra!) y de que quizás se me considere, andando los años, propagador, en nuestra América, de una escuela literaria modernísima que se denominaría "sincerismo." Rafael, insiste:

—Tu personalidad, en arte, comienza á campar por sus merecimientos propios, á pesar de tus defectos, que los tienes...

30 de marzo—Termino el capítulo XIV de "Impresiones y Recuerdos;" aún fáltanme dos para terminar el libro.

31 de marzo—¿Cómo andaré por dentro?.....

la menor pequeñez, en la soledad de mi vida, me arranca lágrimas! Y recuerdo que Flaubert cuenta en su "Correspondencia," que varias veces atravesó él por idénticos períodos, lo que no me consuela; él lloraba por defecto de amor y yo por exceso. ¿Será necedad la de ambos?

A la noche, el Ministro de Chile, que regresa á su país, invítame á comer con él y con el personal de la legación en el "Café de París; comida de confianza. Aprendo, entre otras cosas, que en Chile es cosa corriente y que revela distinción, el que los cónyuges entre sí y aún en la mayor intimidad, en vez de tutearse se hablen de **usted.**

1.° de abril—Los diarios de la mañana se quejan del comportamiento observado por jóvenes argentinos durante la Semana Santa que acaba de pasar, con las señoras y señoritas á las puertas de los templos.

Parece que se desmandaron en palabra y obra; que se permitieron decir palabrotas; que osaron tocarles las espaldas... Y á propósito de estos hechos,—por desgracia comunes en todos los países hispanos, á causa de la "herencia,"—algún periódico pregunta, y con razón, ¿qué opinará un extranjero cuando sepa que el año pasado y por motivo igual,—la licencia de unos cuantos indecentes,— tuvo que formarse una **sociedad protectora de señoras?...**

¡Vaya usted á saber lo que dirá!

6 de abril—Visito el nuevo edificio de las aguas corrientes en la calle de Río Bamba. Un palacio que ya quisieran para substituir su fea Casa Rosada,—léase, Casa de Gobierno. Ocupa una manza-

na y forma un inmueble suntuosísimo, el mejor de la República y con rival ninguno, dado su objeto, ni en Europa, ni en los mismos Estados Unidos. Luce, en sus cuatro fachadas, rejas doradas á fuego, y molduras de mayólica en sus ventanas, sin contar esculturas y relieves de alto precio. Diríase que alberga hadas, y nó, todos esos millones se han derrochado para que el flamante edificio albergue sólo enormes estanques de agua potable...

Es la última locura de la buena época de estos pródigos argentinos.

11 de abril—Terminado el capítulo XV de "Impresiones y Recuerdos," intitulado EN BUENOS AIRES. Lo leo en mi reunión martense de esta noche, delante de argentinos tan argentinos como Rafael Obligado, Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González, Ernesto Quesada, Martín Coronado, etc., porque no quiero que, mañana, las apreciaciones que en él hago resulten excesivas ó equivocadas.

Y el cónclave pleno, me lo aprueba sin observar nada en su contra.

17 de abril—Hoy concluí mi libro, y en el acto mismo tengo un disgusto.

El editor J. Peuser, que tan liberal se mostró cuando la impresión de "APARIENCIAS" y que hasta hace unos cuantos días aguardaba mis "IMPRESIONES Y RECUERDOS," anuentísimo á editarlos, manifiéstaseme algo reacio en la entrevista; me garantiza que perdió el dinero con "APARIENCIAS"... Aquello me contraría lo indecible y aclaro situaciones:

—Lo que quiere decir que no editará Ud. mi libro...

—Nó, no tanto. Déme usted un par de días para reflexionarlo...

¡Qué descorazonado salgo de la tienda, al anochecer!... Es de balde forjarse ilusiones con respecto á España y su familia de Ultramar, en esto de pensar que el arte puede bastarse á sí mismo y sus cultores ir viviendo de lo que el arte produce. En España y en la América Española, más en la América Española que en España ¡parece mentira!, no se medra si no de torero, de comerciante sin escrúpulos, de analfabeta ó de gobernante inmoral.

21 de abril—Peuser ni chista, lo que significa que "nones," que no editará el libro; lo editaré yo por mi cuenta.

Por la noche, al teatro Nacional, en el que María Tubau hace "La Charra" de Ceferino Palencia, su marido.

En el entreacto preséntanme á los dos, en el camarín de ella, muy concurrido de periodistas y gente de letras. El, Palencia, gordo, afeitado totalmente, como un actor, verboso, quejándose de la escasez de público, echando Madrid de menos, pidiendo informes sobre el camino más corto para México. María Tubau, en un crepúsculo de delicada belleza que aún persiste, como en la Patti, á fuerza de cuidado y afeites; con natural señorío en sus modales; fatigada por la pieza; contestándonos á todos con visible fastidio. La charla se generaliza, se arrastra, se vuelve común; se habla de la brusquedad de los acomodadores.

—No ha de ocupar uno á príncipes!—murmura la Tubau.

Y todos aprobamos, pero yo me despido.

Palencia, que en "La Charra" censura con gracejo y donaire lo afrancesado de la aristocracia madrileña, lo afrancesado de los teatros peninsulares, etc., en lugar de decir concurrente asíduo, ó

cosa que lo valga, dice "**habitué,**" y me confiesa que sus hijos tienen una institutriz francesa; la confesión, á voces, riendo de su auto-inconsecuencia. Lo invito á casa, para mis martes.

22 de abril—Una mañana sanguinaria, cruel y salvajemente pintoresca, en los mataderos de la ciudad, á los que, contra mis hábitos y por no perder el espectáculo, llego desde las 8 en punto.

Colosal y horrible! Día á día sacrifícanse más de un millar de vacas y terneras, y qué sé yo cuántos bueyes, carneros, cerdos, etc.; una cifra en proporción. Mares de sangre, cordilleras de carne. La faena es simple y siniestra, ligeramente primitiva.

Después de haber permanecido en un gran corral exterior, á raíz de su desembarco, la víspera en la noche, el día de su ejecución arrean las reses á un corral dentro de los mataderos, al que penetran en tropel, todas temblorosas, tristísimo el mirar casi humano de sus grandes ojos plácidos, lanzando á los aires, á los cielos y á los hombres, mugidos intensos, prolongados, en demanda de socorro ó de perdón, su admirable instinto indicándoles que van á ser sacrificadas... En aquella apretura fantástica de grupas, astas, hocicos húmedos y narices olfateantes, de orejas erectas, de colas que azotan ajenos flancos nerviosos, que silban, por lo alto, á manera de látigo de clown de circo, ó se abaten en ancas vecinas, en próximos morrillos fuertes, míranse los distintos colores de las pieles, las cicatrices de los hierros bárbaros que indican pertenencia, mechas de cerdas bravías y enhiestas, manchones de otro color que resalta, barro de los caminos, briznas de yerba tercamente adheridas á los cueros, que evocan las dehesas, la libertad infiinita de los campos despoblados... y sube, sube un polvo sofocante transmutado en

polvo de oro por la maravillosa alquimia solar; calor animal de sangre que hierve; desvanecido tufo á granja lejana, á establo tibio, á rocío de atardeceres y de auroras....

Cada ganadero posee un corral más pequeño, encima de cuyos tabiques divisorios se coloca, en pie, con el brazo extendido, para ir designando cuál res ha de ser la primera víctima, cuál la segunda, etc.

Un carnicero, abajo, con infalible puntería laza la res designada, y grita:

—¡Déle!!!....

Un chico á caballo, al oír el grito del carnicero, azuza con el rebenque su cabalgadura, que lleva atada al cincho del "recado," la extremidad del lazo. Al sentir el tirón, la res se debate, abre los remos, tropieza, dobla las rodillas, cae, lucha... pero el caballo sigue tirando, tirando,—en ocasiones es una pareja la que tira,—hasta que la res estrella su testuz en el "brete." Así inmovilizada, atónita permanece un instante, más dilatada su nariz ante lo inminente del peligro, más erectas sus orejas... en tanto, el matarife, (matancero, decimos en México,) afila en la chaira su enorme cuchillo, y lo hunde dos ó tres veces en la médula de la bestia indefensa, que, como fulminada, los ojos espantosamente abiertos, se derrumba, aunque, por lo común, la arrastran en medio aún de las convulsiones de su agonía; una agonía de sér fuerte, con coces tremendas, con roncos mugidos sonoros... Sale, en seguida, á una "playa" extensa donde se le echan encima los desolladores, cuatro, cinco, seis por cada animal muerto ó moribundo, armados de cuchillos, desnudos los brazos, descalzos los pies, ó con bota hasta la rodilla, manos, ropas y rostros salpicados de una sangre cálida, que humea, que por los albañales al descubierto y construídos para ella,—porque la exportan luego de desecada (entiendo que en México nos

damos el lujo de desperdiciarla)—corre como un río, con siniestros glú glúes, con espumas escarlatas de hecatombe, y con un caudal no menor de 15,000 kilos....

Es una de entrañas, de cabezas, de cuerpos despedazados, que uno se marea, se le cansa la vista, le entran náuseas; por dondequiera domina el rojo, un rojo vivísimo, palpitante, líquido, sólido, en los suelos, en la atmósfera...... Como todos trabajan á la vez; como todos hunden cuchillos y dan hachazos, se apodera de uno el pánico; el piso, resbaladizo, obliga á buscar apoyos; se quisiera rogar que pararan por un minuto esa tarea de diario exterminio indispensable, para salvarse, para huir del sitio, para escapar de ese aroma estomagante, para no escuchar á los hombres que gritan: "¡Déle!!!..."; para no oir á las reses que mugen al ser asesinadas.

Dura esta faena desde las 3 hasta las 9 de la mañana, igual en verano que en invierno. A las 9 parte un sinnúmero de carros cargados, hacia los mercados y las carnicerías. Los matarifes, han concluído y se marchan tan tranquilos, tintos de sangre, poniéndose sus chaquetas, encendiendo sus cigarrillos. . . Y al verlos que se alejan, así, indiferentes y exterminadores, con sus luengas barbas fluviales,—la barba federal de la época de la "Mazorca,"—pienso en lo que me han contado argentinos serios, pienso en lo que he leído á este respecto, que tales hombres fueron los partidarios más decididos de Rosas, y palpo por qué el tirano se impuso por el terror: idólatras de temple tamaño, que cuentan por millares sus puñaladas certeras, que viven en perpétuo baño de sangre y vísceras, tienen que ser unos sufragantes y unos sostenes horríficos y ciegos.

.... Vi un detalle espeluznante: un pequeño desollador,—12 años á lo más,—abría una vaca, preñada de pocos meses, y le arrancó la placenta,

que allá fué á dar, con feto y todo, al montículo de inmundicias hacinadas; sin curarse de esa vida en germen, antes despreciándola junto á tanta muerte....

.... Por todas partes cuadros, ¡pero qué cuadros!....

Por los fondos del edificio, salimos á la calle. Ya lejos, aún percibíanse los desolados mugidos de las reses encorraladas, las reses en capilla que morirán mañana y que, presintiendo su fin, sin duda, encomiéndanse al azul de los cielos y al sol de otoño que melancólicamente las calienta por vez postrimera. . .

Yo, el resto del día, con malestar físico, nervioso, el espectáculo magullándome mi sensibilidad y mi cerebro.

27 de abril—Cinco días de ansiedad grandísima, el Ministro Sánchez Azcona, mi jefe, muy grave del corazón. Noches en vela, días intranquilos, temiéndose de un momento á otro un desenlace funesto. Ayer, que amaneció hasta poco antes de las 6 una mañana lluviosa y triste, salí á la terraza, después de haber pasado en vela la noche toda, á contemplar el amanecer. Las azoteas se hallaban empapadas, chorreando agua; de una ventana, á lo lejos, sale luz de gas, amarillenta, que se desmaya conforme avanza la otra, la del día, y que acusa la existencia de alguien que trabaja ó de alguien que sufre. . . ¿por qué no de alguien que duerme y que se olvidó de darle vuelta al mechero?. . . .

Invádenme pensamientos tétricos, de madrugadas análogas, de parientes enfermos y amigos muertos; recuerdo que ahora un año, velaba yo el cuerpo de un amigo joven y estimado, Alberto Casal Carranza; y me siento, por la primera vez desde que habito la Argentina, cobarde, algo nostálgico,

con un secreto anhelo de volar rumbo á México y refugiarme en los míos....

A la tarde, visito á Peuser, que me ha mandado una carta por la que resulto su deudor. Excúsase conmigo, no me cobra, sólo me demuestra que ha perdido el dinero con editar APARIENCIAS. No podrá editarme mi libro recién concluído, mi pobre libro que hace diez días bosteza de fastidio, prisionero en un cajón de mi mesa, de no salir por ahí, á asustar críticos impotentes y lectores hipócritas. . . .

Determino imprimirlo por mi cuenta, después, en cuanto el Ministro se mejore y yo pueda consagrarme con calma al nacimiento y exhibición de mi tercer hijo. Qué remedio! imitemos á Zola, á los Goncourt, á Pérez Galdós; démos libro tras libro, que algo queda de ellos, y, al fin, triunfan de editores y de públicos y del mundo entero.

3 de mayo—Decidido á editar mi libro por cuenta propia, hoy entrego los originales, en la imprenta de Coni é Hijos. Danme un buen papel y escojo un lindo tipo elzevirano. Prométenme concluir la impresión para fines de mes y que la obra me costará á razón de $700.00 cada medio millar. Los veinticinco de lujo, en papel de Holanda, los pagaré aparte.

Un librero, Arnoldo Moen, ofréceme su nombre como editor, cobrándome por comisión el veinticinco por ciento; él se encargará de la venta y de la entrega de ejemplares en las demás librerías. Acepto.

7 de mayo—Hoy corrijo las primeras pruebas de "Impresiones y Recuerdos."

8 de mayo—Al retirarme de la legación, rumbo á mi casa, oigo á mis espaldas un grito horrible, en plena calle; vuélvome y veo caer un hombre, víctima de ataque epiléptico. Es de noche; algunos transeuntes no osan acercársele porque sin duda creen que el grupo que formamos el atacado y yo, es el de dos hombres que riñen. Al fin viene la policía, y sigo mi camino, pero el resto de la noche no logro desterrar ese grito que llevo impreso en los oídos.

9 de mayo—Mi "martes," harto concurrido; se habla del próximo estreno del primer "Salón" argentino, en el Ateneo. Schiaffino, que concluyó ya mi retrato al óleo; presentará éste, juntamente con el de Carlos Vega Belgrano, también obra suya.

En el curso de la charla, Joaquín V. González, lanza una observación profundamente cierta.

—"No hay hombre ninguno que de cuando en cuando no sienta la nostalgia del prostíbulo."

10 de mayo—"El Nacional" de esta ciudad, que está publicando una serie de REPORTAZGOS LITERARIOS, me envía esta noche la visita de uno de sus reporteros, pues parece que mi turno es llegado. El reportero es un joven Castellanos, conterráneo de Pérez Galdós.

En palique de dos horas conviértese la **interview** que ha de ver la luz el 15, y lo único que hemos sacado en limpio es que soy un querendón de España y un enamorado de la vida. Castellanos, por añadir algo, afirma que soy asimismo un revolucionario en literatura.

12 de mayo—Al llegar á casa, sorprendo á mi criado en dulces coloquios con una chiquilla des-

arrapada, en las tinieblas de la escalera sin iluminar todavía. Asústanse los dos, y la muchacha cree que su galán es hijo mío; de ahí que me ensarte una colección de disparates:

—"Perdóneme usté, señor, pero la culpa de esto la tiene el niño de usté... yo estoy muy resentida...."

La echo á la calle, y desde la acera, aún repite sin parar, accionando mucho:

—"Yo estoy muy resentida.... pero muy resentida..."

Para reconvenir á mi fámulo, apelo á una cómica seriedad ¿qué diablos voy á reprochar á un mocetón de dieciocho años, que disfruta de su juventud en donde puede?... Póngome muy serio, cual tutor de sainete, y él ofréceme que no se repetirá el amatorio suceso

No es el desliz de estos "golfos" lo que me ha interesado, nó; lo que ha llamado mi atención es que se delataran ellos mismos. Si me alegan parentesco ó alegan inocencia, los creo á pies juntillas ¡tan ajeno andaba yo de la verdad, por mucho que la tuviese en las narices! Y pienso en que ese riesgo corremos todos en una sorpresa, cuando la conciencia no se halla exenta de culpa: cantar de plano, olvidados de que aún habría manera de salvarse.

14 de mayo—¡Ah, la distancia!... Los periódicos que hoy vienen de México impónenme de que el 1o. de marzo último murió allá Eduardo Iglesias, un primo hermano mío, de 32 ó 33 años.... En mi memoria surgen nuestros juegos de niños, en los inmensos patios de la Aduana, colmados de tercios de mercaderías; la Aduana,—de la que el padre de Eduardo era administrador cuando nuestra infancia —con su fisonomía conventual, con su guardia de "inválidos" en los dos zaguanes.

Resueltamente, vuélvome viejo, comienzan á marcharse los compañeros de niñez; los predilectos; comienza el paulatino abandono incontrastable. A cada viaje mío, dejo de ver para siempre muchos rostros caros... La memoria dió principio á su tristísima función de cementerio.

15 de mayo—De veras paso un buen rato con el gustazo que proporciono á mi criado dándole un billete para la función de esta noche en el teatro Nacional; los ojos se le encandilan y todo turbado confiésame que "nunca ha ido á teatro ninguno, que ignora lo que deberá de hacer." Lo alecciono y lo despacho; oigo que se desbarranca escaleras abajo, contentísimo; luego, siéntome á corregir pruebas de mi libro, que va á paso de carga.

17 de mayo—**Vernissage** en el "Salón" del Ateneo, ó como si dijéramos, primera representación de pieza nueva; y mi América, que es una ignorante de ese refinamiento europeo de las **prémieres**, medio conocidas en lecturas, menos ha de saber la significación y alcance de un **vernissage**. Fuera de una docena de individuos, aquí en Buenos Aires nadie va á digerir hoy por hoy el recién importado vocablo; pruébalo el silencio del público frente á la enormidad con que se da comienzo al suceso: se efectuará de noche! ¿En qué país se ha visto, ni puede verse, que los **vernissages** se lleven á cabo por la noche? ¿cómo va uno á imaginar que los artistas barnizarán sus cuadros (que es la ficción de la fiesta), á la luz de los mecheros de gas? Eduardo Sívori, el pintor, halla justa mi censura cuando se la comunico.

Con él y con Eduardo Schiaffino como en un restaurante italiano de la calle de la Defensa, intitulado "La Sonámbula;" un buen **pranzo**, pero despacha-

do á las volandas, nerviosísimos los dos pintores: Schiaffino por ser el presidente de la sección de Bellas Artes, ó del Jurado Calificador para la admisión de cuadros, y Sívori, por los recuerdos de sus **vernissages** en el "Salón" de París.

Tornamos al Ateneo, cuando aún no ha llegado nadie; á poco, preséntase Carlos Vega Belgrano,—padre y alma del Ateneo, en el que lleva gastado un dineral con desprendimiento á la Médicis, por quien esencialmente subsiste la incipiente asociación,—nos saluda, y todos, mozos y nosotros encendemos las luces de las dos salas.

Luego, el público, escaso, algunas señoras. El Presidente de la República, el Vicepresidente y los Ministros no asisten ni envían la más pequeña excusa ¿qué mejor biografía?....

Entre los cuadros expuestos por Schiaffino, descuellan el retrato de Vega Belgrano y el retrato mío.

Después de la media noche, la fiesta ya concluída, nos encaminamos los íntimos á la Cervecería Alemana, donde Sívori, al saber que me hallo en vísperas de abandonar la Argentina, ofréceme de recuerdo un cuadro suyo.

23 de mayo—5 grados centígrado. Enciendo mi chimenea por primera vez en este invierno, y la reunión,—es martes,—se realiza junto al fuego; canapé, sillones y sillas amontonados frente á las brasas.

7 de junio.—Esta tarde me fugo por unos instantes de la legación, en la que estoy instalado desde el 5 á consecuencia de la gravedad de mi jefe, para recibir en la imprenta los primeros ejemplares de mi libro "Impresiones y Recuerdos," aparecido hoy. Y que no sé vencerme. . . el volumen que exami-

no y disimuladamente acaricio, oliente á libro nuevo, me produce la misma dulcísima emoción que me produjo "Del Natural," allá en Guatemala, y que "Apariencias" me proporcionó hace un año aquí...

Tipográficamente, "Impresiones y Recuerdos" no deja nada que desear, no lo harían mejor en París.

10 de junio—Después de almorzar, al Ministerio de Relaciones Exteriores donde el nuevo Ministro recibe por la primera vez al Cuerpo diplomático. El Ministro es Miguel Cané, buen literato argentino, autor de dos obras muy leídas: "En viaje" y "Juvenilia." Muéstraseme muy benévolo, lamenta el que dentro de poco nos retire el Gobierno de México, asegúrame que en cierta ocasión estuvo á punto de visitar mi tierra como plenipotenciario de la suya, á raíz de su permanencia en Colombia.

—¿Y sabe usted por qué no llegué á ir?

—¿ ?

—Pues porque necesitaba hacerme ropa en Europa, la de Colombia es imposible, y en Europa me dió alcance mi nombramiento para Alemania.

Borra en seguida su sátira hablándome con positivo cariño de Colombia y de Venezuela; guarda de entrambas los más gratos recuerdos.

11 de junio—Enséñanme, en la calle, una curiosidad bonaerense. Es una vieja, muy vieja y muy rica; ignorante de los años y de las casas que posee; sin parientes ni amigos, pero con una salud de hierro y un vicio que la esclaviza: prendarse de cuanto mozo de cuerda—"changador" en habla de acá,—carrero ó masculino fuerte y basto encuentra á su paso. Les hace la corte, corte bestial, con liberales presentes en dinero é insaciables exigencias de ninfomaniaca, hasta que ellos ceden por amor de las monedas, y aunque con ascos y repugnancias,

la complacen toda una tarde, en algún casuco lejano y solitario.

Es horrible la tal, va enlutada, y durante unos minutos la observo á mi sabor, dentro del tranvía. Hay en su rostro algo de simiesco.

12 de junio—Eduardo López Bago, el novelista ibero propietario y director del incisivo semanario ilustrado "La Caricatura," preséntaseme á darme su enhorabuena á propósito de mi libro, que acaba de leer. Pídeme en seguida mi fotografía para reproducirla en su semanario; y tantas mercedes alármanme, sin que tenga razón sólida en qué apoyar tal alarma.

13 de junio—El diario vespertino "Tribuna" me propina en su número de hoy una dura lección inolvidable, censurando que en el prólogo-dedicatoria de mis "Impresiones y Recuerdos," se me haya escapado grave disparate. Y lo peor es que el crítico, sea quien fuere, tiene razón, cuando dice: ". . . . . . siendo lástima que en la dedicatoria, en la "primera página del libro, se encuentre un error "inconcebible é imperdonable en un académico. Allá "riñen á mano armada un **tú** y un **ustedes** pugnan-"do por arrojarse mútuamente de aquel lugar, y con "sobrada razón, porque huelga el primero ó huelga "el segundo...."

Al pronto,—soy tan humano como el que más,—me duele la censura, me duele porque es justísima, porque de nada me sirve alegarme que en la América goda no hay quien trate á sus hermanos de "vosotros," porque se me figura que el crítico lo que ha querido es procurarme este mal rato y esta bilis. . . .

... pero luego, la reflexión se impone; pequé v pequé garrafalménte, sin nada que pueda absolver-

me, pues podremos tratar á nuestros hermanos como mejor nos plazca, pero los inmutables tiempos del verbo, son, para el plural: "nosotros, VOSOTROS y ellos." No está bien, pues, que un escritor profesional, cual yo me pico de serlo, incurra en yerros tamaños ¿qué se deja para los no-profesionales?.... Nuestro deber ineludible es, ó debiera ser, depurar el habla de nuestros cortijos respectivos y acercarla lo más que individualmente podamos al nivel de la castiza de los escritores iberos contemporáneos, (dos, tres y vuela...) dignos del nombre de maestros. Sólo estamos obligados á no sacrificar ésos y otros idiotismos que imprimen tanto carácter regional, cuando copiemos el hablar de nuestros personajes, mas nunca cuando nosotros mismos hablemos ó escribamos.

17 de junio—Peor mi jefe, cada día peor, con riesgos de morir de un momento á otro... Hasta el médico desespera...

De tanto contemplar la amante abnegación con que lo atiende su esposa, llego á concluir que en el fondo de toda mujer buena existe una hermana de la caridad. . . .

Y para mí, la Hermana de la Caridad ha sido, después de mi madre, la santidad hecha mujer y la mujer más respetable.

Dentro de pocos días me han de llevar á ver un tísico en su último período, y desde antenoche leo al acostarme un tratado sobre tuberculosis pulmonar; son preparativos para mi libro próximo.

¿Con qué dinero nos indemnizará el público, este desgaste de nuestra sensibilidad?... Pues con un par de duros, cuando bien nos vaya.

19 de junio—Cumplió López Bago su ofrecimiento, y, á pesar de lo mucho malo que me habían dicho por su cuenta, no sólo nada me ha sacado, sino que hasta los varios ejemplares que mandé á pedirle, me los ha enviado gratis.

Leopoldo Díaz,—que por cierto me dedicó una composición bellísima en el último número de la "Ilustración Sud-Americana,"—viene á avisarme que en "El Argentino" de esta tarde me arriman una señora paliza por causa de mis "Impresiones y Recuerdos."

21 de junio—Todavía en la cama, al entrarme el té, entra el número de "El Argentino" de ayer. Medio incorporado sobre las almohadas, en el tibio calor de las sábanas,—afírmame mi criado que hoy hace mucho frío,—me echo al coleto dos columnas de improperios y de insolencias que me dispara un señor "L. R. F.," so pretexto de juzgar mi libro. Es el juicio tan virulento y tan intemperante, que se me figura tomar, en vez del acostumbrado baño de agua fresca y pura que tomo todas las mañanas, un baño de aguas inmundas que un portero torpe me propinara al verter su balde en la mitad del arroyo....

Esta crítica sí que me subleva, á diferencia de la de días atrás que me humilló; esta otra, nó; esta otra es crítica de mercado, de persona ordinaria que únicamente enseña lo que el prudente Alonso Quijano tanto recomendó al futuro gobernador de Barataria que no enseñara:—"La hilaza de que los tales están formados...."

Ello no obstante, qué amargo dejo se me viene á la boca! cuánto desaliento! qué ganas de desquitarme, de golpear á mi vez!.... Indudablemente, un caballo de la calle es harto más irresponsable que un crítico anónimo, y, sin embargo, sus cascos

pueden herirnos, y hacernos guardar cama, y obligarnos á derramar llanto, en la sombra....

Para distraerme y cual justa compensación, salgo á vagar y á comprarle un collar nuevo á mi perro "Gaucho," que ya lo há menester y que es acreedor á ésta y otra porción de atenciones, más que un milloncejo de personas que yo me sé...

Hay días aciagos. A mi regreso á la legación me entregan correspondencia oficial de México.

—Vaya,—me digo, mientras rasgo las cubiertas,—aquí ha de venir mi nombramiento para otra residencia, supuesta la supresión de la legación en la Argentina.

En lugar del nombramiento, lo que arriba es mi patente de cesantía; el Gobierno me da las gracias por mis servicios hasta esta fecha, me anuncia el envío de mis viáticos de retorno, y me "**reitera su atenta consideración**...."

Es formidable el derrumbamiento... ¡qué le vamos á hacer, ni qué podría yo hacerle!... Acuéstome sin sueño, mirando, en las sombras, una porción de visiones ingratas: la vuelta á la lucha, habrá que volver á andar lo andado ¡ay! con tantísimo trabajo, con esperanza tantísima... miro mi humilde labor literaria, interrumpida, mancada quizás. . . y los renglones irónicos de la despiadada fórmula ministerial llénanme de espanto, se apagan y se iluminan, como relámpagos, en la tiniebla de mi estancia muda:

—"... el Señor Presidente dispone que **cese usted** en ese empleo y que **se le den las debidas gracias** por los buenos servicios...."

Y como me siento inocente, de veras, sin la mínima responsabilidad ni culpa, tengo que sofocar las protestas que se me suben á los labios, y á los ojos, abusando de que mi cuarto está á obscuras...

22 de junio—"La Ilustración Sud-Americana" salida hoy, préstame, sin saberlo, muy señalado servicio, reproduciendo con un puñado de alabanzas uno de los capítulos de "Impresiones y Recuerdos."

24 de junio—Algo por hacer: una novela intensa, filosófica, interesantísima. La historia de una familia enriquecida cuando nuestras famosas leyes republicanas de **"desamortización y nacionalización de bienes eclesiásticos."** Viéneme la idea por lo que me narran acerca de una de nuestras más encumbradas familias de hoy, en México, cuyo ancestre legó millones á sus herederos, á fuerza de denuncios de bienes "de manos muertas." Y yo conozco á casi todos los herederos, de los cuales, tres varones y dos hembras nada menos, se han incorporado ya á nuestra aristocracia.

25 de junio—Francisco P. . ., viene por la noche á buscarme en la legación para llevarme á que conozca á su hijo recién nacido; hijo ilegítimo, que hubo en su querida, y al que están por enviar al campo, á la casa de la nodriza que le hallen, á fin de que la madre pueda negar el alumbramiento.

Mientras dura nuestra caminata, mientras el coche de alquiler que nos conduce corta con trabajos la espesa niebla de las calles que enturbia la luz de los faroles como para cometer alguna mala acción, Pancho y yo hablamos apenas, preocupados en el asunto que nos reúne,—aunque cada cual preocupado á su manera.

Después de mucho caminar, llegamos al fin; llama Pancho, en el acto abren, y penetramos en una casita de escasos muebles, con un "cardenal," en la sala, dentro de su jaula, que se despierta azorado y aletea en su cárcel. Hay, además, cortinas azules, en las ventanas; un canapé y dos butacas cubiertas con

fundas blancas...., Una sirvienta, agraciada, en pie junto á una consola, casi tan azorada como el "cardenal," nos contempla y determina.... Nada que imprima carácter, nada firme en seres y cosas; todo frío y transitorio, cual siempre resultan los nidos irregulares, mezcla de cuartos de cómicos y de cuartos en los que acabara de registrarse alguna catástrofe.

Pasamos al dormitorio; una cama matrimonial, á los medios, y dentro de ésta, la madre y el recién nacido; amparada en la penumbra, la nodriza, que llegó de su pueblo no hace una hora. Nos sirven té. Pancho háceme ver á su hijo, con mucho de melancolía envolviendo las palabras en broma con que la presentación se lleva á cabo.

Yo he quedado en ser el padrino de la criatura, pero bajo nombre supuesto; y tamaña falsedad, y lo que estoy presenciando me acongojan el espíritu; traénme ráfagas de moral olvidada,—la que de chiquillos nos inculcan y no se pierde del todo, por fuertes que sean nuestras borrascas internas y posteriores. Hasta me acometen anhelos de casarme, de tener hijos y hogar y dicha, si es que ésta se alcanza con el hogar y con los hijos. Por dos ó tres ocasiones, asáltame la tentación de volverme sacerdote, sí, señor, sacerdote! y me alarmo de veras, como si me palpara en las lides del desequilibrio cerebral....

26 de junio—Un mexicano, Alberto Palacios, después de una teatral odisea por Centro y Suramérica, ha venido á recalar en Buenos Aires con la compañía de zarzuela del barítono Palou,—que mucho trabajó en México al lado de Isidoro Pastor,—en bancarrota últimamente. Nárrame Palacios su calvario con no poco gracejo y con muchedumbre de giros y locuciones genuinamente mexicanas, de la ciudad de México, con la tonada peculiar de la gen-

te de mi tierra; me ruega que conmigo lo lleve, aunque sea de criado, en mi próximo y probable viaje.

Lo único que le prometo es su repatriación, y el pobre, mal me da las gracias por causa de las lágrimas que pugnan por salírsele de los ojos.

En mis supersticiones de artista, siempre he creído que las gratitudes así, como ésta, las que de casualidad nacen, son las que nos traen buena sombra.

A pesar de mi situación de ánimo, esta noche he concluído la primera hoja manuscripta de mi novela en preparación "Suprema Ley."

28 de junio.—Muy triste mi "martes," sólo tres contertulios, porque en el teatro de Onrubia, efectúase hoy la 4a. representación del drama de Martín Coronado, **"Cortar por lo más delgado,"** y los productos los cederá la empresa al mismo Coronado. Y todos nosotros, los del grupo, quisimos concurrir; los amigos están allá, aplaudiendo; yo, nó, porque no debo ausentarme de mi pobre jefe Sánchez Azcona, que pelea con la muerte todos los instantes que trabajosa y dolorosamente va viviendo.....

30 de junio—Hoy debía de haber sido en el Ministerio de Relaciones Exteriores de aquí, la recepción del Cuerpo diplomático por el nuevo Ministro, sucesor de Cané y el 5o. ó 6o. de la serie que en menos de seis meses ha poseído unos cuantos segundos aquella cartera. A las 2 de la tarde, un correo de á caballo reparte contra-orden: el Ministro no podrá recibirnos... sin duda está por dimitir!....

¡Pobre Argentina! Aflige verla presa de su ad-

ministración actual; el que no es un negado, como...., es un pillo, como....

No hay quien no hable, pero cual si de necesidad apremiante se tratara, de un movimiento revolucionario; y es lo cierto que razón sóbrales: el oro, por las nubes, al 349 por ciento; las quiebras, á la orden del día, y aún de la noche; hay mucha miseria y no menos desconfianza; esto se desquicia y la revolución se impone.

Con expresiva tarjeta recibo el prometido obsequio del pintor argentino Eduardo Sívori. Es una cabeza interesante, de mujer moderna, muy desvanecido el pelo, la mirada, baja, invisible casi, y á pesar de ello, elocuente. A la izquierda del cuadro, en un ángulo y con clarísimos caracteres, destácase el certificado de la artística donación:

—"A mi amigo Gamboa, E. Sívori."

A partir de esta fecha y hasta nueva disposición, entro en ejercicio de mi individual soberanía: hoy ceso en las funciones de mi empleo.

2 de julio—Ricardo S. Pereira, el escritor colombiano que bajo el pseudónimo de "F. Mérides" tanto ha colaborado en diversos periódicos de Hispano-América (entre ellos, el "Monitor Republicano," de México); el que guarda cuidadosamente en su archivo una carta autógrafa del marqués de Molins plagada de garrafales yerros de ortografía, y unos versos plagados de ripios, de don Rafael Núñez, de Colombia; el que tiene en preparación una "Fe de Erratas" de la gramática de la Real Academia Española, y una tercera parte del "Don Quijote de la Mancha," en la que se supone que el hidalgo y su escudero, resucitados un buen día, de nuevo lánzan-

se á recorrer este pícaro mundo y pasan las de Caín, desengaños é ingeniosísimas aventuras á causa de nuestra complicada existencia contemporánea, Ricardo S. Pereira, digo, preséntaseme esta tarde á felicitarme, de buena fe, por el aparecimiento de mis "Impresiones y Recuerdos," libro que califica de "calaverada" y que estima casi tan franco como las afamadas "Confesiones" de J. J. Rousseau.

—Es posible,—termina,—que "Impresiones y Recuerdos" le cierren las puertas de los ascensos diplomáticos, pero, de fijo, le abren de par en par las de la literatura. ¿Cuáles prefiere Ud. tener abiertas?....

Y se escandaliza de que, sin vacilar, le responda que prefiero tener abiertas las de la literatura.

Pero ello así es, en Dios y en mi ánima!

Maldita vida en el extranjero, cada día háceseme más odiosa. T. M., mexicano refugiado en esta Argentina desde unos dos lustros atrás, manda excusarse á la legación por que no vendrá hoy, según costumbre, á comer con nosotros; se encuentra enfermo. Voy á verlo y lo hallo muy mal, encamado, con una "influenza" que no me gusta.

Aunque nada me dice, conózcole su tristeza de verse solo, á su edad y en tierra extraña, cuando tanto habría menester en circunstancias como las que atraviesa, de calor de hogar y de un poquito de cariño.

4 de julio—El Ministro Sánchez Azcona, con ligerísima mejoría; en cambio, T. M., parece que lo que tiene es pulmonía, esta noche hánle recetado un cáustico que mañana habrá que aplicarle.

Paso en mi casa tres horas,—es martes,—y Rafael Obligado, al enterarse de los peligros é inconvenientes que, por largas, entre otras cosas,

presentan las dos navegaciones á que habremos de sujetarnos queramos ó no para regresar á México con don Juan Sánchez Azcona: de aquí á Europa y de Europa á Veracruz, á Rafael Obligado, digo, viénele una idea levantada y noble: que el Gobierno argentino ponga á la disposición de nuestro Ministro—el primer enviado diplomático de México—su nueva nave de guerra "NUEVE DE JULIO," para que se lo lleve en viaje rápido desde Buenos Aires hasta Veracruz....

—Es perfectamente natural,—añade entusiasmadísimo,—si tu jefe es el primero de los ministros que México envió nunca á la Argentina, y en la Argentina ha enfermado de muerte, ya que no podemos devolverle la salud, enfermo como está, moribundo que estuviera, se lo devolvemos á México sin que deje de hallarse ni un momento, hasta el del desembarco en su país, en tierra argentina; que tierra argentina son las planchas y maderas de nuestros buques guerreros... ¿qué opinas?

A todos nos ha contagiado Rafael de entusiasmo; sería, de veras, delicadísima ofrenda, pero ¿qué caso habrá de dar el Gobierno de acá á idea semejante, si está tambaleando?...

6 de julio—A la tarde voy á despedirme del Ministro argentino Zeballos, que parte para Wáshington y México en misión especial. No está en casa; su familia, sí, muy rodeada de visitas femeninas. De éstas, una señora pregúntame formalmente si en México no corre uno riesgo con los Pieles-Rojas (!), y si es cierto que de México á Caracas se hace el viaje en una semana(¡)...Y no me privé!

¿Cómo admirarnos, luego, de que los europeos y los yanquis nos ignoren, si entre nosotros mismos no sabemos quiénes somos?

Parece que la situación política en la Argentina se ha salvado hoy con el nuevo gabinete. Salvación y gabinete salvador deberíase á don Aristóbulo del Valle, orador notabilísimo y patriota de veras.

8 de julio—Sánchez Azcona, con una aparente mejoría, en una de sus tantas alternativas. T. M., salvado, enteramente fuera de riesgo. En la noche, que visito á este último durante dos horas, cautívame con su charla favorita: nuestra guerra contra los franceses, en la que él desempeñó el activo papel de ayudante del General González Ortega, y de la que puede afirmarse que vive saturado.

Asegúrame que conforme pasan los años, ve con mayor claridad acaecimientos y personas, y aún puntualiza pequeñeces que suponía olvidadas. Yo, lo interrogo, lo interrogo, hasta que él no se posesiona de lo que me narra y de nuevo vive aquella época de tan amarga y útil enseñanza para nosotros; época que todos los escritores mexicanos debiéramos tratar, siquiera de paso, en cada uno de nuestros libros, y pintarla en junto, en su grandiosidad de epopeya ignorada, algún día, en alguna obra grande.

Cuéntame M., entre otras cosas,—con su voz solemne de convaleciente de enfermedad grave,—varias de las intrigas con que, según M. (y otros que no son M.), estorbaron á González Ortega, Vicepresidente de la República entonces, el que tomara posesión de la presidencia, cual por ley correspondíale; el Gobierno lo envió en comisión á los Estados Unidos, y cuando llegó el tiempo en que había que entregarle el supremo cargo, pusiéronle una nota en la que campeaba, como principal argumento, esta falsedad calumniosa:

—"Supuesta la voluntaria expatriación de usted, etc..."

Y no fué Presidente, y la ley fué conculcada.

9 de julio—Por el correo de México nos llega un ejemplar del cuaderno escrito bajo el título de **"México"**, por una señora yanqui, Marie Robinson Wright. Diez hojas impresas y diez de fototipías, en magnífico papel satinado. En el frontispicio aparecen los retratos del Presidente actual don Porfirio Díaz y de su esposa; luego, el del mismo Presidente y los de su seis Secretarios de Estado, y por cima de ellos, nuestra águila nacional en vecindades de paloma enamorada con el águila de los Estados Unidos. En las fototipías siguientes, imperdonables yerros, erratas grotescas: el monumento á Cuauhtémoc se lo dedica á "Cuitlahuac;" nuestra calle del Cinco de Mayo, resultó "Cineo de Mayo Street;" y á Morelos, á nuestro altísimo Morelos, lo italianiza bárbaramente, lo escribe "Morellos"...

El texto, escrito en inglés, ilegible, con imperdonables ignorancias.

La persona que desde México nos remitió el cuaderno, cuéntanos en su carta, que la autora de trabajo semejante, se ganó con él la suma de. . . . $30.000.00. ¿Será cierto?....

11 de julio—Quédome media noche en casa, porque hoy, después de un año y dos meses, clausuro mis "martes".

Casi ninguno de los contertulios de costumbre ha faltado á esta sesión de despedida; están Carlos Vega Belgrano, Rafael Obligado, Joaquín V. González, Eduardo Schiaffino, Martín Coronado, Eduardo Ezcurra, Ernesto Quesada, Juan J. García Velloso, y alguno más.

Observo ufanísimo, que todos parecen algo apesarados porque se concluyan estas reuniones semanarias, y sólo me lo explico atendiendo á la circunstancia,--bien atendible para esta clase de reuniones,—de que era mi casa terreno neutral y amigo, y, lo

que no sobraba para que dentro de ella respiráras se aire de libertad y de independencia, casa de un literato célibe y extranjero por añadidura, con una ventaja: ser extranjero oriundo de país distantísimo, vale decir, de país que nunca podrá ser enemigo ni rival de éste porque nada se disputarán, ni un peso ajeno, ni un grano propio, ni un inmigrante útil; y los países, al igual de los individuos, cuando no tienen razón para odiarse,—que es el primer movimiento del corazón humano, aislado ó en colectividades, —se aman. De ahí que en las modestas reuniones de mi casa, todo el mundo opinara acerca de todos los tópicos imaginables de arte, literatura, religión, filosofía, historia, política, etc., etc., cuanto le dió la gana, y del modo y con las palabras que más fueron de su preferencia y agrado.

Ezcurra anúnciame tener escrito ya un juicio crítico sobre "Impresiones y Recuerdos", que uno de estos días saldrá en "El Diario" de la tarde, donde él es ahora segundo redactor en jefe. Obligado declara que me dirigirá una "carta abierta" tocante al mismo punto, en "La Prensa"; y García Velloso dice que ha visto la primera mitad de un artículo también respecto de mi libro, escrito por el literato madrileño Atienza y Medrano.

Uno de los amigos arriba enumerados, comunícame encareciendo reserva, que hace pocas noches, en el Ateneo, en corrillo presidido por O. L., que llegó á la iracundia, se destrozaron los tales "Impresiones y Recuerdos," llamándolos, amén de otros nombres, "egoístas"....

¡Hombre!—digo yo,—¿y qué otro carácter puede ostentar un libro autobiográfico?...¡Vaya un descubrimiento!

Mi informante continúa y agrega que Calixto Oyuela, cuando se patentizaban mis defectos é imperfecciones, aseguró que provenían de que yo, indudablemente, no había leído á Homero....

Palpo, para mis adentros, esta verdad como un puño:

—En arte, existen temperamentos enemigos.

16 de julio—Sánchez Azcona, todos los días muy mal; anoche, sobre todo, ha estado á punto de morir. No me he acostado hasta después de las 7 de esta mañana que vino el médico y lo tranquilizó un poco. Registré un detalle conmovedor: en medio del ansia que lo mataba, en tanto su esposa, apartada, lloraba en silencio en un sillón,—la estancia iluminada tristemente por la estufa de gas,—le apliqué una inyección de éter, prescripta por el médico; y al inclinarme para inyectarlo, el Ministro, bajando la voz á fin de que la señora no lo sintiera, me dijo casi al oído:

—"Gamboa, le recomiendo á usted esta criatura!..."

¡Cuánta delicadeza y cuánta ternura en esas palabras apenas formuladas!

17 de julio—En "La Prensa" de hoy me ha dirigido Rafael Obligado la carta abierta que á propósito de mis "Impresiones y Recuerdos," teníame prometida. Cariño aparte, es la tal un alto documento literario que quiero figure entre estas páginas mías, por venir de quien viene: uno de los primeros literatos indiscutibles de Hispano-América; y por decir lo que dice: un puñado de verdades y de estímulos necesarios para los que vivimos la amarga vida de las letras. Imposibilitado de ir en persona á abrazarlo, limítome por el momento á enviarle una tarjeta que escribo bajo la primera impresión y en la que salta mi gratitud á cada una de sus líneas.

"El Nacional" de esta tarde reproduce algunos

conceptos de la carta de Obligado, en los que censura á los críticos infalibles y sectarios.

He aquí la carta:

"Buenos Aires: 12 de julio de 1893.

"Señor Federico Gamboa.

"Mi querido Federico: En nítida impresión, co-"mo que es de Coni, he recibido el ejemplar de Ho-"landa numerado por tu mano, de tus IMPRESIO-"NES Y RECUERDOS."

"Bienvenido sea á mi biblioteca, y una vez leí-"do y saboreado, pase á hacer fraternal compañía "á APARIENCIAS, esa hija tuya que la crítica en-"contró pecaminosa y bella. Por lo bella le tengo "perdonadas tiempo há sus liviandades, aunque la "hubiera querido más mexicana, más tuya, menos "de allende y más de aquende. Tú me entiendes.

"Como DEL NATURAL y APARIENCIAS, IM-"PRESIONES Y RECUERDOS prueba, por lo reite-"rado del caso, que tu naturalismo ó sincerismo, "no importa el calificativo, arranca de muy aden-"tro, de lo más entrañable del escritor, de su per-"sonalidad misma. Reconocida la honradez de la "tendencia, no hay para qué detenerse en recrimi-"naciones de escuela, aunque, como en el presente "caso, esa escuela no me sea simpática.

"En toda obra de arte, si algo debe respetar la "crítica, es precisamente la vía por la que cada uno "se promete llegar á la belleza. ¿Llegó á ella ó "nó? Si llegó, el aplauso; si no, la censura. Preten-"der enseñar el camino á un autor de talento, tro-"car su idiosincracia por aquella que nos es pro-"pia, además de tarea inútil, es vanidoso empeño.

"Críticos hay que no contentos con señalar el "sendero por donde el autor debe marchar con "paso manso y obediente, so pena de sus iras, se "avanzan á censurar el asunto tratado, porque se "les ocurre que mejor hubiera sido el que ellos tie-"nen la confianza de indicar.

"Así en los corrillos, he oído criticar el asunto de "tu libro. "¿Cómo, exclaman, este hombre joven, "este escritor de ayer, pretende interesarnos con "su biografía?" Los que tal extrañeza manifiestan, "olvidan que una autobiografía, cuando es sincera, "es el estudio de un **caso** humano, lo mismo exac-"tamente que cualquier romance, y aún más inte-"resante por ser hecho en carne viva.

"¿Qué importa al arte, qué al interés dramático, "qué á la verdad y á la belleza que el protagonis-"ta se llame ó nó Federico Gamboa? Lo que en este "caso importa, es el hombre en sí mismo, el estu-"dio de sus pasiones, su manera de ver y sentir "cuanto le rodea. Si el **caso** no interesa, peor para "el autor y para el **caso**, pero nada más. Si la obra "se salva, no deberá su salvación ni á su género ni "á su escuela: la deberá á la hermosura,—única "fuente de vida donde quisiéramos tirios y troya-"nos bañar nuestras obras.

"Como me siento incapaz para la crítica y detesto "escribir en prosa por cuanto me sale arrastrada y "difícil, no la haré de IMPRESIONES Y RECUER-"DOS, sino á la ligera, como impresión y nó como "estudio.

"Desde luego el punto más discutible de tu libro "es el **eterno femenino**, donde algunos lo encuen-"tran pornográfico hasta el punto de pedir su reti-"ro de las librerías, por escandaloso y malsano. En-"golfado yo en la audición de LA ULTIMA ARMO-"NIA; sintiendo por no sé qué arte de sugestión que "las lágrimas de tu deliciosa prima me contagiaban "los ojos; todo embebido en LA CONQUISTA DE "NUEVA YORK, donde con tus condiscípulos y con "el corazón lleno de gratitud para tu patria, he gri-"tado "¡viva México! ¡viva la República hermana!"; "siguiéndote con ciertas reminiscencias á través del "idilio en que **también el corazón aprende á leer**, y "de tus correrías de novel periodista y autor dra-"mático en que has pintado de mano maestra las

"primeras ansias literarias; engolfado, repito, en "tales cosas y en otras no menos interesantes que "en el libro abundan, no había prestado atención "á tus damiselas, nacidas todas en París, aunque "no todas sean francesas; acertijo que no quiero "explicar para evitarme discusiones inútiles.

"Salta á la vista que pones empeño en aparecer "hombre de mundo, tenorio retirado sin mayores "aventuras ni estocada alguna. ¿Es esto sincero? "Lo es ciertamente, porque tu obra es honrada de "la primera á la última página; pero, en mi sentir, "en tal prurito hay influencias exóticas, virus in- "oculado, microbios de **allende** y una cierta dosis "de naturalismo infantil.

"Sin duda porque me he criado oyendo hablar de "la "Joven América," esas lepras y máculas me "chocan y repugnan en la que tan altamente llamó "Quintana VIRGEN DEL MUNDO. Con todo, no te "hago un cargo por ello, puesto que he comenzado "esta carta abogando por la libertad artística, res- "petando todos los caminos... hasta los torcidos, "ó que á mí me parecen tales. Por otra parte, "no participo del rigor nimio aunque explicable en "un sacerdote, que llevó á tu compatriota y mi "amigo el obispo Montes de Oca, á cercenar los bu- "cólicos griegos, á omitir el OARYSTIS y otros "idilios, y á suprimir, en Bion, el último beso de "Venus á Adonis; ni tampoco DAFNIS Y CLOE, "ni Suetonio, ni Bocacio, ni el mismísimo Zola han "llegado á escandalizarme, aunque sí, algunas ve- "ces, á aburrirme. Bástame que el vivo rayo del ta- "lento ilumine y bañe ciertas desnudeces, para que "las encuentre vestidas de hermosura,—como diría "Fray Luis,—traje el más casto y resplandeciente "que estilaron Venus y Apolo, y aun Ruth y Su- "lamita.

"Esa dulce pasta que llaman carne los teólogos, "al decir de Juan María Gutiérrez, tibia y sonrosa- "da, bien merece que un joven como tú se resbale

"un poquito...Pero ¿te has detenido donde el de-
"coro termina y asoma la licencia? Como soy inca-
"paz para la crítica, no acierto con la respuesta.

"En cuanto á la factura ó forma externa de tu "libro, sin meterme á tachar menudencias gramati-"cales á un colega en la Academia (puesta de oro "y azul con donosa travesura en IMPRESIONES Y "RECUERDOS), no tengo más que aplausos para "la obra del artista, para muchos de esos párrafos "que semejan estrofas de alas abiertas y gallardo "vuelo. Además, justo es decirlo, el libro se impone "por una cualidad inestimable para hacer obra de "arte con la palabra escrita: el pincel, rico en co-"lores, ágil en las líneas, armónico en las propor-"ciones y honrado siempre, es decir, verdadero, ó "empeñoso en dar con la verdad, lo consiga ó nó, "pudiéndose afirmar que la desentraña con frecuen-"cia.

"Lejos está de mi ánimo, como antes he dicho, "emprender un estudio crítico en este acuse de re-"cibo de IMPRESIONES Y RECUERDOS, y si he "conversado un momento contigo acerca de la obra, "ha sido por retardar un tanto y no decirte de im-"proviso lo que me ordena la conciencia y me está "saltando de la pluma.

"Pues bien, como argentino, no acepto, no puedo "aceptar aunque mucho lo agradezca, el sitio espe-"cial en que tu afecto me coloca al hablar de los "escritores de mi patria. Creo que no te has dado "cuenta de nuestro medio intelectual, ó que una "amistad profunda, extraviando tu criterio, te ha "hecho conceder á un poeta más atención que la "que el poeta se merece, con menoscabo de su país "y de quienes valen más que él.

"Quiero conceder por un momento, que Rafael "Obligado sea el poeta que algunos dicen; quiero "también tener en cuenta, como circunstancia ate-"nuante, que en México es un amigo íntimo, que se "reproducen sus versos hasta en los Estados más

"remotos, como lo afirmas y me consta que es cier-
"to; pero así y todo, un poeta, sea quien fuere, no
"resume, no puede resumir la personalidad múl-
"tiple de las naciones modernas. Tú no has di-
"cho tal cosa, pero se desprende lógicamente de la
"atención que me has concedido, casi con exclusión
"de mis colegas y conciudadanos.

"No voy á citar nombres, pero poetas hemos te-
"nido y tenemos, ante los cuales hay que inclinar-
"se y rendirles homenaje; escritores contemporá-
"neos de tan subidos quilates, que parecen renovar
"la obra inicial de Echeverría; críticos ante los
"cuales, como escribe Pereda, no hay más que sa-
"carse el sombrero; historiadores que han abarca-
"do, en soberbia odisea, la noble acción de
"San Martín y Bolívar; oradores brillantes como
"Vergniaux, acerados como Saint-Just; juriscon-
"sultos, educacionistas y sabios en ciencias filosófi-
"cas y naturales, en cuyas obras la juventud se
"ilustra....

"La reseña sería interminable y basta á mi propó-
"sito decirte que los pocos nombres que has citado al
"hablar de nuestro desenvolvimiento intelectual,
"el mío el primero, sólo prueban una cosa: que
"has mirado y no has visto.

"Honradamente has escrito IMPRESIONES Y
"RECUERDOS, y honradamente, con mi gratitud
"por el precioso obsequio, te acuso su recibo. Tuyo
"afmo.

"RAFAEL OBLIGADO"

("LA PRENSA." Buenos Aires: 17 de julio de
"1893.)"

18 de julio—Hace tres días que principié á levantar mi tienda, y tal trabajo póneme destemplado. Miro mi saloncito lleno de cajas con libros; vacía la biblioteca; la chimenea, sin nada encima, digo,

sí, polvo; y por el suelo, papeles rotos, rugosas mis cortinas y tapicerías, los cuadros descolgados, con su tela vuelta á los muros, como granujas en penitencia; todo trastornado, revuelto, fuera de lugar... En mi ánimo, la secreta inquietud de los grandes viajes, cuando se nos echan encima.....

T. M., en plena convalecencia de su pulmonía, nos visitó ya por dos ocasiones; muy flaco, amarillo, pero iluminándole la mirada un placer intenso: el de vivir.

Y al verlo á él; al ver que el Ministro Sánchez Azcona, no obstante lo que padece, no desea descansar de una vez; al rememorar mis pocas enfermedades graves, en las que estuve cual están ahora el desahuciado y el convaleciente, confírmome, en que este universal amor humano por la Vida, á pesar de cuanto de Ella maldigamos y de cuantas crueldades nos conceda, pregona que el Hombre es más materia que espíritu; que sólo á duras penas y por lo incontrastable que es, mal nos resignamos al forzoso viaje; que nos duele abandonar lo conocido: el Mundo y la Carne.

26 de julio—De cinco días acá, una pasmosa mejoría en Sánchez Azcona, quien duerme hasta las 9 y 10 de la mañana, acostado en su cama. Si salva, lo deberá á su actual médico, un joven laureado con Medalla de Oro por la Facultad de Buenos Aires, Osvaldo Loudet, modesto y entendido, una gloria futura, indudablemente. Frente al regocijo de la esposa del Ministro, frente al regocijo del Ministro mismo que no da crédito á la dicha que se le anuncia: seguirá viviendo!....; frente al regocijo mío, sonríe Loudet con algo de triunfo en su sonrisa, y, al despedirse, confíame esta idea delicadísima:

—Cuando alivio á un enfermo, quisiera no co-

brar; el dinero paréceme que empequeñece los triunfos científicos, que los mancha por lo menos.

La lectura de una carta,—que me arrebata una ilusión más de las poquísimas que me restan para mis días viejos, si es que á ellos llego,—y el hallarme ya sin casa, rodeado de baúles y de ropas regadas, póneme á inconcebible altura de mal humor....

29 de julio—Ayer fué el remate de los muebles de mi casa; remate que resultó, en cuanto á pecuniarios totales, mucho mejor de lo que me esperaba. Estoy de viajero ya, sin otros muebles que mis baúles ni otro hogar que el de los hoteles.

Por la noche, asisto á la reunión de Obligado, por cierto muy concurrida. Alberto del Solar lee el capítulo primero de una novela en preparación. Como he llegado tarde y sólo oigo la segunda mitad de su lectura, no me gusta....

Oyuela hállase en la reunión y noto que me busca la lengua atacando el naturalismo. Discutiendo, discutiendo nos empeñamos en altercado positivo, que nos deja un tanto huraños y al que ponen fin, sin grandes esfuerzos dichosamente, el dueño de la casa, el literato chileno don Juan Agustín Barriga y los demás concurrentes que se ríen de la pelea y de los peleadores.

31 de julio—En mi obsequio tenía preparada Ernesto Quesada para esta noche, en su casa, una comida de despedida. Y en carta pídeme lo disculpe si no cumple conmigo, pero la revolución ha estallado en la provincia de Buenos Aires y eso obligalo á marcharse de la ciudad para reunirse con sus correligionarios.

Durante el día entero, reina ansiedad grande y su tantico de alarma; las calles más frecuentadas,—como la de Florida,—vénse desiertas casi, á las 10 de la noche.

A esas horas salgo con Ricardo S. Pereira, y en medio de su charla difícil é interrumpida (ya quisiera hablar como escribe), cuéntame toda la existencia de un General Miranda, de Caracas; un verdadero personaje romancesco que peleó en los Estados Unidos, junto á Lafayette; que peleó por la Revolución francesa,—su nombre figura en el Arco de Triunfo de la Estrella; que tuvo amores con la Emperatriz de Rusia y con la neurópata de Lady Stanhope; que fué el primero en dar á Colombia este nombre, cuando él acariciaba el ensueño de la Independencia suramericana, ensueño para cuya realización fundó logias en Londres, en las que fueron iniciados San Martín, Bolívar y cuanto americano ilustre pasaba por Europa en aquellos días épicos...

Como el Congreso está cerrado y el frío aprieta, Pereira y yo regresamos á nuestras casas, en un tranvía...

En el tranvía nárrame otra historia interesante, el denodado fin de una especie de Andrés Chénier colombiano, quien, minutos antes de que lo fusilaran escribió versos, notabilísimos, atenta la situación en que estuvieron fabricados; versos que Pereira sábese de coro y **sotto voce** me recita, en medio á las toses de los pasajeros acatarrados, á las conversaciones mutiladas de los vecinos de asiento y á los saltos y ondulaciones del tranvía... Aquel pobre poeta, al salir para su ejecución, gritó á sus amigos:

—"A ustedes toca inmortalizar mi nombre!..."

Calla Pereira, unos instantes, y luego añade:

—Y nunca imprimieron sus versos... Yo los aprendí de tanto oírselos á mi padre, en Bogotá....

1.° de agosto—Presencio, en el Congreso, la borrascosa sesión de esta tarde. Un diputado energúmeno, pone al Ministerio cual no digan dueñas,—Ministerio cuyo personal, íntegro y arrellanado en cinco sillones, escúchalo impasible. Otro representante, que, me dicen se llama Magnasco, pronuncia sentido y razonador discurso, al que sin embargo priva de la mitad de su efecto por lo afectadamente teatral de su voz y ademanes, por su melena 1830...

Curioso detalle: en el Congreso argentino no hay tribunas, los oradores hablan sentados, desde sus curules. A mi juicio, aquello afea el acto.

Por fin, el Ministerio sufre su primer descalabro, niéganle el derecho de intervención en la provincia rebelde.

A la salida, la turba silba y grita. Para despejar la plaza, los "vigilantes" de á caballo cargan sobre la multitud, con los rebenques....

En la noche, al Politeama, á ver la FEDORA de Sardou, por Sarah Bernhardt. La pieza, tan mediana y efectista como cuando se estrenó en París; y Sarah Berndardt, igual que siempre, arranques de indiscutible mérito, geniales á las veces, pero lo más de su juego escénico, afectado, antinatural, estereotipados los principales recursos, ora se trate de "Margarita," ora de "Doña Sol."

Después del teatro, voy á la chocolatería de Seminario,—un rinconcito bien porteño,—y mi chocolate sírvenmelo en agua, porque la leche, me susurra el camarero al oído con mucho misterio, principia á escasear en la ciudad, por "lo de la revolución..."

Diríase que estamos á los comienzos de un sitio.

3 de agosto—Hoy nos transladamos á una "Casa Amueblada" de la calle del Paraná, frente á

la plaza del Seis de Junio; casa inglesa que habitaron los Licignano antes de su ida al Paraguay, y que mucho nos recomendaron. En efecto, la casa es buena; sentímonos en ella mejor que nos sentiríamos en cualquier hotel.

En la **table d'hote** quédanme de vecinas dos inglesas, madre é hija, y su seriedad étnica, su cortesía de hielo, sumadas al disgusto que origíname el palparme trashumante otra vez, échanme á perder la noche, tentaciones me ganan de fondear en alguna parte, y, fondeado á gusto, no moverme nunca más.

4 de agosto—Seis días con hoy llevamos de revolución en la provincia, y aun nada definitivo se vislumbra: ni paz ni guerra, ni victorias ni derrotas; un tiroteo que otro, y algunos pobres muertos de los dos bandos; muertos que mañana no recordará nadie, fuera de sus deudos humildes...

Pegasano,—uno de mis primeros y más constantes amigos argentinos,—viene en mi busca para que juntos vayamos en coche hasta la Boca, á recorrer la parte que yo no conozco todavía. (Llámase "Boca," á la del riachuelo que determina en su confluencia con el imperial río de la Plata, la entrada de Buenos Aires.) Paseo interesante; la Boca es una ciudad dentro de la de Buenos Aires; ciudad de fisonomía propia, poblada de italianos, de argentinos que para expresarse, hasta entre ellos mismos, de preferencia al español emplean el italiano; barriada en la que se engendran, aclimatan, prosperan y se ocultan los grandes crímenes; la White-Chapel bonaerense. Hay en ella extraordinario movimiento comercial, y junto á su ribera, enorme cantidad de proras casi hincadas en la piedra, como si en ella hubiesen venido á estrellarse algunas, á descansar ó morir, otras; á depositar lembranzas y saudades de las patrias

distantes; otras, á llevarse arrepentidos, desdichados y nostálgicos, viudas, huérfanos y vírgenes abandonados por los padres y maridos y novios que mueren en las expatriaciones voluntarias, á causa de nuestros climas, de nuestras injusticias, de la mala suerte de ellos, de la indiferencia de nosotros... Los mástiles y envergaduras, con sus hilos, sus gavias, sus cofas, vistos así, de golpe y en conjunto enmarañado é inextricable, simulan el delicado andamiaje de alguna ciudad nipona que hubiera de surgir de dentro de las aguas, mágicamente, y cuyos edificios y monumentos sin ser visibles todavía, ya se adivinaran, á su medio asomar de las simas y las ondas.

Nos apeamos del carruaje y nos aventuramos hasta el puente de Barracas, límite entre la Capital y la Provincia. A su término, un mocetón de boina vasca en la cabeza, con un cobertor enrollado que porta diagonalmente en pecho y espalda, armado de un Remington sin baqueta ni porta-fusil, nos notifica con aires que pretende disfrazar de feroces, que "regresemos ó que sigamos adelante..." Optamos por el regreso, y el joven revolucionario, muy convencido de que acaba de rayar á gran altura, remolinea funambulescamente su rifle y nos mira por encima del hombro, con bastante desprecio en su mirada, mientras nosotros acatamos la orden alejándonos... En el limítrofe puente de maderos resuenan nuestras pisadas, acompasadamente.

Regresamos á Buenos Aires á bordo de un bote alquilado, cuyo patrón aprovecha los buenos oficios de un vaporcito que remolca á una barca cargada, enganchando á ésta su bote.

Remontamos el Riachuelo á paso veloz, cruzamos luego una porción del Plata y al fin llegamos al dique número 3. Delicioso paseo fluvial, sin más nota discordante que la ebriedad de varios soldados de marina, que iban en un lanchón

custodiando media batería. A hurtadillas de su teniente, dieron cuenta de ventruda damajuana de "caña," y al atracar, dos de ellos desalojaron del estómago todo el aguardiente y **ainda mais**...

Concluyo de leer el 1er. tomo de las "Memorias" de Casanova, y comprendo que no podré ir más allá.

10 de agosto—Domingo D. Martinto obséquiame esta noche con una comida en su casa. Somos ocho de mesa.

12 de agosto—El Ministerio del Valle derrúmbase esta tarde, produciendo su derrumbamiento un gran alboroto en la ciudad. Los periódicos vespertinos tiran hasta cuatro ediciones que la gente devora estacionándose en las vidrieras iluminadas de las casas de comercio. Se teme que estalle una revuelta.

Carlos Vega Belgrano, afiliado al partido radical, miembro del comité revolucionario que con su actitud dió por tierra con el inmoral Gobierno de la provincia de Buenos Aires, y que durante estos últimos días ha estado ocupadísimo ora en la Plata, ora aquí, viene á comer con Schiaffino y conmigo en "La Sonámbula." Trae Carlos muchas impresiones, muchos ideales de regeneración, todos los planes del gran partido para reconstruir la estuprada moral de la patria; y durante la comida, nos los comunica entusiasmado, mientras desde los fondos del enorme comedor una tocadora de arpa y sus dos hijos, también músicos, nos regalan los oídos con sus notas, y una florista, que lleva rato de rondarnos con insistencia de mosca nada despreciable por cierto, al fin vence y nos

prende en los ojales sendos ramos de violetas bien olientes.

De "La Sonámbula", un simón nos lleva á saludar en su suntosa morada á del Valle, el caído jefe del Ministerio caído esta tarde.

Su **hotel** elegantísimo de la avenida Alvear, está que se arde. Frente á la verja del jardín y á lo largo de ambas aceras, muchedumbre de carruajes, señoriles y de punto. En la entrada, dos lacayos de frac y corbata blanca no bastan para retirar los abrigos de los visitantes que llegan y llegan y no acaban de llegar nunca.

En el vestíbulo morisco del palacio, donde apenas si hay sitio, saludamos al orador distinguidísimo; todos se encuentran en pie, y él, del Valle, á todos habla, á todos estrecha la mano; de cuando en c .ando, óyese su risa franca y un poco **pueblo.**

Aunque no conocí al otro personalmente, creo descubrir en del Valle mucho de Gambetta; así ha de haber sido aquel, como es éste.

Al hablarle, y refiriéndose á mi empleo en la legación nuestra, le dice Vega Belgrano:

—Ya ve usted, señor, hasta México ha venido á saludarlo.........

—Y sin que haya de qué extrañarse,—le agrego yo cuando nos apretamos la mano,—México estrecha siempre con mucho gusto la mano de los hombres honrados. . .

Detiénese unos instantes á charlar con nosotros, muy satisfecho de la manifestación de espontánea simpatía con que está obsequiándolo lo mejor de Buenos Aires. Confía en que el sacrificio del actual Ministerio saliente será la semilla cuyos frutos han de beneficiar al pueblo, que, mañana, con mayor razón continuará exigiendo honorabilidad y pureza en sus mandatarios. Luego, háblanos de asuntos diversos; saluda á visitantes nuevos, se deja abrazar, ofrece cigarros, recibe

dos agrupaciones de estudiantes, casi niños, que muy emocionados dícenle su discurso con voz temblorosa.

Antes de despedirnos, me invita á que vaya á verlo, cualquier mañana:

—Quiero mostrarle mis obras de arte, ya sé que es usted un gran aficionado.

Permanecemos unos momentos más, la gente no pára; de un salón vecino nos vienen ráfagas de risas y voces femeninas. De tiempo en tiempo, los lacayos, con más orgullos que el amo, cruzan por las habitaciones, graves. El gas, cae perezosamente sobre los cuadros, sobre los tapices orientales que penden de las paredes estucadas. A la DIANA de Falguiers,—el original, **s'il vous plait,**—á la radiante DIANA de Falguiers parece que el mismo gas la desnudara más todavía, y que ella, despreocupada y hechicera en su casta desnudez marmórea, se hallase cierta de triunfar toda la vida, de acallar las pasiones pequeñas y ruines, de hallarse en su sitio allí, en el centro de tanto político, de tanto combatiente y gladiador, pudiendo más sola, inmóvil y desnuda, sin palabras ni pudores, por artística, por mujer, por bella....

Schiaffino me afirma que la tal le costó á del Valle, 50,000 francos.

En seguida, nos encaminamos á la casa de Obligado, hasta las 12 y ½ de la noche.

14 de agosto—En un banquete con que sus amigos de Buenos Aires despiden esta noche al literato chileno Juan Agustín Barriga, preséntanme al escritor nicaragüense Rubén Darío, de tanto renombre, llegado aquí hace dos días como cónsul general de Colombia. En vez de hacernos los cumplimientos de rigor en estos casos, nos juntamos en seguida cual viejos amigos, y comentamos las circunstancias casuales que parecían condenar-

nos á no conocernos nunca: cuando él arribó á Guatemala, yo me partía de ella, y ahora que él viene á Buenos Aires, yo me apercibo á abandonar Suramérica.

Una noche no vulgar; el núcleo congregado en este restaurante de Mercer abunda en intelectual importancia. Casi todos somos literatos, consiguientemente todos despotricamos sobre....

García Velloso lee una deliciosa poesía dedicada al obsequiado.

17 de agosto—Es de veras particular, pero ni un solo día hemos dejado de buscarnos Rubén Darío y yo.

Hoy, en arranque suyo de confianza extraordinaria, confíame la historia de su vida. Lo amenazo con que habré de transladarla á MI DIARIO, á este pobre diario, que, si Dios quiere, ha de ver la luz cuando yo muera, ó, si nó, cada diez años, y Rubén no retrocede ¡al contrario! se le avivan añoranzas, y á la futura publicación me autoriza.

18 de agosto—No obstante lo inminente de mi partida, aguijoneado por mi ansia de trabajo, hoy dí remate al capítulo primero de mi nueva obra LA SUPREMA LEY; capítulo que leeré mañana en la casa de Rafael Obligado, ante asamblea plena y como mi despedida literaria de la Argentina. Así lo ha querido Rafael, alegando que supuesto que en su casa leí igualmente el capítulo primero de APARIENCIAS, acabado de llegar á Buenos Aires, en su casa debe ser leído el primero de LA SUPREMA LEY, para decir adiós á los literatos argentinos.

Esta noche me ofreció en su casa Ernesto Quesada una comida de catorce cubiertos, en la que dominó, naturalmente, el elemento literario. La

agradable velada se prolongó hasta más allá de las 12. Alguien anúnciame, exigiéndome sigilo, que me sorprenderán el domingo próximo con un banquete concurridísimo en el restaurante de Georges Mercer. Ya avisado, puedo enterarme de que á causa de que los promotores del banquete no son de nuestro grupo, se han despertado discusiones y rivalidades.

19 de agosto—Una para mí inolvidable reunión literaria la que me consagró esta noche Rafael Obligado.

Leí el capítulo primero de LA SUPREMA LEY, y, contra lo que me esperaba, gustó á troyanos y tirios, no provocó ni una sola censura.

Luego Domingo D. Martinto, leyó este soneto:

Nos abandonas hoy. Ave viajera
Después de mucho andar, solo, rendido,
Vuelves las alas al paterno nido,
Que allí el abrazo fraternal te espera.

Haces muy bien. La dicha verdadera
Sólo se encuentra en el rincón querido
Dónde, junto á la madre, sin rüído,
Como un sueño pasó la edad primera.

Goza, pues, de esa dicha. La has ganado
Al apurar los ásperos dolores
Que siente en tierra extraña el emigrado;

Y propicios te sean los amores
En la patria feliz donde ha cantado
Su bardo predilecto, el dulce Flores.

Leopoldo Díaz, nos dijo:

Si poseyera las rimas de oro
Que va sembrando Rubén Darío
Cual un espléndido Califa moro,
En áureos versos, himno sonoro,
Volara el trémulo cántico mío....

¿Un himno?... Nunca!... Lánguida queja
Vierte mi tosca cítara muda....
¿Un himno?... Nunca!... Cuando se aleja
Un ave olímpica!... Cuando nos deja,
Y el ala tiende que nos saluda....

"¡Ven á tus selvas, las mexicanas!"
"¡Ven á embriagarte de roja lumbre!"
"¡Ven con nosotras, con tus hermanas!"...
Gritan las águilas americanas,
Volando, regias, de cumbre en cumbre.

Rubén Darío, después de leer una "Invocación á Venus," cuyo objeto votivo es que la diosa de las espumas me sea propicia durante mi larga navegación, y en la que hay versos soberanos como estos dos que se quedaron vibrándome en el oído:

... es tan traidor el tiempo
y tan inmenso el mar!...

después de leer dicha invocación que se resiste á darme, que no me deja copiar, sino que avariciosamente se guarda, me dijo:

México, de glorias suma,
De altas empresas dechado,
Suelo imperial fecundado
Con sangre de Moctezuma;

Jardín que riega de espuma
Su golfo azul y sonoro,
Ansiado y rico tesoro
Que con sangriento destello
Hirió la frente del bello
Príncipe Barbadeoro!

Patria de héroes y de vates,
Cenáculo de áureas liras,
Terrible y brava en tus iras,
Victoriosa en los combates;
Si contraria frente abates,
Coronas gloriosa frente,
Y te levantas potente
Y alada, á la luz del día,
Como tu águila bravía
Que destroza la serpiente.

En la nación argentina,
Hoy, del Arte bajo el rayo,
Saluda el gran sol de Mayo
A la bandera Aquilina.
Honor al alma latina
De sus conquistas ufana:
Que esta fuerza soberana,
Dando vida al Continente
Circule, plétora ardiente,
De la sangre americana!

Por final,—idea y redacción de Ernesto Quesada,—se resuelve que todos los presentes me subscriban una acta de cariño en mi álbum de autógrafos. La página reza:

"En casa de Rafael Obligado, el 19 de agosto de "1893.

"El diplomático es como el Judío Errante: está "condenado á marchar siempre, y, por ende, á no "esclavizarse en punto alguno. Este es su deber y,

"quiera ó nó, á él debe someterse. De ahí que le "esté prohibido estrechar demasiado vínculos que "está condenado á romper al día siguiente.

"Federico Gamboa, en su carrera diplomática "se ha detenido algún tiempo en la República Ar-"gentina. Corazón nobilísimo é inteligencia distin-"guida, se ha olvidado quizá de aquella ley, pues "desde el primer día se ligó con estrechos vínculos "con todos los que entre nosotros cultivan las Le-"tras y adoran la Belleza. Todos lo amamos, y lo "amamos con amor ferviente. Se lo hemos demos-"trado aplaudiéndolo y criticándolo á las veces: "signos ambos del cariño verdadero, que nadie me-"jor que Gamboa sabe apreciar en su justo valor.

"Y Gamboa ha hecho mal en vincularse así. Hoy "se va, rompe los lazos que á nosotros nos le unen, "no lo volveremos quizá á ver... Nosotros queda-"mos y conservaremos siempre su memoria, porque "todo nos lo hará presente; y lo echaremos de me-"nos siempre que nos encontremos reunidos. El se "va; nuevos horizontes, nuevos hombres y cosas "nuevas solicitarán su atención y su cariño. Ley "natural es que se debilite en el que se aleja, el re-"cuerdo de lo que deja atrás, pero para que del to-"do no olvide nuestros nombres, queremos dejar-"le aquí un testimonio más de nuestra simpatía.

"(f) Ernesto Quesada—(f) Adolfo Ibañes—(f) "Rubén Darío—(f) Calixto Oyuela—(f) J. J. Gar-"cía Velloso—(f) Leopoldo Díaz—(f) José Miró—"(f) J. V. González—(f) Martín Coronado—(f) "A. Piñero—(f) D. Martinto—(f) Edo. Schiaffi-"no—(f) Carlos Vega Belgrano—(f) Rafael Obli-"gado."

Persisten, al terminarse le reunión, los conciliábulos á propósito del banquete que ha de ofrecérseme, y aunque nos separamos diciéndonos "hasta mañana," yo resuelvo no aceptar el agasajo, bajo pretexto de enfermedad.

Siento tristeza de abandonar Buenos Aires.

20 de agosto—Todos los periódicos de la mañana dan cuenta de la fiesta de anoche en casa de Obligado. Por ser lo más sintético lo que apareció en LA NACION, aquí se reproduce:

"DESPEDIDA AL SR. GAMBOA —FIESTA LITERARIA.

"Anoche, en la casa de Rafael Obligado, hubo "una reunión de esas que no se olvidan. Federico "Gamboa se va el 22 para Méjico. Sus amigos aquí "son muchos y escogidos. Todos hombres de letras. "En el pequeño salón-escritorio del cantor de SAN-"TOS VEGA, en una atmósfera íntima, entre el "vaho azul de los cigarros y las carátulas sugesti-"vas de los ricos volúmenes por todas partes es-"parcidos, Gamboa leyó un capítulo de una novela "que tiene en preparación. Gustó mucho. Alguien "dijo que cada novela de Gamboa es un paso ha-"cia adelante. Tiene razón. Él es joven y tiene "bríos. Irá lejos.

"Entre los oyentes había uno que ha llegado á "Buenos Aires como para compensar la ausencia "del que se va: un jovencito de estatura mediana, "moreno, delicado, de barba entera, recortada, y "ojos suaves de terciopelo negro. Aquel jovencito "no hablaba casi. Vestía frac, como cualquier hi-"jo de vecino. ¿Sabéis quién era?.... Pues nada "menos que el mago cincelador del verso escul-"tórico; la figura más radiante de la nueva gene-"ración en la América Latina; el que escribió aquel "AZUL...., y aquel regio PORTICO, un pórtico, "entre paréntesis, que está cerrado y no deja pa-"sar al lector adelante... mal que le pese al de-"licado Salvador Rueda.

"El señor Gamboa lleva, entre otros muchos, es-"te grato recuerdo y unas décimas triunfales del "famoso nicaragüense, en su álbum, lleno de otros "trabajos de mérito. Y seguramente que por más

"que ande en su vida errante de diplomático, no "podrá olvidar la fiesta de anoche el simpático no- "velista; como no lo olvidarán á él los que la die- "ron, ni nadie que haya tenido ocasión de conocer- "lo y apreciar sus amables cualidades de hombre "y de escritor."

21 de agosto—Nervioso, intranquilo, fatigado, lleno de visitas. Me embarco mañana.

27 de agosto—(A bordo del CONGO, de las Mensajerías Marítimas, en la bahía de Río de Janeiro) Cinco días de fastidio, mareado y enfermo del hígado. No pude bajar en Montevideo.

Ultimas impresiones de Buenos Aires: un mundo de gente que vino á decirme adiós, al vapor, con signos y palabras de positiva simpatía—sin duda para hacerme la partida más sensible. Por lo que en mi carrera literaria,—y en otras, ¡ay! que son de alma y de cuerpo,—significame Buenos Aires, estoy seguro de recordarlo siempre, así hubiese yo carecido en lo absoluto de condiciones de afectividad y agradecimiento hacia mis amigos que allá quedan....

Un detalle digno de mención: En medio de esa despedida múltiple y cariñosa, aquel pobre mexicano tipógrafo y endiantradamente vicioso que acudía á mí casi á diario, también se me presentó á bordo, y cruzó el salón del barco con la gravedad cómica del obrero que se halla de improviso entre gente principal y con el encogimiento del ebrio que trata de disimular su "chispa." Iba muy conmovido, temiendo tal vez que yo fuera á recibirlo con desdén; mas, cuando se sintió abrazado por mí, allí, delante de tanto caballero de sombrero de copa, me apretó, me apretó contra su pecho y rompió á llorar, como una criatura. Lo acompañé

hasta la escala, con grande asombro de la **valetaille** del CONGO, y en la escala le obsequié con los últimos $5.00 en moneda argentina que me quedaban. Él, solemnemente, murmuró al cogerlos.

—Gamboa, usted ha sido mi padre y usted se va... á partir de hoy, soy un huérfano.... Usted será feliz....

Y lo ví alejarse, por la dársena populosa, su cuerpo inseguro encorvado por sus vicios, el pañuelo en los ojos, moviendo la cabeza, cual si regañara con su propio destino. ¡Dios lo acompañe!.....

...... el vapor zarpó al cabo, y yo, adrede, me encerré en mi camarote para no decir adiós al Plata... Tumbado en la litera, mi perro "Gaucho" al lado, azoradísimo desde ayer, (nunca conoció buques, quizás me suponga con la razón extraviada,) reconstruí la hermosísima fiesta literaria con que en su casa me despidió Rafael Obligado.... ¡qué lejos queda ya!.....

Hice amistades á bordo con Daniel García Mansilla, que viene al Brasil de Secretario de la legación argentina, y á quien algo traté hace tiempo, en el Ateneo de Buenos Aires. Un temperamento galo y artista; sólo en francés escribe, pues ha pasado en Europa casi toda su vida. Al principio lo diputé por superficial y frívolo, pero conforme he ido tratándolo más, rectifico mi juicio y llego á cobrarle afecto: Es un neurasténico al que lastima la existencia.

Tuve anoche, noche interesantísima: á punto de entrar en Río de Janeiro, invitado por el comandante del vapor,—Monsieur Rossignol, un antiguo teniente de la Armada napoleónica, que conoció y trató á mi padre allá por Mazatlán, cuando la Intervención francesa; que me identificó á mí no bien oyó mi apellido, y con el que cultivo excelentes amistades por esa causa,—subí al puente de maniobras, para presenciar las de entrada y ancla-

je en un puerto. La niebla, de tan espesa, nos estorbó entrar en Río, pero el espectáculo no fué por ello menos delicioso. Hay algo de fantástico, á esa altura, en contemplar al timonero, como de bronce, asido al timón de vapor y pegado á la brújula transparente é iluminada por dentro... Impresiona ver al oficial de cuarto, sólo ocupado de su vigilancia técnica y absorvente, clavada la vista en el abismo y en lo negro, paseando por "el tambor," colgándose á un lado y otro de la borda, comunicarse en términos cabalísticos con el timonel, y, al través de unos tubos, con maquinistas y fogoneros invisibles, en lo más recóndito de las entrañas del barco... Asusta verse uno mismo envuelto, circundado de negrura y de noche, del mar enorme, inquieto, ronco....

Esta tarde bajé á tierra, á ayudar á que García Mansilla se instalara.

Y Río de Janeiro, á pesar de su sabor marcadamente oriental y un tanto africano, resúltame cual siempre, inhabitable y espantoso; su bahía, en cambio, grandiosa, azul, bellísima.

28 de agosto—(A bordo del "Congo") Otro día en Río de Janeiro.

Uno de los hijos de Carnot, el Presidente de la República Francesa, que es inspector de esta compañía naviera de las "Mensajerías Marítimas," vino á almorzar á bordo.

Es el tal un muchacho de 25 ó 26 años, sano de cuerpo, y, al parecer, no enfermo de espíritu, cortés y risueño.

A bordo, trátanlo, á pesar de su calidad de inspector de la línea, como á cualquier hijo de vecino.

Si yo fuera Presidente de mi tierra y tuviese un hijo, así me gustaría que lo trataran, por sí mismo.

30 de agosto—(A bordo) ¡Qué secreto y tristísimo encanto el de las noches de luna en alta mar! ... Diríase que á la luna, melancólica de suyo, le aumentara esa melancolía, de sentirse sola y como perdida en la inmensidad del Océano; ríela sobre las olas, cual si se hallase amedrentada; cual si sólo iluminara el trayecto que va recorriendo el buque, por acompañarlo y por acompañarse..... el resto del mar, vése sombrío. Pálpase entonces el mundo de peligros que arrostra uno al embarcarse y desflorar el seno movible de las aguas, el seno de este viejo mar que lo consiente por complacencia de gigante vicioso, de fiera que ama las cosquillas.

31 de agosto—(A bordo) Ocho horas dentro del puerto brasileño de Bahía, así denominado por la bahía maravillosa que lo forma; es quizá mayor que la de Río y seguramente menos poblada de escollos é islas. Una delicia.

Desembarco por conocer la ciudad y por hacerme de un "tití" diminuto, de los que sólo aquí se encuentran.

Horrible el lugar, horrible. Hay un momento en que las gentes que me codean y divisan, los negros que pululan y los simios de todos tamaños que se hallan en algunas calles concurridas, á la venta, se me mezclan y confunden....

Es una ciudad monstruosa; su vegetación, exuberante, nó artística ni hospitalaria; da pavor, huele á fiebres, á pantanos, á muerte.... Y sobre todo, ¿qué me importa á mí la vegetación si yo no herborizo, ni soy explorador, ni "naturalista" tampoco, fuera de las páginas de mis libros?...

1.° de septiembre—(A bordo) A las 9 de la noche anclamos frente á Pernambuco, que se co-

lumbra, allá, lejos, á dos millas y media, resguardado por sus dos faros. Brilla á lo largo de su costa, una porción de lucecitas, entre las brumas. . . .

2 de septiembre—Desembarco con el comandante Rossignol y con el agente de correos, luego de haber entrado en el puerto aprovechando la marea alta para cruzar su barra.

Tomamos un tranvía que nos conduce por precioso camino bordeado de quintas risueñas, hasta un punto que se llama "Magdalena."

La impresión que Pernambuco produce es gratísima; ferio dos Río-de-Jaineros por un Pernambuco, y todavía le añado cuatro Bahías, aunque Pernambuco no tenga la importancia de aquéllas. Pernambuco,—es Rossignol quien me ha ilustrado,—debe su atractivo á que fué fundado por holandeses, de ahí que conserve el simpático sello de origen.

Me alegra, por lo que de veras quiero á toda la América Latina, encontrarme al fin un sitio habitable que con el Brasil me reconcilie, en cuanto á condiciones de habitabilidad; ya era tiempo.

4 de septiembre—(A bordo) En altísima mar, sobre que á las 12 y 40 p. m. cruzamos nada menos que la línea imaginaria del Ecuador. . .

Rossignol, con benevolencia y risas me lleva á su camarote, extiéndeme sus cartas de navegación y, complacientísimo, sacia mi curiosidad de chiquillo por ver ¡materialmente! la famosa línea. . .

¡Qué he de ver! . . . el compás de Rossignol, hincándose en una de las muchas líneas negras de su carta. . . .

—Aquí estamos!—afírmame riendo bajo su bigote cano.

Lo que sí es palpable, y no menos fenomenal al pasar de un hemisferio al otro, es que ayer no más, aún teníamos los fríos de invierno, y, á partir del medio día de hoy, sólo de verano gozaremos.

8 de septiembre—(A bordo) El silbato del barco, que se puso á pitar furiosamente á las 4 de la madrugada, nos despertó sobresaltados á mí y á mi perro "Gaucho."

Luego, cesó el jadear de la máquina, disminuyeron los tumbos, arrulláronme los balances suaves del fondaje, y á las 6, que abrí mi ventanilla, el CONGO inmóvil ya, me encontré dentro del puerto africano de Dakar, mi conocido antiguo, por mí mencionado en IMPRESIONES Y RECUERDOS.

A causa de la cuarentena impuesta contra todas las procedencias del Brásil, sin excepción, no podemos desembarcar.

¿Han reparado ustedes, en las vecindades de los hormigueros, cómo, en cuanto las hormigas descubren algo grande y utilizable que devorar y que acarrear á su falansterio (por qué no falansterio?...) primero llegan unas cuantas, y más, después, y más, después, y más siempre, hasta que el objeto camina llevado en vilo por las bestezuelas?... Pues del mismo modo nuestro vapor mírase rodeado de canoas innúmeras, tripulada cada cual por tres negros; tal creeríase que van á jalar con el barco y á llevárselo á su hormiguero, digo, á sus moradas. Pero nó, aunque chillan y gesticulan como chimpancés en recreo, confórmanse con arrojarse al agua tras un sueldo de cobre, ó, por un franco, pasar por debajo del transatlántico, ó ir y coger puñados de arena al fondo de la bahía. Nadan cual tiburones.

A las 8, un chubasco intempestivo hácelos replegarse, con cayucos y todo, en un costado del barco, donde se mojan menos.

En tanto, un regimiento de **Spahis** á caballo, resiste en correcta formación el torrente, porque está rindiendo honores militares al Gobernador del Senegal, quien, antes de embarcarse con nosotros rumbo á Francia, á donde se encamina en el uso anual de una licencia, les pasará revista alineados en la playa.

Por lo pronto, han principiado á embarcarse en el CONGO diversos oficiales del ejército, de la marina, del cuerpo de administración militar, médicos, comisarios, ocho sargentos y cabos que también regresan á Francia, luego de cumplido su tiempo de Africa. Entre ellos, viene el coronel Combes, el que acaba de dar lucido término al sometimiento y pacificación, previa sangrienta campaña de dieciocho meses, de una parte extensísima del Sudán. Todos presentan enfermizo aspecto, pálida la color; todos sonríen al pisar el buque que va á arrancarlos de este clima asesino; buque que ha de saberles á civilización, que por los colores del trapo que ondea á popa, ha de hablarles de patria, de los cariños abandonados sin saber si volverían á disfrutarlos y bendecirlos...

El elemento femenino de nuestro pasaje, se ve,—aunque pretende disimularlo,—más ó menos seducido por esta irrupción de bravos de rostros pálidos, galoneados de oro sus vestidos. . . .

El aguacero ha cesado, y los **Spahis**, en la playa, inmobles, chorreando agua, de armas, uniformes y monturas,—agua que á la distancia y herida por el sol que ha vuelto á asomar, como que los envolviera en tesoro increíble de gemas, en catarata lenta de piedras preciosas,—los **Spahis** de la playa, se acentúan....

Del muelle, arranca la falúa con el Gobernador, pequeñita, airosa, blanca, embanderada á proa y á popa, sus "bogas" de uniforme de gala, remando á "la generala," despaciosa y gallardamente. De la fortaleza del puerto, los monstruosos caño-

nes de marina disparan y se incendian hasta trece ocasiones; la falúa no interrumpe su grave bogar arrogante; los negros de los cayucos, como enloquecidos con los disparos, gritan y se zambullen en el mar; las gaviotas, graznando, vuelan azoradas por cima de todas las embarcaciones surtas y cabeceantes en la mansedumbre de la bahía; el retumbar de los cañones paséase vibrando por mar y tierra, y el sol, este sol africano de derretido plomo, quema las casas, los árboles, las ondas, las nubes...

El comandante y los oficiales del CONGO tributan al Gobernador, cuya falúa atracó á nuestra escala, los honores que á un gobernador son debidos en buque mercader; y mientras todos los viajeros hállanse distraídos con lo inusitado del espectáculo, á mí me tira un grupo aislado de tres individuos negros, de arabesco pergeño, que no se apartan de la borda del navío. Descubro á poco quiénes son: un rey y dos príncipes del Dahomey ó de la Senagambia, que van á París; el primero, á visitar al Presidente Carnot, y los segundos, á un colegio de Túnez, á instruírse según corresponde á los herederos de dos tronos...

Es el rey un hombrazo hermoso y corpulento; gasta turbante alto y manto azul; ostenta su pecho cuajado de condecoraciones, la Legión de honor en cuenta; se expresa en un francés admirable.

Los príncipes, en cambio, no pueden disimular su emoción, á pesar de su manto, negro como su piel, á pesar del fez rojo cuya borla, á modo de mariposa aturdida, golpéase á cada instante contra las cabezas inquietas que se juntan para confiarse secretos, que se apartan para colgarse sobre la baranda y ver hacia allá..... No pueden disimular su emoción, con idolatría positiva contemplan la costa, su tierra calcinada, su tierruca, mortífera para los extraños, es decir, vengadora de invasiones, y de destrozos, y de conquistas. Y como aunque príncipes, son un par de granujas todavía,

cuando no miran nostálgicamente á la playa, miran, envidiándolos, á sus súbditos independientes, los que en sus piraguas rodean el vapor, y, casi en cueros, se bañan, ríen, gozan!... Ellos, los príncipes, nó; tienen que manifestarse serios y dignos; que aceptar de buen talante el temporal exilio, con aires de indiferencia solemnísima.

Al atardecer, echamos á navegar.

Acércome al mayorcito de los príncipes, que, aunque huraño y medio desconfiado, díceme al fin su nombre:

—Se llama Abdul-Quién-Sabe-Cuántos...

Los tres son musulmanes.

11 de septiembre—(A bordo) Durante la mañana íntegra, Las Canarias á la vista; la tierra de Benito Pérez Galdós.

A la tarde, celebro mi cuarta **interview** amistosa con S. M. YamarM'Djed.

Me permite asistir, dentro de su camarote, á sus oraciones de la puesta del sol; oraciones que musita presa de unción, de rodillas á pesar de los balances del vapor que á mi me obligan á no desasirme de los hierros de una de las literas, edificando con su ejemplo á los dos príncipes arrodillados á sus flancos, y al sirviente senegalés que lleva consigo á Francia el Gobernador de St. Louis, M. de la Mothe.

Terminada la plegaria, muéstrame S. M. su traje de ceremonia, y obséquiame con un pequeño puñal forjado en su país, que, en mi presencia y para cedérmelo, el príncipe Abdul retira de su cinto....

Luego, en la cubierta abandonada, tarde en la noche, tumbados en nuestras sillas plegadizas, sin mirarnos las caras, fumando Yamar una especie de "**narghilé**" y yo un aromado "Hoyo de Monterrey," sereno el mar, besando plácidamente los

costados del CONGO, Yamar y yo charlamos de muchas cosas, de su Africa, de mi América, de Europa; y divagando, divagando, perdido el mirar en los millones de mundos que cintilan en el terciopelo del firmamento, Yamar declárase mi amigo... luego, confiésame que prefiere el caballo á la mujer:

"—... el caballo es más fiel y más amante, pe-
"lea y muere con nosotros... la mujer... la mu-
"jer es impura, nos debilita, y, á la larga, nos
"vuelve cobardes...."

¿Tendrá razón el rey africano?

BURDEOS

17 de septiembre—Acabo de desembarcar, después de veintitrés días de viaje, la travesía mayor que hasta hoy he hecho en mi vida.

Extraño!... Nada experimento de hallarme en Europa una segunda vez. ¿Será ello síntoma de prematura vejez, atentos mis casi 29 años?...

En carruaje recorro los bulevares y el Parque Bordelés ¡qué francés es Burdeos, Dios mío! A cada paso, en cada casa, en cada calle, tropieza uno con detalles completamente galos.

De vez en cuando, una fisonomía, un fragmento de altercado, un rótulo de tienda, un olorcillo pestilente de ajo, ó una aura perfumada de violetas—los dos olores dominantes de la ciudad,—obligan á recordar que se está en el Mediodía, muy cerca de España, y quizá, quizá no muy lejos de Tarascón.

18 de septiembre—Un afamado especialista, M. Picot, visita facultativamente al Ministro Sánchez Azcona, y en virtud de su halagüeño pronóstico, nos quedaremos unos diez días.

Don Joaquín García Conde, cónsul de México obséquiame con un número de "El Partido Liberal" de mi tierra, en el que Manuel Gutiérrez Nájera, á propósito de mis "Impresiones y Recuerdos," ha escrito cariñosísimo artículo sobre mi personalidad literaria. Esta misma noche lo remitiré á Buenos Aires, á Rafael Obligado, para que le dé lectura en alguno de sus "sábados."

El propio señor García Conde me dá, luego, informaciones bien tristes respecto de México: la reciente baja de la plata, parece que ha empobrecido al país entero, y de ahí las economías gubernamentales multiplicándose, la administración ahorra y suprime empleos....

Estremézcome de pensar en mi cesantía!... No sé hacer más que libros, soy un pobre artista incapaz de ganarme la vida de las maneras varias con que se la ganan tantos y tantos prójimos—¡nó semejantes!—que yo conozco... Estoy desarmado para habérmelas cara á cara con las crueldades de la existencia. Probablemente sería un pésimo banquero, en un orden, y un **head-waiter**, peor, en otro orden; é ignoro si habré de principiar aquél ó éste aprendizaje....

21 de septiembre—De paseo nocturno por el **Cours de l'Intendence**, compro "**La Guerre et la Paix**," de Tolstoi, y me prendo de un puñal japonés de cubierta de bronce.

23 de septiembre—A veces, echo un vistazo hacía atrás, á los últimos cinco años, y Guatemala, Europa, Buenos Aires, el Brasil, los miro muy lejos, mucho; paréceme que durante este tiempo he vivido soñando...

Consuélame, sin embargo, una certidumbre arbitraría de que he de seguir en esta carrera dorada y artificial. ¿Presentimiento ó deseo solamente?...

Siempre obsesionado por el asunto de ese libro que escribiré algún día, invento una sobrina que no existe en tales condiciones, què nunca vendrá de educanda, y logro que se me admita en el jar-

dín y la capilla del colegio del Sagrado Corazón, situado en los alrededores de Burdeos. ¡Qué bien siéntome, en el jardín sobre todo, que es más cercano pariente de un bosque que de un jardín! De poco tiempo acá, amo estas visitas prolongadas en los conventos, y noto que las religiosas, en lo general, como que me demuestran algo de simpatía.

Compré el puñal japonés, no obstante lo elevado de su precio.

24 de septiembre—Un medio día dulcísimo, asomado á las intimidades de un hogar de verdad, de un hogar mexicano: almorcé en la casa del cónsul García Conde, á 40 minutos de Burdeos.

27 de septiembre—Ocho horas de ferrocarril, desde Burdeos á París. Almorzando, á bordo del tren, miro una segunda vez, á lo lejos, el tristemente célebre Castillo de Blois; y como mucho llueve, la diáfana cortina de agua que lo esfuma se me figura que quisiera esconder el vetusto monumento, borrarle las leyendas, borrarle la sangre del asesinado duque de Guisa. . . .

...el resollar de París, su aliento de coloso, háceme asomar á la ventanilla y empezar desde aquí, desde las afueras, mi segundo abrazo á la capital de los que persistimos en creer que las odas no sólo son buenas "de un billete de banco al dorso escritas;" para los que buscando mucho, algo solemos encontrar que no gusta—¡dichosamente!—á los demás; para los que, así sea un poquitico, vivimos á millones de leguas, aun dentro de nuestros ignorados campanarios que con sus moradas colindan, de las personas de "buena conciencia," y de buenas digestiones, y de mejores empleos, y de negocios turbios, y de agios limpios, **et sic de cœteris.**

PARIS

28 de septiembre—En la OPERA COMICA, á ver la "PHRYNÉ" de Saint Saens.

Al salir, voyme á pie hasta el hotel, con escala en la Taverne Pousset. ¡Cosa más rara!... ó aquel entusiasmo que me animó cuando mi primera permanencia en París, si no ha desaparecido poco ha de faltarle, ó estoy en un momento de anormal indiferencia, pues hasta el batallón de mujeres galantes desfilando por la acera é invitando al placer con sus miradas metalizadas y lascivas, hasta ellas me dejan frío, apurando con lentitudes mi medio litro de cerveza de München.

¿Comienzos de decadencia física?...

Nó!... al fin el boulevard triunfa y me distrae: los **camelots**, que proclaman sus industrias y mañas; los "atorrantes"—que dirían en Buenos Aires,—atisbando las colillas de los cigarros desperdigados por los suelos y hábilmente recogidas por ellos, con sus bastones encorvados; los fiacres, amontonados á las puertas de los cafés; las luces eléctricas; los árboles, la arteria toda me vence y subyuga casi como antes, vuelve á arrullarme....

En la Avenida de la Opera, asáltame una chica:

—**Viens avec moi, nous ferons de trés bonnes choses**...

Rehuso sin cóleras, con buenas palabras, y la pobrecilla, ya más animada, pídeme un franco, no ha comido!.... Se lo doy y se aleja, muy de abrigo y de sombrero, disfrazando con ellos su miseria y su hambre...

¡Qué le vamos á hacer! París, aunque quiera, no puede dar de comer á todo el mundo.

29 de septiembre—Peor de la morriña, acudo al remedio que nunca me falla: cansar mi cuerpo con el ejercicio y recrear mi vista con la naturaleza; me voy á pie desde el hotel—Avenida de la Opera—hasta el Louvre, por las calles de la Paix, Castiglioni, Rívoli, y regreso por las Tullerías.

Entré á conocer el panorama de la Historia del Siglo.

Después, apoyado en el parapeto que cae á la Plaza de la Concordia, admiro una estupenda puesta de sol, y, por primera vez, reparo en que no obstante la suntuosidad de la Plaza, no obstante el sinnúmero de carruajes que tarde á tarde por aquí regresan del Bosque, no obstante, como hoy por ejemplo, la magnificencia del celaje, los cambiantes de luz, la gloria del crepúsculo, el monumento á Alsacia-Lorena, colgado de crespones, banderas y coronas fúnebres, está llorando la Amputación Nacional que no cicatrizará nunca, mantiene vivo el odio santo, la idea viril de reivindicación y de revancha, reparte en el artístico conjunto un aura de sufrimiento y duelo...

Cae la noche y yo completo mi sensación: á la izquierda, el Sena, de acero pavonado, bébese las postreras claridades de la tarde, trayendo ya, en la cresta de sus ondas, jirones de cielo, negruras de noche, retratos de edificios y de todo lo que ha visto en un día, los fuegos fátuos de las primeras iluminaciones, que se alargan en su espinazo intranquilo, desmesuradamente... A mis espaldas, risa de niños que juegan y resisten á los llamados de ayas y nodrizas... En lo alto, no alcanzo á descubrir dónde y se lo achaco á los castaños centenarios,—á los castaños que con esta su misma indiferencia druídica presenciaron algunos horrores de jacobinos, maratistas y otras hienas,—gorjeo de pájaros que aletean en los nidos tibios, junto á sus hembras...

Puedo tornar á casa.

1.º de octubre—En el GIMNASIO, á ver **"Une vengeance,"** comedia nueva de M. Henri Amic.

Los ocho meses que habité París, hace tres años, me lo grabaron á perpetuidad, me familiarizaron con sus idiosincracias y detalles. A cada instante lo palpo.

2 de octubre—¡Inaudito! Ni en las casas de antigüedades, ni en las de artículos de lujo, ni en parte ninguna ¡en París!, se encuentra un busto en bronce de Diderot....

Alléganme los mercaderes, que **nadie pide** tal busto; que venderíam, si acaso, uno ó dos, y prefieren no encargarlo á artista ninguno...

Ingrata y bárbara, como los contemporáneos de todas las épocas y de todos los países.

¿Qué tal la posteridad, eh?...

4 de octubre—Realizo uno de los mayores deseos de mi vida de hombre de letras: hoy visité á Emilio Zola.

Estuve en su casa,—rue de Bruxelles,—á las 2 de la tarde, y la conserje me informó de que el maestro había salido y no regresaría hasta las 6. Exigióme mi tarjeta, no obstante haberle asegurado que Zola no conoce mi nombre, y en mi tarjeta escribí, que "de paso por París, solicitaba la honra de que él me recibiera..."

A las 6 en punto volví, y un criado, de gran librea,—calzón corto, casaca roja,—me abrió una vidriera de colores, con imágenes pintadas como en las de los templos, que se halla á la izquierda del portal: ahí principia la morada del gran novelista!

En esa especie de vestíbulo espero á que me

anuncien; y mientras soy recibido, examino el local y la escalera que comienzo á subir. Todo es un museo de preciosidades artísticas, las alfombras, las lámparas, las colgaduras, las tapicerías......
Destácanse dos ó tres monstruos colosales, en bronce chino. En el primer rellano, descuellan una ara de madera tallada y un alto relieve, de talla igualmente, que lo menos cuenta trescientos años...

—**Quand Monsieur voudra**...—murmura respetuosamente el lacayo.

Todo emocionado, concluyo de ascender la escalera sin poder ya determinar sus detalles, salvo una copia en mármol de la Venus de Milo, á la izquierda, de más de mediano porte, que mancha deliciosamente de blanco y de belleza el severo conjunto.

Tropiezo, arriba, con el mismísimo Zola, que cruza el corredor, á paso veloz, con papeles en la mano, vistiendo saco **coin-du-feu** y zapatillas.

—Permítame usted unos instantes y dispense lo revuelto de la casa... **Introduisez Monsieur au salon**....

Una puerta se lo traga, y el criado, que lleva una lámpara encendida, me abre el salón, en él me instala y me hace una reverencia profunda.

El salón, en estos momentos, parece un bazar, todo se encuentra aglomerado, sin orden ni concierto. Junto á primorosa silla de manos Luis XIV, un enorme plumero recuesta sus plumas en los Gobelinos que tapizan unas poltronas arcaicas.... Aquello, arreglado, ha de ser maravilla de buen gusto; los elementos sobran. Por ejemplo, el plafón, es otro Gobelino, mayúsculo y encuadrado en peluche, representando asunto mitológico que no alcanzo á distinguir á mis anchas... Y en los muros, en los rincones, en los vanos de puertas y ventanas, por el piso, encima de los muebles, preciosidades, siempre preciosidades...

Zola, sin duda, ocúpase en negocios, pues de la

pieza de al lado, desprendiéndose de un confuso murmullo de voces, viéneme, íntegra y por ocasiones repetidas, esta frase sin sentido sonando así, aislada:

—**"Dans dix jours..."**

De súbito, ábrese una puerta, y el autor de los ROUGON-MACQUART me tiende su mano:

—**¿Monsieur désire?....**

—Nada más que esto, señor, conocerlo á usted de cerca y en persona, después de haberlo seguido mucho tiempo de lejos, en sus libros....

Inclínase, se sienta, apoya los brazos cruzados sobre sus rodillas, y, meciéndose suavemente, sin apartarme la vista, damos principio á nuestra charla.

Háblole de sus obras, y por halagarlo, de los festejos con que acaban de obsequiarlo en Londres. Aunque Zola se declara agradecido, conózcole que se siente merecedor y digno de festejos y de elogios. En toda su conversación **¡hélas!** poquísimas ideas, lugares comunes, respuestas de escaso interés: ó sólo revela su genio cuando escribe, ó mi visita, que á mí me significa tanto, á él maldito lo que le importa....

.... que **"L'Oeuvre"** no es su autobiografía, aunque para pintar el personaje de Sandoz se copiara muchas cosas propias; que no escribe ni escribirá jamás sus memorias, porque tiene de sobra con el trabajo de sus novelas; que su propia correspondencia,—si á su muerte fuese impresa,—no ofrecería ningún atractivo...

—Los novelistas modernos correspondemos con el público por medio de nuestra obra: ni él puede exigirnos más, ni nosotros **debemos** dárselo!

Este es el único pensamiento hablado que recojo de los labios del maestro.

Díceme, luego, que mañana principiará **"Lourdes;"** que no ha prescindido de sus prácticas de

trabajo: cuatro ó cinco horas consecutivas, antes del almuerzo.

Le pido un autógrafo para mi álbum, y de bonísimo grado se lleva éste á su gabinete, volviendo á poco con el volumen abierto entre sus manos, á fin de que no se emborrone lo escrito por él, su conocida y profunda teoría estética:

—"Une oeuvre d'art est un coin de la nature vu á travers un temperament."

Y su firma, EMILE ZOLA, con su letra grande y anticuada, llena de notoriedad ilustre el armiño de la página y enriquece—¡pero á qué grado para mí, dada la admiración tan honda que he nutrido por el novelista insigne!—mi colección de autógrafos.

Al despedirnos, el maestro hace gala de una cortesía excesiva, acompáñame hasta media escalera....

No puedo olvidar lo que me repuso cuando en el curso de la plática le dije que no le ofrecía mis libros—¡mis pobres libros!...—porque ya sabía que ignoraba el idioma español:

—Hace usted bien,—repúsome,—si supiera cuántos libros me llegan escritos en esa lengua, que yo ni abro siquiera... Sólo leo en castellano, y eso con dificultades grandísimas, los artículos de diario en que hablan de mí.

Sin salir desilusionado precisamente, sí salgo con una impresión de desconsuelo. Nada puedo reprocharle á Zola en su recibimiento y trato, nada... pero yo necesitaba otro Zola muy distinto, el que yo cariñosamente teníame engendrado en mi propio cerebro.

6 de octubre—En el ferrocarril de cintura, después de almorzar, hasta Auteuil, á visitar á Edmundo de Goncourt.

Desde lejos identifico la casita, enclavada en el

boulevard de Montmorency, por tenerla muy conocida en libros y grabados.

Llueve á cántaros.

Franquéame la entrada una mal informada maritornes que apela á las luces de la cocinera, una viejecita de lo más afable y simpática.

—No está el señor,—me dice sonriendo,—ha ido á París al cabo de un encierro absoluto de quince días; se siente muy delicado y lo hace para recuperar sus fuerzas... Mañana, en la mañana, lo hallará usted, de fijo... déjeme usted su tarjeta....

—¿Para qué—le replico,—si no me conoce?..... yo soy americano....

—¿Americano?—repite con sincero asombro,—**¡ah! que c'est gentil d'étre venu de si loin**...

¿Creerá la buena señora que hice el viaje por conocer á su amo?

8 de octubre—Mejor de la bronquitis que me encamó desde anteayer, hoy, que se efectúan en Longchamps las carreras de caballos con el premio municipal de 100,000 francos, yo me lanzo á Auteuil otra vez, á ver si encuentro en su casa á Edmundo de Goncourt.

Lo encontré y me recibió.

Decididamente le he sido simpático á su cocinera, pues entre sonrisas y palabras amables precédeme escaleras arriba y escaleras abajo, en ese vestíbulo maravilloso, que, al igual de la morada toda, está idéntico á la minuciosa descripción hecha por el viejo novelista en sus dos tomos de la **"Maison d'un artiste."**

Junto á su vieja mesa de trabajo,—la mesa de "modelo" en que pintaban él y Julio, en la que luego escribieron ambos y en la que ahora sólo el anciano superviviente escribe,—me aguarda Ed-

mundo de Goncourt. Para saludarme, se descubre y no me tiende la mano, á la europea; cúbrese de nuevo, manda encender la chimenea, aunque el frío no es cosa mayor, sentámonos y me pregunta qué busco:

—Hablar con usted, conocerlo, y pedirle un autógrafo y un retrato con dedicatoria de su hermano Julio.

—Ah,—murmura, la cara tristemente iluminada por mi manera brusca de recordarle al muerto. Y volviéndose á la cocinera, que de rodillas está encendiendo la leña, agrega:

—Súbame usted un retrato de Monsieur Jules, de los buenos....

Mientras nos quedamos á solas, infórmase de si soy novelista, de dónde pasan las escenas de mis libros, de cuál es mi edad....

Dígole lo que á Zola, que no le ofrezco mis libros publicados, porque no entiende el idioma en que corren escritos.

—Es cierto,—exclama,—nosotros vivimos encerrados en el francés....

—Y hacen ustedes muy bien; ¿para qué preocuparse de las otras lenguas, si los que las hablamos ahorrámosles esa molestia preocupándonos con la de ustedes?

—Nó, no es eso; es que yo creo que á nosotros los artistas nos dañan los idiomas extranjeros, que no debemos ni intentar el aprenderlos.... Las palabras del propio, pierden entonces toda su personalidad, sus secretas harmonías, sus ritmos ignorados, y se transmutan en equivalencias por lo general prosaicas, muy prosaicas....

Vuelve la criada con la fotografía de Julio, y en tanto que de Goncourt escribe en ella, yo recuerdo lo que Zola me contó acerca del mismo Goncourt y acerca de Daudet: que entrambos me recibirían; que él, Zola, se hallaba en frío con ellos, y ellos, entre sí, en intimidad de tío y sobri-

no; que ahora comían los tres juntos sólo una vez al año; que no fuera yo á repetir á nadie las informaciones que me suministraba.

¿Se expresará Goncourt de Zola en parecidos términos?...

Goncourt ha concluído de escribir; contempla un instante el rostro de su hermano, y prorrumpe al alargármelo:

—Hélo aquí!... no sé qué le dió de rizarse el cabello aquel día... Era un buen mozo!...

Y arroja la tarjeta con alguna violencia, cual si quisiera ahuyentar un mundo de recuerdos tristes. No puedo yo dominar mi curiosidad, y leo la dedicatoria manuscripta arriba de donde la tarjeta dice: **"Maison A. Braun & Cie."**

"A Federico Gamboa.

Edmond de Goncourt."

... Continuamos la conversación, hasta que logro llevarla á Zola:

—Zola,—dice Goncourt,—es un ingrato y un afortunado. Ingrato, porque nos debe á Daudet y á mí muchas cosas, en cuenta algunos personajes cuya paternidad descubriráse el día en que lean seriamente nuestra obra; y afortunado, porque Daudet enfermo, yo viejo y achacoso y Maupassant muerto, nadie hay que le dispute el triunfo, y él impónese, vence con su libro anual y reglamentario, se declara jefe del **naturalismo** y se declara inventor de lo del **documento humano** (frase mía exclusivamente). Luego, que para mí hay descenso en su labor; el Zola de **"L'Assommoir"** no es el Zola del **"Docteur Pascal,"** ¡oh, nó! ni su sombra... Zola tiene muy pocas ideas; si lo traemos aquí, nos describirá admirablemente las bibliotecas, los cuadros, hasta el título de los libros, pero no podrá decir nada de nosotros, de usted y de mí... ¡Nunca pudo pintar séres!

... A poco, no recuerdo por qué, hablamos de

condecoraciones, es decir, de la Legión de honor. Lo hallo elevadísimo, hallo el Goncourt soñado, muy diverso del que acababa de deshollar á Zola causándome malísima impresión:

—Sí,—me afirma,—hace mucho tiempo que tengo la cruz... El imbécil del Emperador, que nunca hizo nada completamente bien, me la concedió á mí solo, me separó de mi hermano que la deseaba mucho más que yo... era un muchacho y ambicionábala **pour faire des femmes.** Por supuesto que quien me condecoró fué la princesa Matilde; está ya fuera de duda, que, si alguien no lo solicita, no hay gobierno que de **motu proprio** condecore á nadie. . . . destesto las tales condecoraciones; no reconozco en gobierno ninguno el insolente derecho de declarar que yo estoy por encima de usted ó por encima del de más allá, de marcarme como bueno, como excepcional, cual puede hacerlo con alguna producción del suelo... Prefiero el juicio del público, pues no obstante la tontería que lo distingue, es menos tonto y menos inmoral que el gobierno más inteligente y más honesto de cualquiera latitud. ¿Quiere usted una prueba?...... **La voici:** Nunca, jamás impúsose Francia al mundo con su literatura, como en estos últimos tiempos, del 70 acá; nunca viéronse ediciones de cientos de miles de ejemplares distribuídos en el universo entero, proclamando, por nobilísimo modo, que Francia piensa, que Francia es grande, que Francia es poderosamente artista.... ¿Y le parece á usted que á los autores de esas cosas se les dé la misma condecoración que á los generales de Sedán, á los maridos complacientes, y á los **ronds-de-cuir** de los ministerios?

—¿Es cierto,—pregúntole cuando se calma,—que una gran intimidad lo liga á usted con Daudet?

—Es ciertísimo! Los adoro á él, á su mujer, á sus hijos. La última de sus niñas, Edmée, es ahi-

jada mía—me explica sonriendo con la sonrisa codiciosamente melancólica de los viejos que no tienen hijos y se ven obligados á idolatrar á los hijos de otros.

—En mi vida literaria,—prosigue,—sólo dos veces he querido con todo mi corazón: cuando muchacho, á Gavarni, y ahora, de viejo, á Daudet...

Pónese á hacer el panegírico de éste, y aunque de tiempo en tiempo intercala inmodestias de á folio, como ya me ha subyugado, déjolas pasar sin censura interna, deslumbrado por los tesoros de talento que aún encierra esta cabeza inteligente, hermosa y blanca.

—¿Qué escribe usted, señor?...

—**"La Faustin,"** para el teatro.

—¿Y Daudet?...

—En medio de sus enfermedades, prepara, á la vez para el teatro que para el libro, su próxima obra: **"Le Soutien de Famille."**

—Por esa enfermedad, precisamente, no me animo á visitarlo...

—Pues es mal hecho, porque pierde usted la oportunidad de conocer á un **causeur** extraordinario...

—Sírvame usted de padrino...

—Con todo gusto. Él regresa á París dentro de una semana y yo como en su casa todos los jueves y domingos... Vaya usted en una de esas noches, después de comer... ¿Quiere usted que le enseñe la mía?

Nos levantamos y me lleva por todos lados, hasta al "granero" famoso (dormitorio antiguo de Julio), donde los domingos por la tarde reúnense algunos de sus amigos. Un encanto este "granero," que es salón ricamente puesto, con cuadros de los pinceles mejores, acuarelas de Julio, grabados y litografías, **avant la lettre,** de Gavarni; **kakemonos** curiosos y raros, porcelanas, tapicerías, divanes, mecedoras... ¡Qué lindas horas han de pasarse

ahí! A la derecha de la entrada, en un "bazar" de cristales, hállanse las obras de los Hermanos Goncourt, empastadas riquísimamente. Tomo al azar un volumen que llama mi atención: es la **"Mannette Salomon,"** con las pastas de marroquí de Levante, y en cada una de éstas un medallón de esmalte ostentando, pintada en miniatura, á **Mannette** de frente y de espaldas, en el instante en que dentro del taller del pintor queda desnuda. Aquello está firmado: Claudius Popelin!!!...

Al través de los vidrios de las ventanas, Goncourt muéstrame, por último, su jardín, del que vive orgulloso y al que declara responsable de habitar Auteuil....

Bajamos á su gabinete de trabajo; consulto mi reloj y resulta que, para mí, han volado dos horas largas....

Pídeme el maestro mi álbum y díceme con su dulce sonrisa aristocrática:

—Voy á verme en el trance de echarlo á usted; me ha desatado la lengua y me ha dejado sin trabajar.... ¿Qué quiere que le escriba?...

Y la idea suya, que servirá de epígrafe á mi novela próxima, viene á enriquecer, de su puño y letra, mi álbum de autógrafos:

—"Un romancier n'est, au fond, qu'un historien des gens qui n'ont pas d'histoire

Edmond de Goncourt."

... Al salir, paréceme que todo ello no ha sido cierto, y para que la tarde resulte completa, no regreso á París por el camino de hierro, sino por el ómnibus que llega hasta la Magdalena y en cuya "imperial" instálome modestamente: necesito acabar de saturarme de arte... Voy tan hechizado, que apenas si en la avenida de los Campos Elíseos se posan mis ojos en el alud de carruajes con faroles encendidos, que, creeríase, se despeñan del grandioso Arco de Triunfo para ir á desparramarse hacia abajo, por la Plaza de la Concordia.

Por fuera y dentro háme envuelto en nostalgias y anhelos el crepúsculo tristemente encantador de esta tarde de otoño incomparable...

10 de octubre—En el **Vaudeville**, á ver **"La Provinciale"** de Giacosa, arreglada á la escena francesa por Paul Alexis.

Magnífica, la primera impresión; y, sin embargo, dudo que la pieza, á pesar de sus grandes efectos dramáticos, resista á un análisis levantado.

En un café medio italiano, ubicado atrás de la Opera, conozco á Eusebio Blasco, quien dispénsame afectuosa acogida luego de que á él me presenta Gustavo Baz. Díceme Blasco que el General Riva Palacio le ha hablado de mí, en Madrid; y no sé por qué su dicho se me figura más galantería que verdad. Promete mostrarme las oficinas de **"Le Figaro,"** donde es él, actualmente, uno de los principales redactores; prométeme una visita; prométeme escribir en mi álbum....

11 de octubre—Entregué á Blasco mi álbum y me citó para mañana.

En **Varietés**, á oirle **"Mme. Satan"** á Baron y á la Granier.

12 de octubre—Un desengaño! Fuí esta noche al célebre "CHAT NOIR," y en vez de lo que nos hablan la tradición y la leyenda, aquel medio espiritual y delicioso donde bohemios de talento,—de genio, en ocasiones...—derramaban su aticismo durante tres horas consecutivas, me encontré con un sucesor ó heredero que no vale gran cosa... Los cantos, obscenos ó tontos; la asistencia,

dudosa... Aceptable, en música, una especie de oratorio delicado, que se intitula: **"La Marche á l' Etoile,"** con letra de poeta de veras, y decoraciones de sombra, al trasluz (especialidad de la casa); en canto, una romanza de honda ternura bien hallada; una madre arrulla á su hijo y lo amenaza, si no se duerme pronto, con embarcarlo en cierto **petit navire** medroso y fantástico..... pasan los años, el niño es hombre y marinero... por las noches, él, en el mar, y ella, en la casa humilde, cada cual entona al dormirse la canción del **petit navire**... y el **petit navire** medroso, de veras se lleva al hijo, al fondo del océano, en una borrasca...

Lo restante, abominable; indigno de la reputación del sitio y de la capital del pueblo "más espiritual de la tierra."

13 de octubre—En el **Palais-Royal**, á ver la **"Nounou"** de Hennequin. Un horror, y cuenta que Hennequin no es el primer venido.

15 de octubre—Blasco, como buen godo, no ha cumplido nada de lo que me prometió. Ni me ha visitado, ni me mostró **"Le Figaro,"** ni me había devuelto mi álbum, hasta hoy.

Por suerte, al devolvérmelo está en buen momento de locuacidad y de humor, y excúsase, echando la culpa de sus informalidades á flaquezas étnicas y al arribo inminente de la escuadra rusa que ha sorbido aquí el seso á todo bicho viviente y que trae revueltos á los periodistas. Blasco se declara por la paz; atribuye á los próximos huéspedes eslavos una porción de virtudes, principalmente, la realización del desarme....

Me despido,—nos hallábamos en el Salón de Visitas del poderoso diario, salón que como todo el edificio, es un portento de lujo, decorado y **confort**,

—nó por las utopías que soltaba don Eusebio, sino porque llegó á hablarle una madama de rico pergeño.

En la misma escalera marmórea, por alborozo justificado, leí su autógrafo, que dice:

"¡Oh, Méjico! á quien debí
"una afección tan sincera,
"el día en que yo me muera
"acuérdate bien de mí!

Eusebio Blasco

"París: 12 de octubre de 1893.

"Día de la Virgen del Pilar de Zaragoza y del "descubrimiento de América."

16 de Octubre—En Cluny, á ver "Boubouroche," pieza pseudo-naturalista, de la escuela moderna... ¡Pobre "naturalismo"! por qué calvario lo hacen caminar sus enemigos y sus amigos exagerados, es decir, los que no lo entienden y los que lo calumnian.

La pieza, es un mamarracho soberano, de tirar los cojines al escenario.

17 de octubre—Llegaron hoy los marinos rusos.

París, de gala, colgado de banderas, flámulas, gallardetes, coronas y flores. Los parisienses, en el colmo del frenesí.

Según opinión de viejos residentes lutecianos, ni cuando los esplendores de Napoleón III, ni cuando la Exposición última, nunca ha ofrecido París aspecto parecido... hasta los pobres "rosses" de los fiacres ostentan, unidas, las banderas del país del Terror y de la Comuna, y la del país de los sínodos y de los czares. Todo está aquí por Rusia y á la rusa.

Frente al Círculo Militar,—esquina del boule-

vard y de la rue Royale,—donde han alojado á los marinos de graduación alta, el almirante Avellane á la cabeza, la inmensa mole de gente que venía aclamándolos desde el paradero y que cabía apenas en la ancha Plaza de la Opera, en las desembocaduras de la Avenida del mismo nombre, de la calle de la Paz y del Cuatro de Septiembre, del boulevard de los Italianos y del de Capuchinos, cuando el almirante, rodeado de algunos oficiales se asomó á los balcones del edificio y desde ellos saludó quitándose su sombrero montado y deslumbrante de galones, esa mole, esa multitud inmensa, apiñada, imponente, vibrante, en que abundaban las señoras, y los niños,—hasta críos,—no escaseaban, esa multitud se descubrió á su vez, agitó sus sombreros por los aires, cargó á sus hijos, en alto, y, sin acuerdo previo, sin música, principiando muy piano, muy unísonos, subiendo luego la voz, la intención de los versos épicos y alados, cantó "La Marsellesa," ¡oh! una "Marsellesa" como nunca oí antes, como de fijo nunca oiré después, los rostros vueltos allá, al Rhin, las manos tendidas á los rusos que no podían más, los ojos preñados de lágrimas que resbalaban por los rostros varoniles, que se perdían en las barbas recias, en las barbas rubias de esos hombrazos del Norte, en las del almirante, que, en un rapto de emoción y no pudiendo echarse él entre aquellas manos que pedían reivindicación de pedazos de patria, les echó el sombrero montado, el deslumbrante de galones que ahora brillaban al sol, como promesas, y que en su rápido descenso, su instantánea parábola, simuló la caída de una ave portentosa, de oro y de ensueño....

Algo debe habérseme lastimado dentro del pecho, porque el corazón me lo advirtió y mis ojos lloraron... mis ojos, que si es cierto que mucho "tienen" que admirar en Francia, nada "debieran tener" que ver con ella, ni con sus penas hondas, ni con sus desgracias grandes...

Una coincidencia: En el preciso momento en que los marinos se apeaban de los trenes en el paradero, el mariscal de Mac-Mahon rendía el alma en su casa de campo, es decir, moría el duque de Magenta, uno de los creadores de la Italia contemporánea y el vencedor de esos mismos rusos, en Malakoff.

Por la noche, una encantadora novedad para mí: todo el teatro de la Opera iluminado con luces de gas en su exterior, hasta en sus techos y cúpulas. Hay función de gran gala, y no pude, por ningún dinero, procurarme asiento ni en la galería.

Voyme á **Folies-Bergére.**

18 de octubre—El entusiasmo de París por sus visitantes, aún sube de punto; parece que en la atmósfera misma respiráranse aires de festivales perennes, de patrias completas y felices...

En la Opera, á escuchar **"Salammbó."**

Mise-en-scéne extraordinaria; la música, aunque de maestro francés, marcadamente wagneriana; el libro, como todo libro dramatizado, con mutilaciones y jibas. Si Flaubert viviera ¿aprobaría la dramatización de su novela?

19 de octubre—Esta noche se llevó á cabo una anunciada y gigantesca **rétraite aux flambeaux.** Míranse los boulevards tan adornados, con tal derroche de iluminación, que se queda uno atónito, suspenso, preguntándose si será aquello cierto... Imposible el presenciarla; calculan, los que de estos

cálculos saben, que entre "actores" y espectadores, en el largo trayecto que recorrió triunfalmente, aclamada y aplaudida, del Hotel de Ville á la Plaza de la Concordia, no hubo menos de 400,000 personas...

Como es jueves, y Goncourt ha de haber anunciado á Daudet mi deseo de visitarlo, á las 9 renuncié á la fiesta, me empaqueté en un coche y á un buen trote, fuí á dar á la vivienda de Daudet, del otro lado del Sena, hasta la rue Bellechasse.

Queda su habitación en las alturas máximas, en el cuarto piso, y no hay ascensor. Recíbeme un criado de frac y corbata blanca, y me entra en el vestíbulo:

—¿A qui dois-je annoncer?...

Con la certidumbre de que seré bien acogido, alargo mi tarjeta, imperialmente...

Mientras el fámulo no regresó, yo examiné el recibidor iluminado con algo de melancolía por gran farola medieval de hierro y cristales ensombrecidos. En aquella penumbra, no de mal tono, observé la alfombra, detallé los tapices orientales, un canapé anchísimo, con cojines,. dos arcones muy viejos, sobre pies "de estilo," los cuadros de los muros.... Más familiarizado con la media obscuridad, advertí, encima de una mesa, sombreros femeninos, abrigos de hombre... Oí, en el comedor, ruido de charla múltiple.

Resueltamente, estos grandes novelistas viven y se tratan como príncipes, ¡qué instalaciones, córcholis! ¡Qué diferencia con nosotros los artistas, y no artistas, **des pays chauds**!... En cuanto algún dinero se apaña, ó se hereda, ó se consigue Dios sabe cómo, vengan alhajas, coches, caballos, **vanitas**!... Zola, Goncourt y Daudet, pongo por caso,—que entre los tres reunirán desahogadamente unos diez millones de francos,—carecen de carrua-

jes, etc., pero en cambio poseen palacios en la ciudad y en el campo, y cada palacio, por el mobiliario, preciosidades y refinamientos, revela la civilización exquisita de su dueño.

Regresó el criado y me desahució:

—Que perdone usted si no lo recibe esta noche, pero tiene muchas visitas; que venga usted mañana, en la mañana...

Nada contesto... A pesar de que no hay motivo, lastímame el comportamiento del autor de "Sapho," casi le guardo rencor... ¿Cómo volver mañana, en la mañana, si "mañana, en la mañana," parto á Saint Nazaire, á tomar el barco que ha de llevarme á Veracruz?

Regreso á pie, y atravieso la Plaza de la Concordia, que se arde de luz, por la que vagan todavía ecos y calor de la permanencia en ella de la **rétraite aux flambeaux.** Un detalle: en las fuentes, las banderas rusa y francesa muestran los colores que les son propios, con gas hidrógeno.

La Plaza está relativamente desierta, en ella despídome de París, una despedida muda y tierna.... Por más que nada lo justifique, abrigo la certeza de que he de volver á verlo, alguna vez...

Parto contristado: Gounod se me murió el día 18, y á la Judic la dejo cantando en **"El Dorado,"** ¡un café-concierto! En ellos principió su carrera y en ellos va á terminarla.

Sic transit gloria...

SAINT-NAZAIRE Y NANTES

20 de octubre—Después de una caminata en tren, de casi diez horas, arribo esta noche á Saint Nazaire.

Acomodación imperfecta en la hospedería principal de este puertecito bretón y muy cercano pariente de El Paso, en T-jas. El Ministro Sánchez Azcona, en condiciones pésimas; mañana será el embarque, y la partida.

21 de octubre—Viaje pospuesto, por todo un mes, á causa de la gravedad con que amaneció Sánchez Azcona....

En unión de don Platón Roa, cónsul de México en estos andurriales, antiguo primer Secretario de la legación en Centro-América y excelente amigo nuestro, voy á que nos cambien los pasajes; luego, con murria negra yo, tomamos el tren de Nantes, á donde llegamos en breve. Sánchez Azcona y su esposa, instálanse en la casa de la familia de Roa, y yo doy con mis huesos,—y los de mi perro "Gaucho,"—en el "Hotel de Francia."

No hay que pensar en viajes hasta el 21 del próximo noviembre....

22 de octubre—A mostrarme algo de la ciudad, me saca Roa esta tarde.

Es domingo, y calles y plazas están llenas de gente que pasea...

Entramos en la Catedral, gótico edificio sin con-

cluir, que de viejo viénese abajo en su parte concluída,—que es lo más. Increíble lo que los siglos arruinan á la misma piedra; veo trozos, materialmente roídos por los años. Hay dentro del templo, afluencia de fieles; estos bretones siempre fueron fanáticos, y monarquistas, como sus vecinos los "chouans" de la Vendée. Sobre tantísima gente arrodillada, domina una nota dulce: la de los gorros blancos de las bretonas, semi desvanecidos en la luz melancólica, que, al través de los largos ventanales con vidrios de colores y en forma de ojiva, se difunde por las naves del templo... Varios canónigos, de sobrepelliz, ganguean rezos, desde sus sitiales del coro bajo...

Dos tumbas curiosas, monumentales, de mármol; á la derecha, la de Francisco II, postrer duque de Bretaña, dentro de ella sepultado con sus dos cónyuges sucesivas, una de las cuales fué Ana de Bretaña, apellidada célebre ¿célebre por qué?.... A la izquierda de la nave central, la tumba del General Lamoriciére, cuyo apellido no me es extraño. ¿Lamoriciére, Lamoriciére?... y apenas si rememoro su destierro en 1852, su comando en jefe de las tropas pontificales...... Está visto que ignoro la historia de Bretaña, la historia antigua y la moderna.

Al lado de la Catedral, agoniza el antiguo obispado, mucho más caduco aún que el templo, á él afianzado con grandes estribos de madera que le impiden acabar de desmoronarse.... Nadie habítalo, todo él vése negro, dislocado, venerable.

Hasta el Jardín de Plantas llegamos, luego de cruzar por sendos puentes, La Loire, que atraviesa toda la ciudad, y sus dos afluentes, L'Erdre y La Sévre, que también por entre sus calles se cuelan.

De regreso, costeamos el Castillo de Nantes; otra ancianidad de piedra, convertida hoy en prosaico cuartel de infantería; sin agua su anchísimo foso, sin funcionar su puente levadizo.

La primera impresión de toda la ciudad no es favorable, resulta fea, de calles estrechas, pestilentes, tortuosas. Diríase que es una enferma vieja que sólo aguarda la hora de su muerte, después de haberse puesto bien con el cura y el notario.

29 de octubre—Una espantosa semana la que he pasado!... Sin ningún aliciente en esta ciudad viejísima; sin nadie con quien cambiar ideas; sin nada que distraiga mi espíritu, excepción hecha de las "Memorias" de Tolstoi, que leo á ratos.

Nantes, parece odiosa, sucia, triste.... Algunas noches he salido á caminar con Roa, nos hemos aventurado por sus calles más tuertas, más sombrías... el principal adorno de éstas, fórmanlo montones de basura, que los vecinos amontonan en el empedrado, frente á sus puertas... Que vengan á hablar de nuestro pobre América!...

Hoy, archivo otro colmo: los domingos, aquí, las boticas ciérranse á las 11 de la mañana, y así puede usted agonizar, no obtendrá el medicamento más sencillo en parte ninguna... ¡Bendita civilización la de estos **países cultos**!

Comienza Sánchez Azcona á mejorar de nueva cuenta; el doctor, por primera vez, nos da esperanzas.

30 de octubre—Cuando en el hotel me presentan hoy la cuenta de mi semana, advierto que me roban, y protesto; por dos medias bujías esteáricas, cóbranme 4 francos y 50 céntimos!!!

Descaradamente, la dueña me declara, que, supuesto que no como en el hotel, con algo había de resarcirse:

—Ja l'ai fait pour me ratrapper...

Múdome á un cuartucho de un mal encarado "**hotel-garni.**"

31 de octubre—Levantado desde muy de mañana y no de halagüeña sombra, empeórame ésta el que me exijan en el despacho mi nombre, residencia, profesión, edad. Titubeo en declararme zapatero, albañil; pues no es decoroso declararse "cesante," vago, vale decir. Al fin escribo en el mugriento registro, lo que soy, lo que he sido, lo que seré siempre, **Deo volente:**

—"**Homme de lettres**"...—profesión de la que gusto más, á pesar de los pesares, que de la de secretario, ministro y aun embajador.

Échome á la calle seguido de este "Gaucho" inteligentísimo, que no cesa de mirarme con lástima, desde que al retortero lo traigo en ferrocarriles, vapores, hoteles, etc., etc.

Con él llego al Jardín de Plantas,—hasta hoy el único sitio de mi gusto que he hallado en Nantes. —é instalándome en uno de sus bancos solitarios, frente al lago de los cisnes, sumérjome en quieto bienestar, mientras "Gaucho" ladra y corretea contentísimo, por las alamedas.

1.° de noviembre—Esta mañana, temprano, regresé al Jardín de Plantas, con "Gaucho," y ya más habituado á esta ciudad, ríndole una justicia: abunda Nantes en rincones, callejas y detalles bellísimos, del más puro arcaísmo, de los siglos XII y XIII, XV y XVIII; estilos puros, desconocidos para mis ojos de americano curioso. Si fuera yo pintor, aquí pasaríame un verano tomando notas, acumulando impresiones, y tornaría á mi taller con un pequeño tesoro...

Por ser hoy Todos Santos, hay alguna gente en

el Jardín; de ahí que lo abandone antes de lo que me había propuesto....

2 de noviembre—Día de Muertos que me paso clausurado en mi fementido **"hotel-garni,"** absorto en la lectura del ADOLFO de Benjamín Constant. Y aunque comprendo que al libro aféanlo defectos fundamentales, que entre sus páginas anda muy acentuada la influencia de WERTHER y de RENE, léolo con deleite, con avidez casi....

... ¡Qué no daría yo por poder trabajar mi nueva novela en algún gabinete que fuera mío de veras, como el que tuve en Buenos Aires!.... Pienso en que si por desgracia quedara yo mucho tiempo sin empleo, la lucha por la vida obligaríame á mancar mi pobre obra literaria, para siempre tal vez... y algo íntimo se opone y protesta... Formulo un voto, solemne: suceda lo que quiera y mientras de mí dependa, nunca abandonaré las letras, aunque tenga que volver á las galeras del periodismo.

3 de noviembre—Muy de mañana, al salir apresurado para dar alcance al tren de Saint-Nazaire, detúvome el camarero de mi cubil y me informó de que, según una reciente disposición oficial, obligado estoy de ir á declarar, como cualquier extranjero, mis **intenciones** (!) al "Bureau de la Guerre," y allí mostrar mi pasaporte....

(**Nota bene**: Esta Francia es la misma de la Revolución famosa y la que luce en su escudo las palabras: "Libertad — Igualdad — Fraternidad," ¡Conste!)

—¿Me habrán visto cara de anárquico las autoridades de Nantes?—me pregunto á mí mismo.

Desde las 11 de la mañana, hallámonos en Saint

Nazaire; vine á elegir los camarotes que habremos de habitar á bordo de "La Navarre," el nuevo trasatlántico que, Dios mediante, ha de depositarnos en la tierra.

Cuando al muelle llegábamos Roa y yo, "La Navarre" comenzaba á alejarse; mas gracias al remolcador que nos proporcionaron y en el que salimos tras el monstruo, le dimos alcance en la rada exterior, detuvo sus andares, nos tendió una escala y nos recibió en su seno.

Lindísimo barco, de lo mejor en su género hoy por hoy; comedor, fumadero y cabinas de lujo, son de veras espléndidos... El comandante,—que colma de atenciones á Roa,—es el conde de Kersabiec, de la primera nobleza de Bretaña y antiguo teniente de navío de la Armada francesa; parece amable y distinguido, allá veremos.

El ingeniero constructor, está orgullosísimo de su obra, en su contemplación recréase y nos la muestra con ademanes paternales; creo que hasta la acaricia, á hurtadillas, en los sitios aun no concluídos....

Vamos, pues, á navegar en buque virgen, acabado de construir; estrenaremos muebles, ropas, vajillas... ¡Mejor, menos riesgos de contagios!

4 de noviembre—En busca del mentado "Bureau de la Guerre," voy, bondadosamente acompañado de Roa, al Estado Mayor del 11.° Cuerpo de Ejército, un espacioso inmueble ubicado en la caduca Plaza de Luis XVI.

El capitán, que hémos mandado llamar por conducto de la guardia, asegúranos que no es allí adonde debemos dirigirnos, sino al Castillo.

Al Castillo encaminámonos, y el vetusto aspecto del anciano de piedra, me hace relegar á segundo término el primordial objeto de nuestra visita....

Con recogimiento verdadero, cruzo el puente le-

vadizo, entre otras causas, porque es éste el primer puente de esa clase que me ha sido dado cruzar.

¡Qué patio interesante el que al entrar se divisa! ...Hay, sobre todo, un pozo, que casi dipútolo por superior en belleza artística al celebrado, y con sobrada razón, del museo de Cluny, en París; éste es medieval completamente, de piedra y hierro, ennegrecida aquélla, desgastada, eterna; tomado de orín éste, gótico, hecho un encaje del que arrancan á modo de brazos de horca, hasta cuatro poleas giratorias....

A sus espaldas, levántase una fachada Renacimiento de cuatro ó cinco pisos; y á su frente, surge un cuartel moderno, modernísimo, de ladrillo rojo, con sus ventanas, sus series de ventanas, en despiadada y prosaica simetría....

Por el patio inmenso, abundan los carros de municiones, hay algunas piezas de artillería, escasos árboles con poquísimas hojas ya, á causa del invierno que se aproxima, y un gato negro enroscado sobre una cureña sin cañón, inmóvil, cual si formara parte insensible de la incompleta máquina de guerra... Aquí y allí, grupos de soldados; invisible, una corneta toca algo; esfumándolo todo, dulcísima luz crepuscular, luz de estas últimas tardes de otoño europeo....

En una oficina medio obscura y medio desierta, situada en el **rez—de—chaussé**, nos recibieron un sargento que fumaba un cigarrillo, un soldado que comía su "rancho" y un civil que acompañaba á entrambos.... No era allí tampoco!.... adonde tenemos que presentarnos es en la **Mairie**....

Yo no renuncio á la coyuntura de visitar el Castillo, supuesto que me lo permiten, y como Roa, porque ya lo conoce, se marcha y me deja, acompañado de **Mme. la Concierge**, recorrí el edificio.

Asoma al patio una ventana ¡sólo una! del más puro siglo XIII, que, es fama, dió luz á las nup-

cias de Luis XII con cierta duquesa de Bretaña. Junto á la ventana, la estancia en que estuvo prisionera la duquesa de Berri, y que es hoy una oficina militar. Luego, la capilla de la fortaleza, restaurada, pues la primitiva voló con un polvorín en tiempo de Napoleón I. Y á cada paso, primores de arquitectura; rincones en ruinas; yerba raquítica y friolenta, que por los muros de la estantigua, trepa y crece; lo moderno y lo antiguo: al lado de un fragmento de piedra afiligranada, una pieza de artillería flamante.... por entre las ruedas de la cureña de una de éstas, un gallo arrea con sus esposas, rumbo al amor y al sueño, contándoles qué sé yo qué cosas en roncos cacareos, que las otras escuchan más que con los oídos, con sus ojillos de ágata y ópalo, clavados en su sultán apasionado y valeroso....

A unos cuantos metros del suelo, el viejo "Camino de Ronda", truncado á trechos.... Sobre las puertas principales del Castillo, dos escaleras que por separado conducen á la sala en que se firmó el Edicto de Nantes!.... Y en esa misma sala, en este año de gracia, se lee:

—**"Artillerie—Salle d'Armes"**....

Precedido siempre por la conserje,—que me ha resultado denodada y amable,—échome á pechos, ó á piernas, mejor dicho, las 170 gradas de la retorcida escalera de la torre—el **donjeon,**—hasta no parar en la cámara donde preso vivió el Cardenal de Retz: habitación enjalbegada, de bóveda, con dos ventanas asimétricas y una gigantesca chimenea, de piedra, de las de los tiempos idos, y, en su hogar enorme, con cenizas aún.... sí, cenizas, pero, según la conserje me explica, provinientes de los últimos ocupantes: ¡unos "maestros" zapateros del regimiento de caballería!....

... diez peldaños más,—ya jadeamos la conserje y yo,—y toda Nantes se muestra á mi vista.... Sinnúmero de edificios, como aventados de un gol-

pe por la mano de algún titán mohino..... desde esa altura, apenas si se advierte lo angosto de las calles......

Casi es anochecido.... las luces de gas, surgen por doquiera.... espesa neblina ha caído encima de la ciudad, neblina color de plomo, igual á sucio gorro de dormir.... Por diversos puntos, el río, con sus reflejos turbios de agua impura, de agua que hasta el cólera ha acarreado en más de una ocasión, taladra la masa que se desvanece en lo obscuro....

El descenso lo efectuamos en tinieblas. Gratifiqué á la conserje con alguna liberalidad, á la puerta de su **"domus,"** del que salían emanaciones de una exquisita **soupe aux choux, la soupe aux choux** de las porteras francesas, que no se come igual en parte ninguna, ni en Bignon....

Una ironía más, la impresión última del Castillo: en la antigua Sala de Castigos, de bóveda plana, comen y ríen los soldados adinerados, es la **cantine** de la guarnición; y la vi llena de lámparas de petróleo, de humo, de militares, de cantineras que esquivaban el busto con chillidos y risas, de las caricias confianzudas de su parroquia........

7 de noviembre.—En el Museo de Bellas Artes. Varios cuadros de mérito; firmas serias, firmas grandes: Rubens, El Tintoreto, El Españoleto, Andrea del Sarto....

Diversas cabecitas encantadoras, de Delaroche; un cuadro de Gérome que me enamora: una barca, sobre el Bósforo, con un cautivo á su bordo, un tañedor de guzla, dos remeros negros y el patrón empuñando la barra; á lo lejos, la ciudad, y el ambiente todo bañado por esa incomparable luz de Oriente, que tan bien supo sentir Gérome.

Estoy pasando por algunos días de aburrimiento inconmensurable, en ociosidad embrutecedora, sin

otra distracción que echarme á contar los minutos que me faltan para dar término á este regreso dilatado y penosísimo.

12 de noviembre—Aparte la atmósfera de estulticia propia á las ciudades provincianas de Francia,—tan admirablemente mencionada y censurada por los hermanos Goncourt en su "Journal,"—Nantes ofrece otra particularidad: una falta de temperancia absoluta. Por dondequiera, míranse ebrios de los dos sexos, de la clase baja, que en grupos, en parejas, solitarios recorren la ciudad entonando cantos destemplados, deteniéndose á disputar entre sí, ó á orinar en las aceras, contra las paredes de los edificios.... Y nadie se sorprende, la fuerza de la costumbre impera...

21 de noviembre—(A bordo de "La Navarre", de la Cía. General Transatlántica) Al fin nos embarcamos hoy al medio día, y á la 1 de la tarde emprendemos la marcha, el Ministro en condiciones pésimas, en una delicadeza extraordinaria.

No obstante sus bellezas de relumbrón,—como todos los "paquetes" modernos, que descuellan por su lujo **criard** y acanallado, propio para deslumbrar salvajes, léase, nosotros, los americanos,—"La Navarre" abunda en imperfecciones y lunares, cual todo lo nuevo. A cada minuto, adviértese que algo no funciona bien, que hay mucho que enmendar, ó que reponer; mi camarote, por culpa de no sé qué cañería ó qué bomba torpe, se me inunda de pronto, la sombrerera y los bultos de mano flotan, se golpean, zozobran.... dormiré en la humedad... El servicio, atroz; nos dicen que mejorará en cuanto se acostumbre á lidiar con tanto pasajero.... El cocinero..... no parece francés!

22 de noviembre—(Santander) ¡Con cuánta emoción desembarqué en el puerto montañés!.... Sobre que, después de haberlo deseado tantísimo, es ésta la primera tierra española que piso en mi vida.

Y lo que es la suerte de cada quien, tócame conocer Santander en mal momento, á raíz de la tremenda catástrofe del "Cabo Machichaco" volado por la dinamita; catástrofe que desfiguró el puerto siniestramente, que le restó centenares de hijos.

Al cruzar la bahía, muéstranme lo que sobrenada de la arboladura del buque-homicida, y allá, al fondo, las ruinas de los edificios que humean todavía.

Interrogo al consignatario de la Trasatlántica, que viene con nosotros los curiosos en el remolcador de la agencia, acerca de lo que esencialmente me interesa, acerca de las dos glorias hispanas que habitan este puerto: José María de Pereda y Benito Pérez Galdós.

—Pereda,—díceme el agente,—atraviesa por un trance amargo: un hijo suyo, de 25 años de edad, sin que nadie hasta hoy sepa la causa á ciencia cierta, se suicidó hace unos cuantos días...

—Pérez Galdós,—sigue mi informante, luego de elocuente silencio,— se ha marchado á los Madriles, á organizar una fiesta en favor de las víctimas del "Machichaco"..... Pero vea usté su casa (**apuntando por encima de nuestras cabezas, vueltas hacia donde la mano señala,**) su "hotelito," como él lo denomina, acabado de parar hará dos años....

En efecto, sobre la orilla frontera de la ciudad, en pequeña eminencia, divísase una casa de estilo moderno,—¡qué pecado!—ganada libro á libro por el ilustre novelista canario.

Recorro lo más que puedo de la ciudad; entro en un café; interrogo transeuntes, y, encantado de al fin de posar mi planta en tierra española, piso

fuerte, deténgome en las esquinas, en las plazas, para verme y para que me vean ¡en España!.....

Añicos vuélvese mi júbilo no bien regresé á bordo...... Invádenos gente ordinaria en su gran mayoría; invasión de "boinas" y de "alpargatas", de españoles analfabetas enriquecidos en nuestra América, que aún se creen sus conquistadores y dueños, que nos miran por encima del hombro, que apestan la limpidez oceánica con el humo de sus cigarros, con el eco brutal de sus "co...rchos" y "p....einetas"....

23 de noviembre—(La Coruña) Dentro de la bahía, sin poder saltar á tierra, por la brisa...

A la tarde, aprovechando instantes de calma, nos lanzamos á la ciudad, en un bote expertamente manejado de timón y remos.

Nota que nos mueve á reír, aunque pudo movernos á llorar: maniobrando en las aguas inquietas, cual si de tierra hubiese sacado honda "juma" alcohólica, un barquichuelo de vapor dibuja equis y dibuja abecedarios, se acuesta de un lado, se acuesta del otro....

—¿Qué es eso?...—preguntamos á nuestros bogas gallegos.

—¿Eso?... pus, ya lo ven ustedes... un señoritu que mejor debiera haberse quedado en casa... ¿verdá, tú?....

Y luego de reír nuestros hombres de mar, nos pormenorizan, en serio, quién es el del vaporcito: un indiano, (es decir, un español enriquecido en "Indias"—América Española—que ha tornado á la tierruca á esperar la muerte disfrutando de su riqueza ultramarina,) de profesión farmacéutico, que se pasa la vida en la bahía, aprendiendo á manejar su lancha, muy recientemente adquirida.

En éstas, nosotros siempre mirando al aprendiz de nauta, el vaporcito endereza su proa contra el

costado de un imponente "carbonero" de Cardiff, y va y se estrella en la escala suspendida á uno de los grandes flancos metálicos, inhospitalarios, negros.... Cálmase pronto nuestra ansiedad... ya recogieron, maltrecho y sin su gorra blanca, al piloto fabricante de píldoras... ya lo suben al "carbonero," que se lo engulle por su portalón, como á una mosca... ya desenredan el barco de juguete del barco de océano... Y se ve el barquichuelo, lamentable, aboyada la proa, oscilante, tembloroso casi, cual si le doliera el golpe, cual si fuera á llorar, de dolor y de vergüenza...

Continuó, á bordo de "La Navarre," la invasión de ayer; en la tercera clase, hay más de 800 inmigrantes españoles para Cuba y México.

25 de noviembre—(A bordo) Presencio desde lo alto un espantoso drama que se representa en el entrepuente; argumento, el hambre; actores, varios inmigrantes; comparsas, mujeres y chiquillos mareados, tumbados al sol, luciendo su porquería, su miseria... Acaban de distribuirles su alimento, colocando encima de las duelas del piso, á la intemperie, el ventrudo caldero colmado de frijoles ó "judías," sobre el que estas gentes se tiran como bestias hambrientas y feroces. Pero hoy, varios individuos, por Dios sabe qué causa, han asido el caldero, y por arrebatárselo los unos á los otros, vierten su contenido y entablan horrible lucha á puñadas, á coces, á mordiscos... contemplándolos, mudos de espanto ó de indiferencia, las mujeres y los chiquillos... el escenario: alta mar!... los cielos y las aguas tolerando impasibles esa lucha de gusanos ponzoñosos que nada significanles...

No pude reprimirme, y antes de que los de á bordo fueran á apaciguarlos, á ponerlos con cadenas

en la bodega, bajé á intervenir... Un andaluz,—primer actor, de malísima catadura,—me retó, accionando mucho, el resto de la hampa, mirándome como á bicho raro y endeble:

—"Cármese uzté, cabayero, cármese uzté... y si está rezentío, pues, ná, me lo dice uzté en tierra, en la Habana..... y ya verá uzté, ya verá uzté!"....

28 de noviembre—Sánchez Azcona, casi agonizante!.... A pesar de sus sufrimientos, manifiéstame en medias palabras su terror de que lo echen á la agua, después de muerto....

Sin responderle nada por lo pronto, fuí y obtuve del médico y del comisario, la formal promesa de que, si yo consiento en ayudar al médico,—**condición sine qua non**,—caso que fallezca el Ministro, su cuerpo será embalsamado á bordo para que en la Habana le demos sepultura.

Y cuando volví á Sánchez Azcona, y se lo dije, ¡qué alegría la de sus expresivos ojos de árabe que el hálito de la muerte ha agrandado!... Nada me repuso, ni una palabra... se volvió á la ventanilla abierta por el calor y miró el sol, el pedazo de cielo que desde ella se abarcaba.

30 de noviembre—¡Mejor el Ministro! Comenzamos á confiar en que llegará con vida hasta Veracruz.

5 de diciembre—En la Habana, desde el día 3 y al cabo de doce años de no visitarla. Si se exceptúa una atmósfera de tristeza, pocos cambios advierto en ella...

... asisto, por la tarde, á una corrida de toros en la Plaza de Carlos III y conozco á una de estas

celebridades pálidas, de rostro macareno, el "Minuto," de Sevilla.

8 de diciembre—Antes de medio día diviso tierra mexicana, y siento, bien adentro, lo que siempre sentí cuando regreso á ella; sentimiento extraño, que lo componen muchas cosas... Cuando el "práctico" trepa á bordo, á mí se me nublan los ojos.... y mirando la línea de tierra, la playa mía, mirándola fijamente, entrañablemente, aislado en el trasatlántico, dejo que la nube de mis ojos se resuelva en lo que todas las nubes se resuelven...

Después de tres años y medio de ausencia, desembarco en Veracruz, á las 4 de la tarde. Leo, en el puerto, algunos mensajes de enhorabuena por mi arribo, y sin atinar á saciarme, respiro aire de patria, á plenos pulmones.

16 de diciembre—En la ciudad de México, desde la noche del 13. Impresiones diversas: las afectivas, de familia; la muy grata que me proporciona siempre la ciudad, á la que encuentro ahora hermosísima, llena de edificios nuevos... En cambio, en diarios, conversaciones, etc., ni un átomo de arte, como en Africa! La política impera.

El señor Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores de México, á raíz de benévolo y afectuoso recibimiento, confírmame mi cesantía: por lo pronto, nada hay para mí!

El entrante lunes, seré recibido por el Presidente de la República,—á quien nunca hablé ni vi de cerca,—y siento alborozo de artista por hallarme al fin frente á frente de ese "caso individual" tan extraordinario.

18 de diciembre—Hoy fuí recibido por el Presidente de la República, á la 1 de la tarde, hora de su acuerdo con el Ministro de Relaciones Exteriores, á quien yo acompaño.

El señor Mariscal, me indica que aguarde al Presidente en un salón bien espacioso, al que llegamos luego de cruzar varias estancias y antesalas desiertas y frías, y en el que me instalo riendo para mis adentros de la extrañeza que se dibuja en el rostro del ayudante de guardia, por ese mi ingreso tan fácil y rápido. Lo veo que está preguntándose quién será este intruso que él no conoce. . .

Desapareció el Ministro por una puerta gruesa, antigua y artística, á la izquierda; y cuando yo me acostumbré á la penumbra de la habitación, mucho me sorprendió la tapicería que la embellece. . . Sobre el fondo rojo de raso y en él grabado, alcanzo á ver nuestra Aguila, con corona y cetro imperiales; debajo de ella, el lema de gobierno del Archiduque Maximiliano. . . "Equidad en la Justicia," leo á cada paso, y me felicito de que perdure aquella tapicería, sí, es la mejor prueba de que en México no se destruye por destruír. . . . Se destruyó un Imperio, ¡enhorabuena!, pero nó esas tapicerías imperiales, ni los jarrones de mármol que se divisan en las antesalas, ni los candelabros monumentales, de bronce, que figuran en el patio y en las escaleras, es decir, que estuvimos un grado arriba de los asaltantes victoriosos de las Tullerías y del Palacio Real, pongo por caso. . . .

Mis entusiasmos decaen al descubrir sobre la magnífica alfombra de alta-lana, unas horribles escupideras de china, y encima de dos mesas, lámparas de petróleo, groseramente democráticas. . .

De súbito, sin ruido casi, veo delante de mí al Presidente de la República, árbitro actual de los destinos de un pueblo de 14.000,000 de seres. . .

Ya no es el mismo que yo conocí de vista, desaliñado, con aspecto de guerrero, de soldado veterano y peleador; éste es un caballero correctísimo, á la inglesa en pergeño y modales, muy afeitado, muy serio, irreprochable.

Nos sentamos, él, en la sombra, yo en la luz,—y es rasgo que no me disgusta en un gobernante sagaz, en un observador y manejador de hombres, como es él. Durante unos diez ó quince minutos se habla de generalidades, deteniéndose un tanto sobre el tema de "querer es poder" ... Su silencio repentino indícame que da por terminada la entrevista, y me levanto, me despido, me marcho pensando cuán difícil tiene que ser el ver claro dentro de uno de estos espíritus grandes y múltiples... Sin embargo, yo querría estudiarlo de cerca.

22 de Diciembre—Cumplí 29 años.... Muy poco he hecho, urge trabajar más.

23 de diciembre—¡Con qué conformidad incuriosa, y para mí exasperante, tolera México la lenta invasión yanqui! Rótulos comerciales, hábitos, etc., vanse infiltrando é infiltrando en nuestro organismo nacional!... Esta tarde lleváronme á un hipódromo, el del Peñón, que parece en todo y por todo un hipódromo de los Estados Unidos; los empleados, los jockeys, la gran mayoría de concurrentes, hasta los caballos... hasta los programas son yanquis...

24 de diciembre—Navidad. Pásome la noche en familia, después de varios años de ausencia, y es indecible lo que gusto de nuestra cena á la media

noche, de la reunión íntima... Nada me dice la calle con sus ruidos alegres, sus cohetes, sus guitarras, sus cantos; antiguo noctámbulo y empedernido pecador callejero, opto hoy por los juegos de mis sobrinos, por la plática de mis hermanos—un piadoso manoseo de recuerdos santos, de amores idos, de dichas muertas...

26 de dbre.—Rumbo á Veracruz, en camino de hierro.

Al pasar por Camarón, un viajero veracruzano, viejo ya, señálame una casa histórica, al otro lado del paradero. Allí se registró una resistencia heroica, cuando la Intervención, de 50 soldados franceses contra 600 soldados mexicanos que los sitiaban y al fin dieron cuenta con ese puñado de bravos que no quisieron rendirse...

La casuca, pintada de blanco, la han transformado en venta, está vestida de flores, bañándose en luz.

30 de dbre.—(Veracruz) En bote, á visitar la fortaleza de San Juan de Ulúa, que cuando muy niño recorrí sin poder darle importancia.

El gobernador resultó amigo mío, y con su venia y un "ordenanza," fuí y visité el fuerte, por todas partes.

Impresión de horror, en lo general. Ya al irme, y considerando que acaso pueda servirme para la novela que ahora tengo en el yunque, hago que me muestren una galera con presidiarios.

Váse mi mentor en busca del "presidente" del presidio (denominación curiosa que se emplea en presidios y cárceles de México para designar al individuo que por su buena conducta de rejas adentro, y por su valor comprobado, ora con su crimen,

ora con hechos posteriores, queda con jerarquía de jefe sobre sus compañeros de cadena, se le inviste de cierta autoridad, no usa el uniforme, y así extingue su condena.)

Alguien me informa de que el "presidente" que á la galera nos conduce, es un antiguo capitán del Ejército, sentenciado á dieciséis años de reclusión, por homicidio, y en vísperas de salir libre. ¿Qué hará este hombre con su libertad...?

Y de pensar yo lo que hará él, esbózase una novela, muy en globo, el armazón del libro, al que bautizo con título de mi gusto; la denominaría "El Licenciado"... me esmeraría en la pintura de sus amores, unos amores puros, con mujer buena que á fuerza de caricias y besos le medio borraría del alma las indelebles manchas que hubieran dejado en ella ¡quieras que nó! dieciséis años de presidio...

Cuando me saludó el "presidente," parecióme descubrir en su mirada, domesticadísima por esta férrea disciplina, sedimentos de odio hacia nosotros, los libres, los que no hemos padecido nunca de cautiverio tan prolongado y vengativo, tan injusto—¿por qué no injusto?...

Luego, á la militar, desde afuera de la galera, grita á 300 presidiarios:

—¡A formar por compañías!...

Abriéronnos las dos rejas de madera, y, al pronto, nada distinguí, tal era la obscuridad; sólo escuché un rumor como de avispas enfurecidas y colosales...

El "presidente," volvió á ordenar:

—¡Silencio!!...

Y la masa de condenados, que ya veía ondular, se calmó al instante, enmudeció, púsose rígida; y su respiración múltiple llegó hasta mis oídos, simulando, al llegar, la que pudiera producir el pecho roto de un tuberculoso agonizante y olvidado

por uno de aquellos rincones negros, que con espanto se adivinaban...

Cuando definitivamente me habitué á la luz escasísima ¡qué cuadro contemplé, qué horrible cuadro! Tres ó cuatro galeras, en crujía, de bóveda; con arcos divisorios, piso de tierra apisonada,—¿por pisones? ¿por los pies y los cuerpos de estos infelices?...—muros recios, y en el extremo opuesto á las rejas de entrada, ventanillos largos y estrechos,—¡ni un brazo cabe por ellos!—que caen al mar. Dos filas de catres de madera (en las galeras del otro lado de la fortaleza, todo el mundo duerme sobre el suelo,) tan próximos entre sí, que simulan dos inmensas tarimas. En las salas restantes, petates en vez de catres, y pendiendo de los techos de todas, lámparas de petróleo, que no encienden aún. En la calle central, la que forman las dos hileras de catres, formados en dos filas, hallábanse los presidiarios, muy derechos, muy juntos, sus cráneos rapados, sus miradas torvas y bajas, las rayas bicolores de sus uniformes de lienzo, dándoles fantástica semejanza con las víboras... Y en los ángulos salientes de esas fisonomías cobrizas, en las protuberancias de esos cráneos rapados, de corrido podría deletrearse todo un catálogo de delitos, todo un archivo de rencores, todo un arsenal de pasiones.

...Ansiaba que terminase mi visita; me reñí por mi curiosidad malsana... y comprendí, al cabo, que aquello había de servirme, que era y es necesario verlo y contarlo, supuesto mi vicio de publicar la verdad artística de los espectáculos que la vida me brinda. Sí, de allí me saldrá un libro, ó material fragmentario para diversos libros...

Previa consulta con el "presidente," repartí cuatro pesos en monedas de plata, y momento hubo en que temí perecer ahogado por aquel en-

jambre de manos sin dueño visible, que me tiraban de la ropa, que reclamaban mi preferencia. Por dicha, el "presidente," sin moverse de su sitio, vino en mi ayuda, y los dominó cual domador de fieras, en un circo:

—¡Quieto todo el mundo!... A ver, los capataces que recojan ese dinero, que compren cigarros y entre todos los distribuyan...

Y los capataces se adelantaron; los cuatro pesos, que diríase que la tierra se los había tragado, aparecieron de nuevo, fueron devueltos con precisión obediente de animal amaestrado...

Salí con nostalgias de espacio y de aire. Me ardía la cabeza; reproché leyes y condené á legisladores; por unos segundos, hasta comprendí la anarquía, la destrucción de los más por los menos... y el presidio ése, la espantosa pesadilla social, iba persiguiéndome, persiguiéndome...

—¿Volvemos al muelle, caballero?—me interrogó el patrón del bote.

—¡No!—le dije,—lléveme usté hasta la isla de Sacrificios.

—Está muy retirada, y la mar principia á picarse...

—No importa, no importa, lléveme usté, aunque sea á la vela...

Emprendimos la travesía diminuta, con fuertes tumbos de mi embarcación, que me devolvieron la conciencia de que soy—¡sólo en cierto sentido!—hombre libre; y el viento que me azotaba la cara, las olas que me alzaban y me hundían, el sol despeñándose tras de la ciudad y manchando á ésta, con su partida, de sombras y obscuridades, todo alegróme; mi feroz egoísmo de humano se regocijaba con el espectáculo encantador de ese mar gigantesco, de ese atardecer costeño y tibio...

No llegamos á Sacrificios; de La Lavandera vi-

ramos para el retorno, después de divisar la boya silbante de aquel cayo, islote ó lo que sea; boya tristísima, que á distancia se la oye lanzar intermitentemente sus lamentos de aire, cual otros tantos gritos de desconsuelo supremo, por sobre el infinito y movedizo desierto de agua.

1894

9 de enero—(México) Porque me siento enfermo de veras, hoy resolví consultar á una de nuestras eminencias médicas, á don Eduardo Licéaga.

El mismo desagradable espectáculo en su sala de espera, que en la de cualquier doctor afamado de cualquiera parte del mundo: personas bien vestidas, de uno y de otro sexo, que hablan bajo, que miran compasivamente al vecino de asiento,—á quien siempre suponemos, con algo de júbilo bestial, en condiciones peores que las nuestras,—y que en todos sus gestos acusan su ansia de vida, de prolongar indefinidamente ésta, aun cuando se padezca, aun cuando el cuerpo ya no pueda ó el espíritu ya no quiera...

Me llegó mi turno y entré en el consultorio. Como me une al doctor alguna amistad que mucho estimo, mientras me despojo de las ropas, charlamos, primero, de cosas indiferentes, de la época en que nos vimos por Europa; luego, el reconocimiento general, meticuloso, de médico célebre que cuida su celebridad; el interrogatorio, concreto, inquisitorial, curioso de abuelos y secretos de familia; con certidumbres de anatómico y titubeos de ciencia insegura. Resulto con una porción de alifafes, neurastenia muy principalmente. Y el tratamiento es enérgico, hasta vejigatorios se me prescriben; hay también crueldades: "si es posible, no habré de escribir ni cartas..."

6 de fbro.—Aguijoneado por la ociosidad y de antemano disculpándome con lo que asientan los Goncourt, de que conviene, de tiempo en tiempo, encanallar momentáneamente el espíritu, voy esta noche al baile de máscaras del Teatro Nacional. No parece que haga seis ó siete años que dejé de frecuentarlos; hállolos idénticos á los de mis tiempos de tronera.

15 de fbro.—Una tarde agradable, á cambio de las muchas insípidas que vengo pasando desde mi regreso á México.

Luis G. Urbina, vino á leerme, manuscripto aún, su nuevo poema, CARMEN, que publicará el próximo domingo. Es su primera tentativa, en verso, psicólogo-realista; trátase del despertar de una pobre irredenta, á la mañana siguiente de una orgía, con su alquilador al lado y todavía dormido...

Magistral, sencillamente magistral; conmueve hasta el llanto, sobre todo leído por el mismo Luis.

Leemos, también, el primer capítulo de "La Suprema Ley," mi novela interrumpida y desgraciada; y concluímos hojeando los libros que traje de la América del Sur, revistando recuerdos comunes; en el fondo, Luis y yo descorazonados por... por una porción de cosas.

20 de fbro.—Alarmante pródromo revelador de sabe Dios qué dolencia gravísima: hoy por hoy, los sitios preferidos por una gran mayoría para ocuparse en los más serios asuntos de cualquier orden, son las cantinas! Hasta á la broma lo echan algunos:

—Yo despacho en la cantina tal... yo en la cantina cuál...

28 de fbro.—Ah! la frase amarga que oí esta noche de los labios de un cardíaco á quien visitaba. Sobrevínole una de sus crisis,—que mucho tienen de histéricas,—con su cortejo de desmayos, gritos, sacudimientos y palabras incoherentes, y en lo más agudo, llamó "cornudos" (con el otro término, el soez,) á unos perseguidores imaginarios. A pesar de su inconsciencia, cual si reflexionara y reconstruyera en su cerebro el interno drama que arrasó su dicha y poco á poco va matándolo, murmuró en voz muy baja, de desgarramiento:

—"Pero si el "cornudo" soy yo!!!..."

22 de marzo—De regreso de Veracruz, encuéntrome con una tarjeta del novelista español Eduardo López Bago.

Y de pensar lo que será de él aquí, si la suerte le es contraria, asáltame tardío arrepentimiento de no haber enfriado sus entusiasmos en Buenos Aires por venir á México; de no haberle confesado que, en intelectualidad, México no es Madrid todavía, aunque Madrid no sea ya, ni con mucho, lo que fué en otros tiempos...

6 de abril.—(Toluca) ¡Cuánto he pensado hoy en tí!... Más que de ordinario, á ser posible.

De visita en la casa de unas señoras de esta ciudad,—á la que he venido acompañando á Julián Montiel,—una de ellas nos cantó, después del almuerzo, la romanza italiana "Donna, vorrei morir!...," que me era desconocida; romanza en la que palpitan estas palabras de supremo renunciamiento:

—"**...vorrei ofrirti, il pó che resta de la mia gioventu...**"

Y eso quisiera yo... Y tú lo sabes!

10 de abril—Hace dos ó tres días que he dado principio á mi primera obra original para el teatro; obra cuyo argumento me vino en Buenos Aires, y que, comunicado al íntimo círculo literario de allá, no despertó el menor entusiasmo.

Moviéronme, sin embargo, á comenzarla, dos urgencias: es la primera, mi cesantía que se prolonga y con prolongarse ha dado al traste con lo ahorrado de sobresueldos y viáticos; es la segunda, Juan Ramón de la Portilla, escritor santanderino rodando por México desde hace tres años y viviendo de traducir operetas, de piezas originales; un bohemio de ingenio y de nobles aspiraciones que él disfraza y esconde en una risa mixta, mitad homérica y mitad epileptiforme, carcajadas que escandalizan á los transeuntes y lo ponen á él contentísimo. Tipo original, caballeresco, joven, franco, soltándole una fresca al lucero del alba.

Lo conocí en una botica típica que he de pintar pronto en estas hojas; en medio de alabanzas que provocaron su hilaridad sui-géneris; nos presentó Alfredo Chavero, y simpatizamos de verdad. Las alabanzas sincerísimas que á Juan Ramón mereció el asunto de mi comedia. cuando se lo narré, me contagiaron, vencieron el indiferentismo que me agobia, pusieron en fuga á un fatídico **"para qué?..."** que ha dado en asediarme.

12 de abril—Como el mejor día vendrá una piqueta y ni rastros dejará de ella, bueno es que quede siquiera un boceto de esta nunca bien ponderada botica en la calle del Coliseo que todo México conoce y ha conocido de algunos lustros atrás.

Es la tal, antiquísima y celebérrima; punto de reunión de literatos de la pelea pasada y de la pelea contemporánea; refugio de cómicos nacionales y extranjeros; fuente segura de noticias exactas, y mentidero en ejercicio activo y perenne; pa-

ra los que no la quieren, un "nido de sierpes," puerto amigo y forzosa escala para los que á ella vamos en calidad de socios co-destructores de la escasa clientela que le resta á consecuencia de nuestros altercados y discusiones sobre arte, sobre política, sobre el vecino de enfrente, á consecuencia de nuestro lenguaje libre, de nuestros ademanes descompasados, de nuestra continua invasión de sus reducidas varas cuadradas; cuando hay quórum, hasta en la rebotica se instalan algunos miembros... Una farmacia excepcional, como nunca vi ninguna en otra parte del globo; farmacia completa de drogas y potingues, pero escasa de botes; con marchantes asustadizos y asustados por culpa nuestra, pero con mancebo y criado; con los periódicos del día, asomando en los anaqueles, por entre frascos vacíos; el libro recién impreso ó recién llegado á la ciudad, sobre el segundo mostrador, junto á las pequeñas balanzas de precisión; manuscriptos de dramas, comedias y zarzuelas, en el cajón de las ventas, codeándose con los pocos dineros allí presos; fotografías de actrices y actores, en los cajones y compartimientos peligrosos, donde duermen los venenos y los tósigos; nuestros abrigos, esperándonos, cuidadosamente plegados en el respaldo del sitial del dueño... ¿El dueño? Francisco Llamas, un entendidísimo químico, muy reputado en su profesión, hasta una cátedra tiene en la Escuela de Comercio; se afeita rara vez, pero más rara vez aún, enfádase; á todos nos recibe y asila con afecto; ríe lo indecible con agudezas y rencillas; ríe de que la clientela disminuya y la tertulia aumente; es un filósofo humorista... haría las delicias del maestro Galdós, pues parece un prófugo de sus páginas mejores, de sus "Torquemadas" ó de sus "Episodios" sobre todo... Arbitrariamente, creo que á mí me ha cobrado muy especial cariño.

Para que nada falte al cuadro, en la enseña exterior de la farmacia, en gruesos caracteres, se lee:

BOTICA FRANCESA.

15 de abril—Dí remate al primer acto de "La Ultima Campaña" y se lo leí á López Bago.

21 de abril—Concluí el acto segundo de mi comedia. López Bago hállalo flojo; ello, no obstante, no he de variarle ni una tilde.

Mañana leeré los dos actos terminados, al empresario y actores que han de poner en escena la obra.

22 de abril—Luego que acabó la representación de esta noche en el Teatro Principal, en unión de artistas y amigos, fuí á la "Maison Dorée" y en uno de sus gabinetes altos,—¡los testigos y confidentes de tanta atrocidad nocturnal!—dí lectura á lo que va escrito de mi comedia.

Al parecer, éxito halagüeño y completo; uno de los empresarios,—son dos asociados,—me propone la compra de mi beneficio, y yo, entre bromas y veras, le pido mil durillos, que, incontinenti, me son rehusados.

Después del primer acto, la empresa nos invita á cenar, á cuenta de las futuras ganancias infalibles.

Con la lectura del acto segundo, Arturo Buxens, actor que hará el protagonista, lloró, según me comunica...

Y á los modestos postres, entre copas de "Benedictino," puros de "La Prueba" y tazas de muy bautizado café, cerramos trato en condiciones pa-

ra mí muy ventajosas, si se atiende á la inveterada práctica de México de que las empresas teatrales no representen obras mexicanas sino por campanada de vacante, y cediendo á ruegos, influjos y promesas; imponiendo humillaciones; permitiéndose censuras y degüellos y enmiendas en trabajos que no son capaces de juzgar, sino en las excepciones contadísimas de un José Valero, de algún literato nacional que se meta á empresario, que se tire al teatro antes de tirarse al mar ó de tirarse un tiro... pero ¿autor criollo que cobre?...ni D. Juan Ruiz de Alarcón, allá en la madre patria, cobró más que denuestos, envidias y bilis... Algunos, de por acá, han pagado porque les representen sus producciones **¡horresco referens!**, han pagado en especies ó en concesiones, granjerías, privilegios... Y á mí me darán, deducidos los $150.00 de papeleta, un quince por ciento en cada representación y un beneficio por mitad.

—Como si fueras actor principal—explícame Alva.

El beneficio se fijará de común acuerdo.

Salgo muy abrazado, cerca de las 2 de la madrugada, y no sé qué ensueños ambiciosos de triunfos escénicos se apoderan de mí y pónenme locuaz, expansivo; impélenme á caminar y decir á los amigos que me siento feliz, con ansias poderosas de ascender, de escalar todas las metas imaginables...

A solas en mi cuarto, quiero reñirme, llamar á mi escepticismo, el que me sostiene y defiende, pero ¡quiá!, sigo contentísimo.

—Pauvre réveur, va!...

22 de abril—Casi todos los periódicos que registro, ocúpanse en sueltos de gacetilla del estreno próximo de mi comedia; y hay uno que sin co-

nocerla llega á llamarla: "...obra maestra que hará época en los anales del Teatro mexicano..." ¡Ay! si no supiera yo que es incurable la ligereza de mis ex-compañeros de prensa metropolitana, habría que ir ahora mismo á pedir explicaciones; pero no hay de qué, el autor del párrafo, ó dice lo que dijo por buenos deseos, ó porque tenía que llenar con cualesquiera frases determinado espacio...

Ayer la terminé, la "obra maestra," y hoy, en el escenario del Teatro Principal, con el clásico aparato que para tales lecturas se estila, leí el tercer acto, sentado delante de la concha desierta y oliente á cueva húmeda, á la luz de dos bujías esteáricas que se chorreaban sobre la carpeta vieja y sucia que cubría una mesa no muy de correr y parar, antes quejumbrosa de lomos y extremidades. Rodéabanme los actores todos y el violinista cubano Brindis de Salas—que acaba de llegar al país, contratado por mis empresarios,—Enrique Pérez Rubio, redactor en jefe de "El Universal," dos amigos más.

Pasado mañana, principiarán los ensayos.

5 de mayo—Me he vivido en el escenario todos estos días, en forzosa intimidad permanente con los artistas, en "igualitario" tuteo con ellos y confianzuda proximidad con ellas; dirigiendo ensayos, trasnochando, prodigando resistencia nerviosa. Y hoy, cuando presenciaba el desfile militar con que año tras año y desde hace siglos conmemoramos las fechas solemnes, cuando nuestra caballería de "Rurales" pasaba á galope, arrancando chispas del adoquinado, y aplausos y bravos de la multitud que los contemplaba como siempre, envanecida y cariñosa, sobrevínome un vértigo que casi me privó de sentido por más de media hora.

11 de mayo—Día singular, vale decir, día de estreno!

¡Al encaminarme á comer, se desató un verdadero diluvio, agravado de granizada tremenda que vistió de blanco á esta puerca ciudad querida, que heló la atmósfera y que sin duda ahuyentará á los habituales concurrentes del Principal. La tormenta no escampó hasta las 7 y ½ de la noche; es la primera de la temporada y eligió el día de hoy...

¡Llegué al teatro á las 8 y ¼, espié por los agujeros del telón y no descubrí á nadie ¡á nadie!... los de la orquesta, impasibles, que extraían, armaban y afinaban sus instrumentos...

Fuí y saludé á cada uno de los artistas. Enriqueta García ("Doña Gertrudis") y Josefina Roca ("Isabel"), estaban acabando de vestirse; al través de la puerta de sus camarines me gritaron que esperara, un momento:

—Salgo en seguida,—añadió Enriqueta,—para que me diga usted si está conforme con mi traje...

En cambio, Delia Palomera ("Petra"), se hallaba lista ya y por cierto guapísima con el "rebozo" terciado.

Los hombres, también apercibidos para el combate. Valero ("Ismael Caramillo") y Calvo ("Carlos"), se paseaban por "las cajas" recitando de coro sus papeles respectivos... Buxens ("Coronel D. Antonio Bocamarta"), me abrazó:

—¿Qué tal?—me preguntó cuadrándose,—¿he caracterizado bien el tipo?

Que sí, le repuse, aunque la peluca y la barba no sean de mi agrado; él, con la peluca sobre todo, se mostró contentísimo, se la acariciaba asegurándome que había roto con el militar tradicional y cursi de todos los teatros españoles, siempre de espeso mostacho cano, siempre de pera á la francesa.

—Me he gastado en tu obsequio,—terminó aludiendo al importe de ambos postizos,—¡diez duros!...

—¿Podemos empezar?...—le preguntó el segundo apunte.

Antes de resolver, Buxens llegóse al observatorio circular y diminuto del telón, y me llamó:

—¡Mira! ya hay gente... ¡Que se empiece!—ordenó luego.

Repicó la esquila del escenario, y, á poco, la orquesta tocó una obertura que á mí se me antojaba indescifrable.

—Es "Lohengrin"...—me dijeron.

Enriqueta y Josefina se presentaron á revista de comisario:

—¿Estamos bien así?...

Sin saber lo que me pesco, presa de interno temblor que en vano pretendo disimular, les respondí que estaban perfectísimamente:

—¡Ya lo creo que están ustedes bien!...

Y era la verdad.

Por la postrera vez, prediqué á Josefina Roca una modesta naturalidad en el desempeño; pues estaba temeroso de que su belleza,—belleza agresiva y conquistadora de 19 años,—la hiciera salir del papel por ganarse un aplauso más de los que noche á noche prodigan á su figura.

De repente, como á traición, un grito que me congeló la sangre:

—¡Fuera de escena!

Después, en mi hombro, la mano de Enriqueta y esta frase piadosa, de estímulo y compañerismo:

—¡Animo, autor, que la pieza se salva sola!...

Luego, la orden final:

—¡Arriba!!!

Por el fondo huí, en tanto el telón enrollábase lentamente, y el público se instalaba á sus anchas, y mis personajes, los hijos adorados de mi fanta-

sía y de mi observación, en medio á un absoluto y amenazante silencio de la sala, hechos carne y hueso, rompieron á hablar...

¡Alea jacta...!

Según la pieza cobraba vida y crecimiento, se acentuaba el silencio; ni una tos, ni una silla, ni una puerta que lo turbara; aquello, más que público, simulaba tribunal de consejo de guerra por alta traición... En el telón de fondo, descubrí un roto desde el cual dominé escena y espectadores; excusado agregar que durante los tres actos no lo desamparé.

Al declamar Buxens, que:

—"...la miseria es el último enemigo de las gentes honradas...," estalló el primer aplauso, y nunca supe quién me susurró, á mis espaldas:

—¡Ya "mordió" el público!

Al fin del primer acto, la sanción estruendosa, aplausos y bravos alternados con llamadas al autor... Entre las dos actrices y Buxens, salí á dar gracias... En el escenario, abundante procesión de amigos que entraban á abrazarme, de casi todos nuestos literatos...

El acto segundo fué mal recibido, muy fríamente, una palmada que otra, fugitiva, vergonzante, ahogándose en el imponente mutismo de los espectadores. Ni quien me llamara á escena... Como era de esperar, sólo dos ó tres valientes osaron aproximárseme en el entreacto; de fijo han de haber corrido por la sala aires de catástrofe y silba; á mí corriéronme escalofríos por todo el cuerpo, únicamente acertaba á pasearme por bastidores, trémulo...

Con el tercer acto, presentóse el triunfo, franco, general, embriagador... á la mitad de la escena entre el "Coronel" y "Doña Gertrudis" fueron tantos los aplausos, que los actores la interrumpieron, y yo salí, y fuí aclamado... Nota deliciosa

para mí, porque no pudo ser ficticia: buena parte de los concurrentes, señoras particularmente, me aplaudió entre lágrimas... Nunca pensé en pedir más.

Terminada la comedia, volvieron á llamarme; salí, por junto, ocho veces á escena... Cuenta que ya con una, habríame dado de santos.

Después, en el escenario, aquella procesión de felicitantes del primer entreacto creció hasta el colmo; salía yo de unos brazos para caer en otros; presentáronme rostros nuevos, apellidos ignorados; escuché frases falsas por lo alambicadas, por lo que no obstante la ebriedad que me embargaba, deduje de las congratulaciones un 95 0|0...

Hecho unas pascuas, Alba, el empresario, anúnciame á voz en cuello que la comedia se repetirá pasado mañana domingo, á la noche; y además convenimos en que mi beneficio será á la tercera representación,—¡oh, prosa, indispensable y simpática!—que los gastos de hoja, en esa noche, los reducirá á $100.00, á efecto de que la función del domingo me resulte por $75.00, de los que percibiré, á un contado rabioso, $25.00.

En seguida, ya el público era ido, entre amigos y ambiciones y esperanzas que á nadie comunicaba, fuímos á liquidar, en la contaduría. Alcancé de utilidades, la descomunal suma de... $0.50!!!

En compensación yo había gastado seis pesos en una botella de Mumm, con que regalé á mis artistas. Como negocio, entiendo que no lo ha sido este estreno de mi primera obra original para teatro!...

13 de mayo—(Domingo) Desde por la mañana échome sobre la prensa; es una diana general. Sólo "El Tiempo". y "El Monitor Republicano" nos ponen á la comedia y á su autor, cual no digan dueñas. López Bago en "El Universal" asegura al

público, en términos durísimos y por ende innecesarios, que á pesar de lo mucho que había aplaudido, no entendió de la misa la media.

En el fondo, algo hay de justo en las aseveraciones de López Bago, pero, señor ¿por qué emplear forma tan desapacible y ruda? ¿por qué echar á rodar una buena causa?... Es cierto que la filosofía de mi comedia ha pasado inadvertida; aplaudióse, por una parte, las frases patrioteras y de relumbrón, los efectos gruesos, y por otra, los giros literarios más ó menos logrados, las tiradas de ternura, lo sentimental. Pero la médula, el triunfo del instinto natural—amor de padre,—sobre el instinto adquirido y artificioso, convencional y falso frente al otro—la exaltación patriótica,—lo que es eso, nadie lo ha mencionado, no hay Aristarco ni crítico dominguero que á ello aluda siquiera.

Tampoco se ha parado mientes en mi esfuerzo, haya resultado ó nó; he escrito una comedia esencialmente realista que puede ser oída, sin embargo, por una primera comulgante (prueba millón y tantas de que los detractores del llamado "naturalismo" mienten á sabiendas cuando pretenden que pornografías y nada más que pornografías ha de producir.) Luego, suprimí los monólogos, porque fuera de los dementes, no sé de nadie que los emplee en la vida real; y llevé mis modestísimas innovaciones hasta suprimir también los apartes, procuré que las escenas sigan un curso humano y normal. Si he atinado, no hay quien lo declare; si no atiné, no ha habido quien lo censure.

Por la noche, estuve en el teatro.

Concurridísimo á causa de la **segunda** de mi comedia. Contra lo que artistas, empresarios y yo esperábamos, dado el feliz éxito del estreno, á cada final de frase escúchanse risas ordinarias y anóni-

mas... sólo una ocasión llamáronme á escena, al final del último acto... Andan los artistas furiosos, yo humillado, cual delincuente sorprendido **in fraganti**, con serias tentaciones de escapar...

Un bien informado,—tipo que abunda en todos los escenarios y que habrá que pintar alguna vez,—va y nos suministra la clave del enigma: se trata de una cábala concertada de antemano y que tiende á castigar, no al autor de la comedia, nó, sino al escritor español que la puso en los cuernos de la luna y que llamó al público ¡el público de la ciudad de México! "montón de tontería humana" (¿Pues no Flaubert en su CORRESPONDENCIA escribió á propósito del público francés, que era extraordinario el número de imbéciles que se necesitaba para componer un público, y no se ha sabido que por galantería tan cruel le hiciera nadie nada?) Sobre todo, si mis ilustres conciudadanos quieren desfacer un agravio, que vayan y arremetan contra su ofensor, no contra mí... ¿qué culpa tengo yo de que otros los agravien?...

Ascendí entonces de la humillación á la iracundia, y determiné retirar del cartel mi obra; pero Alba y del Valle, al fin con más años, opónense á mi determinación, me aconsejan calma.

14 de mayo—Don Juan Llamedo, español que al cabo de un puñado de años de labor ha llegado á ser lo que es hoy en día, uno de nuestros más acaudalados banqueros, se permite con frecuencia rasgos de príncipe ilustrado; y en la presente ocasión, el favorecido he sido yo. Impuesto por un amigo mío de mis intenciones de retirar la obra, propónese que mi beneficio se lleve á cabo mediante su ayuda. Al efecto, hace apartar por su cuenta cien butacas y los dieciocho palcos primeros; todo sin vanos alardes, invitándome antes á almorzar en su

casa, rechazando mis agradecimientos, encareciendo que la cosa no se transpore.

—¡No vale nada, no vale nada!—repíteme cuando nos despedimos.

16 de mayo—Mi beneficio.

El teatro, medianamente concurrido; el público, con seriedad de buena ley, sin risas impertinentes ni "cocoreos" de mal tono; la comedia, aplaudida de nuevo, aunque sin los entusiasmos de la noche del estreno.

En el segundo entreacto, alguien trató de armarle camorra á López Bago.

Soy obsequiado con dos plumas de oro.

Aunque en los programas se decía que López Bago leería ante el público, UNA SEMBLANZA, y Juan Ramón de la Portilla, UNA IMPRESION, en vez de ellos quien leyó ambos trozos, al final de la comedia, fué Arturo Buxens. Y aqui van una y otra, para que cuando este DIARIO vea la luz, calmados ya con los años pasiones y enconos, se haga justicia al que justicia merezca.

La "semblanza" se transmutó á última hora en

UN SALUDO.

" Función á beneficio del autor.

" Función que dedica la empresa á la Colonia Española.

" Eso rezan carteles y programas.

" Federico Gamboa es para mí la amistad, el
" compañero, el hermano en esta grande y hermo-
" sa vida de las Letras.

" España es mi patria.

" Me invitan á tomar parte en esta velada, y
" como escritor, la invitación es para mí un ho-
" nor que debiera declinar por inmerecido.

" Pero como escritor español, debo aceptarla.

" Los honores se eluden. Los deberes se cum-" plen.

" Deber mío es, que me apresuro á cumplir, ren-" dir este homenaje, rendirlo yo, quizás el menos " autorizado de los literatos españoles, al autor " dramático mexicano, y en él y con él á la nueva " y brillante generación literaria.

" Mejores que yo, son los que escriben en la que " llamáis amorosamente MADRE PATRIA; mejor " que yo cumplirían, pero yo soy más afortunado " que todos ellos.

" Estoy, por peregrinación dichosa, entre vos-" otros.

" No es mi pensamiento el que desde lejos to-" ma parte en vuestros triunfos; mi pensamiento " os acompaña tan de cerca, que aquí está, con " él estoy yo, y están mis manos, para aplaudir, pa-" ra estrechar las vuestras; y mi cariño tiene bra-" zos para abrazaros.

" Saludo, si es saludar forma adecuada para los " entusiasmos que el arte inspira, al autor de esa " obra LA ULTIMA CAMPAÑA, ya juzgada por " uno de los mejores prosistas de México como " obra naturalista, haciendo de ella, en una frase, " esta hermosísima síntesis:

" Tiene—dice—el naturalismo del llanto y del " amor." (1)

" Saluda, mi prosa castellana, al prosista mexi-" cano; y mi amor á la Naturaleza,—este amor " que muchas veces tuvo que llevar al libro la " noche y el pesar, el gusano y los harapos,—á " ese amor suyo que ha llevado al teatro las ma-

---

(1) Alude al prólogo con que Alfredo Chavero honró el volumen impreso de "La Ultima Campaña."

" riposas y las flores, la luz y la alegría de los ho-
" gares honrados.

" Español soy y estoy sintiendo orgullo como es-
" pañol, desde que en México resido, por la pros-
" peridad de las letras mexicanas.

" Reniego del escritor de mi tierra, incapaz de
" acompañarme en tales regocijos. Si alguno hu-
" bo, más enamorado de la gramática y de la re-
" tórica que del pensamiento y del ingenio, más
" de la crítica no sólo exagerada, nimia, que de
" la lealtad tanto en el elogio como en la censura,
" podrá conocer muchas reglas, saber de no pocas
" pautas y enmendar la plana al Diccionario, pero
" ignora lo que en España,—la tierra del honor
" y de los caballeros,—han llamado, los que la
" tienen en mucho, 'NUESTRA HIDALGUIA LI-
" TERARIA.'

"Los triunfos del Libro y del Teatro en México,
" como triunfos de nuestros hijos los celebramos en
" España.

" Las dos banderas tienen colores distintos, mas
" para decir cuáles son, lo decimos con las mismas
" palabras, en un solo y común idioma.

" Honremos, mexicanos y españoles, á quien
" esta noche,—como el protagonista de LA ULTI-
" MA CAMPAÑA,—ha vencido literariamente, con
" el idioma español, á los americanos y á los
" franceses."

La IMPRESION, fué este soneto:

" Bocamarta, un vencido; no le inquieta
" Más que el destino que brutal le hiere,
" Y cual león cogido en trampa, muere
" Mordiendo el blando lazo que le aprieta.
" Gertrudis, una madre; no respeta
" Nada que á su pensar contrario fuere. . .

"A su hija adora y á su patria quiere,
"Y sin una y sin otra, está incompleta.
"Isabel, una virgen cariñosa
"Que en medio de transportes inocentes
"Piensa en la dicha de llamarse esposa.
"Tú, un autor de los buenos, excelentes,
"Porque en esa CAMPAÑA, joya hermosa,
"Resultas general de los valientes."

Y en una cena íntima, de seis comensales, dió punto ý remate esta noche de mi función de gracia.

6 de junio—Una superstición originada por el título de mi comedia (no apetezco que de veras vaya á resultarme mi "última" campaña teatral,) y el deseo de ayudar á R. L. O., actor mexicano sin contrata actualmente, al que la compañía dramática de Luisa Martínez Casado cedióle fraternalmente la noche de hoy para un "beneficio," obligáronme á escribir, á las volandas, un monólogo al que puse por título "DIVERTIRSE" y en el que traté de seguir rumbos nuevos, los que recorren victoriosamente italianos y franceses, Copée entre éstos; quiero decir, que la actriz que lo recite se dirigirá al público, en franca charla, y nó á los elementos ni á las bambalinas.

Ayer lo leí á la Martínez Casado,—á quien lo dediqué,—en el escenario del Teatro Nacional, mientras descansaban de su ensayo; mientras ella y su hermana Socorro mataban el ocio cascando nueces.

Y no les gustó, me aseguró Luisa que no presentía los aplausos.

10 de junio—Que sí aplaudieron el monólogo

y que hasta me llamaron á escena (yo no pude asistir á la representación.)

Sin embargo, en el "Diario del Hogar" de anteayer y en "El Tiempo" de hoy, se me acusa de haberlo escrito sin "transiciones" ni "golpes escénicos"... ¿Por qué no se han de intentar formas nuevas? ¿por qué esas nostalgias de los "traidores," los espadines, las pelucas empolvadas, las cartas que se extravían hasta que el "nudo se desata," las doncellas perseguidas, y las virtudes que vencen en los grandes finales apoteósicos de la vieja escuela?...

16 de junio—La compañía dramática de Alba y del Valle, se marchó hoy para Puebla, con mi comedia entre su repertorio. Y no logré que me la compraran, sino que me prometieran girarme el importe de mis derechos, cuando la representen.

20 de junio—Un Juez de Distrito, con quien hablé unos instantes en la calle y que no había llegado á verme desde mi regreso á México, entre sus varias preguntas me disparó una que casi me priva...me dijo:

—Y en el Brasil ¿qué se habla? ¿francés?...

28 de junio—¡Ah! la interesantísima fisonomía de las antesalas de la presidencia de la República en que me pasé la tarde de hoy...

Son tres en número. La primera, para el común de los mortales. La segunda, para los elegidos por la secretaría particular, cuyos nombres, voceados por el conserje, caen en medio de las ansiedades y de las esperanzas de los otros, como envidiadas certidumbres de triunfos próximos.

La tercera,—que es donde se hallan los ayudantes de guardia,—para los individuos que, en efecto, van á ser recibidos.

Por merced muy señalada, sujeto "de cuyo nombre no deberé acordarme," me consintió estudiar las tres estancias á todo mi sabor...

Y he aquí lo que observé:

Primera antesala. Mobiliario monumental, de cuero, fabricación de Estados Unidos; sofaes y sillones comodísimos, amplios, blandos, adecuados para las esperas largas, angustiosas, engañadoras, (lo indispensable es que no nos conozcan la cuita que nos aflige, ni el empleo que se codicia, ni el lucro que se persigue, ni el perdón ó el olvido que van á implorarse á solas, humildísimamente, aunque al salir con perdones ó desahucios, volvamos á aparentar contento y poderío.)

La tarde de hoy, vi allí mucha gente, de suposición alguna: dos senadores; hasta ocho diputados; un general, en retiro, con una pierna de palo que salía rígida de su asiento, como trampa colocada adrede por chiquillo travieso para hacer caer á las personas mayores...

Más allá, hacia el testero de la entrada, la turba; las levitas raídas, las miradas hoscas, los cigarrillos del país que mucho humean; corros hostiles, de grandes ademanes mudos,—las palabras apenas si se oían, como rumor de guijas rodantes, delatando la luenga persecución de la sinecura, la perpetua quimera...

Aquí y allí, solitarios y plácidos, individuos que fumaban y sonreían á un espectáculo que de memoria se saben: son los incansables, los que algún día "han de entrar," los veteranos de la espera, los abonados propietarios de los sitiales de las antesalas... ¿De qué vivirán, ellos y sus familias?...

Todos, sin excepción, altos y bajos, saludaron

con afabilidad marcada, estrechándole la mano, á un mal encarado cerbero que viste **jaquette** y gasta dijes en su cadena de oro, que desprecia con el mirar duro, y responde seca y monosilábicamente, impasible, sin sonreír jamás... Tal vez se crea el vengador de todos los porteros habidos y por haber; quizá para su coleto ría de esa fiebre adulatoria que flota en la atmósfera circundante; ¿quién les manda á esos señores quemar incienso con la palabra y la actitud? ¿ignoran por ventura que si es cierto que los inciensos fueron hechos para arder á los pies de los dioses, antes de llegar á éstos, en su ascensión perfuman piedras y barros?...

De cuando en cuando, cruzaban por el salón personajes gordos, los influjos de cartel, á los que no alcanzan consignas, ante los que todas las puertas se abren. A dos ó tres de ellos, se les olvidó sin duda quitarse el sombrero, pues los vi cruzar la estancia sin descubrirse, sin detener los ojos en nosotros, ni menos en la nube de pretendientes; cruzaron con el ceño fruncido por sus altas preocupaciones, supongo; la cara, congestionada por la comida reciente y no mal rociada. Iban graves.

Entonces, miré el aposento.

Espacioso, solemne, lleno de luz; sus tres enormes puertas con otros tantos "stores" blancos,—transparentes, decimos nosotros. La puerta de entrada y la de comunicación con la antesala número 2, ostentan viejas chambranas de talla, atormentadas de barniz brillante; á cada lado de la de entrada, copia en mármol, sobre sendos pedestales, de los dos leones de Canova; defendiendo el paso de una antesala á otra, el cerbero, de pie, agrio el gesto. Pende del muro amplio, una alegoría de la República, al óleo; pero una República en actitud de huir del marco dorado, cir-

cundadas de nubes sus vestiduras flotantes... A los medios de la pieza, mesa-velador con cubierta de mármol, colmada de sombreros, bastones, paraguas; en la pared que rompen las tres enormes vidrieras de los transparentes que dan al corredor, cuatro jarrones de alabastro. Del prosaico cieloraso, cuelga una araña, de bronce.

Segunda antesala. Es el lugar donde aguardan su turno los elegidos ya en el primer sorteo de nombres; aquí las probabilidades de penetrar aumentan hasta lā casi plena certidumbre,—sólo que negocio trascendente embargue la atención presidencial, se corre el riesgo de no entrar.

Es un salón harto más pequeño que el primero. Continúan los "stores" blancos tamizando la luz de las vidrieras; continúa el mobiliario de cuero; continúan los jarrones y las columnas de mármol. Dos de los jarrones,—recuerdo de pasadas grandezas efímeras,—lucen en relieve lo de "Equidad en la Justicia."

Frente á las vidrieras, otra gran pintura de aceite, el conocido cuadro de Ramírez que representa al Padre Hidalgo, de pie, triste el mirar de sus ojos dulces de cura de almas, la diestra sobre el Acta santa.

Tercera antesala. Cuando se franquea la puerta y se encuentra uno dentro de su recinto, no se ve gota, al pronto; después, descúbrese, á la izquierda, chimenea de mármol, apariencia francesa, con su luna encima; bebiendo la luz de una vidriera, pequeño escritorio negro; en el centro, mesa-velador emparentada de padre y madre con su gemela de la antesala nmero 1; de frente al ingreso, canapé y dos sillones distribuidos á la antigua; varias sillas; alfombra linajuda, ahogando los pasos...

Y pensar que el aparàto de estas tres habitaciones no se compadece con la sencillez que el ac-

tual Presidente de la República se gasta en las entrevistas que concede á todo solicitante, aun cuando haya sido su enemigo, lo sea en el día de hoy ó haya probabilidades de que lo será el día de mañana...

Volví á instalarme en la primer antesala, y al sonar las 4 y que se oyó el rodar de un carruaje á todo el trote de sus caballos, dentro del Patio de Honor, la gente se agolpó á las vidrieras, con visible martirio de los transparentes que se retorcían, cual atacados de reumatismo; se magulló junto á los cristales, inquieta, ansiosa... Y como vieran tan sólo que del carruaje se apeaba el Coronel-Ayudante, barrió la estancia un rumor de desconsuelo:

¿No iría el Presidente?...

A poco, abriendo las puertas de par en par, jubilante y con muy malos hígados, el cerbero publicó, bien alto:

—¡El Señor Presidente no recibe!

Qué pausa elocuente!...

Luego, se abalanzaron todos á los sombreros y paraguas; algunos, se tomaron del brazo, sin aludir al desastre; otros, se lamentaban, casi á voces, con ira y desaliento á un tiempo mismo, azotando el cerillo contra la alfombra, luego de soplarle y de haber encendido el cigarro...

Los personajes gordos, los influjos de cartel que despreciando á la turbamulta cruzaron las antesalas con el sombrero puesto, graves, á esa hora de la rota, codeáronse con los más pobres, sin que nadie les hiciera aprecio, antes bendiciendo quizá esa supresión de audiencia que borraba distancias facticias é irritantes, que igualaba á grandes y chicos. Y era de ver la desbandada general, por frente á los Gendarmes del Ejército que guardan la puerta del corredor, indiferentes de aquel ir y venir que presencian á diario, con-

fundiendo por culpa de esta demagógica levita negra, en sus criterios militarizados de primitivos, á los personajes con los simples mortales... Todos andan lo mismo, todos hablan igual, todos son civiles...

Tranquilamente, yo me escurrí por el otro extremo, á dar las gracias por la intensísima acuarela que se me había permitido copiar.

2 de julio—Al irme á casa, en la noche, entreveo de paso un cuadrito de honda melancolía.

Pegado al muro, en la calle desierta, un niño mendigo, cubierto de harapos, sin duda se olvidó de la lección enseñada por los padres: tender la mano y pedir limosna con voz doliente...

Han triunfado sus pocos años, y, en cándida contemplación de estrellas, se ha puesto á canturrear algo que no distingo, un murmullo de notas dulces, infantiles, que se me antojan un himno purísimo á la miseria...

8 de julio—(Orizaba) Desde hace cuatro días acompañando á Sánchez Azcona, cuyo nuevo empeoramiento lo ha retenido aquí, cuando ya tan poco faltábale para realizar su anhelo de moribundo: llegar á la ciudad de México.

Esta noche he presenciado desde las ventanas del Hotel de la Borda en que paramos, las que caen á la diminuta y pintoresca cascada que mueve las ruedas del molino de ese nombre, un fenómeno celeste que nos pasma por su belleza y que nunca hasta hoy había yo visto: una especie de arco-iris de luna, que nos embelesa por más de un cuarto de hora.

15 de julio—(Orizaba) De vuelta en ésta, llamado telegráficamente por Sánchez Azcona.

Lo he encontrado muy grave, y Gregorio Mendizábal, su médico, me aseguró ya que no tiene esperanza ninguna de salvarlo.

16 de julio—(Orizaba) Natal Pesado, el pintor mexicano que se pasó muchos años en Italia, hoy domiciliado en esta ciudad, invítame á visitarlo y la tarde se nos va en su taller, sito en lo que debiera ser el "foyer" del teatro municipal LLAVE. Contentísimo me tiene, me muestra sus cuadros, las fotografías de su taller de Florencia, los muebles antiguos que acaba de adquirir, el boceto de su enorme cuadro premiado: "Bravo perdonando á los prisioneros españoles." Pesado es simpático, muy nervioso para hablar; su charla es abundante; salta, con artística incoherencia, de un asunto á otro.

Camino del hotel, me presentó Pesado á Rafael Delgado, el aplaudido literato orizabeño autor de la novela "LA CALANDRIA," que yo no leo todavía pero que muchos de nuestros "plumitifs" diputan por la mejor novela moderna mexicana.

Acogióme Delgado amablemente, tendiéndome sus brazos; aún me dió sus parabienes por mis libros, que,—me asegura,—ha leído hace poco.

¿Por qué me lo habría imaginado joven?... Sin que se le pueda llamar viejo, sí es ya hombre maduro.

19 de julio—(Orizaba) ¡Un día triste! Sánchez Azcona murió á las 7 y 20 de la noche, al cabo de dos años de gravedad.

Y el día había sido de los menos malos, si se exceptúa un delirio intermitente. Sucumbió sin grandes padecimientos, teniendo para mí, en sus últimos instantes, delicadezas de hermano que quiere... Y ahora, se ha concluído, se fué ya á descifrar el eterno misterio de la muerte...¡Pobre don Juan!

Para sus deudos, el cuadro de siempre en estos casos; viuda y huérfano, besaron el cadáver desesperadamente, desconsolados, llorando...

Yo, asociado de algunos caritativos,—Natal Pesado en cuenta,—vestí el cuerpo, con las dificultades que presentan los muertos, sorteando sus movimientos irregulares, los movimientos fatídicos de la materia inerte, que se nos graban en la memoria, por mucho tiempo... En esta vez, me impresionó especialmente la manera violenta con que se nos doblaba su cabeza cuando le poníamos la camisa...; estamos tan habituados al dolor humano, que se nos figura que hasta después de la muerte ha de perseguirnos; casi creí que le habíamos hecho daño...

Velé sus despojos la noche íntegra, en unión de otras personas amigas; de tiempo en tiempo, entraba yo en la cámara mortuoria,—una vulgar habitación de hospedería,—á ver si el pabilo de los cirios no amenazaba de incendio; y la rigidez de mi extinto jefe obligábame á meditar...

Pésima mano tuve esta mañana para elegir libros de lectura en la bien surtida biblioteca del doctor Mendizábal; cogí el tomo de los "Recuerdos de la Roquette" que se intitula "AU PIED DE L'ECHAFAUD" escrito por el abate Faure, limosnero que fué de aquella prisión parisiense. Todas sus páginas, de la primera á la última sóla narran, ¡y con qué acento de verdad!, los momentos postrimeros de los guillotinados, las ejecuciones, los sepelios municipales... Con lo

que la fúnebre velada se me tornó en más fúnebre aún...

Por dicha, comenzaba á amanecer cuando yo terminaba la horrible lectura, y corrí á la ventana que se asoma al río, frente al molino, en busca de vida, después de presenciar y de leer tanta muerte...

¡Qué amorosamente salió el sol!... Y allí, de codos en el alféizar, recreándome con el viejo espectáculo renaciente cada veinticuatro horas, mis nervios se aquietaron, se me disipó la modorra, el aturdimiento del sueño; me eché á pensar, sobre todo, en la soberana indiferencia de la naturaleza por nuestro nacimiento, por nuestra muerte, por todas nuestras miserias, que á nosotros antójansenos cosas grandes...

20 de julio—Los pormenores desagradables: Registro Civil, Parroquia, Agencia de Inhumaciones...

A las 4 de la tarde, cediendo á recomendación facultativa y á súplicas del dueño de la "Borda", el enterramiento. Muy pocos íbamos: el Jefe Político, en representación del Gobernador de Tabasco; Natal Pesado; el Cónsul de España; un primo del difunto, que venía acompañándolo desde Tabasco; el dueño del hotel; un señor Virgilio de apellido, fabricante de cigarros y conterráneo de don Juan, con cuatro empleados de su fábrica; dos caballeros que no conozco, y yo...

22 de julio—Hasta México, en camino de hierro, con la viuda y el huérfano de Sánchez Azcona, á los que instalo en un hotel bien reputado

y quietísimo, el "Hotel Cántabro" de la calle del Cinco de Mayo...

Ella y él silenciosos, enlutados, indiferentes á lo que los rodea, estrechándome varias veces la mano, al despedirnos.

24 de julio—Publicáronse las listas de las elecciones de Diputados y Senadores. Salí Diputado, pero suplente, y de un individuo que no abandonará su curul ni á tiros...

Por vía de consuelo, asegúranme que seré enviado de 1er. Secretario á nuestra legación en Madrid.

Muy escaso de fondos, voyme al obscurecer á la casa de J. Ballescá y Cía., á ver si me entregan siquiera diez ó quince pesos por venta de mis libros, los que con el 50 por ciento de castigo tienen en comisión. Llegué con esperanzas poquísimas, apenado casi, y el recuento superó á aquéllas, nos alarmó al propio Ballescá y á mí mismo; alcancé la suma enorme de $61.00, lo que significa una venta por valor de $122.00, de enero, en que deposité mis obras, á la fecha.

Al salir, felicitóme Ballescá, y yo me sentí millonario con la pequeña suma alcanzada cerebralmente.

Para colmo, el empresario Paco Alba hízome entrega de $20.00 que me corresponden por la representación en Puebla de "La Ultima Campaña."

1ro. de agosto—No iré á Madrid. Ascendieron á Francisco A. de Icaza, que era 2do. Secretario en la misma legación para España y Portugal.

10 de agosto—Hay fundadas probabilidades de que no me paguen ni un céntimo de los $5,000.00 que me deben y que me significan una porción de cosas, entre otras para mí importantes, una gran tranquilidad y la terminación de mi novela próxima, cautiva en una gaveta hace más de un año.

11 de agosto—Otra fuente que se seca: la compañía de zarzuela Arcaraz Hermanos, que iba á subir á la escena mi vieja traducción de "Mamz'lle Nitouche," pagándome mis derechos de traductor, determinó hoy marcharse de México. Si acaso la representan, será cuando lleguen á Monterrey.

15 de agosto—Jesús Contreras, escultor mexicano y amigo mío muy amado, el que en París se educó y es actual director de la Fundición Artística Mexicana, invitóme á ir á verlo; quiere que un escultor jalisciense haga mi busto, al crédito:

—Crédito indefinido...—explicóme sonriendo.

20 de agosto—En la Fundición Artística Mexicana, ubicada por las calles adyacentes á la Calzada de la Reforma; unas calles que nacen pariendo á su vez **cottages**, **villas** y **chalets** señoriles, muy feos y muy "**rastas**" en la mayoría,—con gusto de abaceros retirados de los ultramarinos;—refinados y de verdad bellos, uno que otro, los menos...

La Fundición queda á la derecha del hermosísimo monumento á Cuauhtémoc; es un imponente edificio de fábrica, aun no acabado, que respira vida por su chimenea enorme, con el poderoso hálito de su motor cuyos jadeos rítmicos óyense á distancia.

No entré en el gran taller; hiciéronme pasar al gabinete de Jesús, el director; habitación original, llena de "bibelots," de bustos en bronce, en mármol, en yeso, desperdigados por el piso, dos de ellos sobre trípodes. Hay, además, al fondo, un mueble bretón que perteneció á Lord Byron, según garantía de Jesús; en un ángulo, amplio diván de pintor; colgados y apoyados á los muros, cuadros al óleo, armas, libros, y encima de la mesa de trabajo, destacándose dé una porción de objetos pequeños y de papeles empolvados, revueltos, un cráneo humano que parece que riera del artístico desorden... en su frente, desierta de pensamientos para siempre, se lee un autógrafo pesimista de José Peón del Valle.

En el gabinete, á las horas de mi visita, con luz pobre, apenas si se logra vislumbrar el plafón que ostenta una rueda dentada, dos ó tres mujeres desnudas, y, medio desvanecida, como dentro de una gasa, una Venus de Milo...

En el cuarto de al lado, me presentaron al escultor jalisciense, indio puro, sin estudios técnicos ni preparación científica, un verdadero instintivo, que, no obstante, trabaja sus bustos admirablemente, obtiene en ellos perfectos parecidos...

En el acto, puso manos á la obra. Y en tanto daba los primeros cortes á un puñado de barro, le desaté la lengua: Panduro se apellida y es oriundo de Guadalajara, un "tapatío" puro; su padre, su abuelo, él, sus hijos,—si los tiene,—los hijos de sus hijos, han sido y serán escultores; es toda una dinastía al arte consagrada... Me puntualizó cómo van formándose: primero, de chiquillos, acarrean el barro, desde el río en cuyas riberas retozan con los amigos, en cuyas aguas se bañan, en cuyas arenas asoléanse, aunque de vuelta al taller se ganen una bofetada, ó dos; luego, los obligan á mirar mucho al que modela, á que le estu-

dien los movimientos, las trácalas del oficio; más tarde, comienzan á modelar ellos mismos, el gato de la casa, los perros de la vecindad, los caballos y las mulas de los parientes ricos; perfeccionados ya, en el sentir del viejo, lánzanse á la fabricación de tipos nacionales: el Charro, el Borrachito, el Peleador, el Gendarme, el Rural; en seguida, ascienden á los personajes históricos más conocidos: el Cura Hidalgo, Juárez, Zaragoza, y, un buen día, cuando la parroquia aumentó y faltaron manos para complacerla, todo el mundo retrata, maestros y aprendices, éstos encomendándose á Dios y poniendo sus cinco sentidos...

Lo notable es que casi siempre quedan bien, defectillo más ó menos; por lo que á partir de entonces, la casa cuenta ya con un artista más. El "viejo" corrige, se permite ausencias, un tequila que otro, y el aprendiz promovido, el joven, en sus entusiasmos por fabricar muñecos, se casa... y de día, van saliendo bustos y esculturas de barro; de año en año, van saliendo nuevos Panduros, en carne y hueso, desde la cuna víctimas de la influencia del medio y de un potente atavismo de arte...

Sin dejar su labor, que por sí mismo censura ó aprueba con movimientos nerviosos de las cejas, me charló mi retratista lo que arriba se consigna... Yo anoté que su fisonomía es agradable, abierta; que el actual Panduro no presenta detalle que acuse presunción, á pesar de la fama del apellido...

El cuarto en que nos hallábamos, y los tres que le siguen, sirven de talleres de escultura; vi varios obreros con el sombrero puesto, vistiendo largas blusas de dril, hasta la pantorrilla, que modelaban estatuas y monumentos bajo la vigilancia y aviso de Jesús Contreras, que, multiplicado, entraba, salía, sonriente, pasando por puertas, mamparas y estancias hecho un torbellino; su sombrero monumental y único,—á la Rubens,—su cor-

bata ondeante de mariposa, su mirar de hombre de talento, su barba nazarena, su cabellera rizada y larga, su contextura fuerte, dándole marcadísimo tipo de pintor italiano, del Renacimiento...

Si es cierto que monumentos y estatuas,—soliloqueaba yo,—quieren decir la celebridad, la gloria tras la que tantos corremos con mejores ó peores "piernas," el taller éste ofrece irónica lección objetiva de cómo se alcanza aquélla: á pedazos, en fragmentos, mutilando á los muertos...

Vi, por acá, al General Corona, sin manos ni estómago; por allá, al vencedor del 5 de Mayo, de medio cuerpo nada más, la diestra tendida, implorando su integridad... pendientes de las vigas y atadas á una cadena, piernas cubiertas con botas federicas, de espuela, que cual restos de ajusticiado en horca, oscilaban siniestramente; en un rincón, tumbado, un dorso con condecoraciones y charreteras, ignorado girón de ignorada pelea honrosa; y todo el conjunto, blanco, blanquísimo, de yeso, como si una gran nevada de indiferencia y de olvido hubiera estado abatiéndose, sobre esas pobres memorias mutiladas é inreconocibles, desde la fecha de los sacrificios, de los fallecimientos; ó como si algún empresario malhumorado, al día siguiente de la bancarrota, se hubiese dado á destrozar el acto del cementerio de un "Don Juan Tenorio" fracasado...

¡Así es la gloria!

14 de septiembre—En signo de vasallaje al instinto de la propia conservación, hoy cobré $100.00 de una compañía minera á la que traduje del inglés al castellano, largo y tedioso informe técnico.

Bueno es echar mano de las armas que guardamos en las panoplias íntimas, las armas de lujo y de parada, á fin de utilizarlas en nuestra defen-

sa cuando la necesidad viene á injuriarnos hasta dentro de nuestras vidas confiadas de cigarras vagabundas y cantoras, que á la fuerza han de mantener los bosques y sotos de los gobiernos...

22 de septiembre—Un antiguo condiscípulo, B., Capitán en un regimiento de Caballería de línea, me comunicó en la calle, sigilosamente, que muy en breve saldrá rumbo á la frontera de Guatemala, formando parte de la primer brigada de 6,000 hombres que atacarán á aquella República, si, como parece, México le declara la guerra.

Y cuéntame que la tropa se muestra entusiasmada; que si á él no lo matan, regresará de Comandante lo menos... y se separó de mí contentísimo, como chiquillo que fuese á la repartición de premios de su colegio, gritándome desde lejos esta pregunta juvenil que alegra hasta la misma idea de guerra:

—¿Es cierto que las muchachas son más bonitas que las nuestras?... Tú has de saberlo...

¡Qué asombrosa manera tienen de moldearnos espíritu y carne la profesión que nos da de comer y nuestras predilecciones propias! Por eso es natural que los militares suspiren por la guerra, y los galenos por las pestes, y los arquitectos por los terremotos, y los sepultureros por orfandades y viudeces...

28 de septiembre—Son ya del dominio público los rumores de guerra con Guatemala; ociosos y periódicos no se ocupan en otra cosa. De los últimos, distínguese "El Noticioso" por su fiebre de información; lleva celebradas tres interviews con los Generales Loaeza, Alatorre y Rocha, res-

pectivamente; Alatorre y Loaeza han sido Ministros diplomáticos de México, allá; Rocha, es uno de nuestros más competentes jefes militares.

Ayer, la **interview** fué conmigo—¿quién me manda haber sido Secretario de nuestra legación en las Repúblicas de Centro-América?...—y hoy se hicieron públicas mis respuestas.

¿Será un hecho la guerra?...

1ro. de octubre—No obstante las auras marciales que se respiran en esta buena ciudad de México, yo sigo trabajando en mi novela próxima, de la que me encuentro á las mitades del capítulo segundo.

Es lo único que me cura de ingratitudes, escribir; lo que medio disipa la tristeza de las "horas negras"...

6 de octubre—Invitado por el Coronel Yarza,—oficial facultativo del Ejército,—visité esta mañana, en la Ciudadela, la Fábrica Nacional de Armas que él dirige.

Mostráronme hasta los detalles menores; hízome funcionar máquinas y aparatos; concluímos tirando al blanco con el fusil "Mondragón,"—fusil inventado por un jefe del Ejército, también alumno antiguo del Colegio Militar. Parece que esta arma es invento admirable, rival, en precisión y alcance, del Mannlicher y Maüsser, á los que supera en detalle importantísimo: su tiro rápido es de 96 proyectiles por minuto.

15 de octubre—Terminé el segundo capítulo de "La Suprema Ley."

Asistí, días atrás, á presenciar el Gran Jurado

compuesto por las dos Cámaras Legislativas, y convocado para resolver si era de despojar de su fuero á dos Diputados y dos Senadores, que, como testigos, y combatiendo uno de ellos, halláronse en un reciente desafío en que resultó muerta alguna persona muy conocida.

El Gran Jurado los despojó de su fuero.

¿Escarmiento?...

25 de octubre—Más por urgencia que por vicio, fuí esta noche al Club de lo que ustedes gusten,—¡léase, garito!—donde, según era de esperar, despojáronme de cuarenta duros...

Observación de importancia, recogida en cambio: en la distinguidísima concurrencia allí congregada, dominaba el elemento penal, Magistrados, Jueces, etc., los que de oficio debieran perseguir el juego.

Mal síntoma.

30 de octubre—Al pasar por la calle de Vergara, sorprendo inaudito espectáculo en los interiores de una de las dos casas de préstamos en ella establecidas, un indio pollero, con sus pollos en una mano y á las espaldas el tradicional "huacal," probando un revólver, en vías de comprarlo.

2 de noviembre—A las 7 de la noche de hoy, sintióse fuerte y prolongado temblor de tierra que causó estragos en diversos edificios y templos, que originó tremendo pánico en los pobladores de esta ciudad vieja y delincuente.

3 de noviembre—Rumbo á San Luis Potosí, á las sesiones del 2do. Congreso Médico Mexicano y á la inauguración del Teatro de la Paz.

4 de noviembre—(San Luis Potosí) Huyendo de los honores, músicas, cohetes, etc., con que fué recibido nuestro tren,—no porque á su bordo vinieran los congresistas, sino por agasajar al Ministro de la Gobernación, pasajero en el mismo convoy,—en cuanto pude apartarme, me escurrí modestamente en pos del mozo de cuerda que se llevaba mis maletas.

La ciudad, que es bonita de suyo, engalanada; sus atractivos han subido de punto.

En una cantina, presentáronnos á Manuel José Othón y á mí; Othón, nuestro gran bucólico, el aplaudido poeta dramático autor de "Después de la Muerte."

Sin fingimientos ni frases huecas, nos dimos un abrazo, por pro nta providencia, y, á tratarnos y querernos, de verdad... Manuel es un espíritu sano y recto.

En el estreno del Teatro de la Paz, á la noche.

Soberbio y elegante edificio, á la moderna, tal vez el mejor, hoy, de los que poseemos en la República, demasiado bueno quizá, para capital provinciana.

Un caballero se empeña en hacerme estadística, en suministrarme cifras: el teatro, importó quién sabe cuántos centenares de miles de pesos...

Y cuando se disponía á pasmarme, un maleante me sopló en el otro oído, que la ciudad, en cambio, carece de agua potable....

5 de noviembre—En el puerto de Tampico, al cabo de quince horas de ferrocarril y de haber atravesado esa magnificencia que se llama la Huasteca. Arribo nocturno, y engañoso por consiguiente. Causóme el puerto impresión agradabilísima, así, recostado á la vera del Pánuco, á la luz mentida y suave de sus focos eléctricos esparcidos por riberas, muelles y callejas...

6 de noviembre—(Tampico) Día de forzado... fuí hasta la barra, en tren de vapor, costeando el río, unos nueve kilómetros; me extasié frente al mar, como siempre; subí y bajé los ¡180! escalones del torreón del faro; caminé á pie, de regreso, obra de cuatro kilómetros y medio; cené episcopalmente, y partiré mañana, á las 5 y ½ de la madrugada.

Es Tampico una ciudad muerta.

16 de diciembre—(México) Al cabo de varios días de pernicioso vagar, hoy dí remate al tercer capítulo de "La Suprema Ley."

22 de diciembre—No obstante que hoy los ajusté y que de algún tiempo acá sólo vendavales han dado en soplarme, no he exclamado:

"Malditos treinta años..."

Ni ellos ni yo ganaríamos nada con la maldición.

26 de diciembre—Presentáronme antenoche á dos periodistas cubanos que han venido,—dicen ellos,—á estudiar el país. Ambos se manifiestan muy quejosos de lo seco del recibimiento que les

ha sido dispensado por nuestra prensa periódica; redacción hubo que no les retornó ni el saludo de tarjeta...

La noche de hoy nos invitaron al banquete con que obsequian á la Prensa de México, en el Tívoli de San Cosme...

Hay para privarse!

De treinta invitados, habremos concurrido unos quince individuos. A los postres, brindaron algunos: Ramón Prida, por su periódico "El Universal;" por "El Partido Liberal," Manuel Gutiérrez Nájera; Gregorio Aldasoro, por "El Nacional;" un señor Tovar, por "El Tiempo;" José Gutiérrez Zamora," por la Isla de Cuba, donde vivió emigrado y contrajo nupcias, según cuenta en su brindis, y Telesforo García,—uno de los raros iberos ilustrados que viven en México,—por la influencia de España en América, como nación greco-latina...

A propósito de nuestra ninguna cortesía, de la que alguien se lamenta al levantarnos de la mesa y refiriéndose á la frialdad con que se ha tratado á estos dos caballeros antillanos, escuché esta cuchifleta que, por exacta, tuve que aguantar sin protesta ni réplica:

—No se cansen ustedes, en esa materia estamos como están en Marruecos...

30 de diciembre—Poco antes de las 11 de esta noche, se sintió otro fuerte y prolongado temblor de tierra.

31 de diciembre—Se extingue este bendito año de 1894 que tan mal háme tratado en todo.

No intento un balance ¿para qué?... Me declaro en quiebra, casi tentado de exclamar, si no fuera en el fondo el providencialista que soy, lo que exclamó Larra alguna vez:

—"¡Aquí yace la esperanza!"

1 8 9 5

1ro. de enero—A nadie envié tarjeta de saludo por el nuevo año; quisiera desligarme de todos los "contratos sociales."

¡Qué cruel es una mujer cuando ya no nos ama!... Hasta los detalles más íntimos é inolvidables por su naturaleza misma, se los borra del corazón y de la memoria, á fuerza de voluntad.. Los recuerdos deshójanse, ella deshójalos despiadadamente; los pobres recuerdos que debieran mantener por mucho tiempo ligados las dos almas y los dos cuerpos que se han querido de veras alguna vez... Espanta la indiferencia con que nos miran los mismos ojos que hasta se entrecerraban de terror y de amor frente á los nuestros que la devoraban...

Y este complicadísimo tema no ha sido suficientemente explotado por noveladores y psicólogos, en toda su infinidad de detalles desgarradores.

9 de enero—No se habla hoy de otra cosa que del escándalo armado anoche en la "Maison Dorée" por don Francisco Varona Murias, uno de los dos periodistas cubanos que vinieron á visitarnos; quería reñir á toda costa, y profirió palabras insultantes para nuestro país....

Todo el mundo se ha indignado, yo nó; las naciones,—por grandes que sus defectos sean,—se hallan siempre muy por encima de los individuos.

10 de enero—Pudiera ser que lograra yo curar de mi conflicto sentimental, la prueba está en que ya lo digo en estas páginas...

14 de enero—Cuando concluyo una lectura y mientras elijo lectura nueva, indefectiblemente caigo sobre la "Correspondencia" de Flaubert ó sobre el "Diario" de los Goncourt.

18 de enero—Angel de Campo ("Micrós"), uno de nuestros hombres de letras de más poderoso intelecto y acerca de quien habré de hablar extensamente hoy ó mañana, en estas ó en otras hojas, consiguió hace algún tiempo veinte pesos semanarios en un periódico de modas por unos artículos que alternativamente escribíamos él y yo, subscribiéndolos ora "Bouvard," ora "Pécuchet;" suma modesta que por igual compartíamos y por separado gastábamos.

Esta noche vino á darme la noticia de que la empresa editorial que publicaba el semanario de modas, quebró, y suprime, por consecuencia, pagos y compromisos.

—Pude conseguir, sin embargo,—me añade riendo,—que por vía de indemnización nos pagaran una última semana... ¡toma tus diez pesos!

Pues, señor, decididamente he entrado en el período de la mala sombra, hasta las pequeñeces, como ésta, se me marchan y deshacen.

22 de enero—Por mera casualidad, cógeme en Palacio la manifestación al Presidente de la República, organizada por los estudiantes de la capital.

Resultó muy imponente, formada de más de 2,500 personas encabezadas por los estandartes de las escuelas.

Cuando entraban en el disforme Salón de Embajadores, produjose rumor de tempestad; oyéronse gritos de "¡orden, orden!;" "¡despacio¡"..., y las pisadas de tantísima gente, asustaban; todos estaban serios.

En la plataforma del fondo, los esperaba, en pie, el Presidente, acompañado de algunos de sus Ministros; de sus ayudantes; del Gobernador de Palacio...

La arenga estudiantil, mediana; la respuesta presidencial, por improvisada, articulada lentamente, pero con dos ideas grandes...

Era objeto de la manifestación, felicitar al Gobierno por su actitud enérgica y digna en la cuestión México-Guatemalteca; los estudiantes todos, fueron á ofrecerse como soldados voluntarios para la guerra probable...

Tras los manifestantes salí yo, en mis adentros bendiciéndolos por lo que la tal manifestación quiere decir: fuerzas vivas, juventud limpia, cultos indispensables; y siguiéndolos, á cierta distancia, paladeaba las simpatías que se levantaban á su paso, formulaba yo un voto:

—¡Que Dios nos conserve siempre este amor patrio, ora el peligro asome del Sur, ora del Norte!...

23 de enero—A tomar informes de cómo sigue Manuel Gutiérrez Nájera ("El Duque Job"), que se halla en peligro de muerte.

Me recibió uno de sus hermanos; el enfermo está un poco mejor.

25 de enero—¡Qué mal debo andar yo!... Esta noche he escrito versos.

Se rumora que el periodista cubano don Francisco Varona Murías, el de la bronca en la "Maison Dorée," en unas correspondencias á "La Unión Constitucional" de la Habana,—ya reproducidas por varios periódicos de aquí,—ha puesto de vuelta y media á nuestros literatos, gobernantes, instituciones, etc., etc. Agrégase, que se ha marchado de México por el tren de ayer tarde.

La indignación extrema que el hecho ha provocado en calles y cafés, obligame á alzar los hombros ¡qué diablos!... Si no las merecemos, nada deben importarnos censuras tales, absolutamente nada.

27 de enero—¿Qué nueva enfermedad será ésta?... asáltanme, de improviso, vértigos atroces, que me hacen temer hasta una caída inatajable, en plena calle.

2 de febrero—Leo en un diario que Eduardo López Bago se embarcó rumbo á Cuba la semana pasada. No me dijo adiós, ni me avisó de su partida.

4 de febrero—Despertáronme esta mañana con una esquela funeraria: Manuel Gutiérrez Nájera, el exquisito "Duque Job," murió ayer tarde, á las 3, después de muchos padecimientos y de un delirio de cinco días...

¡Pobre "Duque!"...

Parece que se le preparan muy lucidos funerales.

Los periódicos lo llaman "maestro" y sí que lo fué; á mí me consta que era uno de los pocos escritores nacionales conocido y estimado en extrañas tierras; cónstame también que no sólo tuvo talento, y mucho, sino lo que es más raro en hombre de letras militante, en diarista sobre todo, bondad, inmensa bondad... Su muerte causará vacío grandísimo en nuestras anémicas letras patrias; deja una viuda y dos niñas.

5 de febrero—No pude asistir ayer al enterramiento de Manuel Gutiérrez Nájera; tenía yo audiencia con el Presidente de la República. Por cierto que hallándome en espera de mi turno en las antesalas,—la número 2,—en palique con Benito Juárez, por delante de mis ojos pasó una copiosa excursión de ciudadanos de los Estados Unidos, hombres, mujeres, **children**, sí, un gracioso y rubio **baby**, medio azorado, que aplaudía con sus manecitas regordetas, desde las espaldas maternales en que iba asomado á sus anchas.

Nos dijeron que estos excursionistas eran industriales y mercaderes de Kansas ó Idaho, muy apreciables. Yo los vi pasar, de dos en dos, á la protestante, con extraordinaria compostura, en silencio, muy afeitados ellos, ellas rígidas, ellas y ellos con algo de candor sano en ese su afán de estrecharle la mano al "General-President"... Por delante de mis ojos pasaron...

Al cerrarse la vidriera que los eclipsó á nuestra vista, oímos, distintamente, ruido de faldas femeninas, de masculinos carraspeos y toses; preparativos últimos para presentarse irreprochables en actitudes y pergeños.

9 de febrero—Resuelvo asistir á un sobrino mío, á quien hoy se le declaró un fuerte tifo.

12 de febrero—Gravísimo mi enfermo, un delirio casi perenne, con temperaturas espantosas; ha llegado á cuarenta grados nueve décimos y esta noche el termómetro clínico acusa cuarenta grados siete décimos.

¿Por qué me interesarán tanto los que por accidente deliran, los enfermos que pierden el sentido y los locos?... Me quedo abismado frente á sus cerebros vacíos de juicio, frente á sus mirares afligidos ó incuriosos, frente á su hablar y su reír incoherentes.

16 de febrero—El horrible mal hizo crisis á la madrugada de hoy; unas inyecciones de cognac, sobre el mismísimo corazón, salvaron la vida de mi sobrino, que ya agonizaba. La sola palabra que formuló, fué para mí...

2 de marzo—Hoy me vino el nombramiento de mi futuro empleo: "Guarda-Almacén General y Alcaide de la Administración Principal de Rentas del Distrito Federal"...

Desde antes de entrar á su desempeño, ya estoy agobiado por tamaña cantidad de títulos que le prestan al empleo una fisonomía de apellido lusitano...

¿Quien así se llama, cómo será?...

6 de marzo—Tomé posesión del empleo de apellido portugués, rompiendo con todos mis hábitos, con todos mis gustos, con todas mis tendencias...

¡Ah!, no nada más con el sudor de la frente hemos de ganar nuestra vida los que de ganarla tenemos para vivirla, nó!... hay que sumar á la maldición bíblica, otras maldiciones de la suerte...

He aquí el **"bilan"** de hoy; como éste, **mutatis mutandis**, han de ser los de todos los días, por muchos días, qué sé yo cuántos, ciento, mil, diez, los que yo resista, los que en este empleo ¡¡¡codiciado por varios candidatos que me han enumerado!!! me conserven...

Al sonar la diana,—la diana que toca el corneta del piquete de infantería que da guardia perenne al edificio y sus existencias,—hubo que levantarse, que bajar á los patios de la Aduana,—luego de rápido aseo individual,—todavía envueltos en las brumas heladas de nuestros amaneceres...

Luego, hubo que recibir en la Alcaidía el parte que á ella fueron á rendir los celadores trasnochados, que, apagando sus linternas y soplándose los dedos me examinaban con su poco de mansedumbre, por militarizados en cierto modo, y con su más de hostilidad sorda y latente en sus entrañas, por ser "los de abajo" ellos, y yo "el de arriba," el jefe ya en funciones; un jefe venido de lo ignoto, que no gasta sombrero charro, ni promete rigideces; un "señorito," le habrían llamado en España," un "roto," (1) han de haberme denominado mentalmente esos conterráneos míos... En el ala de los sombreros la mano derecha, de uno en uno, bien arropados con el sarape ó la "dragona," antes de ir y devolver las linternas, antes de marcharse á un descanso bien ganado, (los celadores diurnos, sorteados al igual que éstos desde la víspera á la tarde, ya relevaron á los que desfilan delante de mí, ya se hallan instalados en sus garitones, ata-

---

(1) "Roto," llama nuestro pueblo á los que vestimos á la europea.

layas y vigías,) iban repitiendo la consabida frase tan desprovista de ideología y de sindéresis que en lo militar se dice á cada paso:

—"¡No tiene usté novedá!"...

Así, afirmativamente, como clínico ignorante después de examen facultativo y presuntuoso, con gravedades facticias, de empleo y de rutina... ¿que no tengo novedad?... ¿y ellos qué saben?... ¿no he de tenerla?...

Luego, á las 6 y ½, algo más deprimido todavía, vigilé cómo uno de los subalternos á mi cargo, pasó lista de ciento y cuarenta cargadores...

¡Salió el sol, y se adueñó, soberano, de esta Aduana, de estas minucias para mí torturantes, de estos campos aledaños, de los volcanes, de los cerros, del valle inmenso!...

Y á mí, confundíanseme las gratuitas afirmaciones de que "no tenía novedad;" algunos nombres y apellidos característicos de cargadores: "Hesiquio Piedra," Matías Cruces," "Policarpo Cedillo"...; algunas fisonomías formidables, algunos cráneos trágicos, algunas miradas "hondísimas," los párpados hundidos, rojos los ademanes anquilosados, milenarios, precortesianos, de esclavitud, de vasallaje, de ignorancia, de pobreza, de hambre... Resueltamente, son muchos los desgraciados, los más desgraciados que yo... Y el sol, soberano, ascendiendo siempre por encima de campos y miserías, rectificaba mis conceptos, mis escepticismos menos experimentales que literarios... El sol desmentíame, con la gloria de sus rayos y la divinidad de su color; la mañana se extendía misericordiosa y azul por cerros y volcanes, por arboledas y edificios, por seres y cosas...

Una pausa breve, se difunde un silencio precursor de los quehaceres que ya apuntan; ha principiado el arribo de los empleados, el que "la administra," el que "cuenta," el que "guarda los

dineros," los "vistas," los jefes, los sub-jefes, la gente menuda, escribientes, meritorios... Se llenan las oficinas, se abren los pupitres; flota el incienso de la ociosidad nacional, el humo de los miles de cigarrillos que se encienden y se conversan desde lejos, en confidencias de amigos, en vecindad de asiento... ya se escucha el rodar de carros distantes, pesados, al trote de sus yuntas de mulas los que van de vacío en busca de carga, y al paso fatigado de sus bestias los que van á vaciarse de mercaderías...

Todos los Guarda-Almacenes particulares, me saludaron ya, cuando pasaron rumbo á sus bodegas respectivas.

Ya estoy instalado yo, tras mugrienta reja de madera; ya la Alcaidía rebosa de comerciantes y carretoneros, de mayordomos y despachantes de aduana...

Y desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde, me ha anonadado una labor embrutecedora, cretinizante, de maquinaria imposible de perfeccionar nunca... He firmado, rubricado, sellado boletas de "exento," de "adeudo," de "escala"... barbarismos que han lastimado mi oído educado de hombre de letras... La labor se hace de prisa, los interlocutores son bruscos, rudos muchos de ellos, nadie se quita el sombrero, ni nosotros los que despachamos tras de las rejas, todos se agolpan y magullan, del lado de afuera, animados del deseo íntimo de defraudar al fisco en poco ó en mucho, de abusar del empleado, si es ignorante, ó confabularse con él, si es pillo. ¡Es teoría tan socorrida que robar al fisco no es robar!

A las 3 de la tarde, que se cerró la Alcaidía y que me dejaron solo los demás empleados de ella, murmurándome al partir un amenazante "hasta mañana," indicador de que "mañana" y Dios sabe cuántas "mañanas" más, han de encontrarme

donde ahora me dejaron, mi pobre cerebro, atenaceado por la brutal ocupación, se me queja y protesta, me amarga mi comida; amargura que hay que disimular ante los subalternos que siguen observándome... Siéntome sin fuerzas intelectuales ni físicas.

A guisa de ejercicio para una buena digestión, recorrí, al rayo del sol, —que á tales horas quemaba ya más de la cuenta,—la Aduana entera, casi dos kilómetros de perímetro, y detúveme en cada una de las bodegas, en cada uno de los garitones, vigías y atalayas, para de una vez conocer el personal íntegro y numeroso... Cerca de las 6, se terminó mi inspección.

Tomé un tranvía, para ir al centro, y la despedida del cabo de celadores, á lo soldado, me da la puntilla; cual un sonámbulo recorrí las calles dentro de la **"carrozza di tutti."**

Y no me sale la cuenta,—bien es verdad que siempre fuí torpe para los números,—no me sale; diez años de pasión por el arte, correspondida ó nó pero existente de parte mía; seis años de viajes; algunos libros publicados, una comedia representada; tanto afán, tanto ensueño, y pare usted en Guarda-Almacén, etc., etc., vamos! que no me conformo...

El rodar del tranvía me vuelve á lo real, me hace ver que el empleo es más que mediano (¿no hubo alguien ya que me insinuara ser ésta una posición que se me había dado para que me enriqueciera?...), que deberé esforzarme por conservarlo, que ya muchos lo quisieran para sí...

Remato en lo que siempre: en reñirme por mis debilidades, por mis imperfecciones irremediables; es de balde que culpe yo á la raza, al medio, á todas las palabrotas, como corazas, tras las que escondemos nuestras cobardías... ¿Por qué quiero, á fuerza, vivir con empleo del Gobierno? ¿por qué no aprendí á otras cosas? ¿por qué en el fondo de todos nuestros proyectos y de todas nuestras empresas, como mexicanos, se levanta el tesoro nacional manteniéndonos á todos, á todos suministrándonos el sustento total ó una gran parte del sustento?... Pues si ello es así, tasca tu freno, y gracias á que el freno tiene "sabores"! Es el viejo pacto tácito: nosotros contamos eternamente con el Gobierno, para vivir, y todos los gobiernos, desde los virreinales hasta los de nuestros días, cuentan con que nosotros contemos con ellos...

El tranvía va al galope...

14 de marzo—Desde esta noche duermo en la habitación de que dispongo por razón de mi empleo en la Aduana; un lindo apartamiento enclavado en una estepa de sombras, de polvo, de malhechores.

No instalo libros, ni cuelgo cuadros, ni arreglo muebles; rendido físicamente, me recojo á las 9 de la noche.

Pienso al acostarme, á pesar del desaliento que me embarga, que podría escribirse,—conociendo este mundo nuevo cual yo voy conociéndolo,—un libro intenso, por el estilo de "GERMINAL" de Zola,—**toute proportion gardée,**—en el cual figurara un océano de seres, y, por consecuencia, un océano de pasiones; un gran drama, que diera punto, por ejemplo, con un incendio colosal, de noche, en las galeras en que se guarda el algodón.

16 de marzo—Acompañado de don Roque Elizondo,—Guarda-Almacén de la Bodega número 6 y empleado muy capaz y entendido,—voy, entre 10 y 11 de la noche y como intruso que furtivamente tratara de penetrar en el amurallado recinto, viniendo de Guadalupe, voy, digo, á cerciorarme de si todos los celadores se hallan en vela en sus puestos.

La excursión pintoresca, con sus miajas de peligro y riesgo, para darle más picor. Y como ya me ha subyugado el libro que acerca de la Aduana es de escribir, realizo mi ronda cansando á Elizondo á preguntas, archivando sensaciones y datos en la memoria y en la retina.

17 de marzo—Detalle que me pone de relieve la honorabilidad de los viandantes de esta desolada plaza de Santiago Tlatelolco: asomado á uno de los balcones de mi vivienda, tengo que presenciar, pasivamente, cómo dos individuos despojan de su sarape á un tercero que iba ¡¡¡á caballo!!!...

Son las 5 y ½ de la tarde. No hay gendarmes.

Enormidad tan incalificable, trae á mi memoria el que los gendarmes encargados de la custodia de este claro arrabalesco, en vez del revólver reglamentario cargan rifle de dieciséis tiros, y la vigilancia la llevan á cabo siempre por parejas. Lo aplaudo á dos manos.

También recuerdo, riendo á mis solas, de codos en el barandal del balcón, la sorpresa que me produjo la primera noche que dormí aquí y que á eso de las 8 venía en tranvía, á recogerme, ver que algo antes de desembocar en la plazuela, el conductor pusiérase á correr los vidrios de todos los ventanillos:

—Pues ¿qué ocurre?...—le pregunté.

—Nó, si no es nada,—me repuso sonriendo,—es

que si no cierro, los ratas arrebatan sus sombreros á los pasajeros...

22 de marzo—Un Alférez del 7mo. regimiento de Caballería, á las 2 y ½ de esta tarde y agredido por varios cargadores, tuvo que emplear el revólver, para defenderse, con tan mala fortuna que mató á uno de ellos.

La captura del oficial homicida la llevó á cabo uno de los celadores de la Aduana, quien entró á darme el "parte" con esta locución bárbara:

—Con permiso de usté, han matado á un cargador...

No le consiento que siga, aunque tal sea la fórmula:

—Oiga usted, celador, sepa que yo nunca he dado permiso para que maten á nadie... aprendan ustedes á expresarse!...

Y el asombro que en su fisonomía se retrata, indícame lo ocioso de pretender que cambien ciertas rutinas arraigadas...

El pobre oficial pasó junto de mí, luego que dispuse su entrega al General Cabañas, en la Prisión Militar de Santiago que con la Aduana colinda, pálido y emocionado, por eso le devolví su saludo con amabilidad marcada. ¡Pobre muchacho! ¡pobres de sus padres, si los tiene!...

Casi á las 6 de la tarde, riña sangrienta en los medios de la plaza, con todas las de ley: al aire, el "jierro," la "cobija" liada en el brazo izquierdo, en la mano zurda el "chilapeño" del reñidor que carece de cobija, el odio cainesco en el mirar y en las palabras breves que hienden el aire; á distancia corta, los compadres y los "manices" de los valientes; á distancia mayor, la mujer

y el hijo de los que se matan, la mujer sollozando, el chiquillo, riendo á la muerte, desde los hombros maternos...

27 de marzo—La inmutable ley de las compensaciones!

En premio á mi actual y odioso cautiverio, la naturaleza me regala con un encantador espectáculo que ni los madrugadores de la ciudad han de haber podido admirar en toda su grandiosidad, por culpa de los edificios que en el centro abundan y ocultan esas cosas.

A las 5 que me levanté, vi desde mis balcones toda la cordillera que por el Sur limita la metrópoli, blanca de nieve, de la nieve que trajo la borrasca de anoche... Por unos instantes, á la media luz de la mañana metida en nubes y lluvia, adquirieron los cerros acentuada fisonomía alpestre... Un cuadro original y poco común, un gran cuadro.

Probabilidades de permutar de empleo dentro de unos quince días; no creo en mi dicha.

12 de abril—Comenzó la prensa á aplaudir el tratado con Guatemala, que puso decoroso término á un conflicto que pudo ser grave.

14 de abril—Una curiosidad de mi actual domicilio: es tal la cantidad de moscas que por los azúcares, aguardientes y frutas almacenados en las bodegas se cuela en las habitaciones, por las noches, que al entrar á acostarme con mi vela encendida que las despierta y amohina, el ruido que hacen volando y golpeándose contra la manta pintada de los techos, simula el de río caudaloso y embravecido, que arrollándolo todo, fuera á penetrar

en mi estancia... "Gaucho" les ladra, como si de veras fueran un peligro...

Me han forzado á suprimir mis lecturas entre sábanas, de las que tanto he gustado siempre; en cuanto apago mi vela, la nube se aquieta, vuelve á pegarse donde estaba huyendo de la luz...

17 de abril—¡Por fin! Dios me ha hecho el milagro de que yo arregle en cuarenta y ocho horas la permuta de empleo; paso á la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, como "**oficial segundo de la sección primera.**"

18 de abril—Tomé posesión de mi nuevo puesto, en la Secretaría de Hacienda.

25 de abril—¡Mi México se va! El vetusto Café de Iturbide, tan lleno de carácter y de color local, propiedad de franceses desde su fundación, ya pasó á manos yanquis, con brevajes de allá, y parroquianos de allá...

27 de abril—Acabé el capítulo IV de "La Suprema Ley."

2 de mayo—En camino de hierro, rumbo al mineral de "El Malacate," en plena sierra sur del Estado de México.

3 de mayo—Dieciocho leguas á caballo, cruzando montes y bosques. Pernoctamos en Tixca, en una posada enteramente cervantesca.

4 de mayo.—Llegada á "El Malacate," en medio del monte.

5 de mayo—(Sultepec) El aniversario patrio lo pasamos en la casa del Jefe Político, que resulta de mi mismo apellido.

6 de mayo—El día entero dentro de las minas de plata, famosas desde las épocas del Coloniaje; ya las mientan en el "México al través de los Siglos." La peregrinación en caravana, mi hermano y yo sin separarnos.

El aspecto físico del subterráneo, muy semejante al de las catacumbas parisienses; la sensación psicológica, trascendente y honda, inspírame más asco que suele esta pobre humanidad de la que soy partícula insignificante, y más desprecio el dinero; indudablemente corrompe y denigra...

Los barreteros—los "tatas,"—en el desempeño de su tarea, me hacen daño, jadeantes, á medio vestir, con un gemido horrible á cada martillazo y el resto del tiempo, mudos, iluminados apenas por unas lamparillas de aceite, suspendidas aquí y allí, en las aristas salientes de las rocas.

Se dió fuego á tres barrenos de dinamita. Nosotros corrimos, á parapetarnos lejos, seguidos de los barreteros que corrían en tumulto... de pronto, tres detonaciones espantables, que estremecieron la montaña, que nos estremecieron á los curiosos y á los operadores, que hicieron vacilar las flamas de las lámparas...

¡Qué deleite al salir! La luz me cegó; árboles, montes, césped, antojáronseme más bellos después del rápido encierro. ¡La vida libre!...

Sensación postrera, que persiste: á 60 metros de altura, debajo de la tierra, unos cuantos barre-

teros, con sus lámparas al lado, trabajaban en abras y cavidades, habitables,—¡lo habría yo jurado!—sólo para ratas y otras alimañas. A fin de producir en nuestro ánimo mayor efecto, el ingeniero les gritó:

—¡Oye, tú!... ¡alúmbrense la cara!...

Y contemplados así, de abajo, se me figuraron gnomos, gnomos degenerados, en busca de la Piedra Filosofal.

El resto del día, raro estado moral, con ganas de coordinar las impresiones recibidas, y, al propio tiempo, miedo de efectuarlo.

El sueño, en la noche, intermitente y nervioso.

7 de mayo—De regreso, camino de Toluca, crucé un bosque, á galope; tres leguas de completo olvido de todas mis intelectualidades; deliciosa sensación de salud y fuerza.

En Toluca, acababan de representar mi "Señorita Inocencia," y en una población de muy enrevesado nombre, dieron el día 5, mi "Ultima Campaña," según me informan los programas respectivos,—con diversos errores tipográficos ambos—que en el hotel me muestran.

18 de mayo—En el Teatro Nacional, donde actúa la compañía dramática italiana del primer actor Andrea Maggi, en el estreno del drama de Tolstoi, "El Poder de las Tinieblas."

Soberano, **hórridamente bello**, como dicen estos italianos en su lengua expresiva; de cruel y desesperante belleza; "salvajemente" cierto y verosímil...

Hay, en la escena, amén de adulterio, envene-

namiento é incesto, un infanticidio espantoso; se oye el crugir de los huesos del inocente!!!

25 de mayo—Concluído el capítulo V de "La Suprema Ley."

27 de mayo—Improvisóse para esta noche una doble lectura literaria en la casa de Angel de Campo ("Micrós"). Pocos fuímos: Manuel Flores, Jesús Valenzuela, Enrique Pérez Rubio, Antonio de la Peña y Reyes, Luis Urbina, Amado Nervo, un joven poeta, de Colima, cuyo pseudónimo es "El Duque Juan," y yo.

Por ser prosa lo mío, yo leí primero el capítulo recién terminado de mi novela. Después, Luis G. Urbina leyó su nuevo poema "Una Juventud," su segundo **poema cruel**, por el que le tributamos, encantados, una verdadera ovación, los últimos versos vibrando en la atmósfera amiga de la estancia cerrada:

"...de pronto, pasó un grupo de alegres golon-
(drinas
rozando las azules campánulas de seda"...

28 de mayo—Al cabo de 28 años de destierro y por especial gracia del Presidente de la República, hoy volvió á la patria el General conservador é imperialista don Leonardo Márquez, á quien se imputan responsabilidades tremendas de sangre y muerte.

20 de junio—Concluí el capítulo VI de "La Suprema Ley," y con él, la primera parte de la no-

vela. Parece que hay un periódico que me la comprará en un precio bueno para México.

4 de julio—Despedida, en el Teatro Nacional, de la "troupe" italiana que acaudilla Andrea Maggi. El público les tributó una ovación en el escenario, y otra en el vestíbulo, á la salida.

Siquiera eso, ya que los artistas han perdido el dinero en su temporada.

5 de julio—Brindé hospedaje anoche, en mi cuarto del hotel, á un perro callejero que se empeñó en seguirme. Hoy en la mañana, que nos separamos á la puerta y que él, zalameramente, se despide de mí, es de justicia hacer constar que se comportó mejor que habríase comportado cualquiera persona decente.

17 de julio—Cúpome en suerte almorzar hoy con dos Secretarios de Estado, **sans ceremonie** y en residencia palaciega de Senador espiritual y pirrónico que se permite estos lujos de sentar á su mesa,—afamada por lo bien servida y lo bien regada,—políticos y gente de suposición.

Y "¡válgame Dios!", que habría exclamado Sancho á hallarse en mi lugar, de ideas, vocativo latino; de teorías, las que corren, cual monedas de cobre y níquel, por calles, mercados y plazas; de frases. . . inverosímiles!

El anfitrión, goza lo indecible, ríe, ordena á los criados que escancien más. . .

22 de julio—Terminé el capítulo primero de la segunda parte de "La Suprema Ley."

29 de julio—En la Municipalidad, á la noche, á ver la capilla ardiente que la ciudad de México enciende en honor de los restos sagrados de un santo puñado de próceres: Hidalgo, Morelos, Matamoros, Allende, Aldama, Jiménez, Moreno, Mina, Galeana, los Bravo, Rosales... toda la pléyade, nuestra pléyade, los grandes insurgentes, los grandes que nos dieron patria...

Hermosísima, la capilla, arreglada con gusto inteligente.

Espectadores, muchos, pero más curiosos que devotos.

30 de julio—En la Catedral, á presenciar el triunfal y solemne ingreso de los restos sagrados de los insurgentes, conducidos á su temporal depósito dentro de la Metropolitana, por el Presidente de la República y su Gabinete.

Logré instalarme en el coro alto.

Entraron por la puerta principal, la del medio, que llevaba 29 años de no abrirse, desde los tiempos de Maximiliano; y la urna que encierra los restos, fué depositada en la Capilla de San José, á la izquierda, abajo de un monumento mezquino que se halla empotrado en el muro de la derecha de la capilla.

Por la aglomeración de gente, prodújose un tumulto, dentro del templo espacioso; y viéndolo como yo lo veo, desde arriba, dominándolo, comprendo lo gráfico de la usual locución: "un mar de cabezas," pues, en efecto, aquello era un mar encrespado que envolvió á gendarmes, que se tragó uniformes, que derribó á individuos, que dió origen á gritos sofocados...

El clero, tenía listo suntuoso recibimiento eclesiástico, cabildo pleno, palios, capas pluviales, hasta los papeles de música en los atriles del ór-

gano gigantesco y en los de la orquesta... Pero, —susurran los que de bien informados se la dan, —parece que el Ministerio de la Gobernación, temiendo al **"¿qué dirán?"** de periódicos rojos y liberales sueltos, tan descontentadizos los unos como los otros, encareció desde temprano que no se hiciese manifestación alguna....

La intervención eclesiástica redújose á que dos canónigos, de bonete y manteo, esperaran la entrada de la cívica procesión, á cada lado de la puerta abierta de par en par....

Este fué para mí el detalle trascendental de la ceremonia, toda una filosofía profunda y preñada de enseñanzas, rebosante de reivindicaciones y desagravios:

—La urna que atesora los restos de los excomulgados apasionadamente por la Iglesia de aquellos días, penetró en recinto consagrado, por puerta que no se abre nunca, ni para dar salida al cadáver de los arzobispos muertos!

Una pregunta se me vino, al salir:

—¿Por qué no se inhumarían los restos en la Rotonda de los Hombres Ilustres de nuestro cementerio municipal de Dolores? ¿por qué?...

6 de agosto—Terminé el capítulo segundo, parte II, de "La Suprema Ley."

27 de agosto—Terminé el tercer capítulo de la 2a. parte de "La Suprema Ley."

28 de agosto—Una pequeñez que yo, sin embargo, saboree á mis solas. Por el correo me ha llegado la poesía que sobre Byron leyó en el Ateneo Argentino, Leopoldo Díaz, con esta dedicato-

ría autógrafa que revela persistencia de recuerdos y de afectos:

—"A mi inolvidable Federico Gamboa..."

31 de agosto—En un café del Portal de Mercaderes en que muy á menudo desayuno, me topé esta mañana con el barón de Cailhac, pintor catalán que ha sentado sus reales,—nó monetarios!—entre nosotros. Y me contó, confidencialmente, un montón de desaciertos á diario consumados en nuestra Academia de Bellas Artes; por ejemplo: ¿dónde creen ustedes que se inspiran los alumnos más aprovechados? ¿en nuestra naturaleza, que tánto nos favorece?...¡Quiá!... en la biblioteca de la Academia, por consejo de los profesores de paisaje...

30 de septbre.—Después de mucho luchar, después de mil esfuerzos y no menos compromisos, hoy dormiré en mi casa, con mis libros, mis cuadros, mis recuerdos de mejores días desaparecidos; una vivienda con tres balcones á la calle, en la de Nuevo México, el número 9.

5 de octubre—Terminé en mi nuevo domicilio el capítulo IV, 2da. parte, de "La Suprema Ley." Quedan cuatro capítulos por escribir para que la obra se concluya.

14 de octubre—Anteayer llevóse á cabo, en su Basílica, la solemne coronación de nuestra Virgen de Guadalupe. Asistieron 42 obispos; de ellos, 14 extranjeros.

Los restos,—mucho más importantes y numero-

sos de lo que se finge creer—del pseudo-muerto partido conservador, asociados á lo que en México diputamos por aristocracia, organizaron para la noche de hoy, en honra de la misma Virgen y en un edificio propiedad de don Manuel Iturbe,—Ministro de la República en Alemania y la Gran Bretaña,—una suntuosísima velada.

El tal edificio siempre fué para mí un atrayente misterio; sobre que en él estuvo instalado el cuartel general de los franceses, cuando la Intervención y el Imperio; allí habitó Bazaine, y luego, es fama que allí efectuáronse diversos duelos, entre personas de lo más connotadas. Y siempre se ve cerrado, silencioso, hasta lúgubre; igual del lado de Buena Vista, en su fachada cóncava de balcones de piedra, que del lado de la Calzada del Egido, en su enmarañado jardín inmenso; un jardín emparentado con el PARADOU del "Abate Mouret," lleno de árboles y plantas entrelazadas, salvajes, lleno de soledad y de secretos...

Al llegar yo, entusiasmadísimo por que iba á verme dentro del misterioso inmueble, notificáronme que no habría velada, que se había suspendido ésta á consecuencia del aguacero torrencial de la tarde. Me entré, sin embargo, hasta donde me permitieron entrarme, que fué bien poco: al patio principal, un óvalo soberbio, con columnata abajo y columnata arriba, en el corredor, transmutadas, respectivamente, en salón y galerías, pero todo echado á perder por la lluvia; mustio el adorno floral, desteñido el plafón de manta pintarrajeada, abandonados los instrumentos de la orquesta, la iluminación eléctrica, triste. En los corredores, arriba, en el testero, un óleo de la Virgen de Guadalupe, dentro de presuntuoso marco de yeso, en medio de seis focos de arco...

En el salón, abajo, roto el entarimado, tum-

badas las sillas de Viena, la atmósfera oliente á humedad y desastre.

19 de octubre—Anoche, al fin, llevóse á cabo la piadosa velada, que, cuéntanme, resultó muy poco lucida; dió principio con un conato de incendio que originó alarma grandísima.

4 de novbre.—Terminé el capítulo V, 2da. parte, de "La Suprema Ley."

20 de novbre.—Terminé, tarde en la noche, el capítulo VI de "La Suprema Ley."

22 de novbre.—Luis G. Urbina me ha hecho tratar con cierta intimidad y frecuencia, en estos últimos tiempos, á Justo Sierra, uno de nuestros literatos más conspícuos, de amplia y bien conquistada fama, entre los estudiantes sobre todo, —esos inapelables fabricadores de reputaciones,— como escritor, como poeta alto y hondo, como catedrático de Historia Patria, acerca de la cual tiene un texto publicado. A mí antójaseme un gran espíritu, sereno, científicamente disciplinado, sano, ligeramente decepcionado en varias materias, y que mucho gana con un acercamiento.

Jesús Contreras le dió hoy un almuerzo familiar, en la Fundición Artística, al que yo concurrí.

En la tarde, salimos á caminar á pie, por el Paseo de la Reforma, yo junto á Justo... Divagamos sobre la leyenda Napoleónica, sobre la Monarquía y la República; acabamos en estética,

pidiéndome él, en broma, un récipe para escribir novelas...

A este propósito, inquirió quién iba á editarme "La Suprema Ley"; y con una espontaneidad que estimo tanto más cuanto que me sospecho nunca leyó nada mío, brindóme su ayuda para que la librería francesa de Bouret la edite por su cuenta, imprimiéndola en París; á él,—Justo Sierra,—acaban de editarle un volumen de "Cuentos Románticos", que escribió en su juventud:

—"Cuando todos los hombres somos locos,—
" añade entre bromas y veras. Locura que se nos
" va conforme crecemos y pensamos como piensan
" los demás, que es lo que se entiende por equi-
" librio..."

24 de novbre.—Justo Sierra ha desplegado en mi asunto una eficacia que mucho me obliga (¡flotan á mi alrededor algunas malas voluntades tan manifiestas y aun confesadas por terceras personas que me quieren de veras!...)

Ya Justo habló con el librero-editor; Luis Urbina me dice, de la parte suya, que puedo ir y ajustar condiciones cuando mejor me parezca, que mi libro está aceptado.

25 de novbre.—Esta noche fijé con Raoul Mille las bases de nuestro "mutuo" editorial: se hará un tiro de 4,000 ejemplares, iguales, tipográficamente, á "La Petite Paroisse" de Alphonse Daudet; deducidos los gastos, iremos á mitad de utilidades; puedo entregar los manuscriptos, desde luego si se hallan listos; al mes y medio, vendrán las pruebas, y, á los tres meses, la edición completa.

28 de novbre.—Prescindo de una idea que me hizo interrumpir mi novela: oponerme á la cátedra de Historia General y Particular de México, en la Escuela de Comercio.

No me siento con los propósitos indispensables para hacer una buena preparación, y no quiero exponerme á un descalabro público.

7 de dbre.—Terminé el capítulo penúltimo de "La Suprema Ley."

16 de dbre.—Después de haber asistido,—¡qué vergüenza!—á la lucha pugilística que hace unos veinte días se llevó á horrible término entre un negro yanqui, Billy Clark, y un blanco irlandés, Billy Smith, fuí esta noche al Club Atlético de México, en el que el propio Clark da lecciones prácticas de "boxeo."

Ciencia feroz ésta de las puñadas, cuyo aprendizaje exige que le abofeteen á uno el rostro! Probablemente, no la aprenderé nunca.

Al volver á casa, me entregaron una esquela de defunción, blanca, de una mi vecinita muerta ayer de bronco-pneumonía, á los 15 años de edad!

Estuve á ver á la familia, pero rehusé ver el cuerpecito ¿para qué? Tengo de sobra con los cirios que circundan su féretro, con las coronas que cubren el ataúd del que se divisa un extremo, desde la entrada... La familia, entontecida por lo reciente del golpe hondísimo, púsose á desmenuzarme los pormenores tristes, las naderías dolorosas que á perpetuidad se graban en el espíritu de los deudos; una semi locura del padre,

antenoche, que lo hizo salirse á la calle, en pantuflas y bata, sin darse cuenta de sus actos; la despedida de la niña, poco antes de expirar, en que llamó á su padre, y le besó la mano, muchas veces, los ojos arrasados en lágrimas... (¿Le daría dolor, tan temprano, abandonar la vida?...)

Pobrecilla, aún me parece que la veo, sentada al piano, cantando con su vocecita afinada y llena de purezas, los intencionados versos crueles de "La Verbena":

—"Sí porque no tengo madre
"vienes á buscarme á casa,
"¡anda y búscame en la calle!..."

Me deleitaba oirle, por su virginidad y su inocencia, versos tan humanamente amargos. Y hace dos ó tres domingos,—ella todavía buena y sana,—cuando yo de vuelta del campo cerraba los balcones de mi vivienda, le pedí que me tocara la música, que me cantara la letra. De codos en mi barandal, la vi ir á su piano y complacerme... Todavía la aplaudí, al regresar ella á la ventana, junto á su madre, y ella se rió de mis aplausos, me los agradeció con grandes reverencias de ser feliz, cómicamente...

¡Cuánto me ha conmovido su muerte!...Con su amistad que se desvanece, pierdo una de esas amistades sin mancha de las jovencitas que aún no son mujeres,—en el temible y encantador sentido del vocablo,—y ya presentan no obstante deliciosas feminilidades... ¡ay! los afectos que tapizan de blanco nuestros corazones canosos y desengañados por haber vivido, por analistas...

Muy emocionado, me acosté, repitiendo tenaz y tontamente, estos fragmentos de la romanza italiana "Giulia":

—"...parea un angioletto..."

20 de dbre.—Por ociosidad morbosa de ánimo, comprendiendo que cometo una mala acción á sabiendas, sin experimentar amor, cortejo en un baile á una señorita; vale que es práctica universal y encabezada por los jóvenes de las mejores familias, y de los mejores sentimientos, y de los mejores...

22 de dbre.—Amigo mío, hoy cumple usted 31 años, ¡que sea para bien!...

Soy yo mismo, felicitándome por la fecha, en mis actuales soledades de espíritu y de cuerpo.

28 de dbre.—Concluí, al atardecer lluvioso y frío de hoy, "La Suprema Ley" principiada el 25 de junio de 1893 en la ciudad y puerto de Buenos Aires. ¡Qué de vicisitudes de entonces acá! ¡con razón padeció el libro tantas interrupciones y recesos!... No importa, necesitaba yo darle punto; á cada nueva obra, más persígueme la obsesión de la muerte; imagínome que se interpone y me trunca el libro... Y hace unas cuantas noches, en que tuve un feroz ataque de mi neurastenia, lo que más me afligía era no haber terminado la novela...

Por parecerme que va mejor con el asunto de sus páginas, que es de mejor corte y menos exclusivista, le suprimo el artículo al nombre de pila y le dejo sólo: "SUPREMA LEY."

He obtenido del editor, que se tirarán veinticinco ejemplares de lujo, en papel de Holanda.

31 de dbre.—En una cena alegre (?), asisto á la muerte de este pobre viejo 1895.

1 8 9 6

6 de enero.—(Día de Reyes). Un contratiempo, por el estilo del que ocurrió á Stendhal en su primera cena alegre de París, ocurrióme á mí la tarde de hoy.

17 de enero—Antonio de la Peña y Reyes, uno de nuestros más eruditos literatos jóvenes, de quien se hablará en estas páginas más de una ocasión, con motivo de ser su santo, nos da en la noche un té literario, en su casa.

Es de saber que Antonio tiene por padre á nuestro eminentísimo filólogo don Rafael Angel de la Peña, el maestro de dos generaciones lo menos, de mexicanos, en la Escuela Nacional Preparatoria, donde él profesa brillantemente el idioma castellano; el autor de una gramática sapientísima, que indudablemente será, cuando aparezca, obra de texto y admiración de pueblos hermanos. Otra virtud posee don Rafael: ser un justo, ó lo que en lo humano quede más cerca de un justo.

Entre literatos y periodistas,—no debe confundirse á unos con otros,—seremos hasta unos cincuenta los congregados. Se leen varias cosas; algo original de Rafael Delgado, que es muy aplaudido; en penúltimo lugar, leí yo el capítulo primero de "Suprema Ley."

31 de enero—Al fin se me reintegra á las labores propias de mi oficio; hoy fuí nombrado Jefe

de la Sección de Cancillería en nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores....

No me entusiasma que el sueldo sea más crecido que el que disfrutaba, nó; entusiásmame el puesto en sí, salir del ramo ingratísimo de Hacienda, del empleo subalterno en que he devorado tantas amarguras y peleado con tanto número...

Lo que es nuestra humana condición; háme bastado saber que ya estoy nombrado, para que el recuerdo de mi período de trabajos,—el período concluído ayer,—comience á empequeñecerse y á borrárseme.

24 de marzo—En tres sesiones ha hecho mi busto Jesús F. Contreras; un busto á la Rodin, de tamaño natural, moderno, á grandes dedadas espontáneas. El parecido es completo y el precio ideal; su autor obséquiame con el retrato.

31 de marzo—Atroz tarde, con viento y polvo y lluvia. Desde temprano, enciérrome en casa.

Luego de hojear un libro de Bourget,—sus "Mensonges" que para mí no han de envejecer—instalado en el rincón predilecto de mi gabinete y á la luz escasísima del crepúsculo, sin nadie que encienda mi lámpara (mi criada única salió á su compra), ¡qué deliciosa media hora me gasto pensando en una reconciliación próxima é imposible casi!....

¡Ay! si nos fuera dado emborracharnos de mujer determinada y odiarla al día siguiente, como, por el malestar físico que consigo trae, odiamos la ebriedad alcohólica?....

13 de abril—En la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

Me llevó bondadosamente de visita don Rafael Angel de la Peña, su Secretario perpetuo.

Celébranse las sesiones de la corporación, en el gabinete de trabajo del director actual de nuestra Biblioteca de San Agustín, á la vez director de la Academia Mexicana.

D. José María Vigil, aparte sus méritos como hombre de letras, tiene para mí el mismo título de respeto individual que don Rafael Angel: si el señor Peña me enseñó castellano (¿lo habré aprendido yo?....), el señor Vigil fué mi profesor de lógica. El gabinete es de todo mi gusto: aislado, silente, con un ventanal del tamaño del muro,—vieja capilla del viejo y majestuoso templo agustino,—tapizado de libros, y con una mesa incrustada, una mesa centenaria legítima, maciza y enorme, que me enamorá.

No asistieron hoy muchos académicos; el director; el secretario; el prepósito de la Profesa, joven sacerdote muy lleno de virtud y ciencia, al decir de sus colegas y amigos; don José María Roa Bárcena, anciano respetable y leído, autor, entre otras obras, de unos "Recuerdos de la Invasión Norte-Americana" en dos tomos, que ojalá y para más de una finalidad que yo me sé y que ardentísimamente apetezco, se declarara, patrióticamente, texto de lectura en las escuelas de toda la República; y el licenciado Gutiérrez Otero, prestigiado en el foro.

Leída el acta de la sesión anterior, leída impecablemente por don Rafael Angel, se procedió á la distribución de unas antologías americanas recién llegadas de Madrid; y ésta fué la nota cómica, la que me puso de manifiesto la inocencia de estos varones ilustres que se reunen semanariamente para ver de que el idioma español prospe-

re y brille por nuestras regiones apartadas y bravías para los aprendizajes, el extravío de una de esas antologías. Contáronse los volúmenes, volvieron á contarse, se compararon, marcóse con cruz el nombre de los académicos de número para quienes se habían apartado ya sendos ejemplares, y nada; que el tomo maldecido no parecía.... Por un momento, á todos nos interesó la trivialidad, todos nos empeñamos en que pareciera, á cada uno nos ganó una especie de estímulo por ser el descubridor del libro perdido, todos buscábamos, ansiosamente...

Luego, el señor de la Peña, en bondadosísimos conceptos, anunció que el próximo lunes yo leeré un capítulo de "Suprema Ley."

Dios me saque con bien de estas personas, capaces de descubrirle un gazapo, nó á mí que los anido como soto reservado para cacería de principiantes ricos, sino al mismísimo lucero del alba.

Cuando nos despedíamos, ya en la puerta de la biblioteca, vino uno de los sirvientes y nos dió la placentera nueva:

—La antología extraviada, había parecido, por los suelos, junto á uno de los viejos estantes.

15 de abril—En la casa de Eduardo Ruiz, Procurador General de la Nación y escritor michoacano.

Ante reducido cenáculo de hombres de letras leí un capítulo de la ya asendereada "Suprema Ley," y obtuve el fiasco más absoluto.... Un concurrente, hasta me aseguró que uso del "lo," malísimamente mal... y el tal concurrente se durmió á la mitad de mi lectura!

Hay días aciagos.

18 de abril—Hoy se efectuó la junta preparatoria de una naciente "Asociación de Escritores y Artistas"; sociedad patrocinada por don Joaquín Baranda, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, y protegida por el mismo Presidente de la República.

No concurrí; pero me contaron el resultado de las elecciones de la mesa por medio del sufragio universal....

20 de abril—En la Academia Mexicana de la Lengua.

Aunque reducido, es muy respetable el tribunal que va á oir la lectura de un capítulo de mi novela; forman el auditorio don José María Vigil, Director; Don Rafael Angel de la Peña, Secretario perpetuo, y los académicos de número, don Casimiro del Collado; el padre Labastida; don Rafael Delgado; don Porfirio Parra.

¿Cuándo conoceré el veredicto?...

21 de abril—Con Antonio de la Peña y Reyes, y Vicente Acosta, el poeta salvadoreño de vuelos, —actualmente secretario en México de la legación de su país,—estuve á visitar á Monseñor Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz y poeta eminente, autor de "Los Murmurios de la Selva", árcade de Roma bajo el pseudónimo de "Clearco Meoneo."

Dos horas hechiceras. Un poco autoritario el obispo; si llega á ser militar, habría alcanzado el generalato; acusa condiciones para el mando y revela energías. Hasta su cuerpo le ayuda: es alto, bien plantado, con la cabeza erguida; una hermosa cabeza de águila.

En el curso de la charla, me desengañó sobre

el poder que yo le atribuía al confesonario para conocer el alma humana. Me dijo que nó, que se la conoce más cuando se la codea que cuando se la contempla...

Luego, se habló del amor, y tuvo el obispo esta frase profunda y grande:

—"¿Amor, que sea mucho y que dure siempre?.... Pero, hombre, mire usted que es pedir... De eso no hay aquí!..."

Y señalaba con sus brazos abiertos un espacio inmenso, que abarcaba el mundo.

Salí encantado de su llaneza de buen tono y de su sabiduría de crecidos quilates. Me prometió su fotografía.

27 de abril—En la Academia Mexicana de la Lengua.

Aunque hubo copioso **quórum** y yo llevaba para darle lectura un capítulo de mi novela, las dos horas de la sesión reglamentaria se las llevó de calle la chispeante conversación de otro poeta-prelado de valía, monseñor Montes de Oca, "Ipandro Acaico" en la Arcadia de Roma y obispo de la diócesi de San Luis Potosí.

¡Cómo se transparenta el mundano acaudalado! Con derroche de **esprit** censuró, dentro del dogma, á la Compañía de Jesús, de la que se muestra impugnador resuelto; con refinamiento no fingido nos habló, muy á propósito por cierto, de su reciente vuelta al mundo, y del lujo inteligente que domina en su palacio episcopal de San Luis, palacio cuya escalera de mármol de Carrara, importado por él mismo, cuesta no sé cuántos dineros...

Ofreció donar á la Academia su magnífica biblioteca personal, pero exigiendo que la Academia, previamente, adquiriera un edificio propio

en que su vivir de agrupación casi anémica, se arrastre y prolongue con decoro...

—Sólo el Gobierno podría regalarlo...—insinuó un académico, tímidamente.

A lo que el obispo repuso, riendo de buena gana:

—Pues aunque no se lo merece y con tal de que nos obsequie con un edificio ¡qué le vamos á hacer!... nombraremos académico al Gobierno...

Y á causa de esta ironía, hubo una verdadera justa de talento entre el señor don Ignacio Mariscal, que en broma salió á la defensa del Gobierno, y el señor obispo Montes de Oca, que en broma lo atacaba...

A la clausura de la sesión, el obispo me hizo el presente de un ejemplar empastado de sus "OCIOS POETICOS," editados en Madrid.

19 de mayo—Se terminó la copia de mi "SUPREMA LEY" y esta tarde entregué los últimos manuscriptos en la librería editorial. Ahora, á esperar las "pruebas" parisienses.

Con motivo del pésimo estado de mi salud y de dos diagnósticos capaces de enfermar por lo alarmantes, á un guardacantón, qué miedos los que he pasado de que la muerte se me atravesara y me estorbase su conclusión!... ¿Cuál será el libro que me trunque?

30 de mayo—Como siempre que he dado término á cualquiera de mis libros, en una absoluta ociosidad nociva...

¡Dios mío, Dios mío, líbrame de los literatos!...

Somos unos bichos muy complejos y muy dañinos.

4 de junio—Presencié, temprano en la mañana, una primera comunión en el "Sagrado Corazón"; ceremonia que necesitaba presenciar á fin de utilizarla, juntamente con las impresiones que me provocase, en el capítulo primero de "METAMORFOSIS", mi novela en preparación.

No me conmovió lo que yo había supuesto; por lo que vacilo entre escribir tales "METAMORFOSIS" ó un libro que me inquieta de tiempo atrás, la historia sincera y cruda de una de nuestras infelices pecadoras, pero "nuestra" de la cabeza á los pies, por fuera y dentro; historia que se llamaría "DIARIO DE UNA PERDIDA."

23 de junio—Bajo la grata probabilidad de que seré enviado á Bruselas en mi capacidad de primer Secretario de legación, dí comienzo al primer capítulo de METAMORFOSIS.

30 de junio—Llegaron de París pruebas de SUPREMA LEY.

7 de julio—No fuí á la sesión de la Academia, porque desde anoche me pidió Pedro Arcaraz,—el empresario del teatro de la zarzuela,—que viniese hoy á presenciar el primer ensayo de una obra nacional:

—Lo que usted resuelva, eso se hará,—me dijo al separarnos,—pues no obstante mis muchos años de México, no valorizo varios de los detalles en las obras nacionales...

Y presencié el ensayo, instalándome entre el director de escena, y Mejía, el experimentado consueta; y aunque la obra está informada por muy explotable argumento, su terminología es tabernaria, todos nuestros decires populares, los que por regla general envuelven alguna indecencia casi sin eufemismos, son los únicos que esmaltan sus escenas; es aquello una feroz ausencia de arte.

Voté en contra de su admisión.

Más **pruebas** de París; SUPREMA LEY va á paso veloz.

9 de julio—El autor de la obra rechazada por Arcaraz, viene á mí con su hijo intelectual bajo el brazo y pídeme que yo le ampute y cercene lo que mejor me cuadre, á efecto de que se la admitan:

—Le haces lo que te parezca ¿te la dejo?...

Rehuso con pena de verdad, pero harto tengo con las responsabilidades que á causa de mis propios engendros contraigo y asumo.

En la librería de Bouret mostráronme esta tarde carta del corresponsal de la rue Visconti, en que se asegura que SUPREMA LEY alcanzará unas 600 páginas de impresión.

La noche de hoy, intempestivamente, sentados en el palco de la empresa, al que concurro noche á noche, Pedro Arcaraz me participa que mañana "reparten" LA SEÑORITA INOCENCIA,—viejo arreglo mío del vaudeville-opereta "Mamz'lle Ni-

touche,"—y que el sábado 18 de los corrientes, "irá."

—¿Cuánto cobra usted?—me pregunta.

Lujo de desprendimiento en mi respuesta:

—Pues, hombre, lo que usted quiera darme...

Y al fin cerramos trato en $12.00 por cada representación.

Esto es lo que los franceses denominan una "aubaine," y por cierto, muy bien venida.

13 de julio—Tercera remesa de "pruebas."

LA SEÑORITA INOCENCIA, en ensayos desde el lunes y ya anunciada para el sábado próximo.

16 de julio—Que la "réprise" no será el sábado; que Fernanda Rusquella no domina la pieza según quiere dominarla y "hacerla"; que "irá" el martes ó miércoles.

21 de julio—Ultimo envío de pruebas, SUPREMA LEY tendrá 564 páginas y probablemente la pondrán á la venta antes de dos meses.

25 de julio—Ensayo general de LA SEÑORITA INOCENCIA, por la mañana, y, á la noche "réprise" de la misma, á los seis años de no haber vuelto á ser representada en ningún teatro de esta ciudad.

Agradó la pieza y no obstante lo lluvioso del tiempo, casa llena. Sólo yo, quizás, la noto envejecida, con arrugas; es una "señorita" que va quedándose de solterona.

26 de julio—LA SEÑORITA INOCENCIA tarde y noche, con teatro á reventar, hasta espectadores que se han conformado con verla de pie.

Liquidáronme mis derechos, é íntegros pasaron á las garras de uno de los tantos logreros que me asedian...

6 de agosto—Vaya un sueño macabro el que tuve esta madrugada.

Me hallaba encamado, agonizante, circuido de médicos y gente extraña; habíame comprometido á comunicar lo que fuera yo experimentando con la vecindad de la muerte, y cumplía sin gran congoja, en mis cabales, con exacta conciencia de que me iba por la posta. Decía yo á mis oyentes lo que siempre he imaginado que ha de ser ese momento supremo, idéntico al en que nos dormimos, instante que nadie en el mundo puede precisar: siente uno más ó menos sueño, siente uno que ya va á dormirse, pero el instante mismo, no hay quien lo sienta...

Alguien, entonces,—seguí soñando,—notificaba que sólo restábanme diez minutos de vida... Y yo consultaba mi reloj,—mi enorme reloj de níquel,—con sensación de frío en mis espaldas, pero sin gran tristeza; resignado ante lo incontrastable que se me echaba encima; con mucho de estoicismo que en el fondo regocijábame: así debe recibirse á la que ha de cargar con nosotros, queramoslo ó nó.

Al faltar cinco minutos, anunciaba yo mi fin:

—"Caballeros, me voy!... ya esto funciona apenas..." Y me tocaba el corazón.

Tocándomelo desperté, presa de cierta ansiedad, más moral que física; prendí un cerillo y vi la hora en mi enorme reloj de níquel (el que se pasa las noches dentro de un zapato bajo, que fué

de "ella"; zapato que me sirve á mí de relojera años há, y de escándalo, curiosidad y causa de aspavientos, á los que me visitan.)

—Eran las 3 y ¼ de la mañana.

11 de agosto—Recibí de la ciudad de Puebla una carta del representante de una compañía de zarzuela, en la que se me invita á transladarme allá por cuenta de aquella empresa, y asistir á la "primera" de LA SEÑORITA INOCENCIA.

De derechos de autor, ni palabra! ¿Hasta cuándo cesará este despojo á los dueños y padres de las obras intelectuales?... El último remendón disfruta, entre nosotros, de mayores garantías en sus propiedades, que un hombre de letras.

Respondo que no iré.

21 de agosto—Hoy entregóme Jesús F. Contreras mi retrato en busto por él esculpido.

Vino á traérmelo en persona, á casa, y lo colocó él mismo sobre mi mesa de labor, mientras me obsequia igualmente con un tripié sin barniz ni pintura, tripié de escultor.

Allí, en el ángulo de la mesa colmada de libros y papeles, pasará el busto la velada, contemplando un estante, con su mirada indefinible de estatua...

10 de septbre.—Décima representación de LA SEÑORITA INOCENCIA.

11 de septbre.—Terminé, anoche, el capítulo primero de METAMORFOSIS.

26 de septbre.—Alguien estuvo á avisarme en el Ministerio de Relaciones, que SUPREMA LEY estaba á la venta ya en la librería de la Viuda de Ch. Bouret.

A las Oraciones, fuí á cerciorarme, y, sí, ahí hallábanse apilados los ejemplares acabados de desempacar, una cincuentena remitida de París, por el correo.

Diéronme uno de ellos, que acaricié cual si de persona nacida se tratase, delante de todo el mundo, y que después, en casa, he mirado y remirado cual si fuera algo extraordinario... ¡qué entusiasmo tan poderoso, por dentro, el de estos momentos primeros!... ¡igual que con el libro número uno, igual!...

Luego, grandes desalientos, temores vagos de que el libro no se venda ¡son en México tan contados los que compran libros nacionales ó extranjeros!... Los mismos pocos que acuden á aplaudir á Sarah Bernhardt, á Antonio Vico, á Andrea Maggi... En cambio, es legión la que en "una convidada de copas" se gasta más, pero mucho más de lo que importa un libro, una localidad en el teatro; es legión la que favorece y llena un solo teatro, noche á noche: el teatro de la "tanda."

Echome á la calle, y quiere mi mala ventura que hoy esté celebrándose un jurado escandaloso, que todos anden preocupados con el veredicto probable.. Ni á quién participar el arribo de mi libro.

También yo me encaminé á las 3 de la mañana, hasta el Salón de Jurados en que está desenlazándose un drama que apasionó por varios días á nuestro público enfermizo y cruel... como todos los públicos.

Escuché el fallo absolutorio para entrambos procesados. Me alegro por ellos,—conozco y trato á los dos,—pero ¿y el pobre muerto?...¡Ah! yo

utilizaré este desenlace, cuando escriba el DIARIO DE UNA PERDIDA, que tanto pugna por que le dé suelta.

¡Qué errores tan hondos son, á mi juicio, el famoso "Jurado" y el no menos famoso "Sufragio Universal"! ¡Como que son las conquistas principales de la Sacrosanta Democracia!

7 de octubre—Día de júbilo; una sobrina mía recuperó en la calle á mi perro "Gaucho," perdido desde el 4 de abril del año pasado.

16 de octubre—Llegada á México de la edición completa de SUPREMA LEY.

Un desengaño, con los ejemplares de lujo, que, no parece los hicieran en París, sino en Belchite.

25 de octubre—Dos juicios á favor: uno, subscripto por José Juan Tablada, en "El Universal," y en el "Gil Blas," otro, firmado por José Ferrel, un escritor que no acostumbra elogiar á nadie ¡antes al contrario, capaz es de soltarle las cuatro del barquero á cualquier hijo de vecino!, y que á mí y á mi libro nos elogia pródigamente; razón que convierte su crítica en más estimable todavía.

30 de octubre—Dualidad extraña. De algún tiempo acá, renuncio, á mi despertar, á las preocupaciones más hondas que la víspera me afligían al ir á la cama; y conforme avanza el día, debilítaseme resolución tan prudente y saludable, y vuelvo á mis dulces cadenas, á mi mental y amatoria esclavitud.

He reanudado con María Tubau y Ceferino Palencia, su esposo,—recién venidos de España á un teatro nuestro,—las relaciones efímeras que con ellos contraje en Buenos Aires. Ahora, las cultivamos más expansivas; charlo con ambos en el camerino de ella, charlamos en los entreactos, durante las piezas en que la Tubau no toma parte.

Los dos quéjanse ¡y con cuánta justicia! del ningún éxito alcanzado, á pesar de sus esfuerzos...

Ni que contestarles. Aquí sólo medra el "género chico," interpretado por actores más "chicos" aún, y la picardía "grande", ¡oh! lo más grande que se pueda... Pero compañías dramáticas francesas, italianas, españolas, pasables siquiera, déjannos fríos, nos denuncian en nuestro verdadero estado...

Y si no proclama usted que progresamos, corre usted el riesgo de que le tiren á la cabeza cualquier cosa...

6 de novbre.—Jesús F. Contreras me obsequió esta noche en la "Maison Dorée" con una comida de doce cubiertos, por la publicación de SUPREMA LEY.

Se necesita ser amigo de Jesús, que es todo corazón y todo arte, para que se registre un acaecimiento de estos... Aquí, nos comemos todos, á cada paso, pero nos comemos de envidia.

24 de novbre.—De regreso de la ciudad de Puebla, á la que fuí con motivo de unos festejos organizados para inaugurar dos monumentos, obra de Jesús F. Contreras: uno, al General Bravo, y el otro, al General Zaragoza.

La noche del banquete oficial, allá, el mismo Jesús, asociado á varios "perdis" de buen tono, invitáronme á conocer y estudiar de cerca una excepcional familia angelopolitana.

—Más complicados sus miembros, que los más complicados miembros de los "Rougon-Macquart," —me había ido explicando Jesús por el camino. Son unas enfermas, ya las verás, superan á toda ponderación...

Desde el ingreso en su casa fué extraordinario. Ya no era el "filo de la media noche," sino el puño de la madrugada cuando llegamos á los pies de sus balcones, en calle desierta y muda; el edificio, mal encarado, de muros recios y barandales de balcón nó blandos. Cristales y celosías, cerrados á piedra y lodo; el barrio y el inmueble, más que en sueños, en letargo. En el cielo, luna á punto de llenar... Dos individuos arrojados de nuestro grupo inquieto y bien cenado, por arte de birlibirloque, trepando Dios sabe cómo, llegaron á uno de los balcones que se abrió á su conjuro, como bastidor "practicable" de decoración de obra de magia. Los dos valientes, luego de tragados por el balcón que en seguida volvió á clausurarse, calladamente y dejándonos boquiabiertos á los pusilánimes, los dos valientes bajaron á abrirnos, por los interiores del edificio, el ancho zaguán arcaico y ferrado...

Un patio delicioso, empapado en luz de luna, con seis troenos circundando una fuente de piedra, circular, cuyo surtidor invisible, canturreaba discretamente endechas y quejas sin palabras. En el portal del zaguán, indios hacinados que dormían á pierna suelta, bajo sus tilmas bastas y pardas, con ligeras ondulaciones, en sus cuerpos que se desperezaron y movieron, de endriago que se apercibiera á defender la entrada de su cubil. Por las

vecindades de la fuente, silueta de mujer fugitiva, bajo los troenos:

—Ha de ser la loca...—insinuó alguien, en la sombra, con idéntica naturalidad que si nos hubiera anunciado el aparecimiento de un perro ó de un morrongo favorito...

Trepamos por la escalera claustral, asidos de los brazos, para no rodar, sin otra luz que la de nuestros cigarrillos y puros, y la astral claridad que se arrastraba hasta las gradas de piedra...

Arriba, ya habían encendido lámpara y velas, percibíase rumor de ropas que apresuradamente entraban en sus dueños, rumor de risas sofocadas, de sorpresa en campamento no del todo desapercibido... Metiéronnos en la sala y allí saludamos, primero, á una señora-tonel, de vientre y senos fláccidos que llevaban el compás de sus grandes risas de mujer obesa, siniestramente. Esa inmensidad anciana y en salud, era la madre, la madre de cuatro chicas á cual más bonitas; la mayor, de 22 años, y la menor de unos 14,—triste juventud esta última, emponzoñada por una quebradura de espina desfigurándole el cuerpo núbil y ardentísimo, como el de sus hermanas, y envenenándole para siempre el genio y el espíritu...

Al poco rato, todas se han levantado y nos llevan ese vaho tibio del lecho recién abandonado y de la carne joven y dura que principiaba á sosegarse bajo las sábanas, voluptuosamente; todas se manifiestan encantadas con la irrupción de amigos medio chispos, vestidos de etiqueta. Con botellas de mal Champagne las regalamos, y á semejante hora,—las 2 y ½ de la mañana,—nos instalamos á jugar el inocente juego del "monte"...La mamá, talla, y las niñas se asocian á nosotros, digo, á nuestros caudales, según sus simpatías y conocimientos anteriores...

Una de estas "niñas," se halla en cinta, y

su mamá, entre albur y sorbo, nos lo hace saber empleando esta locución que es la primera en festejar con sus risotadas de mujer obesa, su vientre y sus senos fláccidos llevando el compás de sus risas, siniestramente:

—"Aquí les presento el tambor de la casa!..."

Y nadie se priva, ni la aludida; todos rien, ó, mejor dicho, todos reímos.

Por ese tenor sigue el palique, un vocabulario que á mí que todo puede llamárseme, menos, asustadizo, me deja suspenso...De la charla, hay riesgo de deslizarse á cosas mayores, y ya que no me es dable atajar el mal, en sociedad anónima con el escultor catalán Federico Homdedeo me pongo en cobro, hasta un extremo de la sala en que, todos sofocados, cambiamos impresiones... Homdedeo se espera que por momentos se abra la pared y se nos cuele algún dragón ó bestia parecida:

—Ni en París ni en Barcelona vi nota igual—asegúrame riendo conmigo.

Es de advertir que las cuatro muchachas, hasta la pobre jorobadita, son guapísimas, llenas de peligrosos atractivos, su edad en cuenta, y que ninguna es prostituta de profesión; son como son, porque sí, porque en el mundo hay de estos ejemplos tristes...

A las 4 que salimos, se colgó Jesús de mi brazo, curioso de oirme:

—¿Verdad que son interesantes y que quizá te sirvan para un libro?...

—Nó, no es posible utilizarlas; son de veras unas enfermas, según me las calificaste... Nadie creería que existen, si las vieran dentro de la solemnidad de la página impresa, tal vez ni los mismos que las conocen y que nos han hecho conocerlas...

Y Jesús y yo terminamos por dolernos de ellas,

por echarles con la intención y el ademán, perdones y piedades que ocultamos hasta de los amigos que nos seguían enardecidos á causa de los contactos á medias, charlando y riendo á voces por esas calles desoladas de la ciudad conventual y heroica, en cuyas aceras resonaban nuestros andares sólidos de juventud y fuerza, y á agonizar principiaba la luz de luna, muy pálida, allá, arriba, presintiendo la aurora....

11 de diciembre—Juan Sánchez Azcona, que vino á almorzar á casa, trájome un número de "La Flor de Lis,"—semanario que ve la luz en Guadalajara,—en el que ha aparecido un juicio crítico sobre SUPREMA LEY, por un señor don Victoriano Salado Alvarez, á quien sólo de referencias conozco.

Es una crítica bien escrita, no obstante un puyazo que otro.

Luego, nárrame Sánchez Azcona que durante la excursión reglamentaria que año por año emprende el Colegio Militar después del período de exámenes, llevaban los cadetes hasta cinco ejemplares de SUPREMA LEY, que en voz alta leían, de noche, junto á las lumbraradas de los vivacs, agrupados... Que así se lo contó uno de los alumnos compradores, un señor Garfias.

¡Cuánto compláceme la nota! ¡cuánto deléitame imaginar el cuadro: mi libro leído por la juventud guerrera,—los Caballeros del Valor y de la Espada,—en la alta noche, en medio de los campos desiertos y negros!...

22 de diciembre—¡Toc!... ¡toc!...

—¡Adelante!...

Es el Tiempo, que vino á comunicarme su la-

cónica noticia periódica é incontrastable, salvo daño mayor y definitivo, de que hoy me tocó completar por cuenta propia treinta y dos años de vivir...

Un puñado de ilusiones se me ha escapado tras él, aprovechándose del instante en que mi puerta se abrió para recibir el aviso, y he sentido frío...

Como que estamos en invierno...

24 de diciembre—Noche Buena.

Diéronme en la librería de Bouret dos acuses de recibo por SUPREMA LEY; uno, de la Real Academia Española, en Madrid, y el otro, de don José María Vigil, Director de la Biblioteca Nacional.

...que dentro de poco, saben en la librería, han de venir algunos juicios de la Península...

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE ALFABETICO

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

K

L

LL

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

INDICE GENERAL

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE

"LA GACETA DE GUADALAJARA"

CALLE DE LA INDEPENDENCIA 977 Y 983,

PROPIEDAD DEL SR. D. J. T. ALAMILLO,

EL DIA 29 DE FEBRERO DEL AÑO DE 1908.

ESTADO DE JALISCO—REPUBLICA MEXICANA.

